



UN CASO DE GUNNARSTRANDA Y FRÖLICH

K.O. DAHL

LA MUERTE EN UNA NOCHE
DE VERANO



Lectulandia

Una mañana, es hallado sin vida el cuerpo de Katrine Bratterud; la joven ha sido brutalmente asesinada. La noche anterior, Katrine había asistido a una fiesta organizada por los encargados del «Jardín de Invierno», un centro de desintoxicación para drogadictos, y se había marchado de allí en un coche conducido por Henning Kramer, un asistente social. Tiempo atrás, la joven había sido interna de dicha institución, pero ahora estaba rehabilitada y tenía un empleo. ¿Por qué tenía que morir?

El comisario de policía Gunnarstranda y su ayudante Frank Frølich emprenden la laboriosa investigación de las circunstancias que rodean el asesinato de la chica. ¿Reside la clave en el pasado de Katrine como drogadicta? ¿Tiene el crimen alguna relación con el personal del centro de desintoxicación?

Lectulandia

Kjell Ola Dahl

La muerte en una noche de verano

Gunnarstranda y Frølich 02

ePub r1.0

diegoan 14.03.14

Título original: *En liten gyllen ring*

Kjell Ola Dahl, 2000

Traducción: Carmen Andersen

Editor digital: diegoan

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Primera parte
(La chica del puente)

El cliente

Había algo peculiar en aquel cliente. Elise se dio cuenta a simple vista, aun cuando él trataba de pasar desapercibido; mejor dicho, ella se percató de que había alguien cerca de la puerta, pero como el hombre se quedó delante de la estantería de los catálogos de viajes, en lugar de ir directamente al mostrador, Elise continuó con lo que estaba haciendo sin levantar la mirada. Estaba concentrada en la imagen de la pantalla, intentando despachar un viaje a Copenhague para una familia de tres personas. Tenía a la señora al teléfono, que no acababa de decidirse entre tomar un vuelo de ida y vuelta o embarcar el coche en la compañía Stena Saga y hacer el trayecto en *ferry*, para poder utilizarlo al llegar a su destino.

Elise echó un vistazo a Katrine y vio que también ella estaba ocupada. El arco metálico del auricular le sujetaba el rebelde cabello rubio; tan sólo un mechón claro le caía sobre la nariz, mientras permanecía sumida en las imágenes de la pantalla de su ordenador. En la frente tenía la típica arruga que se le formaba cuando se concentraba mucho, y mientras su mirada iba y venía del teclado a la pantalla, sus largas y oscuras pestañas bajaban y subían como si de un pequeño abanico se tratara. Elise permaneció sentada, estudiando aquel rostro que se inclinaba sobre el teclado. Tenía un bonito perfil, una nariz algo prominente, sobre una atractiva boca pintada de rojo, cuyo labio superior, ligeramente abultado, cautivaba a los hombres.

A veces, Elise pensaba que ella podría haber sido la madre de Katrine. Esta le recordaba a su hija mayor, aunque Katrine era más espontánea. Reía con más facilidad que su propia hija, y también lo hacía con más frecuencia. De todos modos, de vez en cuando Elise tenía la impresión de que era una hija suya la que estaba allí sentada, y sospechaba que Katrine se daba cuenta de ello y se sentía algo molesta por las muchas atenciones que su compañera le dedicaba.

Cuando el cliente se acercó, después de un rato, Elise cortó la comunicación, levantó la vista y se dispuso a atenderlo. Pero como el hombre la ignoró y fue a plantarse delante de Katrine, Elise volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo y apenas se percató de que su compañera pronunciaba el automático «¿Qué desea?» sin dejar de mirar la pantalla de su ordenador. Elise pensó entonces que debía hablar con Katrine sobre esa mala costumbre suya, y empezó a darle forma a su sermón mentalmente: «No digas “¿Qué desea?” antes de haber establecido contacto visual con el cliente. El cliente siempre se siente importante; se cree que es el centro del universo. Y si uno no le dedica toda su atención, el cliente se enfada. Es una reacción muy humana».

Por el rabillo del ojo, Elise vio que Katrine se quitaba el auricular y decía algo que no llegó a entender. Fue lo que sucedió después lo que realmente llamó su atención. El cliente era un hombre relativamente alto, adornado con lo que Elise

normalmente llamaría «vulgares señales totémicas». Vestía un chaleco de cuero negro sobre su dorado torso desnudo, unos vaqueros gastados y agujereados en las rodillas, y aunque parecía haber pasado de los cuarenta, llevaba el pelo canoso recogido en una cola de caballo firmemente anudada en la nuca. De una oreja le colgaba un enorme aro dorado, y cuando alargó la mano hacia Katrine, Elise pudo ver una gran cicatriz en su antebrazo. En pocas palabras, aquel individuo era un macarra.

De pronto, el tipo se abalanzó sobre el mostrador, tratando de alcanzar a Katrine, que, presa del pánico, empujó su silla hacia atrás, de forma que esta fue rodando hasta estrellarse contra la pared del fondo.

—¡Llama a la policía! —gritó Katrine, al tiempo que la silla se volcaba y ella caía al suelo de espaldas con las piernas hacia arriba.

Elise tuvo tiempo de pensar en lo cómica que resultaba su compañera tumbada en el suelo patas arriba, con el pelo sobre la cara, como si de la rubia de una comedia de los sesenta se tratara. Mientras decidía si le parecía más bien ridícula o cómica, Elise se levantó de su silla de un brinco y le clavó una mirada tan autoritaria al macarra como nunca habría imaginado que sería capaz en una situación semejante. Nunca antes la habían atracado, y la idea que cruzó por su mente en ese instante fue precisamente esa: «¡Dios mío, si nos atracan, tendremos secuelas psicológicas durante mucho tiempo, porque ese tío es muy violento!».

Pero, de pronto, el individuo pareció percatarse de la presencia de Elise en la oficina. Le dirigió una rápida mirada, y acto seguido volvió a concentrar su atención en la rubia que estaba en el suelo. Pareció como si hubiese tomado una decisión, porque se agarró fuertemente al mostrador, como si quisiera saltar por encima de él. Y entonces Elise rompió el silencio, diciendo con voz aguda y chillona:

—¿Qué se le ofrece, joven?

Con el tiempo, Elise se reiría muchas veces recordando ese momento y esa frase. Pero en ese instante surtió efecto, a pesar de lo estrafalaria que pudiera haber sonado. El tipo volvió a mirarla, inseguro, y a los pocos segundos —que a Elise le parecieron interminables minutos—, cambió de idea y retrocedió hacia la salida con una expresión salvaje en la mirada, al tiempo que le gritaba a la rubia, que intentaba ponerse de rodillas:

—¡Tú harás lo que yo te diga! ¿Entendido?

Y salió dando un portazo.

Elise se quedó de pie mirando la puerta, aquella puerta que aparentemente era la misma de hacía unos instantes. La misma puerta, de la misma habitación, pero que ahora veía con otros ojos.

—¿Qué ha pasado? —alcanzó a decir finalmente, aunque aturdida y paralizada—. ¡Dios mío! ¿Qué quería ese hombre?

Katrine, que ya había conseguido levantarse de su cómica postura, se echó el pelo

hacia atrás, se frotó la cadera, se alisó la falda con las manos y salió cojeando de detrás del mostrador. Había perdido una de las sandalias y caminaba balanceándose hacia la puerta de salida con un pie descalzo. Cerró la puerta con el pestillo y se volvió hacia Elise. Durante unos instantes permaneció apoyada contra la puerta con la respiración entrecortada. Tenía los ojos muy abiertos y el pelo alborotado. Al caer al suelo había perdido un botón de la blusa, y ahora se la sujetaba con una mano. Allí de pie, contra la puerta, con la falda corta y el pelo revuelto, Katrine se parecía más a una heroína de telenovela que a la hija adoptiva que Elise solía imaginar. Elise seguía aterrorizada, sin moverse. La habitación estaba en completo silencio, salvo por la respiración entrecortada de Katrine y el teléfono que había empezado a sonar detrás del mostrador.

—¿No vas a responder? —dijo al final Katrine.

—No. Por supuesto que no. ¿Estás loca?

Elise se dio cuenta en seguida de lo cómico que había sonado su comentario. Las dos mujeres intercambiaron una mirada y Katrine comenzó a reír. Elise sonrió para sus adentros y volvió a preguntar:

—¿Qué quería ese tipo?

El cambio de humor hizo que Katrine relajara los hombros, aliviada.

—¡Qué más da! ¡Caray, qué tortazo me he pegado! —dijo riendo—. Me duele el trasero.

Se volvió y miró hacia la transitada calle, corrió el pestillo, abrió la puerta y echó un vistazo fuera.

—Afortunadamente, ya se ha ido —dijo.

Cerró de nuevo y regresó cojeando detrás del mostrador. Se calzó la otra sandalia y levantó la silla.

—Ya ha dejado de sonar —constató, haciendo una mueca en dirección al teléfono.

Elise, curiosa, insistió:

—¿Lo conocías?

Katrine desvió la mirada, contuvo el aliento y se arregló la blusa. Luego se sentó y ajustó la altura del asiento. Era evidente que estaba buscando una respuesta a toda velocidad.

Elise esperó pacientemente mientras la miraba con severidad.

Finalmente, Katrine dijo:

—Me imagino que se asustó cuando grité lo de la policía. No creo que vuelva.

Una mueca nerviosa cruzó el rostro de Katrine cuando se percató de que a su compañera no la convencía en absoluto su historia.

—Elise —dijo lentamente—, es verdad. Creí que era un cliente como cualquier otro.

Elise no contestó, tan sólo se quedó mirándola con incredulidad, sintiéndose como un maestro escéptico.

—No sé qué otra cosa puedo decir —continuó Katrine.

—¿Qué quieres decir con eso?

Katrine se volvió hacia ella, y Elise creyó leer una cierta desesperación en la expresión de su rostro. Pero con Katrine nunca se podía estar segura. Ahora sí le recordaba en gran medida a alguna de sus hijas, cuando el domingo por la mañana le mentían sobre la hora a la que habían llegado la noche anterior. Elise se levantó lentamente de la silla y caminó despacio hacia la puerta de entrada. Ahora le tocaba cerrarla a ella. Se puso de espaldas a la puerta y se apoyó en ella, con una postura inquisitiva, los brazos cruzados sobre el pecho le daban un cierto aire de autoridad.

—Katrine...

—¿Hum? —Su mirada azul era clara e inocente como la de un niño.

—¿Puedo sentirme a salvo en mi trabajo?

Katrine asintió despacio con la cabeza.

—Porque ya he pasado de los cincuenta —siguió Elise—, y quisiera quedarme aquí hasta los sesenta y siete. Me gusta trabajar en una agencia de viajes, me gustan las ventajas de este trabajo, me gusta viajar al sur por poco dinero, y no tengo ningún interés en retirarme anticipadamente y cobrar una pensión por discapacidad sólo porque tú no aciertas a distinguir entre antiguos amigos y antiguos amantes.

—Elise...

—Odio tener que decir lo que voy a decir —continuó Elise—. No sé si me expreso con claridad. Creí que nos estaban atracando; todavía estoy temblando y me duele el estómago.

Katrine meneó la cabeza.

—Lo lamento —dijo—. Pero yo no podía sospechar...

—Ese hombre que acaba de entrar —la interrumpió Elise con autoridad— es lo más parecido a lo que yo describiría como un macarra.

Sin permitir replicar a Katrine, que levantaba las dos manos a modo de defensa, continuó:

—Tú y yo nunca hemos hablado del pasado. —Al ver el efecto que sus palabras causaban en su interlocutora, se arrepintió de lo que había dicho y añadió—: Y no necesitamos hablar de él ahora. Lo único que quiero saber es si puedo sentirme a salvo aquí, en mi trabajo; en caso contrario, debo conocer más detalles, Katrine. ¿Tiene ese individuo algo que ver con tu pasado?

Katrine sonrió, todavía con su mirada infantil, azul y transparente. Y Elise se mordió la lengua; no debería habérselo preguntado de esa manera. Katrine soltó una sonrisa artificial y nerviosa, y luego aseguró:

—No, Elise, él no tiene nada que ver con lo que tú llamas «mi pasado».

En ese momento, Elise supo que su compañera estaba mintiendo, y al instante se culpó a sí misma por ello. Katrine le había mentado, y ahora ambas se encontraban en una situación poco agradable. Elise no sabía qué decir, y veía que Katrine adivinaba que le faltaban las palabras. Al mismo tiempo, Katrine se había dado cuenta de que Elise sabía que estaba mintiendo. Un pesado silencio se adueñó de la habitación. Katrine no hizo ningún esfuerzo por desmentir sus palabras y Elise no soportaba quedarse esperando a que el ruido de los coches y los tranvías se colara por las ventanas e hiciera que la situación se volviera agotadora y cotidiana. Así pues, se apresuró a añadir:

—Entonces, ¿no crees que ese tipo pueda volver y atacarme cualquier otro día?

—Claro que no.

Elise contuvo el aliento.

—¿De forma que esto sólo va contigo?

Katrine desvió la mirada. Elise permaneció aguardando su respuesta.

—Por supuesto. Sólo tiene que ver con mi pasado —admitió Katrine finalmente.

Elise respiró aliviada y cerró los ojos. Esa confesión era, en cierta forma, lo más importante que había sucedido ese día hasta el momento; más importante incluso que el propio episodio con el macarra. El hecho de que Katrine hubiera reconocido la verdad hacía que el equilibrio entre ambas se restableciera. Y más aún, implicaba que su amistad ya no estaba amenazada por la mentira.

—Gracias a Dios —murmuró Elise, abrió la puerta nuevamente y regresó despacio a su silla—. Gracias a Dios.

La campanilla de la puerta tintineó y las dos mujeres se sobresaltaron. Se miraron la una a la otra y Elise sintió que se le secaba la boca.

Pero no era el hombre, que volvía. Esta vez, la persona que abrió la puerta era una mujer joven que estaba interesada en los catálogos de viajes al sur.

Durante el resto de la jornada tuvieron mucho trabajo, como cualquier otro sábado normal: las mismas búsquedas incansables en el ordenador y los mismos clientes que no sabían lo que querían. Pero aún dentro de esa normalidad, a Elise un escalofrío le recorría la espalda cada vez que se abría la puerta. Cada vez que sonaba el conocido tintineo, miraba rápidamente al cliente que entraba, antes de echar otra mirada igualmente rápida a Katrine, que, dos metros más allá, parecía siempre dispuesta a recibir esa mirada en sus ojos azul claro, tanto si estaba ocupada como si no.

El reloj ya marcaba las dos cuando finalmente la tranquilidad se instaló en el local. Elise giró su silla en dirección a Katrine, aspiró hondo y contuvo la respiración.

—Ya sé lo que vas a decir —dijo Katrine mientras se masajeara las sienes—. Quieres que llame a la policía.

—¿No crees que es lo más sensato? —dijo Elise con calma—. Te ha amenazado.

Katrine asintió con la cabeza.

—Debo pensar un poco —contestó—. Tengo que reflexionar.

—Katrine... —comenzó a decir Elise con cautela.

—Por favor —la interrumpió la otra—. ¡Déjame pensarlo!

—Pero ¿qué quería?

Katrine no contestó.

—¿Era un antiguo novio?

—Tal vez eso es lo que él creía, hace ya mucho tiempo.

—Entonces, ¿es por celos?

—Te aseguro que esto no tiene nada que ver con el amor —suspiró Katrine—.

Tanto él como muchas otras personas son sólo sombras de un viejo sueño mío. Es extraño, pero ni siquiera recordaba su aspecto hasta que entró por la puerta.

—¿Cómo se llama?

Katrine pensó unos instantes.

—Raymond —dijo al cabo de un rato—. Fíjate que hasta me había olvidado de eso.

—Pero ¿qué era lo que quería?

Katrine se levantó.

—Te prometo que te lo diré —aseguró—. Pero ahora no. Primero tengo que pensarlo, y debo pedir ayuda para solucionar esta situación. Prometo decírtelo después.

Elise asintió despacio.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Algo que no me apetece nada hacer.

Elise sonrió al pensar en su novio, el de la cabeza rapada.

—¿Vas a dejarlo?

—¿Con Ole? Más bien será él quien me deje a mí un día de estos. Pero esta tarde saldremos juntos.

—¿Adónde vais a ir?

—A una fiesta.

—¡Pues cómo debe ser esa fiesta, cuando tienes tan pocas ganas de ir!

—Sí —dijo Katrine suspirando—. No me apetece en absoluto, pero tengo que ir.

El ambiente de la tarde

Ole, que estaba tumbado en el sofá, se incorporó perezosamente y se sentó. Era un sofá incomodísimo que Katrine había comprado en el rastro, una especie de sofá cama de los años setenta, con una dura y gruesa estructura de pino y un asiento que se hundía tanto que era imposible conseguir apoyo para la espalda; o bien uno se tumbaba o bien tenía que sentarse con las piernas encogidas para obtener una relativa posición vertical.

A Ole le irritaba que Katrine tuviera semejante sofá. Lo que más le molestaba era pensar que todas las visitas que la joven recibía tenían que resolver el problema de sentarse o de echarse en él. Cada vez que Katrine se sentaba allí, lo hacía sobre sus piernas, invitando a una cierta intimidad corporal. Y Ole sintió que su irritación iba en aumento al recordar que Katrine era una mujer que invitaba continuamente a la intimidad. Un sonido de la tele desvió su atención. El Viking había logrado aventajar al contrario. Pero el partido que televisaban era el Molde contra el Stabæk; una mierda de partido. Frode Olsen, el guardameta, se aburría tanto que estaba a punto de empezar a hacer ejercicios gimnásticos con el travesaño, y a los cámaras les parecía más divertido enfocar el banquillo del Molde que el balón. En ese instante, Katrine pasó contoneándose por delante del televisor, sin ropa, evidentemente, y con el pelo mojado por la ducha, y bajó el volumen del aparato sin decir una palabra.

—¿Y ahora qué pasa? —protestó Ole.

—Nada.

—¿Por qué no puedo ver la tele?

—Por Dios, sí puedes verla, pero no es necesario que esté tan alta. Hay mucho jaleo por aquí. Bájala, voy a hacer una llamada.

Y con estas palabras desapareció, dando un portazo. El contorno de su cuerpo se redujo a una sombra huidiza y pálida tras el cristal translúcido de la puerta. Esa era Katrine en todo su apogeo: desnuda, llamando por teléfono, y poniendo mucho cuidado en que él no la oyera. Una forma de ser, llena de secretos, que él no podía tolerar. Y ahora no sabía qué era lo que le daba más rabia, si su desnudez descuidada o el portazo que lo había dejado sin enterarse de cosas que él tenía derecho a saber. De repente sintió que la furia se apoderaba de él; se levantó, abrió la puerta de un manotazo y gritó:

—¡Eres tú la que arma jaleo!

Ella lo miró de forma inquisitiva con el teléfono bajo el mentón. Ole permaneció inmóvil, recorriendo con la mirada el cable del teléfono, que rodeaba uno de los pechos de la joven. Parecía estar posando para una de esas revistas masculinas.

—Y ¿por qué no vas vestida? —ladró él.

—Pero, cariño, si acabo de salir de la ducha.

—Pero podrías vestirme antes de llamar por teléfono.

—Ole, esta es mi casa. Y hago lo que quiero.

—Pero ahora estoy yo aquí.

Katrine bajó el auricular del teléfono y le sonrió de costado.

—Normalmente no te importa si voy vestida o no.

Se levantó, cogió la toalla que colgaba de un gancho en la pared y se la enrolló cuidadosamente, de forma que le cubriera desde el pecho hasta la mitad de los muslos. Volvió a sentarse otra vez junto al teléfono, cogió firmemente el auricular y miró hacia arriba.

—¿Así te parece bien? —le preguntó.

—No —contestó él, cada vez más enojado y más agresivo. No le gustaba nada el tono desdeñoso de Katrine, que parecía estar burlándose de él.

—Voy a llamar, ¿quieres salir de una vez y dejarme hablar en paz?

—¿A quién vas a llamar?

—Eso no es cosa tuya.

Ole Eidesen sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—¿Cómo que no es cosa mía?!

Katrine suspiró y cruzó las piernas antes de acomodarse la toalla.

—Ole, ya basta, por favor.

—Quiero saber a quién llamas —dijo él tragando saliva.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Ole, yo nunca te pregunto a quién llamas tú.

—Pero yo quiero saberlo.

Ella respiró hondo y cerró los ojos.

—Pero ¿por qué?

—Porque tengo derecho.

Los ojos de Katrine se achicaron. Ole odiaba ver que ella ponía los ojos así, porque eso significaba que en el fondo de su mirada azul aparecía una voluntad férrea.

—Ole, no quiero que empieces con esto ahora. Debes respetarme.

Él cerró los ojos un instante. No quería decirlo, pero se le escapó; no pudo evitarlo.

—No podemos seguir así por más tiempo. ¿Qué es eso de cerrarme la puerta en las narices?

—¿Qué quieres decir?

—Que no debes cerrarme la puerta en las narices.

—Yo decido cuándo quiero estar sola —replicó Katrine tercamente—. Hago lo mismo con todo el mundo. También contigo.

—Sola no estás, cuando estás hablando con otros.

Katrine contuvo el aliento. Miró fijamente la pared como si estuviera contando para sus adentros, luego respiró y dijo, como rogando, en voz baja:

—Por favor, Ole, no empieces. Por hoy ya he visto suficientes hombres celosos.

—Quiero saber a quién llamas. No tienes derecho a ocultármelo.

—¿No? —susurró Katrine con voz helada—. ¿Qué quieres decir con que no tengo derecho?

De repente, Ole dio un paso al frente, y antes de poder darse cuenta de lo que hacía, agarró a Katrine del pelo y la levantó del asiento.

—¡Ay! —chilló ella, casi perdiendo el equilibrio. La toalla resbaló al suelo y uno de sus suaves pechos rozó el brazo de Ole—. ¡Déjame en paz! —jadeó.

Con la misma rapidez con que la había cogido, la soltó, serenándose.

—Perdona —tartamudeó, tratando de abrazarla.

Pero Katrine, que estaba intentando ajustarse de nuevo la toalla, lo empujó con lágrimas en los ojos.

—Vete —le dijo, y se frotó la cabeza—. Santo Dios, ¡estás loco!

—Te he pedido perdón.

—¡Y yo te he pedido que te vayas! —gritó ella—. ¡Fuera de aquí! ¡Voy a llamar por teléfono!

Aturdido, Ole retrocedió hacia el salón.

—No tienes derecho a tener secretos conmigo —murmuró—. Ningún maldito derecho.

—¡Fuera! —rugió Katrine. Y volvió a cerrar de un portazo.

Ole se quedó mirando el contorno de aquel cuerpo desnudo a través del cristal translúcido y vio cómo se recomponía, levantándose y quedándose un rato frente al espejo, de espaldas a él. Luego, su sombra se desplazó hacia adelante y hacia atrás. Ole la siguió con la mirada hasta que Katrine se sentó otra vez junto al teléfono y levantó el auricular. Entonces vio cómo la actitud del cuerpo de la chica cambiaba; ahora había echado la cabeza hacia atrás y se peinaba con la mano, con movimientos largos y pausados. Su voz se oía baja y tierna, una voz que le hablaba a otra persona, una voz que pronunciaba palabras que él no podía oír. Pero lo que sí oyó fue su risa, y sintió que los celos le quemaban las entrañas. Necesitaba saber a quién demonios estaba llamando. No era justo que lo sacara de sus casillas de ese modo. Debería haberse dado cuenta antes de eso, de cómo se enfurecía cuando ella se comportaba así.

El público de la tele gritaba. Ole Eidesen miraba la repetición de la jugada a cámara lenta. Frode Olsen volaba por los aires mientras rozaba con tres dedos la pelota que entraba en la portería. Un jugador vestido de azul mostraba su descontento con los dos puños. Pero a Ole ni siquiera eso le importaba ya, no podía apartar de sus

pensamientos a Katrine, que ya había colgado y ahora se disponía a marcar otro número. Un frío helado lo sobrecogió. Lo estaba traicionando. Su novia estaba allí, a tres metros de distancia, traicionándolo en aquel preciso instante delante de sus propias narices.

La fiesta

Annabeth y Bjørn habían dispuesto la mesa en la enorme sala que hacía esquina. La mesa también tenía forma de L. La parte más larga de esta última estaba ubicada en la parte más larga de la sala. Sobre cada plato había tarjetas con los nombres de los comensales escritos con letra caligráfica, y a Katrine le tocó sentarse en el rectángulo formado en la parte corta de la L.

La mayoría de los huéspedes le eran desconocidos. A los únicos que Katrine conocía era a los que compartían el piso, y de estos solamente podía ver desde su sitio a Sigrid y a Annabeth. El marido de Annabeth, Bjørn Gerdhardsen, estaba sentado frente a ella. «Va a ser algo incómodo, e incluso puede llegar a ser complicado», pensó en el momento en que sus miradas se cruzaron.

Pero, por suerte, también estaba Ole sentado junto a Bjørn. Al otro lado de Ole había un tipo gordo al que sólo había visto algunas veces en el centro. No sabía su nombre, pero creía que posiblemente tuviera algún cargo en la comisión. Por otro lado, Katrine ya se había percatado de que era homosexual, a juzgar por sus gestos amanerados y su excesiva efusividad.

Entre Ole y el marica había una mujer de unos veintitantos años a la que tampoco conocía, y Ole parecía bastante interesado en ella, ya que no dejaba de mirarla de reojo. Ella, por su parte, le seguía el juego, desviando la vista tímidamente hacia abajo.

«Esto no pinta nada bien», se dijo Katrine, que había podido estudiar a la mujer antes de sentarse. No era muy alta, pero tenía unas piernas larguísimas y enfundadas en unas medias de nailon que disimulaban otros detalles menos favorecedores, como un pelo áspero y con las puntas abiertas o unos dedos cortos con las uñas mordidas hasta la raíz. Pero su rostro, de rasgos un tanto irregulares, mostraba una profunda sensualidad, con unos ojos vulnerables y una fina tez dorada. El hecho de que se estableciera una corriente de simpatía entre Ole y la desconocida hizo que Katrine reconsiderara sus propios sentimientos. Pensó que el interés no disimulado de Ole por la otra debería ponerla celosa, pero lo raro era que no sentía celos; lo único que sentía era un increíble enfado provocado por la falta de habilidad de su novio para flirtear. Y ese sentimiento, esa ausencia de celos, la asustaba un poco. Recordó sus horas de terapia, lo que había descubierto con respecto a su vida sentimental, y cómo había aprendido a reconocer las señales de peligro.

Y allí estaba ahora, en la vida real, inquietándose por no sentir celos y preguntándose qué querría decir eso. Pero al mismo tiempo no podía abandonarse completamente a esos pensamientos, porque sentía el aguijón del miedo por las cosas desconocidas que podrían suceder durante el resto de la velada, y la ausencia de celos hacía más poderoso ese miedo. El hecho de que Ole la irritara por interesarse por otra

hizo que, en cierta forma, Katrine viera a Bjørn Gerdhardsen con otros ojos, más peligroso por así decirlo, y se le hacía difícil evitar su mirada. Parecía que la conversación en torno a la mesa se desarrollara de forma muy lenta, y lo peor era que Katrine sentía que era la culpable de esa lentitud. Su comportamiento huraño representaba un obstáculo para los demás, y sentía que era ella la que volvía la conversación aburrida. Lo sabía y, sin embargo, no podía cambiar de actitud; se sentía aturdida y deseaba marcharse.

La lentitud de la conversación se interrumpía de vez en cuando porque Annabeth invitaba a brindar, levantándose desde el vértice de la mesa en forma de L. Katrine brindó con agua mineral, y cubrió su copa con la mano cuando Bjørn Gerdhardsen quiso servirle vino.

Después del plato principal, la mujer de las piernas largas sacó un cigarrillo. Bjørn Gerdhardsen buscó en los bolsillos de su chaqueta, Ole no se percató de nada, pero el marica gordo les ganó la mano a ambos y le encendió galantemente el cigarrillo.

—He ganado yo —le dijo a Bjørn Gerdhardsen, riendo—. ¡Bien por mí!

Todos rieron. Esa salida infantil alivió un poco la tensión del ambiente. Hasta Katrine rio. Fue una risa liberadora.

—¡Eh, Georg! —chilló Annabeth desde su asiento con el vaso levantado—. ¡Salud!

—Goggen —dijo el marica—. Todos me llaman Goggen... —Y se volvió hacia la mujer de las piernas largas—. ¿Visteis en la televisión, el sábado, a ese nuevo? ¿A ese al que tomaron por psicólogo?

La patilarga comenzó a reír, se atragantó con el humo y empezó a toser. Ole no perdía de vista el escote, donde se balanceaban sus senos.

Katrine pensó que se encontraba completamente fuera de lugar.

Goggen seguía:

—Y luego el paciente dijo: «No soy yo...».

Se acomodó mejor en la silla, se le hincharon los mofletes y arrugó el morro hasta parecer todavía más estúpido. Katrine comprendió que estaba tratando de imitar a alguien. Goggen proseguía, poniendo una voz masculina de camionero:

—... y le dijo al psicólogo: «¡Es usted el que está obsesionado con el sexo, si no, no preguntaría tanto!».

La mujer de las piernas largas y Ole reían a carcajada limpia, y entonces Katrine sintió un frío que le recorría la espalda al descubrir un pie que le tocaba delicadamente el suyo por debajo de la mesa. No podía ser Ole, pero no se atrevía a levantar la vista. «Que no sea Bjørn —se dijo—. Bjørn no puede ser tan desvergonzado». Sin embargo, no había otra posibilidad. Ese pensamiento le puso la carne de gallina, luego le entró calor y comenzó a sudar. El pie siguió explorando su

pierna lentamente, subiendo y bajando por la pantorrilla. Aun cuando ella sabía de quién era, no consiguió hacer otra cosa más que aferrarse a su asiento mientras levantaba la vista. El gordo que quería que lo llamaran Goggen seguía hablando.

—La hostia de bueno —decía con toda seriedad—, es la hostia. El tío tiene personalidad, ¿sabes?, picardía y...

Katrine cerró los ojos y apartó el pie de una patada. Cuando los abrió, vio a Bjørn Gerdhardsen sonriendo de forma sutil y retadora.

Katrine sintió que una mirada que venía de lejos le quemaba la mejilla, y volvió la cabeza hacia allí. Era Annabeth. Su mirada no dejaba lugar a dudas: de alguna forma, había entendido lo que estaba pasando. El nudo que Katrine sentía en el estómago se volvió de hielo puro. «Annabeth lo sabe. La muy bruja lo sabe. Y Bjørn sabe que ella lo sabe. Por tanto, debe de habérselo dicho él mismo». Giró de nuevo la cabeza y miró al marido de Annabeth. Él sonreía, tras seguir la mirada de Katrine, y ahora le guiñaba un ojo sin hacer el menor esfuerzo por disimularlo. ¿Y quién se daba cuenta? Annabeth, por supuesto, y también Goggen. El opulento marica se percataba del magnetismo que se respiraba en el ambiente como un ciervo inquiere la mirada del cazador en la penumbra. Goggen se puso a estudiarla con renovado interés. Y Bjørn Gerdhardsen sonreía más y más cada vez. ¡Cómo odiaba a ese hombre! Odiaba a Bjørn Gerdhardsen, pero había bajado la mirada, y al mismo tiempo se despreciaba a sí misma por haber perdido la partida. Fijó la vista en el mantel mientras sentía que el sudor le corría por el cuello.

—Hay demasiado humo aquí —dijo en voz alta—. Necesito aire fresco.

Y diciendo esto se levantó y se precipitó hacia la salida. Una mano de mujer le abrió la puerta, y al mismo tiempo que ella salía a la terraza, oyó que, dentro, la gente se levantaba de la mesa.

—¡Café en el salón! —retumbó la voz de Annabeth—. Haced el favor de servirnos vosotros mismos. Os lo he dejado todo a mano, porque da demasiado trabajo servirnos a todos... *self service!*

La voz hizo eclosión en la última palabra.

Katrine respiró el aire fresco. Era una noche gris del mes de junio. Se apoyó en la barandilla de la terraza, miró hacia abajo y vio una piscina azul profusamente iluminada. «Uno podría zambullirse desde aquí», pensó. Aquella luminosa agua azul se encontraba en el centro de algo que parecía un patio de azulejos; alrededor del patio crecían algunos árboles frutales. Entre estos, divisó una farola encendida en la calle, que emitía una luz anaranjada sobre la acera, al otro lado de la verja. Dejó que su mirada se perdiera en la inmensidad; la vista de la ciudad se ocultaba tras las gigantescas copas de unos árboles en la lejanía.

Fue consciente de que él se encontraba allí antes de que hablara, y el hecho de saber que estaba justo detrás de ella la hizo volver a sudar.

—Así que estabas aquí —susurró la voz.

El sonido de aquellos pies sobre las losas de la terraza le resultaba desagradable. Katrine no contestó, ni siquiera se volvió.

La imagen de él se reflejó en la piscina de abajo.

—¿Coñac? —preguntó mientras le ponía un vaso delante, sobre la ancha baranda de madera. La luz amarilla de la puerta que daba al comedor se reflejó en la copa de licor.

Los dedos del hombre eran gruesos, y la piel parecía hinchada alrededor de su anillo de bodas. El reloj de pulsera, compuesto de una esfera azulada enmarcada por una gruesa cadena de metal, era bastante hortera; parecía sacado de una película de James Bond.

—No, gracias —respondió ella—. ¿No has visto a Ole?

—¿Te gusta nuestro jardín? —preguntó Bjørn Gerdhardsen, como si no hubiese oído su pregunta.

Ella contempló su propia imagen en el agua azul del fondo. Y contempló también la imagen de Bjørn Gerdhardsen. Un hombre hortera con ropa hortera junto a una rubia maquillada. Parecía el malo de las películas de 007.

—Demasiado grande —dijo cortésmente—. Seguramente da mucho trabajo.

Él se había apoyado contra la baranda, de espaldas, y tomaba pequeños sorbos de su copa.

—Podrías venir a ayudarnos, de vez en cuando —sugirió, sonriendo—. Tú tienes tan buena mano...

Katrine se quedó inmóvil. La sonrisa del hombre mostraba a un macho seguro de sí mismo. Pero no importaba; esa clase de mirada, ese acercamiento sin rodeos era un juego que ella dominaba. «Puedo enfrentarme a esto», pensó, concentrándose, mientras lo miraba tranquilamente a los ojos y sentía que sus nervios se relajaban.

—Tienes buena memoria —dijo ella, pero inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. Era como arrojarle un cabo, un salvavidas, que él recogió solícitamente.

—Tú también —dijo él.

Siguió un silencio paralizante. Dentro de la casa se oía barullo de risas y fiesta.

—Si quieres, puedo enseñarte el jardín —sugirió él con una media sonrisa.

Katrine sintió que en su rostro insensible su boca posaba una sonrisa artificial, mientras trataba de clavar en él una dura mirada.

—Eres un verdadero cabrón —le dijo lentamente, para que él apreciara cada sílaba.

Pero sus palabras no surtieron ningún efecto; tenía que admitirlo, estaban en su terreno, en su casa. Ella estaba allí por ellos: era una parte del decorado esa noche, algo exótico que Annabeth y Bjørn podían mostrar al público: «Vean la casa: el jarrón

africano, las máscaras talladas de la pared, la mesa italiana y la pobre drogadicta que Annabeth consiguió llevar por el buen camino. “¿A quién te refieres? ¿A esa de allí, la rubia? ¡Es muy guapa, ¿no?!”».

Al mismo tiempo que pensaba esto, notó que la mano de él le acariciaba el trasero.

—No me toques —le espetó, mientras las lágrimas le saltaban de los ojos y se interponían como un lienzo húmedo delante de su campo visual.

Él carraspeó. La mano se deslizó entre sus muslos.

—Voy a gritar —dijo ella, y se despreció aún más a causa de esas torpes palabras. Si al menos aquello hubiese sucedido en otra parte, en la calle, en la escalera de una finca, o en cualquier otro sitio que no fuera allí, ya le habría propinado una patada en sus partes. Pero allí era una extraña, una extraña que además estaba paralizada.

Él retiró la mano.

—No grites todavía —dijo fríamente.

Katrine se volvió y a través de la puerta de cristal vio que Annabeth andaba buscando a su marido.

—Tu mujer te busca —dijo.

—No —contestó él irónicamente—. Nos busca a los dos.

Levantó el vaso y buscó su mirada, pero Katrine miró hacia el vacío, oyendo su propia voz que decía, como en la lejanía:

—Tú no significas nada para mí, nada en absoluto.

Y harta ya de ese juego, harta de parecer una mujer fácil que se acostaba con el primero que pasaba, se apartó bruscamente del hombre y entró con paso rápido por la puerta en la sala llena de humo.

Incómoda, se abrió camino entre la gente vestida de fiesta; sentía que parecía que le quemaban las miradas de los presentes. Caminaba torpemente, como un orangután en un espectáculo de ballet. En la otra punta del salón alcanzó a ver a Ole, que se inclinaba sobre la mujer de las piernas largas, murmurándole algo al oído mientras ella soltaba unas risitas contenidas y se atusaba el pelo. Aparte de ellos, solamente conocía a Sigrid, del centro, y a Bjørn Gerdhardsen. Se dirigió junto a Ole, que perdió la compostura nada más verla aparecer. Carraspeó y murmuró un «hola» forzado. La mujer cigüeña empezó a tantear en busca de otro cigarrillo; a continuación se volvió de forma elegante y comenzó a alejarse, abriéndose camino entre la gente.

Ole tomó a Katrine del brazo.

—¿Damos un paseo?

Llegaron a un saloncito con un gran piano frente al cual estaba sentado el gordo de la comida, Georg Beck, alias Goggen.

—Con este, no —le sopló Ole en la oreja—. Es gay.

Katrine hizo un esfuerzo por sonreír, y él añadió:

—Pídeme ayuda si intenta algo.

Se sentaron en el círculo que rodeaba a Goggen, que estaba contando una aventura que habían tenido él y su antiguo amante con una conocida actriz de televisión. Según Goggen, a la mujer le parecía excitante ir de fiesta con dos gays. Los tres habían estado bebiendo generosamente durante toda la noche, y a altas horas de la madrugada habían llegado a intimar hasta tal punto que, mientras ella les mostraba su apartamento, terminaron los tres en una cama con dosel.

—La pillamos entre los dos —dijo Goggen con voz sibilina—. Quiero decir al mismo tiempo. —Le guiñó un ojo a Katrine y se dirigió a Ole—: Él aparcó allí donde más les gusta a las chicas... —pausa artística, exclamaciones del público—, y yo me situé un poco más atrás. —Hubo más exclamaciones. Goggen continuaba su relato en voz tan alta que ya casi estaba gritando—: Era muy excitante, porque sentíamos nuestros penes en contacto todo el tiempo; no había más que un poco de piel entremedio.

Katrine miró a Ole. Él estaba colorado hasta las orejas, no sabía si porque estaba azorado o bien enojado. Estaba igual de rojo que Goggen. «Son los dos iguales», se dijo Katrine, y siguió mirando a Goggen, que ya estaba pasando a la mímica. Se inclinaba hacia atrás, agobiado por los kilos y la cara toda colorada. Con el rostro retorcido por una mueca enfermiza, aspiraba aire y los carrillos se le hundían como si estuviera tocando la trompeta. Acto seguido, abrió la boca, descubriendo unas manchas blancas en la lengua, y con la mirada perdida a lo lejos, comenzó a imitar a la mujer:

—Hiii, hiii... —chilló—. Ella gritaba todo el rato. Hasta le caía la baba del labio inferior...

Ole tocó el brazo de Katrine para indicarle que salieran. Pero en ese instante ella notó que su angustia se transformaba en furia. Era una furia que se había ido acumulando en su interior durante la velada, y que se desató ante la solemne moralidad de Ole. Katrine decidió no moverse de su sitio y, por el rabillo del ojo, constató que Ole tampoco se movía.

La risa de los asistentes comenzaba a esfumarse, y la señorita Cigüeña, que por alguna misteriosa razón también se encontraba allí, le susurró a su vecino, de forma que todos la oyeran:

—Esto ya se está poniendo un poco vulgar, ¿no crees?

—¡Dios nos libre! —contestó el vecino, e hizo como que sofocaba un bostezo, poniéndose la mano sobre los labios—. Mientras no se le ocurra contar la batalla del taburete del piano... ¡mierda! —graznó, para añadir de inmediato—: ¡Demasiado tarde!

—¡En el Bristol! —pescó Goggen al vuelo—. Entré y me encontré con un precioso taburete junto al piano, en el bar del Bristol, y como soy así, me senté y

empecé a tocar una sonata ligera. Al poco, empecé a notar que se hacía el silencio a mi alrededor, pero como ya era demasiado tarde para parar, seguí tocando hasta terminar la pieza. Cuando terminé, vi que había un hombre a mi lado...

—¡Un hombre! —gritó la Cigüeña, fingiendo excitación—. ¡Qué ilusión!

Y su vecino añadió:

—Ya, las mujeres y los taburetes de piano... La gorda esa que es tan buena tocando, ya sabes. He oído que revienta dos taburetes por concierto.

Ole rio. Sólo tomaba parte en la conversación cuando Goggen pasaba al papel de víctima. Los ojos le brillaban. La Cigüeña pestañeó para dirigirse a Ole:

—¿Revierta los taburetes?

—Claro, esos taburetes son delicadas obras de arte.

—Sentí... —gritó Goggen, enfadado—. Sentí una mano...

—¡La mía no era! —dijo una voz entre la concurrencia.

Se oyeron risas y Goggen, ofendido, continuó:

—Muy gracioso, muy gracioso. Bueno —la atención del público volvía a estar centrada en él—, yo estaba sentado tocando cuando sentí una mano en el hombro —repitió, con la voz embelesada y los ojos semicerrados; por un instante hubo luz en su mirada descolorida—. Me volví y lo miré... Pero di un brinco cuando lo vi y oí que me decía: «Bellísimo». —Goggen se permitió hacer una pausa artística—. Era una voz sonora, bonita y agradable —continuó, como recitando, y repitió—: «Bellísimo». —Se llevó la mano al hombro como para apoyarla sobre aquella mano que había ejercido su presión allí, hacía ya muchos años, y se retorció en su asiento—. «Ha sido bellísimo», dijo la voz, y luego soltó mi hombro para darme...

—Venga ya —exclamó una de las mujeres de la mesa volviendo la cabeza para comprobar si los demás también se mofaban—. Y ¿qué fue lo que te dio?

—¡Sí, hombre! —salió otra voz de la mesa—. ¡Y con una sola mano!

—Aquel hombre —continuó Goggen, impávido— era Per Abel ^[1].

El nombre surtió efecto. Una oleada de asombro recorrió la mesa. Goggen sonreía con expresión triunfal, mientras asentía con la cabeza y repetía:

—¡Per Abel!

En ese instante, Katrine descubrió a Annabeth en la puerta. Estaba borracha. De hecho, todos estaban ebrios. Todos los virtuosos trabajadores sociales, que vivían de solucionar los problemas de drogadicción de la gente, estaban borrachos. Eran todos bebedores, lascivos, y además viejos. La joven sintió náuseas.

Un hombre que no había comprendido la historia de Goggen soltó una risita, mirando a los demás, y preguntó:

—¡Cielos! ¡Per Abel! ¿Tiene tu misma edad, Goggen?

Todos estallaron en carcajadas.

—¿Quién ha dicho eso? —Goggen se levantó, amenazador, con un brazo en alto

y los mofletes vibrándole por la furia—. ¿Quién ha dicho eso? Lo reto en duelo.

—¡Siéntate, viejo truhán! —gritó una mujer—. ¡Siéntate y abróchate la bragueta!

Hubo nuevas risas, y todos levantaron sus vasos. Katrine se volvió porque notó que había alguien que caminaba hacia ella. Era Annabeth, que se tambaleaba en su dirección. Katrine apretó la mano de Ole y permitió que él se la llevara de allí. A sus espaldas, oyó que alguien decía:

—La gorda esa de los taburetes, Goggen, ¿puedes mostrarnos cómo se las ingeniaba para sentarse?

Annabeth estaba cerrándoles el paso. Caminaba dando tumbos y esforzándose para mantener el equilibrio.

—Katrine —dijo amablemente—. ¿Te lo estás pasando bien? —Y, sin esperar respuesta, continuó hablando—: Espero que te estés divirtiendo —la lengua se le trababa y las eses le salían graves y disonantes.

Katrine sonrió, a pesar de las náuseas que sentía.

—La comida estaba riquísima, Annabeth, realmente buena —dijo.

Annabeth le puso una mano entre las suyas. Katrine las miró y vio las manos de una vieja, con la piel manchada. Tenía bolsas en los ojos.

—Te apreciamos tanto, Katrine —dijo Annabeth, y rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, Annabeth?

Aunque Katrine habría preferido estar a muchos kilómetros de distancia de allí, consiguió modular su voz con un tono cariñoso. Frente a ella estaba la dueña de la casa, que era también la directora del centro, y que ahora estaba completamente borracha. Katrine se arrepentía de haber acudido a la fiesta.

La punzada de desagrado que había estado sintiendo en el estómago desde que había entrado en la casa, la punzada que había estado luchando por mantener a raya en lo más hondo de su ser, se liberaba ahora de las garras que la habían retenido en el fondo del estómago. Katrine notó que la sensación de asco se extendía ahora como fuego por todo su cuerpo, un dolor ardiente y paralizante que comenzaba en el estómago y que, desde allí, se repartía por el resto del cuerpo.

Al mismo tiempo que la repugnancia iba apoderándose de ella, la joven alcanzó a pensar que con anterioridad había visto grupos incluso más repugnantes que aquel. Cerró los ojos, y al abrirlos de nuevo distinguió a Ole, que estaba detrás de Annabeth y la miraba con desesperación. Durante unos segundos, Katrine sintió un gran desprecio por él y por todas las personas que la rodeaban en aquellos momentos: Annabeth y sus flamantes conocidos, que se atiborraban de vino, cerveza y aguardiente para tener el valor suficiente para contarse sus secretos, tocarse, practicar la infidelidad y la amoralidad.

Annabeth estaba frente a ella, susurrándole secretos a Ole que Katrine no tenía ganas de oír, porque no tenía fuerzas para oírlos. Pero el dolor que le subía del

estómago alcanzó a enturbiarle también la mente. Los oídos le zumbaban, y se dio cuenta de que no oía nada.

Annabeth se tambaleaba mientras movía los labios. Sus dientes eran largos y estaban llenos de sarro. Unos dientes de persona mayor que había fumado demasiados cigarrillos y que había pronunciado demasiadas palabras vacías. Tenía los ojos rojos, acuosos y desorbitados. En la mano llevaba una botella de vino abierta. La agitó y volvió a tambalearse, dio un paso vacilante hacia un lado y, sin querer, estrelló la botella contra el marco de la puerta. Una ducha de vino tinto bañó a Annabeth como a cámara lenta; parecía como si alguien la hubiese despellejado, dejándola en carne viva, con el pelo mojado de sangre, que le caía por la cara y el cuello, y convertía su rostro en una gran herida roja y abierta. La vieja profirió un grito ronco, un grito que sobrecogió a Katrine. La joven sentía que el dolor invadía su cuerpo y se le juntaba en la garganta como una náusea convulsiva, y que, sin embargo, tuvo la virtud de devolverle la capacidad de oír. Mientras tanto, Annabeth, con la cara cubierta de vino, comenzó a reír como una histérica.

La risa de la vieja era sólo un zumbido indescifrable en los oídos de Katrine. Durante un segundo se encontró con los ojos de Annabeth, que parecían dos oscuros túneles desiertos que conducían a un cerebro que ya no era un cerebro, sino un racimo palpitante de gusanos blancos. El estómago de Katrine dio un vuelco. Se percató de que estaba a punto de vomitar; estaba clarísimo, el contenido de su estómago ya iba de camino hacia arriba. La vista se le nubló completamente. Los gusanos blancos se le acercaron todavía más, y una corriente roja circuló por su garganta, como proveniente de una fuente de sangre.

Alguien la sostenía. Katrine podía sentir unas frías losas bajo sus rodillas y se daba cuenta de que estaba vomitando; escupía en un váter. Los ruidos de la fiesta se colaban por la puerta del baño. Miró hacia arriba. Ole estaba encima de ella; sus ojos reflejaban preocupación.

—Quiero que salgas de aquí —gimió ella.

—Te has desmayado —dijo él—. Esa bruja ha roto la botella de vino y tú te has desmayado. Menuda fiesta. No deberías beber tanto.

—Yo no bebo —replicó Katrine mirando hacia arriba—. No he probado una gota en toda la noche.

—¿Y por qué te has puesto así entonces?

Katrine no alcanzó a contestarle porque las náuseas habían vuelto a empezar. Esta vez ya no vomitó comida, sino que sentía como si echara té hirviendo. Balbuceando, pidió un poco de papel higiénico. Sus dedos rozaron un trapo: era Ole, que le tendía una toalla.

—No sé —dijo ella—. Tal vez haya sido la comida.

Él tiró de la cadena. El ruido de la cisterna enmascaró el de la fiesta que se colaba

por la puerta. Katrine se limpió la cara con la toalla.

—¿Por qué estás aquí todavía? —preguntó ella—. Quiero estar a solas. No quiero que me veas así.

—¿Y tú crees que a mí me apetece estar a solas con esa gente? —murmuró él.

Ella asintió con la cabeza y volvió a notar fuertes arcadas, aunque esta vez no vomitó; bueno, tal vez una gota de un ácido corrosivo que le llegó hasta la lengua. Luego notó la corriente de aire de la puerta cuando él la abrió para salir, y se sintió mejor.

Ole era tan hipócrita como todos los demás; se integraba bien con aquella gente y trataba por todos los medios de no quedar mal. Podía hallar con facilidad temas de conversación y dedicarles pequeños cumplidos a las señoras. En aquella fiesta se sentía como pez en el agua. Sólo ella era una extraña; allí no pintaba nada. Tenía que irse a casa, necesitaba estar con gente que la hiciera sentirse bien. Esa era la solución: irse a casa, si es que había algo que ella pudiera llamar «casa».

Se sintió un poco mejor y se incorporó apoyándose en el retrete. Se sentó en él y se vio reflejada en un enorme espejo. Así que en aquella casa la gente se miraba al espejo cuando se sentaba en el váter, incluido el marido de Annabeth, Bjørn Gerdhardsen. Tal vez se sentaba allí todas las noches y se masturbaba un poco antes de acostarse. Katrine sacudió la cabeza para apartar esa visión de su mente. Tenía el estómago vacío, ya no sentía náuseas, pero las tripas le dolían del esfuerzo que había hecho. Se sentía como una adolescente que toma su primera sobredosis antes de caer la noche. Con las rodillas juntas, la baba rezumando por la barbilla, los ojos desorbitados, la tez pálida, el pelo completamente sudado cayéndole sobre la frente y el rímel de las pestañas corrido, Katrine se acordó del aspecto tan absurdo que tenía Annabeth cubierta de vino. Y de nuevo regresaron las náuseas, aunque esta vez las contuvo. Trató de quedarse quieta, con los ojos cerrados y tragando saliva. Ya sabía en qué no tenía que pensar. Abrió los ojos lentamente y se miró al espejo. El ruido de la música y las risas se colaban por la puerta.

Si hacía un rato no había sido una buena participante en las conversaciones, mucho menos lo sería ahora. «¿Lo viste? —diría la gente—. Aquella pobre chica descarriada de la que se hizo cargo la acción social se emborrachó y estuvo vomitando en la fiesta de Annabeth. ¡Menudo espectáculo!».

Alguien comenzó a golpear la puerta.

Pero Katrine quería estar sola, completamente sola. Volvieron a golpear. Eran golpes recios, golpes de asistente social. Golpes de no-me-rindo. Golpes de tengo-que-hablar-contigo. Golpes de mujer.

—¿Katrine? —Era Sigrid—. Katrine, ¿estás bien?

Katrine quería estar sola; bueno, no exactamente. En realidad, quería estar con Henning, pero sin sentir que las expectativas y las miradas entrecortaban el aire.

—¡Katrine! —Sigrid seguía golpeando.

La joven se levantó y entreabrió la puerta.

—¡Madre mía, vaya pinta, mi niña! —Sigrid se mostraba tan solícita como siempre. Se deslizó por la abertura de la puerta, se coló en el baño y empezó a lavarle la cara a Katrine—. Así, ¿estás mejor ahora?

—Creo que quiero irme a casa —dijo Katrine, haciendo muecas frente al espejo—. ¿Puedes pedirle a Ole que llame a un taxi?

—Mejor lo haré yo; Ole ha desaparecido por el jardín.

—¿Por el jardín?

—Sí, es que Annabeth está invitando a la gente a bañarse en la piscina, y también quiere mostrarles un estanque nuevo con peces que tiene. Espérame aquí, yo te conseguiré un coche, o tal vez alguien pueda llevarte.

—No hay ni una alma que esté sobria en esta casa.

—Esa es la impresión que dan todos —dijo Sigrid con cara de preocupación—. Pero en realidad hay varias personas que no prueban ni una gota de alcohol.

—¡Bah! Olvídalo —suspiró Katrine.

Se contemplaron mutuamente en el espejo. Sigrid, de mediana edad, delgada, con el pelo canoso, bella y educada, y con manos cuidadosas. Katrine, joven, y con la mirada algo apagada.

—Deberías ser enfermera —dijo Katrine, y puso el brazo de Sigrid sobre sus hombros: dos buenas amigas en el espejo—. Puedo verlo claramente.

—¿El qué?

—Te veo a ti de noche, haciendo guardia, caminando por los pasillos del hospital, y a muchos hombres enfermos esperando en la oscuridad a que la mujer de sus sueños entre por la puerta.

Sigrid le sonrió a Katrine en el espejo, halagada, pero al mismo tiempo con una arruga de preocupación en la frente.

—Ya soy vieja —dijo.

—Madura —la corrigió Katrine, y se soltó del abrazo—. Pero yo, que soy joven, no soporto más esta fiesta. Llamaré a alguien que me lleve. Tú vuelve con los demás.

De pronto, lo que más deseaba Katrine era que Ole estuviese allí, rodeándola con sus brazos, y que le dijera: «Quédate aquí conmigo». Se apoyó en la puerta y echó un vistazo fuera, primero buscando a Sigrid, que se había perdido entre los invitados, y luego mirando a Ole, que volvía de la terraza. Ole y la Cigüeña ya habían intimado bastante. Katrine cerró los ojos y se los imaginó desnudos en la cama; podía verlos claramente. No obstante no sentía celos, sino únicamente una tristeza pesada como el plomo.

Le habría gustado que Ole le dijera: «Estoy harto de este sitio». Le habría gustado que se acercara a ella, la rodeara con sus brazos y le dijera que la llevaría a casa y se

quedaría con ella. Katrine sintió que la sangre le hervía de nuevo. ¿Por qué Ole no podía hacer eso? ¿Por qué no podía ser como ella quería?

En ese instante se encontró con su mirada; Ole se acercaba en su dirección. Katrine cerró los ojos y vio claramente la discusión que iba a tener lugar: las cosas feas que ella iba a decirle y las cosas feas que él iba a decirle a ella. Volvió a abrirlos. A cada paso que daba Ole, más deseaba ella que fuera Henning el que se acercaba. Henning, y ningún otro.

—¿Qué tal? —preguntó él.

—Mejor —murmuró ella—. Veo que tú también lo estás pasando bien.

Ole siguió la mirada de Katrine, que observaba a la Cigüeña, quien, a su vez, los estaba mirando a una cierta distancia. En cuanto Ole se volvió, la patilarga se escabulló hacia la izquierda y se perdió entre la gente.

—Algunos van a ir al centro —dijo finalmente Ole—. Quieren ir al Smuget, el marica y algunos otros, ¿te apetece ir?

—No —dijo ella—. ¿Y a ti?

—No sé, tal vez.

—Yo vuelvo a casa —dijo ella.

—¿A casa?

Katrine sonrió forzosamente.

—Tranquilo, no es necesario que me acompañes. Quédate aquí, o vete al centro.

—¿De verdad? —el rostro de Ole se iluminó.

Ella asintió.

—¿Estás segura? —repitió él.

Un grupito de ruidosos invitados los rodeó. Goggen le palmeó el trasero a Ole y preguntó:

—¿Vienes, guapo?

Ole rio.

Goggen lo agarró por la cintura y se lo llevó bailando un vals. Katrine se refugió nuevamente en el baño, echó el pestillo y esperó hasta tener la seguridad de que la entrada quedaba despejada. Voces e incluso rugidos se colaban a través de las paredes. Alguien aporreaba el piano. Cuando estuvo segura de que todos los que se iban al centro habían salido, se deslizó hacia la entrada, levantó el auricular del teléfono blanco que colgaba de la pared y marcó el número de Henning. Miró el reloj. Todavía no era medianoche. Finalmente se oyó un «hola» somnoliento al otro lado del hilo telefónico.

—Soy Katrine —dijo rápidamente—. ¿Ya te habías acostado?

No pudo evitar preguntarlo, y al mismo tiempo hizo una mueca, como si le diera miedo que él contestase que sí y se mostrara huraño.

—¿Yo? No.

Henning bostezó pesadamente. «Seguro que estaba durmiendo», pensó Katrine.

—¿Tienes coche?

—La cafetera de mi hermano.

—¿Puedes venir a buscarme? Estoy en la fiesta de Annabeth. ¿Puedes venir ahora mismo?

«Bendito Henning, que nunca pregunta nada».

—Ve bajando —respondió—. Ahora mismo voy para allá.

Un paseo nocturno en coche

Veinte minutos más tarde, la casa donde aún seguía la fiesta quedó a cien metros de distancia y Katrine se halló sola en la oscuridad. Se movía a pasos lentos, bajando la silenciosa calle. Fuera estaba más bien gris que oscuro, y en el cielo había esa luz incierta propia de las noches de verano. Ya se encontraba mucho mejor, pero todavía sentía el estómago y el diafragma entumecidos. El aire fresco de la noche le acariciaba el rostro. Pasó bajo una farola. La electricidad vibraba en la bombilla, y emitía una luz pálida, sin fuerzas para dar más claridad que la que procedía del cielo. Continuó bajando la calle. Sus tacones resonaban en el asfalto. La vibración eléctrica terminó y un mosquito empezó a zumbarle en la oreja.

En seguida oyó el motor de un coche, y pronto brillaron unos faros tras los voluminosos árboles del camino. Se deslizó despacio por la oscura Voksenkollveien, mientras veía que la ciudad se abría a sus pies. Todo Oslo encandecía de luces nocturnas, como brasas de una inmensa hoguera extinguida. Las aguas negras del fiordo de Oslo reflejaban y resaltaban ese brillo. El ruido del motor aumentó y pronto Katrine vio el reflejo de los faros contra los árboles, y una serie de coches que doblaban la esquina. El primero de ellos era un descapotable deportivo. Una ráfaga de viento alborotó el largo pelo de Henning, que se lo apartó de la cara. Frenó en seco y Katrine saltó al interior del vehículo.

Ambos permanecieron sentados, mirándose y sonriendo.

—¿Qué hay? —preguntó él.

—¿Tú qué crees? —ella amplió su sonrisa.

—¿Has ganado mucho dinero?

—No —rio ella.

—¡Pues di qué es lo que pasa entonces!

Katrine trató de serenarse cerrando los ojos.

—Te ha pasado algo gordo...

Ella asintió, sin poder conservar la sonrisa.

—¿Me lo vas a contar o no?

—Luego —respondió ella, y le apretó la mano—. Más tarde —repitió. Pasó la mano por el salpicadero y preguntó—: ¿De dónde lo has sacado?

—Es de mi hermano. Se lo cuido mientras está de viaje.

—¿De verdad? ¿Tienes un hermano que te deja un coche como este?

Él sonrió ampliamente y meneó la cabeza.

—Es mi hermano, ¿no?

—¿Cansado? —quiso saber ella.

—Ya no.

—¿Qué te apetece hacer?

Henning cazó la propuesta al vuelo.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—De toda la noche.

Él volvió la cabeza de forma que la punta del mentón se le levantó hacia arriba.

—Es una noche estrellada —murmuró—. Ya sé lo que haremos.

—Pero antes quiero comer —dijo Katrine—. Me apetece algo muy grasiento y calórico.

Mientras el viento alborotaba su pelo en el descapotable, Henning pisó a fondo el acelerador para subir la elevada cuesta de Holmenkollen, que sobresalía como una sombra misteriosa en medio de la noche. En las curvas cerradas, colina abajo, caían el uno encima del otro, y a ella se le enredaba el pelo y se le metía en los ojos. Sin dudarle un instante, se quitó la blusa y se la anudó en la cabeza a modo de turbante. Henning la miró de reojo.

—¡Esto se está poniendo interesante! —gritó por encima del ruido del motor—. ¡Aquí me tienes, en plena noche, conduciendo un descapotable con una rubia en sujetador a mi lado!

Ella se inclinó hacia adelante y encendió la radio. La música empezó a zumbar como si estuvieran en un concierto. Era Leonard Cohen, el que primero tomó Manhattan y luego Berlín. Ambos intercambiaron unas miradas. Ella subió aún más el volumen. Henning cambió de marcha y pisó más a fondo el acelerador. El cuentakilómetros señaló ciento treinta en la recta, las farolas amarillentas de la calle pasaron como flashes de una discoteca por la cara de Henning, y cuando Katrine quiso darse cuenta, ya circulaban por el interior de un túnel.

Sentía el viento en el cuerpo, tenía ganas de *rock'n roll*, y de liberarse de las reglas de urbanidad, liberarse de los usos y costumbres, liberarse de las frases de doble sentido que ocultan propósitos oscuros, y de liberarse de los manoseos y de la arrogancia burguesa. Si hubiera estado en esa fiesta hacía más de tres años, pensó, ahora ya estaría con una jeringuilla clavada en el brazo. Incluso ahora podía sentir aún una cierta nostalgia por la sensación que la droga le producía, aunque era una nostalgia débil, como la que se siente por un dulce que uno ha saboreado de pequeño. «Y así será durante el resto de mi vida —pensó—. Hace tres años no tenía la personalidad formada; hace tres años no era capaz de disfrutar rechazando a un hombre que no me gustara, ni de disfrutar mandando a freír espárragos a un montón de gente que me viera marcharme de una fiesta sola mucho antes de que esta acabara, sin importarme lo que pensarán, o sin importarme la ropa que llevo puesta cuando voy sentada en un descapotable».

Hace tres años, el gran secreto era una cosa negra e impenetrable. Si pensara suficientemente en el gran secreto, tal vez podría volver a la vida.

Sonrió para sus adentros. «Volver a la vida». Eso era lo que Henning llamaría una

frase hortera. Pero él nunca había sentido la imperiosa necesidad de no haber nacido.

Estacionaron en la Cort Adeler Gate. El muelle de Aker yacía como una fortaleza delante del de Honnør, de la plaza del Ayuntamiento y del castillo de Akershus, al otro lado. Aunque era medianoche, no parecía de noche en absoluto. Bajaron por la calle siguiendo los raíles del tranvía. Junto a ellos, pasaron varios taxis, cuyos jóvenes conductores piropearon repetidamente a Katrine, que se destacaba sobre el fondo de las amplias vidrieras del muelle de Aker. Ella echó una mirada de costado a su reflejo y se sintió satisfecha de sí misma. Por gusto, le dirigió una mueca a su imagen; era liberal, pero no puta. Segura de sí misma, pero no barata. «Esta soy yo — pensó—. Esta soy yo de cuerpo entero: ni desnuda ni vestida; ni con hambre ni saciada».

Ya en la cola del McDonald's, entablaron conversación con un borracho. El hombre le cogió la mano a Katrine.

—Joder —dijo, guiñándole un ojo a Henning—, ¡cómo me gustaría tener tu edad!

Katrine le sonsacó unos cigarrillos. Un músico ambulante que estaba sentado en uno de los bancos que hay enfrente de los barcos de Nesodd comenzó a tocar *Heart of gold*, de Neil Young. El borracho la invitó a bailar y Katrine aceptó. La gente que estaba sentada en las terrazas de los bares a lo largo del paseo parecían oscuras sombras en la noche estival, sombras que podían ser amistosas u hostiles. Sin embargo, a Katrine no le importaba en absoluto que las sombras la miraran amenazadoramente, sin entender por qué bailaban. En la oscuridad se pavoneaban unos turistas de pantalón corto y blancos zapatos de goma, con una bolsita colgada del cuello en la que llevaban el dinero.

Más tarde, Katrine se dio un atracón con una hamburguesa doble con queso, patatas fritas con montones de ketchup y una cocacola grande. Henning tomó su batido habitual, un batido de vainilla.

—¿No te han dado de comer en la fiesta? —preguntó él cuando se sentaron en el coche.

—La he vomitado. Adivina por qué.

—¿Por culpa del señor Encantador?

Ella asintió.

—¿Te puso la mano encima?

—Como siempre.

Henning se sacó un porro delgado del bolsillo superior de la camisa, lo encendió y le dio una calada ávida.

—Es lo que yo siempre digo —jadeó, y retuvo el humo unos segundos antes de continuar—: Ese tipo es nauseabundo.

Luego siguió respirando normalmente. El olor de la marihuana los envolvió.

—Pero nunca creí que fueras a ser tú la que vomitara —añadió—. Yo creía que

eras normal.

—Joder, odio ser normal —rio Katrine con la boca llena de patatas fritas y ketchup.

Henning inhaló otra profunda calada.

—¿Quieres? —preguntó con los ojos lacrimosos.

—¡No! —exclamó ella, echando la cabeza hacia atrás—. ¡Aunque sea delicioso!

Condujeron en el coche por Mosseveien. Mientras una suave voz nocturna hablaba por los altavoces, Henning dobló hacia Mastermyr, dejaron atrás la bahía de Hverven y continuaron avanzando lentamente en el silencio de la noche. Katrine apagó la radio y estiró los brazos; el viento intentaba doblárselos hacia atrás mientras las frondosas copas de los árboles dibujaban sombras en el cielo y los invadía un intenso olor a manzanilla; el aire olía a verano.

Henning dobló hacia la derecha en dirección a la playa de Ingier, entró en una especie de aparcamiento de gravilla y finalmente estacionó bajo unos enormes pinos, con el morro del coche apuntando hacia el silencioso fiordo de Bunne y su angosta playa, más abajo.

Ambos se volvieron al oír el motor de un coche. No estaban solos. Se encendió una luz en la curva, un vehículo frenó y se detuvo algo más abajo.

Henning sonrió y volvió a encender el motor.

—Aquí no hay tranquilidad. Quiero un lugar donde estemos completamente solos.

Ella no dijo nada. Se quedó pensando en las palabras de su amigo y reflexionando sobre lo que debería contestar.

Henning dio la vuelta y volvió por donde habían venido. Pero en la esquina con la vieja Mosseveien, dobló a la derecha. Condujo despacio por el camino de curvas y se acercó al borde del tranquilo lago de Gjer, que pronto apareció en la distancia. Aquel era un buen lugar. Allí había una mesa, un banco y unos arbustos. Henning condujo entre los árboles. Desde allí podían divisar el agua, y unos cientos de metros más allá, los contornos de la gigantesca rueda del Centro Hjulet de casas rodantes.

Henning detuvo el descapotable y apagó el motor. El canto de un grillo se dejó oír por unos instantes, para cesar en seguida. El silencio a su alrededor los hizo sentirse como si se hubiesen internado en un espacio vacío.

Katrine deseaba contarle cómo se sentía, comunicarle algo del vibrante sentimiento que le ponía la carne de gallina en aquel sitio, pero no encontró las palabras. Se miraron. Finalmente, el ruido del encendedor del coche cortó el silencio. La tez de Henning se tiñó de rojo al encender un cigarrillo.

La piel del asiento crujió cuando ella inclinó la cabeza hacia atrás para apreciar el cielo azul oscuro, donde las estrellas tintineaban como si fueran destellos de una luz que pasaba a través de un colador.

—Como destellos de una lámpara brillando tras un enormísimo colador negro — dijo Katrine.

Se miraron otra vez a los ojos, durante tanto rato que ella casi sintió que parte de su ser se sumía en la negra mirada del muchacho. Se preguntó si siempre le sucedería lo mismo; si nunca sabría distinguir dónde estaba el límite entre la amistad y el amor.

—Si uno ve las cosas desde una cierta distancia, como se ven desde aquí —dijo él —, uno puede adivinar una especie de orden en lo que a primera vista podría parecer un flagrante caos. Por ejemplo, esas dos estrellas, una de las cuales tal vez haya muerto hace muchísimo tiempo, y quizá la otra está a punto de explotar en este mismo instante. Las vemos como a los dos extremos de un mismo sistema, puesto que todo está en constante cambio. ¡La tierra se acaba, el sol se acaba, y las estrellas explotan y crean el tiempo!

El cigarrillo oscilaba en la comisura de sus labios y sus ojos brillaban de entusiasmo. «Es un crío», pensó Katrine, y dejó caer el cigarrillo de sus labios reseco, sosteniéndolo entre sus largos dedos. Luego lo besó con cuidado. Henning sabía a tabaco y a pastillas. La incipiente barba le raspó ligeramente el mentón. Él dijo algo que ella no entendió, pero las palabras le acariciaron el rostro como una suave ráfaga de viento entre la fina maleza de la playa. Katrine abrió la boca mientras él continuaba hablando para aspirar aquella susurrante voz entre sus labios.

—Imagínate a una mujer —susurró hacia el final—. Una hermosa mujer de hace mucho, pero muchísimo tiempo, una mujer un poco salvaje...

—¿Salvaje?

—Bueno, eso es lo de menos, el caso es que esto pasó hace mucho tiempo. Un día va caminando por un sendero y llega a un río sobre el cual hay un puente, uno de esos puentes antiguos hechos de troncos, sin barandillas...

—¿Es primavera u otoño? —quiso saber ella.

—Es primavera, y el río baja bastante caudaloso. Ella se detiene un momento para echar una mirada a la corriente espumosa. Se queda allí, jugueteando con su anillo, y el anillo se le cae al agua...

—¿Qué clase de anillo es?

—Se trata de un anillo que ella heredó. Total, que el anillo cae al agua y desaparece. Muchos años después, ella se encuentra con un hombre de Canadá...

—¿Y ella de dónde es?

—¿Hum...?

Katrine sonrió al ver la cara desconcertada del muchacho.

—Has dicho que él es de Canadá ¿de dónde es ella, entonces?

—Ella es de... de... Namsos —sugirió abriendo las manos.

—Y pensar que hace falta tan poquito para sacarte de quicio...

—Pero es que preguntas muchas tonterías; estás arruinando mi relato.

—Es que te aplicas tanto —sonrió ella—. No te enfades. Venga, continúa.

—Bueno, conoce a ese hombre de Canadá y se casan. Durante toda su vida él ha llevado un amuleto colgado del cuello: una cajita de madera tallada por los indios. Dentro de la cajita guarda un secreto, un objeto que encontró en Alaska, en el vientre de un salmón, cuando era joven...

—¡El anillo! —exclamó Katrine, triunfante.

Henning suspiró, desalentado.

—¿Niegas que el anillo estaba en el amuleto? —dijo ella riendo.

—Bueno, sí, el anillo estaba en el amuleto —concedió él, sonriendo también—, pero ese no es el quid de la cuestión.

—Vale, dime el quid entonces.

—El quid es que él muere.

—¿Muere? Jo, ¡qué malo eres!

—... y cuando él muere, la viuda abre el amuleto que su marido había estado llevando colgado del cuello toda su vida... ¿de qué te ríes?

—¡Es que eres un romántico empedernido!

—Nunca iré al cine contigo —repuso él, riendo.

—Que sí, vayamos al cine juntos. Mañana, vayamos mañana.

—¡Pero si no lo dejas a uno terminar de hablar!

—Yo no voy al cine para hablar.

—No, no, pero seguro que te pones a comentar la película. Odio a la gente que habla en el cine.

—Te prometo callarme si accedes a ir conmigo al cine mañana.

—¿Y qué dirá Ole si le dices que vas conmigo?

—No metas a Ole en esto; estoy hablando de ti y de mí.

—Y yo hablo del sistema —insistió él—. Toda la gracia del asunto está en que no es una casualidad que ese hombre fuera con el anillo de ella colgado del cuello toda la vida, el mismo que ella perdió antes de encontrarse con él. Él pescó un salmón que llevaba el anillo en el estómago. Pero tanto el anillo como el hombre, como ella misma y el salmón, y el rumbo que siguió el salmón, todo forma parte de un sistema en torno al anillo, una figura que se ve lógica si uno la pone en la perspectiva correcta...

—Tú vives en un mundo de color de rosa —le dijo ella dándole la última calada al cigarrillo, que mantuvo luego en el aire, ofreciéndoselo, y terminó por aplastar en el cenicero del coche cuando él lo rechazó con un gesto de la mano—. Lo raro en esa historia —añadió— es que la mujer no sabía qué era lo que había dentro de la cajita que su marido llevaba al cuello. Después de todo, estaban casados, ¿no?

Henning volvió a suspirar.

—Eres tú la que es imposible —susurró buscando una respuesta—. Bueno,

imagino que el hombre había soñado toda su vida con encontrar a la propietaria del anillo, y supongo que no quería revelarle ese sueño a su esposa porque la amaba mucho; no quería que ella supiera que soñaba con otra mujer.

—¡Y, en realidad, la esposa era la verdadera propietaria del anillo! ¡Era con ella con quien él había soñado siempre! —Katrine asintió—. Es bastante bonito.

Henning se estiró hacia adelante, tanteó el salpicadero y pulsó un botón. Se oyó como un zumbido mientras se levantaba la capota del coche.

—¿No quieres ver las estrellas? —preguntó ella haciéndose la sorprendida.

—Tengo un poco de frío —contestó él, como si estuviera leyendo la réplica en un libro.

Una vez bajo techo, y con las ventanillas cerradas, era como estar sentados junto a una chimenea. El capó del coche reflejaba un trozo de cielo estrellado. Un insecto empezó a acosar la frente de la chica y le dejó una tenue picadura que ella alivió con el índice.

—Lo que interesa de esta historia es la cadena de casualidades —continuó él—. Imagínate una mano que reúne fuerza para lanzar el anzuelo, un segundo en un océano de segundos, pero igualmente ese segundo es un elemento del sistema. En ese mismo segundo, el salmón muerde el anzuelo, de forma que el hombre puede arrastrarlo hacia tierra y encontrar el anillo en su estómago. Un instante, imagínate ese instante; el sol que resplandece en las gotas de agua y el metal, una centésima de segundo que colma la sensación de hambre del pez y su instinto de nadar río arriba. Esa centésima es también una parte del sistema. Todo está relacionado: el destino, el hombre, la mujer, el salmón, el tiempo y el anillo que ella llevaba en el puente. Juntos son como puntos en un todo más grande, un sistema superior. Por ejemplo, nosotros, u otras dos personas, dos personas jóvenes elegidas al azar, dos personas que se aman la una a la otra sin saberlo.

—Pero ¿eso es posible?

Él se sobresaltó y la miró de reojo.

—Por supuesto que es posible —dijo—. Dos personas que se ven todos los días, que tal vez se encuentran todos los días en el trabajo, o ni siquiera eso, sino que a lo mejor se ven en la parada del autobús o en el metro todas las mañanas, cuando van a trabajar. Quizá ella pasa corriendo frente a una ventana, tras la que él está esperando todas las mañanas. Imagínatelo: ella pasa todas las mañanas por delante de la ventana de su oficina, para verlo, y él se apura a mirar por el cristal para verla a ella; es un punto de contacto que ninguno de los dos analiza hasta que ya ha pasado mucho tiempo. Más tarde, cuando ya se han conocido y se ponen a recordar, se dan cuenta que ya entonces sentían una especie de amor. Se dan cuenta de que ya entonces se amaban.

—Pero dime, Henning —dijo Katrine, rozándole los labios con los suyos; luego

lo besó tiernamente y le susurró—: Tú puedes hacer que se encuentren nuevamente, porque eres tú quien decide, tú eres quien cuenta la historia.

Él le devolvió el susurro:

—Debes recordar que esas dos personas se encontraron de ese modo sin planearlo, el encuentro se dio por casualidad. Esos encuentros del pasado se convierten en una emoción, en una sensación cálida que ellos conservan en su interior durante el resto de sus vidas.

—Pero tú puedes hacer que se encuentren de nuevo —insistió ella.

—Vale —dijo él.

—Cuéntamelo ahora —pidió Katrine—. Cuéntame que se encuentran otra vez.

—Vale —repitió él—. Los dos se encuentran de nuevo, y sucede así: él va sentado en un tren que se dirige al sur. El convoy se detiene en una estación y él se asoma a la ventanilla. Entonces la ve. Porque hay otro tren en la misma estación, un tren que va hacia el norte, en dirección contraria. Y allí está ella, mirando por la ventanilla de ese tren. Sólo un metro de aire los separa. ¿Te los imaginas? Ella está ahí, con su pelo rubio revuelto por el viento. Lleva un vestido blanco de verano, casi transparente; a través de los dos cristales de las ventanillas, él puede ver que el vestido se ciñe a su cuerpo y que los músculos del vientre se le dibujan bajo la tela. Ambos se miran a los ojos durante cinco segundos, hasta que el tren se pone en movimiento. Y se separan nuevamente.

Katrine le rozó la mejilla con los labios.

—¿Cómo se llama ella? —le preguntó en voz baja.

Él rio y meneó la cabeza.

—Esto no trata sobre mí. Es sólo un relato. Es algo que les sucede todos los días a muchas personas. Lo único que se puede decir es que ese instante que ambos comparten es un instante de una gran belleza.

—Te estás delatando —cuchicheó Katrine—. ¿Fantaseas con ella?

—Por supuesto. —Henning sonrió melancólicamente—. Lo único inteligible que uno puede obtener del sistema que les afecta a los dos es la poesía. El lenguaje, las palabras que nos decimos unos a otros son cajas en las que guardamos la belleza de la vida, que podemos sacar a la luz para mostrarla a los demás en instantes como este, aquí, tú y yo, en este coche, esta noche. El lenguaje y la poesía es nuestra forma de sentir lo que no se puede comprender, porque no tenemos una visión lo suficientemente objetiva de nosotros mismos como para apreciar la lógica y la coherencia de la realidad.

Henning se estaba quedando sin aliento. En realidad, era un hombre maravilloso, pensó Katrine; un hombre ingenuo, infantil y maravilloso.

—No estoy de acuerdo —repuso ella.

—¿Eh?

—Tú eres bueno contando cuentos, pero no sabes nada de la realidad.

Él sonrió, algo irónico.

—¡Qué fácil es convencerte!

—Escúchame. A las afueras de Kragerø hay un lugar llamado Portør. Pero no es el nombre del sitio lo que interesa, sino que desde allí uno puede ver todo el horizonte, porque no hay más que el mar enfrente, entre uno y Dinamarca está el mar Skagerrak. Una vez había calma chicha, ¿sabes lo que es? Calma chicha. Significa que el agua está como un espejo, en absoluta calma. Decidí bañarme, hacía un tiempo espléndido, muy temprano por la mañana, el sol brillaba y el agua estaba tibia, no corría la brisa y el mar estaba en calma. Comencé a nadar, hacia adentro, hacia el horizonte; ya sabes que me encanta nadar. Y nadé y nadé, hasta que sentí que estaba tan cansada que necesitaba descansar. Me tumbé boca arriba en el agua y permanecí así durante un rato, contemplando el cielo y el sol ardiente. Al cabo, miré hacia los lados, ¿y sabes lo que descubrí? Que había ido tan lejos que no se veía la costa por ninguna parte. Mirara donde mirase sólo había mar, oscuro y silencioso. No podía ver nada, ni un bote, ni una vela, ni una franja de tierra. Y allí estaba yo, pensando en aquella negra inmensidad que había debajo de mí, viendo que en realidad no sabía qué dirección me llevaría de vuelta al lugar de donde había venido. Cerré los ojos y pensé que el hecho de yacer allí, sobre el mar, era la impresión más fuerte que había sentido en toda mi vida, y entonces me di cuenta de que eso era la vida. La vida es eso, eso es lo que sucede todos los días. Cada segundo del día es como yacer así sola, en el mar.

—¿Pero pudiste volver?

—Por supuesto —sonrió ella—, si no ¿cómo podría ahora estar aquí sentada?

—Ya, pero quiero decir, ¿cómo lo hiciste? ¿Nadaste por casualidad en la dirección correcta?

—Es posible. Tal vez tuve suerte. Pero eso no es lo esencial. El caso es que esa vivencia es lo más importante que me ha sucedido en toda mi vida.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

—Porque eso fue lo que me impulsó a salir de la droga. Aunque tal vez fue más importante el descubrimiento que hice. —Sonrió y luego susurró blandamente—: Mi único pensamiento cuando estaba en el agua era que nadie está predestinado. No existe ningún sistema. Tú cuentas bonitos cuentos, Henning, pero eso de los sistemas y las predestinaciones son tonterías. Mi vida surgió entre el mar y yo. Yo creo en mí misma y en la realidad. *That's it.*

La última frase quedó resonando en el aire. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes. Estaban muy juntos, y Katrine sentía el muslo caliente de Henning junto al suyo.

—¿Cómo era el amuleto que llevaba? —preguntó finalmente.

—¿Quién?

—El tío de Canadá.

—Ah, él... —Henning trató de meter la mano en el bolsillo, pero sólo lo consiguió después de un rato—. Mira —dijo, y le mostró una delicada cajita blanca.

Ella la tomó. Tenía unos finos dibujos dorados en la tapa.

—En estas solíamos guardar anfetaminas —explicó ella, y sopesó la cajita en la palma de la mano.

—No en una como esta —dijo él levantando la tapa.

—¡Mármol! —exclamó ella—. ¿Es de mármol?

Henning asintió.

—Está hecha con la misma técnica que el Taj Mahal. Tiene incrustaciones de nácar y lapislázuli. Toca —susurró, y le pasó la lisa tapa de la cajita por debajo del dedo índice.

Se miraron el uno al otro. Lentamente, ella bajó la mano con la que sostenía la cajita y la apoyó sobre su regazo. Luego se quitó un anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda, un grueso anillo de oro macizo con dos piedras incrustadas, y lo metió en la cajita. Le puso de nuevo la tapa y se la dio. Henning la cogió.

Estaban muy juntos, y en ese instante su proximidad creció todavía más. Ella vio su piel reluciente y sus ojos como dos ascuas en la oscuridad. Los tendones y las venas delimitaban negras sombras bajo su piel. «Así es como lo quiero», pensó ella. Y así lo cogió. Lo invitó a ponerse debajo de ella e hicieron el amor, Katrine cabalgando encima de él hasta que la luz de las estrellas comenzó a reflejarse en las gotas de sudor que perlaban la frente de Henning. Leyó en las oscuras pupilas cómo se iba construyendo el orgasmo, y cuando él se adentró en ella, la chica le cubrió la boca con la suya y lo dejó gritar cuanto quiso dentro de su propio ser.

Después, Katrine se quedó dormida. Al despertar, le dolía todo el cuerpo y sentía un hormigueo en la pierna derecha. «Es la primera vez que duermo en un coche desde que era pequeña», pensó. Había refrescado un poco. Henning roncaba débilmente. Katrine desanudó los brazos del cuello del chico y se acomodó mejor en el asiento. En el espejito vio que llevaba todo el pelo revuelto y enredado. Parecía una mujer que se despierta en los brazos de un hombre, en un coche, en mitad de la noche. «Tengo la pierna dormida —se dijo, y comenzó a masajearse la pantorrilla y el muslo—. Y también un poco de frío». Fuera todavía había estrellas en el cielo. La luna en forma de hoz que antes estaba justo encima del agua se había desplazado ahora hacia el sur, y al otro lado, por encima de las copas de los árboles, el cielo tenía una luminosidad más clara y azulada. «Piensa que...», dijo ella con voz ronca. Henning murmuró algo entre sueños. Ella miró el reloj del salpicadero: eran más de las dos de la madrugada.

Tembló ligeramente, se puso la fina blusa y se arregló la falda. Se miró en el

retrovisor y deseó tener un peine. Las ventanillas se habían empañado. Tenía hambre y necesitaba lavarse un poco. Buscó cigarrillos en la guantera, pero no encontró nada más que la documentación del coche y unos pañuelos de papel. Limpió el vaho de una de las ventanillas laterales. Fuera estaba oscuro detrás de los abetos. Bajó el cristal. El aire que entraba era delicioso, fresco, pero liviano y refrescante para su cara. La piel de los brazos se le erizó. Cogió el cambio de marchas y estiró la pierna para alcanzar el pedal del embrague con el pie. Finalmente consiguió poner el coche en punto muerto y deslizó la mano alrededor del volante sin que Henning se percatara de nada. Luego giró la llave en el contacto.

El motor arrancó y Katrine encendió la calefacción. La luz de los faros alumbró una tupida vegetación. Henning seguía durmiendo profundamente, y a ella le entraron ganas de ir a lavarse en el agua de abajo. «Sería una delicia poder quitarse el gusto a tabaco de la boca». Pero no parecía haber ningún sendero que descendiera, y la zona entre el camino y el agua era un oscuro embrollo de árboles, matas de arándanos y finas ramas desnudas. Se estremeció al pensar en que podía haber víboras, asquerosas víboras enroscadas que se arrastraban por las hojas muertas del suelo; pensó en arañas, en gigantescos hormigueros que bullían con millones de hormigas, y volvió a estremecerse.

Pero finalmente abrió la puerta del coche y caminó con las piernas entumecidas. Saltó a la pata coja durante un rato mientras la sangre volvía a su pierna dormida, hasta que comenzó a sentir un hormigueo. Le dolía, y se mordió el labio inferior. En uno de sus saltos pisó una piedra puntiaguda que se le clavó en el talón, soltó un grito y comenzó a caminar con ambos pies. Iba como bailando alrededor del coche, como una muñeca a pilas que se movía entumecida. Dio unos pasitos por la fría y gruesa grava y empezó a sentir que la sangre volvía a sus extremidades.

De repente creyó oír un ruido y se detuvo a escuchar. Permaneció inmóvil durante un rato, sintiendo que un escalofrío le trepaba por la espalda. No volvió a oírlo, pero aun así, dejó que sus ojos vagaran de un lado a otro para descubrir qué era lo que había causado el ruido. La noche tenía una oscuridad plomiza, más que negra, y la luz de la luna y las estrellas hacían que su sombra se reflejara en el suelo. El único sonido que se podía oír ahora era el leve ronroneo del motor del coche en punto muerto. Y lo único que era verdaderamente negro eran los árboles y la superficie del agua, que permanecía completamente inmóvil, tratando de reflejar en vano las estrellas.

Cuando por fin se convenció de que aquel ruido debía de haber sido producto de su imaginación, decidió bajar hasta el agua. Con cuidado, anduvo un trecho camino abajo para ver si encontraba un sendero. Descubrió una piedra plana en la orilla desde la cual le sería posible alcanzar el agua. Una corriente de aire helado fue envolviéndole los tobillos y las piernas a medida que se acercaba. Finalmente se detuvo y, flexionando las rodillas para alcanzar el agua, metió la mano para probar la

temperatura. Parecía tibia. En la oscuridad, encontró la piedra y se arrodilló en ella. Formó un cuenco con las manos y se echó agua en la cara; no estaba fría en absoluto. Se irguió, se quitó las bragas de un tirón, se sacudió los zapatos y entró en el agua. Los pies se le hundieron hasta el tobillo en el barro, que parecía crema helada con grumos. Era desagradable, pero no había más remedio. Sólo serían dos segundos. Se levantó la falda hasta la cintura, se situó de cara a la orilla, se puso en cuclillas y se lavó.

«¿Qué ha sido eso?».

Se levantó rápidamente y aguzó el oído.

«Un sonido. Pero ¿qué clase de sonido?».

Permaneció inmóvil escuchando durante unos instantes, pero ahora el silencio era absoluto, no se oía ni siquiera el ruido del motor del coche de Henning. Sólo las piruetas de los insectos que rozaban la superficie del agua cortaban la paralizante quietud. De pronto se percató de que estaba allí de pie, con la falda enrollada en la cintura, y la dejó caer sobre los muslos.

Algo había cambiado. Había algo extraño en aquel silencio. Intentó analizar qué era lo que le llamaba la atención, pero no logró descubrirlo; sólo sabía que no le gustaba estar así, sola y expuesta, en el agua. La espesa oscuridad y la intolerable quietud le provocaron una desagradable sensación de angustia que le recorrió la espalda y le dejó los brazos y los dedos entumecidos. Se le secó la boca y contuvo el aliento. Como no estaba completamente oscuro, se adivinaban los contornos de las piedras y las ramas que sobresalían de la tierra. Un grupo de abetos negros e impenetrables no la dejaban ver el coche.

«Vamos —se dijo—, chapotea hacia tierra y vuelve al coche». Pero no quería hacer ruido, porque, entonces, dejaría de oír los otros ruidos. «Pero ¿qué ruidos?». Se quedó quieta, aguzando el oído, pero no logró oír nada.

«Grita —pensó—. ¡Llama a Henning!».

Pero no lo consiguió. En lugar de eso, corrió chapoteando hasta tierra firme. Tropezó y estuvo a punto de caerse de bruces, pero finalmente pudo recobrar el equilibrio y alcanzar la orilla.

Trató de ponerse los zapatos en los pies mojados, lo cual era difícil, porque los pies se negaban a resbalar dentro de ellos. Cuando lo logró, se quedó quieta, escuchando. Ahora no se oía nada, ni siquiera el ruido de los insectos. Su mirada se dirigía una y otra vez hacia la densa pared de abetos que había a su derecha. Tenía piedras y agujas de pino en los zapatos. Era incómodo, pero trató de sobreponerse, y escrutó atentamente el aire y el oscuro seto. «Allí, sí». Volvió a oír el ruido. Provenía de detrás de los abetos. Katrine respiraba con la boca abierta; estaba aterrada, y se dijo que debía controlarse. Cerró la boca y contuvo el aliento. Escudriñó de nuevo el grupo de árboles. Allí estaba otra vez ese ruido. Eran unos crujidos. Cerró los ojos.

—¿Henning? —trató de decir sin que la voz le saliera.

Los crujidos cesaron. Katrine carraspeó para recuperar la voz.

—¿Henning?! —gritó esta vez, y se quedó escuchando. Una ramita crujió al partirse, y vio que se movían algunas ramas—. ¿Eres tú, Henning?

Una sombra se separó del grupo de árboles, una sombra blanca. Una sombra que había estado allí todo el tiempo, pero que ella no había visto hasta ese preciso instante, en que se puso en movimiento. Era un ser humano. Un ser blanco, completamente desnudo.

Segunda parte (El anillo dorado)

Kalfatrus

Gunnarstranda era comisario de policía. Observó el contorno de su cara deformada por el recipiente de cristal. La imagen flotaba en la superficie del agua, y le confería a su rostro forma de pera. La boca, con sus blancos dientes postizos, parecía una ancha y extraña vaina llena de guisantes blancos. Las fosas nasales se ampliaban hasta parecer dos túneles enormes, y una sombra grisácea en las mejillas dejaba entrever una incipiente barba. Gunnarstranda buscaba algo que decirle al pececillo dorado. Estaba de pie, en su estudio, frente a la pecera, contemplándose a sí mismo y al pez a través del cristal. El reflejo atrapaba todos los objetos que había en su apartamento: los estantes con libros y la mesa con la pila de periódicos, situados detrás de la pera de su cara.

—¿Estás muy solo? —le preguntó al pececillo.

Le pareció una pregunta tonta, y decidió preguntar de nuevo:

—¿Te sientes muy solo?

Y, como de costumbre, dejó la respuesta a cargo de la cola de color rojo anaranjado que ondeaba con lentitud por la pecera.

—Por supuesto que te sientes solo. Yo también lo estoy.

Al decir estas palabras, el agente de policía sintió un leve remordimiento. En realidad, debería haber comprado más peces, para que su gordo pez anaranjado tuviera amigos y formaran una pequeña sociedad íctica en el fondo del acuario. Pero, al mismo tiempo, temía que la compra de más peces le hiciera perder la comunicación que ya tenía con ese. Había algo especial entre ambos, como en ese momento, en que el pez permanecía inmóvil en el agua, mirando con sus extraños ojos, mientras su hermosa cola se agitaba a cámara lenta.

—Pues sí, estamos solos los dos —resumió.

Se irguió y fue a la cocina a preparar un poco de café. Cuatro cucharadas de Evergood; cinco de otras marcas. Era así, con algunas marcas de café era necesario echar más cantidad. Se ajustó los tirantes sobre los hombros de la camiseta y se dirigió de nuevo al pez:

—¿Sabes qué es lo peor? Lo peor es que uno ya no puede estar en paz con su soledad, porque ahora está de moda estar solo; ahora hay programas de radio sobre la soledad, donde todos hablan sobre ella, e incluso emiten programas especiales para los solitarios.

Encendió la cafetera y se apoyó contra el marco de la puerta. Sobre la pecera se encontraba el retrato de Edel.

¿Qué clase de expresión formaban hoy su boca y sus ojos? Gunnarstranda concluyó que se trataba de una especie de desdén, pero ¿por qué? ¿Era porque perdía el tiempo charlando con un pez? Tal vez ella estaba celosa, se dijo, celosa porque no

hablaba con ella. ¡Pero si le hablaba en su interior! Lo del pez era distinto; lo del pez era como hablarle a un perro. «Sí —oyó que Edel le advertía dentro de su cabeza—. Pero los perros tienen nombre».

«Claro», pensó Gunnarstranda, y regresó junto a la pecera. Cogió la caja amarilla con la comida para peces, la abrió y echó con cuidado una porción, golpeando suavemente la cajita con el índice. Las escamas del alimento se quedaron flotando sobre el agua. Loco de alegría, el pececillo cambió de rumbo, nadando hacia arriba para picar la comida que flotaba en la superficie.

—¿Quieres tener un nombre? —le preguntó al pez, recordando a los Reyes Magos. «A este pez le pegaría el nombre de algún rey mago», se dijo.

Si los hindúes tenían razón en sus elucubraciones, aquel pececillo podría haber sido un rey mago en otra época, un rey mago con un grueso déficit en la cuenta de su karma. Pero Gunnarstranda no recordaba los nombres de los Reyes Magos... O, sí, de uno de ellos: Melchor. «¡Qué nombre tan horrible para un pez!». Otro se llamaba Baltasar. Ese era mejor, aunque poco original. Siguió pensando. «Te llamarás... te llamarás...». De repente el nombre acudió a su cabeza como un relámpago:

—*Kalfatrus* —dijo en voz alta, y se enderezó satisfecho—. *Kalfatrus*. Es un buen nombre.

Tan pronto como pronunció la palabra, sonó el teléfono.

Gunnarstranda bajó la vista para mirar la hora y se encontró con la mirada de *Kalfatrus*.

—Me parece que nos vamos a ver algo más esporádicamente los próximos días —dijo, volviendo la vista hacia el teléfono.

Y se dirigió hasta él con pasos lentos.

—Mañana es domingo —continuó—. No me he afeitado y tengo varios planes para el día de hoy. Cada vez que el teléfono suena en momentos como este, sé perfectamente lo que ha pasado.

Puso la mano sobre el aparato, que seguía sonando con insistencia. Ambos se miraron durante dos cortos segundos. Un agente de policía y un pez que intercambiaban miradas. El comisario de policía Gunnarstranda se aclaró la voz, levantó el auricular de un manotazo y dijo:

—Sea breve, por favor.

Dibujos en el cuerpo

«Seguramente era una buena chica», pensó Frølich mientras reflexionaba sobre el significado que debía de tener el tatuaje que Katrine Bratterud llevaba en el ombligo. Aunque tal vez no tuviera ninguna importancia. «Hoy en día, las adolescentes se tatúan los brazos, los hombros, las nalgas, los pechos... todo el cuerpo».

De todos modos siguió pensando en el tatuaje de la chica. Algunos amigos suyos iban tatuados, como Ragnar Travås, que tenía dibujos por todo el torso. Pero no conocía a ninguna mujer con esa clase de adornos corporales.

Frølich encontró un hueco entre dos automóviles y estacionó su coche a pocos metros de la entrada del bloque de apartamentos de Havreveien.

Mientras subía lentamente hasta el tercer piso en el ascensor, continuó pensando en los tatuajes. A Ragnar Travås le parecían hermosos. «En cambio, yo nunca podré considerarlos como meros adornos —pensó Frølich—. Los tatuajes no dejan de ser parte de las personas que los llevan (o viceversa), y sólo en segundo término pueden ser considerados como simples ornamentos».

«También hay que tener en cuenta el motivo del tatuaje», se dijo. Suerte que ella no había elegido un motivo banal, como un gato o algo parecido. Katrine Bratterud se había hecho dibujar una especie de diseño floral con muchísimos arabescos alrededor del ombligo.

Le daba lo mismo qué historias le contaran Annabeth Ås y los demás. Para él, Katrine Bratterud seguiría siendo la mujer con el adorno en el vientre; un cadáver con una obra de arte sobre su piel. Ese dibujo estaría siempre presente en su cabeza y quedaría también indisolublemente unido a la imagen que él se había formado de la Katrine viva.

«Para mí, el tatuaje de esa chica es el rasgo más definitorio de su personalidad, por lo que deduzco que la percepción que tengo de ella es incompleta», se dijo, abriendo la puerta del ascensor al llegar al tercer piso.

Porque aquella no era una flor cualquiera. Era una flor exuberante y turgente en su ombligo, de la que goteaban dos finos y carnosos pétalos hacia su pubis. «Es curioso: ¿por qué me interesará más ese tatuaje que cualquier otro detalle de su vida, como su dependencia de las drogas o su infancia?».

Frølich dejó caer los hombros, abatido, cuando llegó frente a la puerta de su apartamento. Estaba entreabierta, y sabía lo que eso significaba. Desde fuera se oía el zumbido de la aspiradora. Aquello era lo último que necesitaba; el día había sido largo y agotador... y había comido poco.

Se quedó unos segundos frente a la puerta, pensando qué hacer. Podría escaparse al centro, echar un trago y confiar en que dentro de un par de horas ella ya habría acabado. Pero no, no podía hacer eso: quizá Gunnarstranda lo llamara en cualquier

momento para hablar del caso. Finalmente, empujó la puerta y dio una zancada para saltar por encima de la aspiradora amarilla que le cerraba el paso.

Su madre, con su enérgica postura habitual, le dirigió un breve saludo, gritando por encima del ruido de la aspiradora, sin dar muestras de querer apagarla.

—Hay comida sobre la mesa de la cocina —le dijo gritando.

La madre de Frank atendía solícitamente a sus dos hijos. Para su hermana, sus atenciones eran un regalo del cielo, pues con dos niños pequeños y un marido que trabajaba a turno partido necesitaba que le echaran una mano. Pero para él era diferente. No soportaba que su madre le echara en cara lo desordenado que tenía el apartamento, ni que le recriminara que almacenara tanta cerveza en el frigorífico, ni otras minucias por el estilo.

Así, se quitó los zapatos, los dejó tirados de cualquier manera en el suelo e hizo caso omiso de los comentarios de su madre al respecto. En la sala, la televisión estaba encendida, pero sin sonido. En la pantalla, Floyd, el cocinero inglés, rallaba jengibre en largas hebras y lo echaba en una cacerola antes de dirigir su mirada hacia una botella de vino.

Frank Frølich se derrumbó derrotado en un sofá, levantó las piernas y apoyó lentamente los pies sobre la mesa o, mejor dicho, sobre un viejo baúl de madera rústica que servía prácticamente para todo: de reposapiés, de mesita de centro, de estante para toda clase de objetos corrientes, como el mando de la tele o el móvil...

Miró la pantalla del televisor. Floyd, con su roja nariz de borracho y su sonrisa bonachona, aspiró el aroma de la cacerola antes de erguirse, servirse vino en un vaso y bebérselo de un trago. Frank cogió el mando a distancia y apagó la tele.

«Quizá alguna vez vi a Katrine en el centro de la ciudad —se dijo—. Puede que me girase al verla, que pensara que... ella... Quizá la miré de reojo en alguna ocasión, en el tranvía; tal vez la vi de perfil mientras leía una revista o un periódico».

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la puerta que daba al pasillo se abrió impetuosamente. Primero entró la aspiradora, y luego su madre. Así era ella, imposible de detener, como el *Correcaminos*.

—¡Menudo escándalo estás armando! —gruñó él, irritado.

Pero la mujer, como de costumbre, hizo como si nada y arremetió con empeño con la aspiradora por debajo del televisor.

—¡Ten cuidado! —le gritó Frank.

—¿Eh?

Su madre pasaba el cepillo entre los cables del reproductor de DVD y de la televisión.

—¡No toques eso! —exclamó él, al tiempo que se levantaba del sofá y apretaba con el pie el interruptor de la aspiradora. El motor fue parándose poco a poco.

Su madre se irguió, puso los brazos en jarras y se quedó en silencio, sacando

pecho.

—Esto puedo hacerlo yo —continuó, algo más calmado—. ¡Mierda, ahí están mis moscas! —dijo señalando sus anzuelos de colores que se encontraban en una esquina de la mesa—. ¡Esa maldita aspiradora podría tragarse mis moscas!

Su madre le dirigió una mirada severa.

—Estoy tratando de pensar —declaró Frank con voz más moderada.

—¡Pues piensa en otra parte! —replicó ella sacando pecho de nuevo y dando un paso al frente—. ¡Ahora estoy yo aquí! Vete a la cocina y come algo.

Finalmente, Frank se dio por vencido y se dirigió a la cocina arrastrando los pies; cerró la puerta tras de sí y se sentó junto a la ventana que daba a la E6, por donde podía ver una hilera de coches que circulaban en lenta caravana.

Un cuerpo muerto. Un cadáver de mujer totalmente desnudo: sin ropa, sin joyas, nada. Sólo el llamativo tatuaje de su ombligo. Hasta que el forense le abrió el vientre. Desde aquel momento, lo que yacía en la camilla era otra cosa; ya no era la persona que había sentido terror al notar cómo el cordel que le rodeaba el cuello le ceñía cada vez más hasta nublarle la vista.

«Tenemos que encontrar al cabrón que le hizo eso», pensó, viendo ante sí el cuerpo sin vida de la chica tirado en el suelo, como si de un objeto inservible se tratara. La falta de respeto que se derivaba de esa imagen le revolvía el estómago. De todo lo que el asesino había hecho con aquella pobre muchacha, nada era tan despreciable como dejarla tirada de cualquier manera en aquel lugar.

«Me estoy poniendo sentimental. Seguro que esta noche dormiré mal. Todo este asunto me está afectando demasiado».

Frank masticó despacio su rebanada de pan con salami y una gruesa capa de ensalada de cangrejo encima. Luego se levantó y abrió la nevera. Cogió un cartón de leche, miró la fecha de caducidad, lo abrió y bebió directamente de él.

Se percató entonces de que el ruido en la sala había cesado, y pudo oír cómo su madre guardaba la aspiradora en el armario del pasillo.

—¡No me extraña que nadie quiera casarse contigo! —le gritó ella a través de la puerta—. ¡Esto parece una pocilga!

Frank buscó una taza en el armario y se sirvió el café que ella había preparado. Observó el reluciente cristal de la ventana que su madre acababa de limpiar y se sintió culpable por haberle hablado de aquel modo momentos antes.

—Muchas gracias —dijo tímidamente cuando ella se sentó a la mesa—. Puedo llevarte a casa si quieres.

—¡Jamás en la vida volveré a montarme en una moto! —dijo ella con determinación mientras se levantaba a coger unos terrones de azúcar.

Frank sonrió al recordar aquella vez que la había llevado en el sidecar por el cinturón de la ciudad. Recordaba a su madre sosteniéndose el sombrero mientras daba

botes a su lado como un saltamontes.

—También tengo coche —dijo él.

—Mejor cojo el metro —respondió ella meneando la cabeza. Chasqueó la lengua con el terrón de azúcar en la boca y tomó un sorbo de café—. ¡No quiero que ningún vecino vea que vuelvo a casa en un coche de policía!

Frank cortó otra rebanada de pan.

—Es un coche civil. Ni siquiera lleva sirena.

—Bueno, bueno —dijo ella sin entusiasmo—. ¿Cómo le va al pequeño Napoleón?

—Como siempre.

—Espero que algún día alguien ponga a ese fanfarrón en su sitio.

—Es un buen policía.

—Es lo que tu padre habría llamado un verdadero hijo de puta.

—Eso lo dices porque no lo conoces.

—Pues no. Ni lo conozco ni quiero conocerlo.

Frank suspiró.

—Es viudo y no tiene nada más que hacer, ese es el problema —explicó—. Se podría decir que está casado con su trabajo.

—Pues eso también te pasa a ti.

—Te dejas absorber... No puedes evitarlo.

—¿Cómo que no?

—Fíjate en este caso, por ejemplo. Resulta tan increíble que alguien pueda cometer un asesinato así, que es imposible no entregarse en cuerpo y alma para resolverlo.

—¿Seguro que sólo se trata de eso? ¿O es que no te atreves a enfrentarte a otros aspectos de tu vida?

Ya empezaba otra vez con sus historias. Frank agachó la cabeza con resignación y, antes de que pudiera replicar, sonó el teléfono.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró su madre—. Debe de ser el pequeño Napoleón, que llama a su soldado.

—¿Estás sólo? —preguntó Gunnarstranda al otro lado del hilo telefónico.

—No precisamente —dijo Frank llevándose el inalámbrico a la otra habitación.

—Avísame cuando puedas hablar.

—Ya —dijo Frank hundiéndose nuevamente en el sofá—. Creía que ibas al teatro...

—Sí, ahora voy. Pero quería comentarte algo antes. Me gustaría que fueras al centro mañana para hablar con el chico de la perilla y averiguaras si tenía algo que ver con Katrine Bratterud. Si es posible, intenta hablar con alguna otra persona que la conociera. ¡No digas nada!

—No he dicho nada —respondió Frank.

—No te lo decía a ti, sino a la tía que está aquí conmigo, protestando... Ya estamos, encima ahora se ha cabreado... Menuda noche me espera... Bueno, nos vemos.

—Hasta pronto —se despidió Frank mirando el teléfono.

Una casa en el centro

La mujer que le abrió la puerta pasaba de los cincuenta. Gunnarstranda tuvo la impresión de que de joven debía de haber sido muy guapa. Era delgada, de estatura media y llevaba un ajustado traje gris cuya falda apenas le cubría las rodillas. Contempló al comisario con expectación y un cierto interés, como suelen hacer las enfermeras.

—¿Puedo pasar? —preguntó él sin rodeos.

—Por supuesto, señor, discúlpeme —respondió ella dirigiéndole una amplia sonrisa que la hizo parecer aún más hermosa.

Su pelo era gris, y Gunnarstranda supuso que iba teñida. Pensó que quizá alguna vez había sido rubia.

—Annabeth nos lo contó todo —dijo ella—. Todavía estamos perplejos. Pero no esperaba la visita de la policía tan pronto.

Iba descalza y se movía sigilosamente y con mucha gracia. Lo acompañó hasta la sala y le indicó que se sentara.

—En seguida vuelvo —dijo.

De fondo sonaba *La flauta mágica*, de Mozart, una de las pocas obras clásicas que el policía conocía bien. La música lo puso sentimental; le hizo pensar en Edel, y justo en ese instante el caballero y la dama de la ópera cantaron a coro *Auf Wiedersehen, auf Wiedersehen*.

Gunnarstranda miró a su alrededor y vio que la carátula del CD estaba sobre una mesita, junto al periódico del día. Y en ese instante se percató de que la sala estaba repleta de mesas. Eran todas antiguas, de caoba maciza. Había una en cada rincón, y otra a lo largo de cada pared. Sobre algunas de ellas había lámparas, también antiguas. Eran de Tiffany, de estilo americano, con pantallas de vidrios de colores.

El sonido de los firmes pasos de Gunnarstranda se amortiguó cuando sus pies alcanzaron la alfombra ovalada de diseño oriental que reposaba en medio de la sala. Escuchaba a Pamina entonar una aria, al mismo tiempo que Sigrid Haugom hacía tintinear diversos utensilios en la cocina. Un chorro de agua que caía del grifo dio el toque final a la sinfonía.

El policía dejó que su mirada vagara por las paredes. Aparentemente, la habitación había sido decorada con muy buen gusto, con más objetos ornamentales que de uso cotidiano; no había libros ni televisor, y en cambio sí había sillones, mesas, lámparas y cuadros colgados de las paredes. El estilo habitual de las casas del barrio elegante de Oslo.

Concentró entonces su atención en una maceta situada en el alféizar de la ventana. Se acercó a ella y vio que contenía un bonsái de aspecto enfermizo. Levantó el tiesto, estudió la planta con interés y llegó a la conclusión de que el pobre arbolillo

estaba a punto de morir. Luego permaneció pensativo mientras echaba un vistazo por la ventana. Esta daba al sur, y el terreno que se veía a través de ella se extendía hasta un seto verde que ocultaba las vías del tren. Por encima del seto vio el inequívoco contorno de los fiordos de Oslo: las islas, el fiordo de Bunne y la península de Nesodden. Uno de los *ferries* azules de la compañía Color Line estaba a punto de llegar a Drøbak para dirigirse luego hacia Skagerrak.

—¿Azúcar o crema de leche? —preguntó ella a sus espaldas.

Sobresaltado, se volvió y se percató de que no la había oído entrar porque aún seguía descalza.

—Nada, gracias. Lo tomo solo.

Puso la maceta en su sitio, cruzó la sala y se sentó en uno de los sillones antiguos situados alrededor de la mesita ovalada de color rojizo.

Ella se sentó en el sofá, frente a él, luego cogió el mando del equipo de música que estaba sobre la mesa e interrumpió la voz masculina —seguramente Tamino— que sonaba en esos momentos. El silencio inundó entonces la habitación y ambos cruzaron algunas miradas.

—Gunnarstranda... —dijo Sigrid Haugom, como si saboreara la palabra—. Es un nombre poco común. —Y entornó los ojos al tiempo que esbozaba una franca sonrisa—. ¿Le gusta a usted su apellido?

El agente de policía contempló las finas tazas de porcelana durante unos instantes mientras reflexionaba sobre la pregunta. Le sorprendió la desenvoltura con la que le había planteado aquella cuestión tan personal. Pasó el dedo por el borde dorado del plato y la miró a los ojos con una sonrisa.

—¿Qué clase de pregunta es esa? A nadie le gusta su apellido.

Ella ladeó ligeramente la cabeza, satisfecha con la respuesta.

—Tiene usted razón.

—Sí —asintió Gunnarstranda, tomando un sorbo de café y dándole a entender que estaba delicioso con una breve inclinación de la cabeza y un gesto aprobatorio con los labios—. Durante siglos, las mujeres se han visto obligadas a cambiar su apellido por el de sus maridos. El destino del hombre, en cambio, siempre ha sido aceptar su identidad y transmitir su apellido de generación en generación.

Ella miró absorta durante un instante al vacío antes de replicar.

—Pero si no le gustaba su apellido, podría habérselo cambiado. Eso no supone ningún problema.

El comisario se acomodó en el sillón.

—No he venido a hablar de mí —repuso, cruzando las piernas—. Pero ya que ha sacado usted el tema, le diré que de niño me desagradaba mi apellido y durante mucho tiempo creí que a todo el mundo le pasaba lo mismo, que a nadie le gustaba el suyo. Pero en realidad no es así, y cuando crecí descubrí que hay otra cosa que me

disgusta todavía más, y es que la gente tenga seudónimos y alias. Bien... ¿y qué hace una mujer como usted en un sitio como...?

—¿...como el centro de rehabilitación para drogadictos? Pues muy sencillo... —dijo Sigrid Haugom—. Pertenezco a ese tipo de mujeres de la clase media de Oslo que, hartas de ir de compras al centro y de vacaciones al sur, deciden incorporarse a la vida laboral en el momento en que sus hijos demuestran más interés por sus amigos que por su hogar.

—¿Y cuándo ocurre eso?

—Cuando llegan a la adolescencia. En mi caso, mientras Joachim estaba estudiando en el instituto de bachillerato, yo empecé a hacerlo en la escuela social del diaconato; desde entonces, hace ya tres años, he estado trabajando con Annabeth.

—¿Joachim es su hijo?

Ella asintió con la cabeza.

—Y ¿qué hace ahora?

—Está en Estados Unidos, estudiando economía en Yale.

—¡No está mal...!

—Sí, muchas de mis amistades piensan que es lo más apropiado para «el hijo de los señores Haugom, que viven en el elegante barrio de Grefsen».

—Entonces ¿debo deducir que a usted no le convence la carrera que está estudiando el chico?

—Digamos que el hecho de trabajar con drogodependientes hace que vea el capitalismo occidental y la política económica de otra manera.

—Interesante...

—¿Qué es lo que le parece interesante? —preguntó ella cruzando las piernas.

—El hecho de que usted, con su apariencia tan... burguesa, trabaje con drogodependientes y además se muestre tan crítica con... —Dejó la frase en el aire, buscando las palabras apropiadas para continuar.

—... ¿con la política oficial sobre drogas? —completó ella, con la vista al frente y aire pensativo.

—¿Se lleva usted bien con los internos?

—Sí, la verdad es que tengo una magnífica relación con ellos. Me atrevería a decir que hago muy bien mi trabajo.

—¿Se siente usted a gusto con ellos?

—Sí, y los internos conmigo.

—¿Y con Katrine? ¿Se llevaba bien con ella?

Sigrid Haugom bajó la cabeza.

—Katrine era una niña tonta, si me perdona usted la expresión. A mí ella me gustaba mucho: era guapa, tenía estilo, estaba bien preparada... pero sentía celos de mí.

Gunnarstranda sonrió.

—Envidiaba mi vida: mi casa, mi dinero, mi coche... No me malinterprete; esa clase de envidia es sana. Ese tipo de chicas necesitan modelos claros y concretos. Tienen una personalidad demasiado débil y una autoestima demasiado baja como para enfrentarse a la vida, y cuando lo intentan todo se vuelve contra ellas y creen que la manera de escapar del problema son las drogas. Cuando se enganchan, entran en un mundo fácil de comprender, donde todo es muy sencillo, incluso el lenguaje que se utiliza. Hasta el culebrón más cutre de la televisión es menos superficial, vacío y vago que una conversación entre drogadictos.

Gunnarstranda dio un sorbo a su café; iba a replicar a su interlocutora cuando ella siguió hablando:

—Discúlpeme —dijo con rostro sombrío—. Estamos hablando de Katrine... Ya sé que está muerta, pero todavía no lo he asimilado...

—Si hubiese muerto de otra manera... de sobredosis, por ejemplo, ahora no estaríamos aquí sentados hablando de ella.

Sigrid Haugom cerró los ojos y suspiró. El silencio invadió de nuevo la habitación. Gunnarstranda se recostó en el sillón, contemplándola con los ojos entrecerrados. Ella cambió de postura y carraspeó antes de decir:

—Tiene usted razón... La muerte no es algo ajeno a nuestro trabajo. Muchos de nuestros internos han muerto por sobredosis. Sin embargo, esta es la primera vez que uno de ellos es asesinado —dijo bajando la vista.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—¿Qué le pareció a usted que la señora Ås invitara a Katrine a su fiesta el sábado?

—Yo no estaba de acuerdo. Todavía era demasiado pronto.

—¿Qué quiere decir con «demasiado pronto»?

—Nuestros internos tienen que ser muy disciplinados antes de conseguir dar el salto, y eso es muy complicado. Tienen que cortar definitivamente con las drogas y olvidarse de los viejos amigos, ¿comprende? Pero eso no es fácil. Es complicado escapar de esas redes; todo está relacionado, y a veces entra en juego la doble moral. Me explico: la gente del centro organizamos fiestas de vez en cuando. Pues bien, a los internos les resulta difícil entender que las personas que a diario trabajan con ellos para apartarlos de su adicción utilicen el alcohol para divertirse, a pesar de que todos bebemos con moderación. Bueno, tal vez no todos: algunos se emborrachan. La diferencia entre un drogadicto y una persona «normal» es simplemente que esta puede adaptar su vida a las exigencias de la rutina diaria. Llega sobria al trabajo, se toma una cerveza al terminar y se da por satisfecha. En mi opinión, esas fiestas son rituales repugnantes; estoy totalmente en contra de ellas. Cuando una interna como Katrine acude a ese tipo de fiestas, su carácter cambia totalmente. La celebración se

convierte en una especie de confirmación, en la que el interno nos demuestra que ya puede adaptarse a la vida cotidiana, a la que va a volver en breve.

—¿Una especie de examen de ingreso en el mundo normal?

—Yo no lo diría exactamente así, pero ha captado usted la idea.

—¿Pero no se preocuparon cuando de pronto ella comenzó a sentirse indispuesta?

Sigrid Haugom suspiró y miró pensativamente por la ventana, mientras se pasaba la mano por la pierna con aire ausente. Había un silencio casi absoluto en la habitación, sólo interrumpido por el hueco tictac de un reloj de pared que sonaba como un goteo.

Gunnarstranda lo miró. Era una antigua pieza de artesanía con la esfera de porcelana y los números romanos elegantemente dibujados; el diseño de las manecillas también se había realizado con muy buen gusto. La caja del reloj consistía en una águila tallada y el péndulo, que colgaba a lo largo de la pared, se balanceaba lentamente de un lado a otro, entre dos pesas en forma de piña.

—Ahora ya está muerta, y no merece la pena lamentarse. La verdad es que solemos preocuparnos por ese tipo de cosas... Tal vez en su caso no lo hicimos lo suficiente —dijo la mujer de los cabellos plateados.

—¿Qué ocurrió durante la fiesta?

—Traté de hablar con ella, pero entonces ya parecía sentirse mejor. Daba la impresión de que había comido algo que le había sentado mal, pero ya se le estaba pasando...

—¿De modo que no había razón alguna por la que alarmarse?

—Como ya le he dicho, quizá deberíamos habernos preocupado un poco más.

—¿Había sucedido antes algo así? Quiero decir, si algún interno se había indispuerto de esa misma manera.

Sigrid Haugom esbozó una sonrisa muy significativa.

—Era la primera vez que yo asistía a una fiesta de esa clase. Quiero decir, con los del centro.

—¿Y qué celebraban?

—Era una fiesta para los empleados; celebrábamos la llegada del verano. Katrine fue invitada porque ya estaba a punto de reincorporarse a la vida normal. Habría concluido su tratamiento en el centro este verano.

—¿Consiguen que se rehabiliten muchos jóvenes?

—No... Nuestras estadísticas no son particularmente buenas.

Gunnarstranda permaneció unos instantes en silencio mirando el diseño de la alfombra.

—¿Y existen centros con «buenas estadísticas»? —preguntó finalmente.

—Sí, por supuesto. Ninguno de ellos registra unos resultados excelentes, pero hay unos cuantos que nos superan. Parte de culpa de que las cifras de rehabilitados sean

bajas la tiene la legislación vigente. Nosotros internamos a los drogadictos con una orden de hospitalización, pero sólo podemos hacerlo durante un tiempo; después, ya no tenemos autorización para retenerlos, y a menudo desaparecen. Como mucha gente, ellos también optan por la ley del mínimo esfuerzo. Katrine fue una de las personas que mejor respondió a nuestro tratamiento, y su muerte no tiene por qué descorazonarnos.

—¿Por qué piensa usted que se encontró mal esa noche? ¿Sigue creyendo que fue por causa de la comida?

—No tengo la menor idea.

Gunnarstranda permaneció en silencio mientras Sigrid Haugom recapacitaba.

—Recuerdo que Katrine estaba hablando con Annabeth cuando yo me acerqué a ellas, y que al mismo tiempo llegó su novio, que también estaba en la fiesta. Él la sostuvo antes de que cayera al suelo.

—¿Se desmayó?

—No lo sé.

Gunnarstranda esperó un poco.

—Por lo menos, eso fue lo que pareció.

—¿Y qué hizo usted?

—Los seguí a los dos hasta el baño. Después de un rato, él salió y Katrine se quedó dentro; me dijo que ya se sentía mejor y que pronto regresaría con los invitados. Unos minutos más tarde llamé a la puerta. Tardó unos instantes en responder, pero cuando lo hizo me dijo que ya estaba bien y finalmente abrió la puerta. Entré en el baño y vi que se sentaba sobre la tapa del retrete. Le mojé la cara con un poco de agua; parecía estar bastante mejor, pero seguía temblando. Recuerdo que me pidió que llamara a un taxi, pero al instante cambió de opinión. Después me dijo que en seguida saldría del baño, pero que seguramente se marcharía pronto de la fiesta. Entonces me fui.

—¿Volvió usted a verla?

—No. Más tarde le pregunté a Annabeth por ella y me contestó que probablemente ya se habría ido, puesto que todavía se encontraba mal.

—¿Y qué pensó usted entonces?

—Me quedé preocupada. Katrine ya estaba algo intranquila por algo que le había sucedido ese mismo día y...

—¿Qué es lo que le había sucedido? —la interrumpió Gunnarstranda.

—Creo que uno de sus antiguos amigos se había presentado en la agencia de viajes donde ella trabajaba.

—¿Quién?

—No sé cómo se llama. Katrine me telefoneó unas dos horas antes de ir a la fiesta de Annabeth. Debían de ser las cinco, o sea, que ya había salido del trabajo. Dijo que

le había pasado algo. —Sigrid Haugom frunció el entrecejo—. No sé si tiene algo que ver con todo este asunto, pero me dijo que un antiguo conocido del grupo de drogadictos que ella frecuentaba tiempo atrás se había presentado en la agencia de viajes y que quería contármelo con más detalle.

—¿Por qué a usted?

—Porque... —Sigrid Haugom buscó la manera de decirlo.

Gunnarstranda se acomodó mejor en el sillón.

—Porque ella y yo hablábamos mucho —prosiguió la mujer—. Teníamos muy buena relación.

—Pero ¿qué era exactamente lo que quería contarle?

Sigrid Haugom pensó unos instantes.

—Le pregunté si podíamos hablar de ello por teléfono, pero dijo que no. Recuerdo que entonces le eché una mirada a ese reloj de ahí. —Sigrid Haugom señaló la pared, donde el reloj de la caja marrón seguía marcando su insistente tictac—. Eran más de las cinco, y teníamos que estar en la fiesta de Annabeth a las siete y media. Calculé el tiempo que necesitaba para ducharme y hacer otras cosas y... bueno, pensé que podía arreglármelas, así que le pregunté si quería que pasara por su casa antes de salir hacia la fiesta, pero me respondió que no era necesario.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente?

La mujer se encogió de hombros.

—Algo así como... «podemos hablar de ello más tarde». A mí eso no me gustó mucho, porque sabía que ella era muy sensible precisamente al hecho de ser rechazada, así que insistí y le pregunté si estaba segura. Volví a ofrecerme para ir a su casa una vez más, pero entonces ella me preguntó si tendría tiempo al día siguiente, es decir, el domingo. Le contesté que sí, pero, por desgracia, ella no pudo acudir a la cita...

—¿Podría recordar las palabras exactas que le dijo por teléfono?

La mujer se recostó en el sofá y se tomó su tiempo para pensar. Gunnarstranda bebió otro sorbo de café y le dirigió una nueva mirada de aprobación. Ella cerró los ojos.

—Dijo: «He tenido una visita...», o quizá: «Ha sucedido algo en el trabajo... ha venido a verme un viejo amigo, tengo que hablar contigo sobre eso, porque ya no puedo más». Algo así, no lo recuerdo exactamente.

—¿«Ya no puedo más»?

Sigrid Haugom asintió.

—¿Cómo interpretó usted esa expresión?

—No le di importancia, es una frase hecha, como «me estoy volviendo loca» o «si no lo digo, reviento».

—¿Y qué le contestó usted?

—Yo le pregunté: «¿Quién ha ido a visitarte, cariño?».

—¿«Cariño»? ¿Tanta confianza tenían ustedes?

—Sí.

—¿Trata usted así al resto de los internos del centro?

—En general, me llevo bien con todos ellos.

—¿Pero se dirige usted a ellos de la misma forma?

—Se podría decir que Katrine era... que nuestra relación era un tanto especial.

—Y ¿a qué se debía?

Sigríð Haugom lo pensó, y finalmente dijo:

—A su manera de ser... y también a la mía. —Pensó un poco más—. Tal vez Katrine era distinta; sí, eso creo. Ella era una persona especial. —La mujer parecía estar hablando para sí misma. Permaneció unos instantes con la vista fija en un punto, al frente, y luego añadió—: Había algo en ella... Bueno, no sé, simplemente había química entre ambas. Además, me hacía confidencias desde hacía mucho tiempo.

—¿Confidencias, dice?

—Sí, solía acudir a mí para contarme sus problemas.

—¿Pero no le dijo quién había ido a visitarla o qué era lo que había pasado ese día?

—No. Después de comentarme la visita de su amigo estuvimos charlando sobre nuestra cita del domingo.

—¿La llamó usted ese día?

—Sí, la llamé por la tarde, pero no cogió el teléfono.

—¿Y qué pensó al ver que no contestaba?

—Pensé que tal vez se había olvidado de la cita o que sería ella la que vendría a verme más tarde; en realidad, no habíamos quedado a una hora concreta.

Gunnarstranda carraspeó.

—¿Cómo es el novio de Katrine?

—Un cabeza hueca.

—¿Un cabeza hueca?

—Sí, es lo que a mí me parecía. Mucha fachada, pero nada aquí arriba —dijo, señalándose la sien con su largo dedo índice—. Además, era celoso, inmaduro... sí, eso lo describe bastante bien: inmaduro.

—¿Era violento?

—No lo creo.

—¿Cree usted que le pegaba?

—No —dijo, negando con la cabeza—. No, ella me lo habría contado.

—¿Cómo exteriorizaba sus celos?

—Tenía miedo de que ella tuviera relaciones con otros hombres.

—¿Y las tenía?

—No tengo ni idea.

—¿Katrine no le hacía ese tipo de confianzas?

—Podríamos decir que no me interesan las de ese tipo.

—¿Hubo alguien en la fiesta que intentara acercarse a ella?

—¿Qué quiere decir?

Gunnarstranda la miró fijamente a los ojos.

—Ya sabe a lo que me refiero. ¿Cree que, cuando Katrine se marchó de la fiesta, alguien pudo seguirla y aprovecharse de ella?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

Sigrid Haugom fijó la vista en el vacío, intentando recordar.

—Porque esa persona debería haberse marchado —dijo finalmente—. Y... para no ser descubierto, tendría que haber regresado a la fiesta...

—Sí, es una posibilidad.

—No... —Tragó saliva y lo miró fijamente—. Parece bastante improbable.

—¿Pero podría haber sido posible?

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno... ¿Podría usted afirmar que todos los asistentes a la fiesta no se marcharon hasta que esta terminó?

—No.

—¿Por qué no?

—Algunos fueron al centro después de la cena. El resto estábamos esparcidos por toda la casa; algunos estuvieron durante bastante rato en el jardín, tras los arbustos.

—¿Recuerda quiénes fueron al centro?

—Había un grupo que quería ir al club Smuget... Goggen, un ergoterapeuta cuyo nombre real es Georg Beck, era el cabecilla, y quería ir a ese local a toda costa. También fue Bjørn Gerdhardsen...

—¿El dueño de la casa?, ¿el marido de Annabeth?

—Sí. Es como un niño. Quería convencer a unos cuantos. Se fue con muchos jóvenes, no sé cuántos eran exactamente. Pero diría que Ole, el novio de Katrine, estaba entre ellos.

—¿Por qué cree usted eso?

—Porque no lo encontré a él ni a Katrine por ninguna parte. O bien se marchó con ella o bien al centro con Goggen y los demás.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Yo? Yo estuve un poco en todas partes —dijo con una sonrisa forzada—. ¿Cree usted que yo...?

—No creo nada —replicó el policía al tiempo que se ponía en pie—. Pero quizá será necesario que nos cuente algunas de las confianzas que le hizo Katrine.

—¿Por qué?

—Tal vez le contó algo que esté relacionado con el caso. Le ruego que se ponga en contacto con nosotros si recuerda algo más.

Sigrid se levantó a su vez.

—Por supuesto —aseguró.

—¡Ah!, por cierto, ¿cómo se enteró usted de la muerte de Katrine?

—Pues... en la reunión de trabajo de esta mañana comenté que no había podido ponerme en contacto con ella, y alguien que había visto las noticias de ayer dijo que habían encontrado el cadáver de una mujer en Mastermyr... No sé, pero de pronto todos temimos que pudiera tratarse de Katrine. Al final, Henning, un compañero nuestro, la llamó al trabajo para asegurarnos de que estaba bien... —Sigrid sonrió amargamente.

—¿Y usted no tiene ni idea de por qué se sintió mal o adónde fue después de abandonar la fiesta?

—No, no tengo ni la más remota idea.

—¿Cuándo se fue usted de la casa?

—Mi marido vino a buscarme.

—¿A qué hora?

—Tarde, bastante tarde, ya estaba amaneciendo.

—Tiene usted un marido comprensivo...

—Siempre está ahí cuando lo necesito. Cuando éramos más jóvenes, esa abnegación me parecía algo agobiante, pero ahora la encuentro deliciosa.

—¿Por qué se quedó usted hasta tan tarde?

—Estuve hablando largo y tendido con Annabeth. Charlamos durante horas de nuestras cosas, y también del trabajo. Los últimos invitados se fueron a eso de las tres y media, si mal no recuerdo... Después ayudé a Annabeth a recogerlo todo, y antes de que me fuera volvió Bjørn Gerdhardsen.

—¿Cuándo fue eso?

—Como le he dicho, había empezado a amanecer, así que supongo que debían de ser alrededor de las cuatro de la madrugada.

—¿Estuvo bien la velada?

—Sí, diría que sí.

—¿Hubo alguien en especial con quien Katrine hablara mucho esa noche?

—Bueno, no sabría decirlo... Se fue temprano de la fiesta, y no nos sentamos juntas durante la comida; cuando tomábamos el café, la vi sentada junto a su novio. No pasó nada que me llamase la atención... hasta que comenzó a sentirse mal.

Gunnarstranda se dirigió hacia la puerta.

—Encantada de haberlo conocido —dijo Sigrid Haugom a sus espaldas.

Al llegar a la puerta, el policía se volvió y permaneció inmóvil, mirándola.

—¿Sí? —dijo Sigrid Haugom.

—¿Sabe usted algo sobre su familia o sobre su infancia?

—Una vez la acompañé hasta su casa.

Gunnarstranda esperó a que la mujer continuara.

—Fue muy triste.

—¿Por qué?

—Su madre vive en una casa que está medio en ruinas. En aquellos momentos vivía con un hombre, pero ese día estaba sola. Era el cumpleaños de Katrine, pero ella ni siquiera lo recordaba. No había visto a su hija desde hacía dos años, y a pesar de ello no se le ocurrió nada mejor que ofrecerle fideos de lata en un plato de plástico.

Gunnarstranda hizo una mueca.

—¡El día de su cumpleaños! —exclamó Sigrid Haugom—. Katrine no pudo soportarlo y salió corriendo de la casa. Creo que esa fue la última vez que madre e hija se vieron.

La velada

Gunnarstranda estaba sentado en su despacho, frente a su escritorio. Sobre la mesa había una pantalla de ordenador negra, una máquina de escribir eléctrica, una taza atiborrada de bolígrafos, una pila de revistas, una perforadora, montones de hojas en blanco y un cenicero vacío de un color rojo descolorido en el que se leía «cinzano», en letras blancas y desconchadas.

Se desabrochó el *blazer* azul y se aflojó el nudo de la corbata de rayas que llevaba sobre la camisa blanca. Hizo crujir el respaldo de la silla al inclinarse para cruzar las piernas y la pernera del pantalón se le subió, dejando al descubierto una pantorrilla sorprendentemente blanca por encima del calcetín. Empezó a menear su zapato negro de arriba abajo, en el aire.

En ese instante sonó el teléfono y el comisario levantó el auricular.

—Gracias, igualmente —dijo—. Acabo de volver. Hombre... sí, estuvo bien. De hecho, voy tan poco al teatro... Pero ya se sabe, la vida del policía es muy dura. Todavía tengo trabajo que hacer aquí, en el despacho, aunque ya sea tarde.

Apoyó una mano sobre el escritorio y con la otra extrajo el informe que acababa de mecanografiar. Lo leyó por encima mientras su interlocutor seguía hablando por teléfono.

—Cuanto menos hablemos de ello, mejor —dijo Gunnarstranda; escuchó un poco más, murmuró algo para despedirse y colgó.

Permaneció sentado, mirando por la ventana. Estaba oscureciendo, por lo que supuso que debía de ser ya muy tarde. Aun así, para ser el mes de junio, todavía era demasiado temprano para ver las estrellas; lo único que se podía ver era la luz verde intermitente de un avión que volaba tan alto que uno no podía oír su zumbido.

Llamaron a la puerta. Frank Frølich asomó la cabeza y Gunnarstranda le hizo una seña para que pasara.

—¿Te gustó? —preguntó Frølich.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó lentamente hasta dejarse caer en la silla, que crujió por el peso. Llevaba unos vaqueros azules, unas zapatillas deportivas y una camiseta con el emblema de los amigos de la cerveza bajo un chaleco también de tela lejana. Su ondulado pelo gris estaba despeinado y ya lo llevaba tan largo que algunos mechones le cubrían las orejas. «Necesitaría un buen corte —se dijo Gunnarstranda—; un corte de pelo y una dieta para adelgazar». El estómago de Frølich sobresalía tanto que, cuando se sentaba erguido en una silla, tal como lo hacía en ese momento, faltaba poco para que su tripa pudiera usarse como mesita para el café.

—¿Si me gustó qué? —preguntó Gunnarstranda.

—La obra de teatro.

El comisario titubeó y bajó la mirada. Se enderezó la corbata y se arregló los

puños de la camisa.

—No —respondió—. No demasiado.

—¿Qué tenía de malo?

—La gente con la que fui.

—Pero ellos no tienen nada que ver con la obra. ¿Qué fuisteis a ver?

—*Fausto*.

—He oído que es una obra magnífica.

—Sí, sí, la obra me gustó. —Gunnarstranda meditó un momento—. El texto es bueno, si omitimos las tentaciones a las que someten al protagonista, tan sumamente banales: mujeres jóvenes en ropa interior y cosas por el estilo. Esperaba algo mejor de Goethe, por no hablar de Mefistófeles.

—¿Con quién fuiste a verla?

—Con Falk-Andersen, su mujer y la hermana de esta.

—Una verdadera encerrona...

—Una verdadera imbecilidad, diría yo. Evidentemente, a ellos les gustó mucho la obra.

—Y ¿quién es Falk-Andersen?

Gunnarstranda suspiró.

—Un botánico, un académico retirado... Y aunque hice lo imposible por reprenderlos por la situación en la que me habían metido, no creo que lo haya logrado.

—No está mal —dijo Frølich. Reflexionó durante unos instantes y luego agregó—: He hablado con la gente de la agencia de viajes en la que trabajaba Katrine Bratterud.

Gunnarstranda levantó el brazo para mirar el reloj. Se dio cuenta de que hacía rato que debería haber comido algo, e intentó concentrarse en averiguar si le sonaban las tripas.

—Ha llamado Fristad —murmuró—. El fiscal general.

En ese instante le sobrevino un acceso de tos. Apoyó los pies en el suelo y tosió con más ímpetu. Le dolía el pecho y su respiración era como la de un viejo. Sabía que tenía un aspecto horrible.

Cuando la tos comenzó a remitir, giró la silla, abrió la ventana de par en par y se sacó de la chaqueta una colilla de cigarrillo de los que él mismo se liaba.

—No creo que eso sea muy bueno para tu salud —se aventuró a decir Frølich.

Gunnarstranda aguardó hasta que pudo respirar con normalidad antes de contestar.

—Hoy en día no hay nada que sea sano: no es sano trabajar, no es sano dormir, y hasta los alimentos que comemos nos provocan enfermedades —repuso sacando los labios hacia afuera para no quemarse mientras encendía la colilla.

—¿No sería mejor que cogieras un pitillo nuevo? —sugirió Frølich, preocupado.

—Si los enciendo varias veces, puedo bajar a ocho al día —respondió su compañero—. ¿Te das cuenta? ¡Ocho al día!

—¿De modo que piensas que es más saludable fumar ese cigarrillo apestoso que darle unas caladas a uno nuevo?

—¡Ahora hablas como la cuñada de Falk-Andersen! —replicó Gunnarstranda mientras sostenía la diminuta colilla entre las uñas de los dedos pulgar e índice para no quemarse. Estos formaban un arco, y sus labios se fruncían para expulsar el humo.

—Bueno, pues revienta fumando si quieres —cedió Frølich, dándose por vencido.

—Está bien, tú ganas —murmuró el comisario, dándose la vuelta y dejando la parda y consumida colilla en un largo cenicero de pie que había detrás de él. Torció los labios en una sonrisa y buscó un nuevo cigarrillo en el bolsillo—. Nueve al día —dijo alegremente al tiempo que lo encendía.

Frølich meneó la cabeza.

—Tenías razón —dijo el comisario aspirando el humo—. Así está mucho mejor; no me perjudicará tanto. En fin, Fristad quería saber por qué en las ruedas de prensa no estamos utilizándolas expresiones a las que solemos recurrir en estos casos; ya sabes, «cuerpo brutalmente maltratado», «abominable violación», «lo peor que he visto en toda mi carrera de policía», etc.

—¿Y qué le contestaste?

—Nada.

—Pero ¿hubo violación?

—Sí, creo que sí.

—Debemos averiguar qué hizo esa chica después de medianoche —sugirió Frølich.

—Fue a un *fast food*.

—¿De veras?

Gunnarstranda asintió.

—La autopsia ha determinado que en su estómago había restos de carne picada, pan y patatas, es decir, comida rápida. Así que parece que es cierto que vomitó la exquisita cena de Annabeth Ås... Debemos averiguar dónde y cuándo ingirió esa comida.

—Hablé con su compañera de trabajo —dijo Frølich—. Una mujer entrañable, de unos cincuenta años, con hijos ya mayores; diría que le habría gustado adoptar a la chica... Dice que Katrine era guapa, inteligente, alegre, risueña...

—¿En serio?

—Esa señora sabía que la chica estaba siguiendo un tratamiento para dejar la droga y las malas compañías. Me dijo que sucedió algo extraño...

El teléfono sonó en ese momento. Gunnarstranda lo miró, molesto por la

interrupción, pero no lo cogió.

—¿No vas a contestar? —preguntó Frølich.

El comisario apretó los dientes, furioso. Finalmente, agarró el auricular con fuerza, lo levantó y lo colgó al instante.

Frank contempló el aparato, que había dejado de sonar.

—Sigue —pidió Gunnarstranda.

—El día en que Katrine desapareció, un tipo se presentó en la agencia de viajes y se abalanzó sobre ella.

—Ya es la segunda referencia que tenemos de ese tipo —señaló Gunnarstranda—. La chica llamó a Sigrid Haugom ese sábado para contarle el incidente. Pero ¿a qué te refieres con eso de que «se abalanzó sobre ella»?

Frank consultó sus notas.

—Un macarra, de unos cuarenta años, con el pelo salpimentado y recogido en una coleta, con un pendiente en una oreja y una horrible cicatriz en el brazo, amenazó a Katrine e intentó agarrarla, pero desistió cuando «Katrine me pidió que llamara a la policía». —Levantó la vista del papel—. La mujer se llevó un buen susto. Le preguntó a Katrine quién era ese tipo y por qué le había puesto la mano encima. La muchacha admitió que lo conocía, pero que hacía mucho tiempo que no lo había visto.

—¿A qué te refieres con «pelo salpimentado»?

Frank pensó un poco antes de contestar.

—Blanco y negro.

—¿Salpicado de canas?

—Sí, pero no demasiadas, como yo.

—Tú lo tienes muy canoso.

—Pues la gente suele decirme que tengo pocas canas.

—Ya... ¿Y cómo la amenazó?

Frank volvió a consultar su bloc de notas y leyó en voz alta:

—«Haz lo que digo», o «Tú harás lo que yo te diga»... Algo así.

—¿De modo que Katrine se negó a hacer lo que él le pedía?

Frank asintió con la cabeza.

—Eso es lo que parece.

—Bien, ya tenemos algo —declaró Gunnarstranda con una mueca—. Debemos encontrar a ese individuo. La mujer de la agencia de viajes podría echar un vistazo a nuestros archivos. Y tú podrías preguntar por las zonas por donde se mueven los drogadictos, a ver si conocen a alguien que concuerde con la descripción.

Libertad y sometimiento

Era la segunda vez que Frank Frølich iba al «Jardín de Invierno», pero esta vez se libró de que lo recibieran a tomatazos. Se encontraba junto a Henning Kramer en una especie de aula. Junto a la pizarra colgaba un cartel con la leyenda «No a las drogas» y la foto de una deportista probablemente conocida. Frank no estaba muy seguro de quién era; tal vez se tratara de una jugadora de balonmano o de fútbol, pero no lograba reconocerla.

Pacientemente, dejó que su mirada vagara por la ventana abierta, aunque no había nada en qué fijar la vista, salvo el edificio amarillo del internado. Allí no se veía a nadie, ni tampoco indicios de que se estuviera desarrollando ninguna actividad. «Aunque, después de todo, tal vez no sea tan raro —se dijo—. Puede que sea debido a lo que sucedió».

Ya habían pasado casi tres minutos desde que le había formulado una simple pregunta introductoria al hombre que estaba sentado frente a sí, en el escritorio que había sobre la tarima. En el intervalo, Henning Kramer había estado estudiando un ángulo del techo y, como indicio de que pensaba, tenía el pulgar apoyado en la barbilla.

—Espero una respuesta —lo apremió Frølich.

—Estoy pensando.

—Si no me han informado mal, tú andabas mucho con Katrine; deberías saber más o menos cómo era.

—¿Quiere saber quién era o cómo era?

El policía suspiró, contemplando a aquel hombre que seguía con la mirada obsesivamente fija en el mismo ángulo del techo.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó bostezando.

—Tal vez no —contestó Henning Kramer, siempre pensativo.

Frølich se percató de que aquel tipo cuestionaría cualquier pregunta que le formulara, e intentó concretar más:

—¿Qué clase de persona era?

Henning Kramer cerró los ojos.

—Katrine tenía un sueño —dijo describiendo un amplio círculo con los brazos—. El sueño de ser una alocada, el sueño de viajar haciendo autostop, de sentirse libre y de subirse a un coche diciendo o haciendo algo que asombrara al conductor, «*Bobby thumbed a diesel down just before it rained, and took us all the way to New Orleans*^[2]». ¿Sabe?, el caso es que, y eso no lo entendía Katrine, ya no quedan tipos fáciles de sorprender, no puedes decir cosas que no se hayan dicho antes... ya no quedan cosas nuevas por decir ni por hacer. Y los pobres críos que andan haciendo dedo por los caminos, vestidos con sus vaqueros raídos y su cinta en la frente, o esos

otros que se revuelcan desnudos en el barro del festival de Roskilde se creen que simbolizan una contracultura, cuando en realidad no son más que una atracción turística. Para el resto no son más que un agradable recuerdo de otra época. Es casi lo mismo que ver los llaveros con el monigote de Jerry García que venden en el Fisherman's Warf de San Francisco. No lo crees hasta que no lo ves, pero cuando lo ves te das cuenta de que es una prueba de que la llamada rebelión de los jóvenes está internalizada en la historia y canonizada por la burguesía. ¡Por eso siento lástima por los que creen que todavía viven en el 68 o el 72! ¡Aquello de lo que creen formar parte ya no existe!

Henning Kramer se levantó de la silla y caminó lentamente hasta la ventana, frente a la que se detuvo, de espaldas a Frølich.

—Katrine no se daba cuenta de que es inútil intentar escapar hacia la libertad —prosiguió Kramer, y se volvió, excitado—. La libertad no es un estado ni un lugar al que puedes ir; la libertad se debe interiorizar, porque está aquí, dentro de ti mismo. Puedes encontrarla en tus acciones; consiste en ser dueño de ti mismo y de la situación en la que te encuentras. No se puede huir hacia la libertad, pero se puede huir de ella; eso sucede justo en el momento en que uno se pone de pie y acepta la vida como es, ubicándose en ella siendo consciente de la propia realidad personal. Es entonces cuando uno es verdaderamente libre.

Frank Frølich bostezó, al tiempo que se cubría la boca con la mano, y luego echó un vistazo a su bloc de notas. Henning Kramer se había quedado sin aliento de la excitación. El policía bajó la vista hacia la página en blanco de su libreta y escribió con letra primorosa: «Llamar a Eva-Britt antes de las cuatro». Eva-Britt tenía reunión los martes, y ambos habían llegado al acuerdo de que él iría a recoger a su hija Julia a la guardería de Majorstua, pero ese día le iba muy mal hacerle el favor y tenía que avisarla.

A Frank no se le ocurría ninguna otra cosa de la cual tuviera que acordarse, de modo que carraspeó y formuló otra pregunta táctica:

—Pero eso es lo que Katrine hacía antes, ¿no es cierto? Según tengo entendido, ya estaba empezando a olvidarse de esas ilusiones; ya estaba desintoxicada y tenía trabajo en una agencia de viajes...

—Sí, pero, sin embargo, no lo conseguía del todo; no lograba integrarse en la sociedad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Frank, satisfecho por haber conseguido que la conversación resultara más fluida.

—No era capaz de seguir las normas establecidas; sentía náuseas y terminaba vomitando. Como ocurrió en aquella maldita fiesta... No soportó la realidad que ellos le ofrecían.

—¿Entonces tú no crees que se indispusiera en la fiesta?

—No estaba más enferma de lo que yo estoy ahora.

—¿Quieres decir que vomitó en esa fiesta porque no soportaba la realidad?

—Exactamente.

—¿Pero qué es lo que no soportaba, en concreto?

—¿Qué? —Henning Kramer mostró una sonrisa esquiva y ponzoñosa—. ¡Qué no quería ser una de ellos!

—¿Ellos, quiénes?

Los ojos de Kramer lanzaron chispas.

—¡Los mal llamados «modelos» que en el «Jardín de Invierno» les presentan a los internos! Katrine detestaba la idea de inscribirse dentro de un orden de cosas según el cual uno cambia de personalidad en función de la ropa que lleva.

Kramer continuó, indignado:

—Ellos actúan de una forma en el trabajo, en donde predicán por la liberación natural de las endorfinas del cerebro y repiten hasta la saciedad lo perjudiciales que son las drogas. Hablan de la importancia de decir la verdad, de aceptar los propios errores, para luego pasar directamente a la fiesta, con otro vestido, otro traje u otro sombrero, y olvidar sus sermones cuando se sientan a la mesa, donde beben como cubas hasta emborracharse, para adquirir el valor de confesarse las verdades. Luego beben todavía más para animarse a follar unos con otros tras los arbustos del jardín, y disculparse más tarde diciendo que estaban ebrios. ¿Lo comprende ahora?

—Pero ¿no eres tú también uno de esos modelos?

—Espero que no.

Frølich lo miró, preguntándose qué podría hacer para continuar sonsacándole información.

—Comprendo lo que dices —asintió—. Pero la chica ya era mayor de edad, era buena estudiante y tenía un pasado en la calle que debió de enseñarle cómo es el mundo y cómo funciona. Por tanto, resulta un tanto increíble que se pusiera a vomitar cada vez que se cumplieran sus peores expectativas.

—En eso justamente se equivoca —dijo Henning Kramer lentamente—. Fue precisamente por eso por lo que lo hizo. Vomitó a causa de Bjørn y Annabeth.

—¿Por qué?

—Porque... —Henning Kramer dudó un instante antes de seguir, y finalmente permaneció en silencio.

—Vamos, dilo.

—Una vez se folló a Bjørn Gerdhardsen, cuando andaba prostituyéndose por las calles para conseguir dinero para drogas.

Frank frunció el entrecejo, incrédulo. Aquello le olía mal. Subrayó su incredulidad con una mueca mientras meneaba la cabeza.

—Es cierto —se apresuró a decir el otro, para luego continuar en un tono más

calmado—: Bueno, me importa un bledo si me cree o no. El caso es que Katrine lo conoció hace mucho tiempo. Annabeth no es precisamente una mujer sexy, de forma que probablemente su marido se vaya de putas de vez en cuando; seguro que no es el único en el mundo. El problema es que ese tipo no se dio cuenta de que tenía que guardar las distancias. ¡Mierda!, Katrine tenía muchos traumas al respecto. Tenía relaciones sexuales de vez en cuando, pero era un mal trago para ella. Y va y encima el tipo intenta tirársela detrás de un arbusto del jardín, ¡es increíble!

—¿Esa noche? ¿En la fiesta?

—Sí.

—¿Estás seguro de ello? —insistió el policía.

—Katrine me lo contó.

—¿Qué te dijo? Dímelo con sus propias palabras.

—«El señor Encantador ha vuelto a intentarlo». Esas fueron sus palabras, y ya no hablamos más del asunto.

—¿Eso fue todo lo que dijo? ¿El señor Encantador?

—Anteriormente ya habíamos hablado bastante de ese asunto; me contó que conocía a Gerdhardsen desde hacía tiempo. Tanto Annabeth como Bjørn son unos ineptos, cada cual a su manera. A partir de entonces, cuando hablábamos de ellos... bueno, de él, lo llamábamos «señor Encantador». Era como un código interno entre nosotros. Lo tomábamos a risa, porque él es el director del «Jardín de Invierno» durante el día, y de vez en cuando, por la noche, hace uso de los favores de alguna interna. Lo bautizamos así en sentido irónico, por supuesto.

Frølich revisó sus notas y luego preguntó:

—¿Cuándo te dijo eso?

—Después de la fiesta.

El policía Frølich se enderezó en el asiento.

—Aquella fue una noche muy especial. Fui a recogerla en coche, porque ella me llamó por teléfono y me lo pidió.

—¿Te llamó? ¿Cuándo?

—El sábado, a eso de las doce. Me había dormido frente al televisor y ella me llamó al móvil y me despertó.

Frølich empezaba a ponerse nervioso.

—¿Y tú fuiste hasta allí en coche a recogerla?

—Pues claro...

—¿Qué coche tienes?

—Yo, ninguno; fui con el de mi hermano. Él está fuera, en una especie de seminario, en Filipinas. Es un Audi. Bueno, pues esa noche se me apareció, en medio de la calle, con el mismo aspecto de siempre, ¿vale?, provocativamente vestida, delante de la farola de la calle, que hacía que su falda pareciera transparente. En ese

momento debía de sentirse como una estrella del pop. Luego saltó por encima de la puerta del coche en lugar de abrirla... Es un descapotable, ¿sabe? Después se quitó la blusa y se la puso a modo de turbante, bueno, no... eso fue más tarde... Lo que quiero decir es que esa noche se sentía guapa e importante en el descapotable, junto a mí. El viento le alborotaba el pelo, y cuando descendíamos la colina buscó algo para sujetárselo, pero como no encontró nada, se puso la blusa en forma de turbante y se quedó sólo con el sujetador negro; eso la excitó bastante. El hecho de ir en el coche en sostén... parecía la escena de una película. Bajamos al muelle de Aker, y fuimos a McDonald's; Katrine quería una hamburguesa con queso. Allí de pie... se la veía tan feliz, era como si se hubiera cumplido uno de sus sueños. Como si... como si... mierda, no soporto recurrir siempre al «como si», ya estoy harto de repetirlo. De todas formas, creo que le entraron ganas de meterse una raya esa noche. Estaba en el séptimo cielo, y justo antes de que nos fuéramos del muelle de Aker le pregunté por qué estaba tan excitada. Ella me miró un solo un instante, pero fue suficiente para darme cuenta de que no quería hablar de ello en aquel preciso momento, porque no quería bajarse de la nube en la que se encontraba, por así decirlo. Me miró y dijo: «El señor Encantador tiró el anzuelo». Y yo simplemente me quedé observándola, en silencio.

—¿Y entonces?

—Tomamos la E6 hacia las afueras, por la vieja Mosseveien, casi hasta el borde de la playa de Ingier.

—¿Y...?

—Allí aparqué.

—¿En la playa de Ingier?

—No, en un primer momento paré allí, pero al poco apareció otro coche. Arranqué y volvimos hacia el cruce con Mosseveien, para luego doblar a la derecha, saliendo hacia el lago Gjer y pasando Tyrigrava. Finalmente paramos en una área de descanso no muy lejos de la E18, cerca del agua.

—¿Y...?

—Estuvimos hablando.

—¿Sobre qué?

—Sobre la vida en general.

—¿Sobre la fiesta no?

—Ni una palabra.

—¿No hablasteis sobre ella, sobre algo que le hubiese sucedido ese día?

—No, sólo hablamos de sueños.

—¿Y luego?

—Echamos un polvo.

—Pero yo creía que ella tenía pareja... un tipo llamado Ole Eidesen.

Henning Kramer se encogió de hombros.

—¿Estabas celoso de Eidesen?

—No, para nada, más bien era al revés: él estaba celoso de mí...

—¿Por qué tenía celos de ti?

—Katrine tenía más confianza conmigo, supongo, y él sospechaba que nos acostábamos juntos.

—¿Y lo hacíais?

—De vez en cuando, sí.

Frølich comenzó a mordisquear el bolígrafo mientras esperaba que Henning Kramer prosiguiera su explicación.

—No era muy a menudo, solamente cuando ella me invitaba a hacerlo. Esa vez hacía mucho que no lo hacíamos... varias semanas quizá.

—¿Tú considerabas que en vuestra relación había amor?

—Por supuesto.

—Permíteme que sea más preciso —dijo Frølich irguiéndose de nuevo en la silla—. Lo que te pregunto es si hubieras querido tener una relación formal con ella, en la que fuerais sólo vosotros dos.

—Pero es que éramos nosotros dos. Era a mí a quien ella buscaba, precisamente era ella quien fijaba las citas a menudo. Por eso éramos más íntimos en el plano carnal.

—¿En el plano carnal?

—Claro.

—¿Sexo de vez en cuando?

—Así es.

—Pero esa noche, ¿quién tomó la iniciativa? ¿Quién empezó la provocación?

—Ella.

Frølich guardó silencio.

—Aunque la palabra exacta no sería «provocación». Podríamos decir que flotaba en el ambiente, que el sexo empezó prácticamente en el instante en que ella subió al coche. El acto en sí fue sólo como el broche final, era lo único que faltaba.

—¿Usasteis preservativo?

—No.

—¿Dónde lo hicisteis?

—En el coche.

—Has dicho que esa noche ella llevaba un sostén negro y una blusa.

—Una blusa, sostén negro y una falda.

—¿Llevaba alguna otra prenda?

—No, que yo sepa.

—¿No llevaba bragas?

—No vi que se las quitara.

—¿Entonces iba sin bragas...?

—No lo sé; llevaba la falda y se la remangó.

—¿De modo que lo hizo con la ropa puesta?

—Bueno, sí, es decir, llevaba puesta la falda y yo le bajé el sujetador.

—¿Y la blusa?

—Volvió a ponérsela.

—¿Cuándo?

Henning Kramer arrugó la frente como si estuviera pensando intensamente.

—Cuando la llevé a casa —concluyó finalmente.

—¿Fue mucho rato después?

—Tal vez una o dos horas. Dormimos un poco, al menos yo dormí un poco.

—¿Cuánto rato dormiste?

—Me desperté a las dos y media pasadas. Durante ese rato, ella estuvo fuera del coche; yo me desperté cuando ella volvió a subir.

—¿Estás seguro de que eran las dos y media?

—Las dos y treinta y siete: lo vi en el reloj del coche.

—¿Y ella había estado fuera del coche?

—Sí, oí que la puerta se cerraba y que ella se sentaba, y miré el reloj. Entonces Katrine empezó a reírse de mí por haberme quedado dormido, y me preguntó si tenía tabaco. Fumamos un cigarrillo y luego me pidió que la llevara a casa de Ole.

—¿Qué clase de ropa llevaba entonces?

—La misma que antes.

—¿Joyas?

—Me imagino que sí.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Llevaba joyas o no?

Kramer permaneció en silencio unos segundos, como si pensara.

—Katrine siempre llevaba joyas: anillos de oro... brazaletes... anillos en forma de serpientes entrelazadas, y enormes piedras, y cadenas al cuello.

—¿Y qué llevaba puesto esa noche?

—Casi todo eso, supongo. Anillos... Sí, eso mismo, siempre llevaba anillos, también esa noche. —Henning Kramer se movió, algo inquieto, mientras el policía lo contemplaba en silencio—. ¿Y bien? —dijo al cabo de un rato, cambiando de posición.

Frank Frølich estudió al hombre unos instantes.

—¿Estás seguro de que esa noche llevaba joyas? ¿Podrías jurarlo?

—Por supuesto. —Los párpados de Henning Kramer se movieron lentamente de arriba abajo.

—Cuando volvió a subirse al coche, ¿llevaba todavía puestas esas joyas?

—Creo que sí, pero, para serle franco, no me fijé.

—De modo que no estás seguro de si llevaba o no las joyas cuando volvió a subir al coche...

—No puedo jurarlo.

—¿Le preguntaste qué había estado haciendo fuera?

—No.

—¿Por qué no?

—No pensé en ello.

—¿No pensaste en ello?

—No. —Henning Kramer se encogió de hombros—. Tal vez había ido a bañarse, o a estirar las piernas.

—¿Llevaba algo más? ¿Un bolso tal vez?

—Sí. Bueno, no era exactamente un bolso, sino una carterita que llevaba colgada en bandolera. Eso lo recuerdo bien.

Frølich asintió.

—¿A qué hora os fuisteis de allí?

—Un poco antes de las tres, o un poco después, no estoy seguro. Estaba realmente cansado y quería llegar pronto a casa.

—¿Adónde la llevaste?

—No muy lejos. Quería bajarse en una rotonda que hay en la E6; la de la bahía de Hverven, donde está la salida para Holmlia.

—Eso está a menos de un kilómetro de donde la hallaron muerta —dijo el policía.

Kramer asintió.

Frølich se aclaró la garganta.

—Debo preguntártelo una vez más —dijo lentamente—: ¿Estás completamente seguro de haberla dejado en ese sitio?

Kramer se aclaró la garganta a su vez.

—Sí —contestó.

Frølich lo contempló nuevamente con insistencia.

—¿Por qué la dejaste precisamente ahí?

—Dijo que quería ir andando hasta casa de Ole. Él vive en Holmlia, aunque no sé exactamente dónde. Quería llegar caminando, para que así él no me viera, en caso de que estuviese esperándola.

—¿Por qué no quería que Ole te viera?

—Por si le montaba una escena.

—¿Y luego?

—Pues eso, la dejé allí. —Henning Kramer se interrumpió. Parecía muy conmovido.

Frank Frølich trató de imaginarse cómo se habría encontrado él mismo en una

situación así. Independientemente de si el joven decía la verdad o no, era evidente que le costaba un gran esfuerzo mantener aquella conversación. Había comenzado con bastante facilidad, con una charla filosófica sobre la cosmovisión de la chica. La conversación sobre el coito se había deslizado también con cierta fluidez, pero ahora era evidente que ya no le resultaba tan sencillo hablar. Henning Kramer parecía sumamente emocionado; los labios le temblaban. Dijo adiós con la mano, como si se despidiera de Katrine, y permaneció mudo.

Frølich estudió el rostro del joven.

—Una cosa más —dijo—. ¿Viste si había otros coches cerca de donde la dejaste? ¿Alguien que pudiera haberos seguido?

Kramer lo pensó y finalmente negó con la cabeza.

—Puede que nos cruzáramos con uno o dos taxis en la autopista, pero no sé. Todo estaba bastante tranquilo, aunque cuando la dejé y arranqué nuevamente estoy seguro de que me crucé con varios vehículos.

—¿Pero no recuerdas ningún detalle sobre esos coches?

—No, yo sólo conducía; conducía y escuchaba música.

—¿Y luego no volviste a saber nada más de ella?

—No.

—¿Se quedó allí parada, despidiéndose con la mano, mientras tú te marchabas?

—No, echó a andar y agitó la mano mientras caminaba. —Los labios de Kramer temblaron ligeramente—. Y ya no volví a verla más.

—Cuéntame dónde la dejaste, exactamente.

Kramer carraspeó y cerró los ojos.

—Pasamos el aparcamiento de la bahía de Hverven, el de la izquierda, yendo hacia el centro.

—¿En Ljansbrukveien?

—Sí, creo que se llama así... Luego continuamos, subiendo hacia la rotonda y el puente que cruza la E6, y entonces Katrine dijo: «Me bajo aquí». Y luego... —Kramer volvió a aclararse la voz—... yo pasé la rotonda y el puente sobre la E6...

—Bien —dijo Frølich pacientemente.

—Me detuve al final del puente, antes de salir hacia la izquierda para meterme otra vez en la autopista... Y allí se bajó. —Kramer guardó silencio.

—Continúa —dijo Frølich.

—Después me incorporé de nuevo a la autopista, y ya no la vi más.

—Has dicho que ella había empezado a caminar...

—Sí.

—Entonces, cuando la viste por última vez, ¿iba caminando por el desvío de Ljabru hacia Holmlia?

—Sí.

—Pero entonces ¿no tenía que atravesar un túnel bastante largo?

Kramer arqueó las cejas y, tras pensar un poco, asintió lentamente.

—Es cierto, tenía que pasar por un túnel.

Frølich cambió de posición.

—Hay bastante distancia desde ese lugar hasta Holmlia. Katrine tenía que cruzar el largo túnel y luego seguir por Holmliveien. No recuerdo si el túnel tiene acera para peatones, pero, aun así, no es muy práctico bajarse antes de atravesarlo, ¿no te parece?

—No conozco bien ese lugar —se apresuró a responder Henning Kramer.

—Pero, de todas formas —prosiguió Frølich—, hay dos o tres kilómetros desde esa rotonda hasta Holmlia. ¿Por qué no la llevaste hasta allí?

—Porque ella me pidió que la dejara en la rotonda.

Frank Frølich permaneció unos instantes en silencio observando al joven. Kramer le devolvió la mirada, y luego carraspeó ligeramente.

—Tal vez cruzó el bosque —dijo—, o tomó un atajo...

—Creí que habías dicho que había empezado a andar por el desvío de Ljabru...

—Bueno, sí, pero supongo que debe de haber un sendero en el bosque.

—Es posible. ¿Pero tú viste cómo lo tomaba?

—No, lo único que sé es que Katrine insistió en que la dejara en ese lugar.

Frølich consultó sus notas y decidió cambiar de tema.

—Os siguió un coche hasta la playa de Ingier, ¿no es cierto?

—No.

—Me ha parecido que decías que no estabais solos en ese sitio.

—Fue sólo un coche que se detuvo; apuesto a que se trataba de una pareja en busca de intimidad, como nosotros.

—¿Había dos personas en el coche?

—Ni idea; no vi si había una, dos o cinco. No me fijé.

—¿Viste qué clase de coche era?

—No lo recuerdo. Un coche corriente, un sedán, un Ford o un Opel, no sé, un coche normal y corriente.

—¿Y el color?

Kramer se encogió de hombros.

—Ni idea, un color oscuro, era de noche, no había luz...

—¿Y ese coche no os siguió desde la playa de Ingier?

—No lo creo. Al menos, en aquella área de descanso estábamos solos.

Frølich pensó otro poco.

—Cuando os marchasteis del lugar en donde habíais mantenido relaciones, ¿de qué hablasteis?

—De nada.

—¿De nada en absoluto?

—No.

—¿Ni siquiera intercambiasteis unas palabras sobre adónde quería ir o qué le diría a su novio, en caso de que este preguntara?

—No.

Frølich asintió lentamente, lamentando para sus adentros haber llevado a cabo ese interrogatorio él solo. Suspiró pesadamente.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Henning Kramer cándidamente.

—Me temo que has pasado de ser un testigo a ser un sospechoso.

Kramer guardó silencio.

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó el policía.

—Ella era la única persona a la que yo verdaderamente quería...

—No es así como funciona esto —dijo Frølich, cansado—. Katrine fue hallada en un estado que hace suponer que el asesinato está relacionado con un móvil sexual. Y tú has dicho que mantuvisteis relaciones sexuales pocas horas antes de que ella fuera encontrada muerta.

—Mantuvimos relaciones voluntariamente.

—Es posible, pero el fiscal, el juez o el jurado no lo verá necesariamente de esa manera.

—Pero ¿qué puedo hacer yo, entonces?

—Para empezar, tienes que firmar una declaración y someterte a una prueba de ADN. También deberás reflexionar cuidadosamente en qué momento sucedió cada cosa; los tiempos tienen que ser tan exactos como sea posible, porque nosotros necesitamos cotejar tu declaración con la de otros testimonios. De forma que, si recuerdas algunas personas, o coches con gente dentro u otras cosas que puedan corroborar tu declaración, tanto mejor para ti.

La mirada de Kramer estaba ahora fija en un punto y se había vuelto sombría.

—¿Adónde fuiste después de dejarla a ella?

—A casa.

—¿Dónde vives?

—En Holmen, en la calle de la Estación.

—¿Es la casa de tu hermano?

—No, allí vivimos mi madre y yo.

—¿La casa es tuya o de tu madre?

—De mi madre.

Frølich asintió con la cabeza mientras tomaba nota.

—¿Recuerdas algo que Katrine dijera esa noche, cualquier cosa que te inquietase, que te llamase la atención o que no comprendieras?

Kramer tenía los ojos cerrados y sudaba copiosamente. Frølich volvió a lamentar

estar solo durante el interrogatorio.

—Hay una cosa... —Comenzó a decir Kramer.

—¿Sí?

—Ella tenía un secreto.

—¿Ajá?

—Estoy tratando de hacer memoria, pero los recuerdos se mezclan en mi cabeza... Cuando la encontré...

—¿Cuando la recogiste?

—Sí, le pregunté si le había tocado la lotería, porque parecía tan contenta... Pero tan sólo me dijo que le había sucedido algo bueno.

—¿Algo bueno?

—Sí, le pregunté qué era, pero simplemente me dijo que me lo contaría más tarde.

—¿Más tarde?

Kramer asintió.

—¿Tienes idea de si tenía algo que ver con la fiesta?

Kramer negó con la cabeza.

—¿Tienes alguna teoría sobre qué pudo haber querido decir?

—No, ni la más remota idea.

Frølich alargó la mano, como pidiendo algo.

—¿Eh?

—Las llaves del coche —dijo el policía suavemente—. Ya que no recuerdas nada más, al menos tenemos el coche: el testigo más importante en estos casos.

Un nombre delictivo

Elise Hermansen llegó a la comisaría visiblemente exaltada. Entró y se quedó junto a la puerta, mirando con curiosidad a su alrededor.

—Nunca antes he estado en una comisaría de policía —se disculpó, aparentemente nerviosa, mientras se atusaba el pelo, que parecía recién salido de la peluquería.

—Todo irá bien —la tranquilizó Gunnarstranda. La tomó por el codo y la acompañó hasta la mesa situada en medio de la habitación—. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café?

—No, gracias —dijo ella mientras se sentaba—. ¿Es realmente necesario que pase por todo esto?

Gunnarstranda pensó antes de contestar.

—No tiene ninguna obligación, pero le agradecería mucho que lo hiciera. —Fue hasta su escritorio, abrió un cajón y sacó un montón de fotografías. Permaneció unos instantes en silencio, de pie frente a la mesa, pero como la mujer no dio muestras de replicar, continuó—: De acuerdo con su descripción, la persona que entró en la agencia debía de tener unos cuarenta años, medía más de un metro ochenta de estatura, llevaba un aro en la oreja y era de constitución robusta pero no estaba gordo.

Elise Hermansen asintió con la cabeza.

—Robusto, pero no gordo —repitió Gunnarstranda, mirándola a los ojos—. ¿Más o menos como el agente de policía con el que usted habló la primera vez, Frank Frølich?

Frølich estaba entrando por la puerta en ese momento, y Gunnarstranda le indicó que se acercara.

Elise Hermansen se sonrojó, esbozó una sonrisa forzada y parpadeó repetidas veces.

Frølich se echó a reír.

—¿Tal vez quiera usted decir que era más bien gordo que robusto? —sugirió Frølich—. ¿De modo que era más delgado que yo?

Elise Hermansen se tranquilizó al ver que Frølich sonreía.

—Me parece bien que los hombres tengan algo más que piel y huesos —dijo, en un tono más relajado—. Digamos que tenía la cintura más estrecha que la suya.

—Bien —asintió Frølich guiñándole un ojo. Y acto seguido se dirigió a Gunnarstranda—: Quisiera hablar contigo sobre uno de los testigos; te espero fuera —y echó a andar hacia la puerta.

—La verdad es que si lo comparo con usted él estaba más delgado —confesó Elise Hermansen cuando el policía ya estaba de espaldas.

Frølich cerró la puerta tras de sí.

—No quise ofenderlo —aclaró entonces la mujer—. Probablemente no es muy acertado decir que está gordo.

—«El desconocido era más bien guapo, pese a su aspecto desaliñado» —continuó leyendo Gunnarstranda de sus notas.

Elise Hermansen volvió a asentir.

—Cuando le preguntamos qué quería decir con eso de «más bien guapo, pese a su aspecto desaliñado», usted contestó que se parecía un poco a un actor italiano; dijo que le recordaba a Marcello Mastroianni o a Sylvester Stallone —concluyó el policía, y la miró a los ojos.

Ella asintió.

—¿Recuerda algún detalle más ahora?

—No sé, era algo que tenía que ver con la boca y el mentón, pero en concreto...

Gunnarstranda inclinó la cabeza para animarla a proseguir.

—Tenía un ligero atractivo, como... masculino.

—Bueno, está bien. Cuando le preguntamos por el color de sus ojos, usted contestó que no lo recordaba. ¿Lo recuerda ahora?

Elise meneó la cabeza con pesar.

—También dijo que tenía el pelo canoso recogido en una coleta y una fea cicatriz en el antebrazo derecho.

Elise asintió con la cabeza.

—¿Pero no recuerda ningún nombre? ¿No lo llamó Katrine Bratterud por su nombre?

—Es que no estoy muy segura...

—Entonces...

—Tal vez ella mencionara algún nombre...

—¿Cuando ellos dos hablaban?

—No, cuando yo la interrogué tras lo sucedido, creo que dijo su nombre de pila, pero no alcanzo a recordarlo, lo siento mucho.

—No se preocupe —dijo Gunnarstranda amablemente—. Yo les transmití lo que usted nos contó sobre ese individuo a las secretarias del archivo de Kripos, y les pedí fotos de gente nacida entre 1955 y 1964. De manera que tenemos a un grupo de hombres que tienen entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, teniendo en cuenta que algunas personas parecen mayores de lo que son y otras parecen más jóvenes, ¿no es verdad?, dependiendo del cabello, la ropa y otras cosas por el estilo...

—Era uno de esos nombres delictivos —lo interrumpió Elise.

Gunnarstranda se acomodó las gafas.

—¿Nombres delictivos?

—Sí, uno de esos nombres que suelen tener los chicos malos: Stig, Ronny...

Gunnarstranda meneó la cabeza.

—Nombres delictivos... —Murmuró—. ¿Bård, tal vez?, ¿Roger?, ¿Jim?

—Quizá me venga a la cabeza... —Y quedó en silencio, algo abatida.

—Mientras tanto quiero que se tome su tiempo para mirar estas fotos —le pidió el policía—. Si ve algún detalle que le recuerde algo, haga el favor de decírmelo, y entonces yo mismo o Frank Frølich hablaremos de nuevo con usted sobre los detalles. No es necesario que esté del todo segura, y tampoco debe tener miedo de inculpar a alguien inocente. Si le parece reconocer a ese hombre entre estas fotografías, nosotros tendremos una charla con él para intentar esclarecer si tiene algún tipo de conexión con Katrine Bratterud o si simplemente hay que considerarlo fuera del caso. ¿De acuerdo?

Elise Hermansen asintió con la cabeza.

El policía tuvo que reprimir un acceso de tos y sonrió a modo de disculpa para continuar luego:

—Me gustaría aclararle que el hecho de que una persona se encuentre en el archivo fotográfico de la policía no quiere decir necesariamente que esa persona sea un delincuente. Le digo esto para que no saque conclusiones apresuradas en caso de que vea algún rostro conocido entre estas fotos. ¿De acuerdo?

Elise asintió de nuevo.

—¡Pues, manos a la obra! —dijo Gunnarstranda dejando la pila de fotografías sobre la mesa, delante de ella.

—A ver si tenemos suerte —dijo Gunnarstranda cerrando la puerta tras de sí—. Esa mujer parece tener buena memoria. ¿Qué era lo que querías comentarme?

—Posiblemente debamos contemplar como sospechoso al chico del mentón prominente, Henning Kramer —dijo Frølich girando en redondo en su silla de despacho.

—¡No me digas! —exclamó Gunnarstranda cogiendo el informe que le alargaba Frølich, y a continuación se puso a leer ávidamente.

—Dice que la noche de la fiesta recogió a Katrine en casa de Annabeth Ås. Desde allí recorrieron en coche algunas calles y terminaron en la vieja Mosseveien, en Opegård, casi en el límite con Tusenfryd, donde mantuvieron relaciones sexuales.

—¡Ajá! —dijo Gunnarstranda, y siguió leyendo.

Frølich se recostó lentamente en su silla mientras él leía.

Finalmente, Gunnarstranda levantó la cabeza para preguntar:

—¿Qué opinas tú de todo esto?

—Pues lo que creo es que... —Comenzó diciendo el joven agente, pero se interrumpió cuando a Gunnarstranda le sobrevino uno de sus accesos de tos.

El policía trataba de reprimir una tos que no cesaba. «Eso no es ni un simple catarro», pensó Frølich. La tos de su jefe era hueca, asmática y bronquial, una tos que arrancaba desde lo más hondo de sus pulmones. «Como un alud de piedras», pensó

Frølich, tratando de hacer como que no se daba cuenta del heroico esfuerzo muscular del rostro de Gunnarstranda. Sin embargo, no era tan fácil fingir que no pasaba nada cuando al hombre prácticamente se le salían los ojos de las órbitas y el rostro se le ponía de color morado mientras apretaba los labios fuertemente para impedir que saliera el aire de los pulmones, y se le inflaban los labios y los carrillos. La cara del comisario de policía estaba a punto de convertirse en la de un sapo. La avalancha de los pulmones sólo aguardaba a que aflojara la primera piedrecilla para dejarse caer por la ladera de su cavidad bucal.

—Deberías ir al médico —dijo Frølich cuando ya no pudo contenerse más.

—¿Por... por... ejem... ejem... por... qué?

—Puede ser un enfisema. Los grandes fumadores tienen enfisemas.

La tos empezó a remitir. Gunnarstranda permaneció inmóvil durante unos instantes, mirando a su compañero, hasta que el aire le empezó a llegar de forma más controlada, y las «piedras» de sus pulmones se quedaron quietas.

—No es un enfisema —dijo, sin dar su brazo a torcer, y carraspeó como para demostrar que el acceso ya había desaparecido. Luego se secó el sudor de la frente—. No es un enfisema, sino simple tos de fumador, la tos normal y corriente de un fumador.

—¿Lo dice el médico?

—Sí.

—¡Pero debes dejar de fumar!

—Sí, claro. Pero ahora he aprendido a controlar la tos: no respiro tan profundamente. —Gunnarstranda ya había empezado a jugar con un nuevo cigarrillo—. No tan profundamente —repitió—. Además, fumar me estimula.

—Pero...

—¡Bueno, ya basta! ¡Déjame fumar en paz! Háblame de Henning Kramer. ¿Es una manzana podrida?

Frølich se sobresaltó ante la explosión de enojo de su compañero y se apresuró a responder.

—Es posible. Hay un punto débil en su declaración. Parecía completamente verosímil hasta que relató el polvo que echaron en el coche, pero luego comenzó con ese extraño asunto de dejar a la chica en la rotonda, cerca de donde fue encontrada.

—¿Y eso no es cierto?

—No lo sé. Quizá fueron los nervios. La historia puede habersele desdibujado por los nervios. Digamos que contó la verdad en la primera parte, cuando están en el coche pasándose en grande. Pero luego...

—¿... ella no quería continuar, quieres decir? —sugirió Gunnarstranda, y prosiguió—: Tal vez la chica flirteó con él pero luego se arrepintió y le dijo que no quería seguir; después de todo, ella tenía novio... Entonces el tipo la violó y se la

cargó, dejándole un montón de semen en la ropa. Ella se resistió, le tiró del pelo y lo arañó. Es un razonamiento lógico...

Frølich permaneció en silencio, pensativo.

Gunnarstranda apretó el cigarrillo con los dedos.

—No me gustó en absoluto hacer el interrogatorio solo —dijo Frølich.

Su compañero se rio por debajo de la nariz.

—Lo hecho, hecho está.

—Pero ese tipo podría ser el asesino...

Gunnarstranda le dio una larga calada a la maltratada colilla.

—Ahora estoy expectante —se rio, mirando la punta encendida del cigarrillo—. Digamos que fue Kramer el que la violó y la mató; dime qué hizo luego.

Frølich se inclinó hacia adelante en la silla.

—Tú mismo lo has dicho —respondió—. Ese debe ser el razonamiento bueno. Después de matarla, él le quitó la ropa, ya que en ella podía haber pelos suyos y restos de semen; sabe que nos basta con una sola manchita o un solo pelo para descubrir quién cometió la violación, mediante una prueba de ADN. Eso explicaría la falta de credibilidad en su declaración. Después de todo, es lógico que trate de inventar una explicación plausible para lo que en realidad hizo. Puede que la dejara en Mastermyr, pero la diferencia es que en ese momento ella ya no estaba viva, sino muerta, y luego la arrojó por encima de la barandilla de la carretera, hasta el fondo de la zanja.

Gunnarstranda aguardó en silencio.

—Eso debió de suceder —concluyó Frølich.

—¿Y entonces?

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay que arrestarlo?

—Eso es lo que no sé —suspiró Frølich—. Es por eso por lo que me hubiera gustado que estuvieses presente en el interrogatorio. Deberíamos revisar el coche, y según lo que encontremos...

—¿No crees que ese tipo pueda haber destruido algunas pruebas?

—Por supuesto. Puede que haya escondido la ropa de la chica y...

—¿Pero hay motivos suficientes para sospechar de él?

Frølich dudó.

—Bueno, ¿debemos arrestarlo? —insistió Gunnarstranda.

Frølich se levantó, irritado.

—¡Si quieres meterlo entre rejas, ve y hazlo, por el amor de Dios!

—¿Pero eso te parece adecuado a ti también?

—¿Qué quieres decir con si me parece adecuado?

—Pues eso, ¿hay que arrestarlo o no?

—¡Eso debes decidirlo tú!

—¡Pero yo no tengo más que tu informe como base! —vociferó Gunnarstranda agitando en el aire los papeles que acababa de leer.

—¿Quieres decir que no está bien hecho?

—Yo no he dicho eso. Pero hay un par de detalles que hacen que quiera esperar antes de arrestar a Kramer —dijo Gunnarstranda levantándose a su vez—. ¡En primer lugar, tenemos que verificar su historia! —aclaró con firmeza—. ¡Tenemos que considerar varias posibilidades, sobre todo por una cosa que dijo y que me sorprende que se te haya pasado por alto!

—¿Y qué es?

—¡El hecho de que ese tipo ha admitido haber mantenido relaciones sexuales con la víctima!

Frølich se dejó caer pesadamente en la silla al darse cuenta de repente de la importancia de esa información, y comprendió lo que Gunnarstranda quería decir.

—Es cierto —admitió—. Me entusiasmé demasiado de prisa.

—Kramer dijo que había mantenido relaciones con la chica. Admitir que se ha realizado el coito con la víctima de una violación es una estrategia lógica para el acusado en caso de que las partes comparezcan ante un tribunal, y sólo en ese caso, porque entonces se decide la cuestión de la culpa basándose en la credibilidad de ambas partes. Pero aquí hay una diferencia, y es que Katrine ha muerto. Si el móvil del asesinato de Katrine Bratterud era ocultar la violación, el crimen se cometió con el propósito de obligar a la víctima a callar. Entonces ¿para qué iba a admitir ese tío el coito con posterioridad? ¡Sería como meterse en la boca del lobo!

—¿Quieres decir que Kramer no la mató?

—Yo no he dicho eso. Pero si la mató tiene que haber sido por otro motivo, no para ocultar una violación.

Frølich seguía sentado en su silla, desmoralizado.

—Es completamente ilógico que lo hiciera por esa razón —continuó Gunnarstranda.

—Entonces no lo arrestamos —suspiró Frølich.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —preguntó Gunnarstranda, impaciente.

—Sabemos que la chica aún vivía a las tres de la madrugada.

—Suponiendo que Kramer haya dicho la verdad...

—Sí —asintió Frølich—. Bueno, mi hipótesis es que la mataron poco rato después, puesto que fue encontrada a tan sólo quinientos o seiscientos metros del lugar donde Henning Kramer la vio por última vez.

—Pero no la mataron en el sitio donde fue encontrada —puntualizó Gunnarstranda—. El cadáver fue trasladado hasta allí.

—Bueno, pues entonces en el trayecto hasta la casa de su novio pudo haberse

cruzado con cualquier loco, quizá dentro del túnel... Quienquiera que fuera la cogió y se la llevó a alguna otra parte para liquidarla.

—Entonces tiene que existir una escena del crimen.

—Y supongo que debemos encontrarla...

—Por supuesto. Tenemos que comprobar todos los lugares que Kramer menciona en su declaración, recorrer el camino que teóricamente ella habría tomado para ir a Holmlia e investigar la zona en busca del lugar donde se cometió el crimen. También debemos verificar la historia de Kramer y encontrar testigos que la corroboren. Por otra parte, también sabemos que un grupo de invitados se fue de la fiesta más o menos al mismo tiempo que Katrine, y que un coche siguió a Katrine y a Kramer hasta la playa de Ingier, ¿no es cierto?

—Él no lo interpretó así.

—Pero podría ser que los siguiera. Tal vez ellos no se percataron de su presencia cuando torcieron hacia el aparcamiento de la playa de Ingier.

—¿Pero eso no es mucho suponer?

—¡Y eso qué importa! —gritó Gunnarstranda—. ¡El caso es que podría haber sucedido! Alguien podría haberlos seguido, y si no fue así, quizá el ocupante o los ocupantes de ese coche de Ingier puedan corroborar lo que dice Kramer, aunque personalmente yo me inclino más a pensar que se trata de un delincuente desconocido: un tipo que se excitó al ver a la chica sola en mitad de la noche.

—También tenemos al tío ese que la acosó en el trabajo —murmuró Frølich.

—Sí, espero que la *madame* de ahí dentro reconozca a alguien —dijo señalando la puerta con la cabeza.

Frølich asintió.

—Si ese tipo tenía cuentas pendientes con Katrine —prosiguió Gunnarstranda—, bien pudo ser él quien los siguió en coche. Tal vez se pasó todo el día, toda la tarde y toda la noche vigilándola y la atacó cuando por fin la encontró sola.

—¿Entonces sobreentiendes que alguien los siguió?

—Lo investigaremos; solicita la búsqueda de ese coche que apareció por la playa de Ingier. Ojalá descubriéramos que en él iban una pareja de enamorados que no querían pasar una noche de verano simplemente durmiendo.

»Bueno, básicamente tenemos tres líneas de investigación —concluyó Gunnarstranda—: Podría tratarse de un delincuente que se la encontró mientras ella se dirigía a casa de Ole Eidesen; podría ser alguien que tuviera algún tipo de relación con ella, y esto abarca tanto al individuo que se presentó en la agencia como a otros, por ejemplo, a alguien de la fiesta...

—¿Y la tercera hipótesis?

—Henning Kramer. Podría haberla matado él.

—Pero creí que lo habías descartado...

—En absoluto. Lo que he dicho es que no pudo haberlo hecho para ocultar la violación; es decir, que el móvil no era ese, lo cual son dos cosas distintas. Sólo tenemos su palabra sobre lo que sucedió entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

—¿Y qué opinas acerca del secreto que tenía Katrine? —quiso saber Frølich—. ¿Te parece que podemos investigar también por ahí?

Gunnarstranda asintió.

—Eso parece terreno poco firme, pero no hay por qué no preguntarle a la gente. Entretanto, debes tratar de verificar la declaración de Kramer. Prueba por el muelle de Aker e interroga a los taxistas de Oslo. Desentierra toda la mierda que puedas.

El cuaderno verde

El apartamento de Katrine Bratterud era pequeño pero muy acogedor. Las paredes de la sala estaban empapeladas en color claro y el mobiliario consistía básicamente en un sofá cama, un televisor y un escritorio. Delante de la ventana había una especie de estantería repleta de flores y plantas. Gunnarstranda pudo reconocer entre ellas una hierba de las piedras, un aloe vera bastante grande y una enredadera de flores blancas que se enroscaba por los estantes de madera. El policía metió el dedo en la tierra y comprobó que no estaba muy húmeda pero tampoco reseca.

Fue hacia el escritorio. Sobre el mismo había un estuche para lápices y al lado un cofrecillo de madera. Levantó la tapa de la pequeña caja. En su interior había monedas, pasadores para el pelo, algunas horquillas, un tampón, un par de encendedores, botones y otras menudencias. Volvió a poner la tapa.

Luego abrió la puerta que daba al dormitorio. Una amplia cama de matrimonio ocupaba la mayor parte del espacio. La cama estaba sin hacer, las sábanas estaban arrugadas y sobre el colchón se veían también dos edredones enredados entre sí y una toalla de baño amarilla.

Abrió el armario. La ropa estaba bien puesta y ordenada. Lo cerró de nuevo y se dirigió hacia la cómoda, que estaba situada bajo la ventana. Encima de la cómoda había un bote de laca para el pelo, sobre un tapete blanco de ganchillo. Llevaba el nombre de su dueña, Katrine, bordado en punto de cruz rojo.

El policía contuvo el aliento antes de abrir el primer cajón. Estaba repleto de ropa interior de mujer, sujetadores y bragas de encaje, y en el segundo cajón había más de lo mismo. A la izquierda de la cama se veía una vieja mesita de noche de madera que estaba cubierta de polvo. Encima de esta había una novela del Club del Libro, *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundhati Roy, y un ejemplar de la revista *Tique*.

Gunnarstranda abrió el cajón de la mesita de noche. En su interior vio un bolígrafo plateado de la marca Parker y, debajo de este, un cuaderno. Lo cogió. Era un cuaderno tamaño DIN A-4. Lo abrió. Estaba escrito a mano, con letra caligráfica en tinta azul que llenaba casi todas las hojas. Empezó a leer:

Yo conducía por un camino recto, bordeado de verdes árboles. De vez en cuando pasaba junto a extensos terrenos sembrados de girasoles que movían suavemente sus cabezas saludando al sol. El camino se estiraba hasta el infinito. Pero de pronto el coche empezó a avanzar más y más despacio. Se estaba quedando sin gasolina. Yo no deseaba que el vehículo se detuviera, sino que quería seguir, siempre adelante, estar en movimiento. Pero finalmente se paró sin remedio. Y me entristecí como siempre sucede cuando algo sale mal.

Miré a mi alrededor. El coche se había parado en un cruce de caminos, delante de una caseta de madera. Parecía una especie de garaje y estaba completamente abandonado, con los cristales de las ventanas rotos y las vigas del techo al descubierto, con indicios de haber intentado ser reparado con uralita y trozos de plástico de un verde desteñido.

Frente al garaje había un vehículo abandonado. Era un elegante coche deportivo de color rojo, un Porsche. El contraste entre el rojo brillante del coche y el cobertizo destartado era un espectáculo hermoso, casi un deleite para mis sentidos. Mi vista vagó varias veces del cobertizo al coche y de este al cobertizo, como si quisiera demostrarme a mí misma que era ese contraste lo que quería ver, y no solamente al coche.

A ambos lados del camino se extendían los amarillentos trigales, con ese color marmóreo del trigo que aún no está maduro. Unos abetos de color verde oscuro demarcaban el límite con el bosque vecino y salvaban el sembrado de perderse en el vacío. Detrás del bosque, las montañas se levantaban hacia el cielo.

Por el camino de la derecha vi una nube de polvo que anunciaba la llegada de un coche. El vehículo imprimió movimiento a ese cuadro de cielo azul, con sus blancas nubes, las imponentes montañas y los delicados tonos de la tierra.

Subí el volumen de la radio y encendí un cigarrillo, no porque tuviera ganas de fumar, sino porque el hecho de verme a mí misma allí, fumando en un coche, con la música a todo trapo, hacía que me integrara en el cuadro.

En la radio sonaba «Hooked on a feeling» de Bjørn Skifs. El vehículo que se acercaba era un Opel viejo y destartado que, lejos de reducir la velocidad en el cruce, fue a estrellarse contra el costado del coche deportivo y lo empujó camino adelante.

En la radio, un coro de hombres cantaba «oggashakka, oggashakka». Las ruedas traseras del Opel giraron de nuevo y provocaron una lluvia de polvo y grava cuando logró despegarse del Porsche y salió despedido hacia atrás. Una nueva nube de polvo se levantó al frenar. El coche volvió a coger velocidad y embistió por segunda vez por el costado al Porsche, como un carnero embravecido. El ruido de los cristales rompiéndose se oyó débilmente por debajo de la música que emitían los altavoces; era un ruido parecido al de unos papeles que se arrugaran. El Porsche recibió una buena sacudida, soportando la embestida como un ciervo herido. Por unos instantes sólo se oyó la música, hasta que el chirriante ruido del motor que arrancaba volvió a cortar el aire. Y otra vez se repitió lo mismo: una nueva embestida. El deportivo se bamboleó todavía más y se deslizó más adelante en el camino. El Opel también acusó la arremetida y, a su vez, se quedó inmóvil.

Apagué la radio. El silencio que se hizo fue apabullante. Aplasté el cigarrillo en el cenicero y miré fijamente aquella extraña escultura formada por dos coches entrelazados mientras una nube transparente de polvo brillante caía a tierra y el aire se aclaraba. El cobertizo destartado seguía igual que antes. El trigo que ondeaba bajo la suave brisa era el único signo de vida en aquel paisaje.

De repente, el Opel se meneó un poco. La ventanilla del conductor se abrió y algo salió disparado hacia afuera y cayó al camino. Parecían dos muletas.

Abrí la puerta de mi coche, apoyé un pie en el suelo y me estiré la falda. Fuera hacía más fresco del que suponía. El viento era suave pero frío. La grava del camino se clavaba en mis pies descalzos. Me quedé allí parada, sin saber qué hacer. De repente, un zapato negro apareció en la ventanilla del Opel, seguido de una pierna. Esta, junto con el zapato, cayó también al camino, haciendo un ruido sordo.

Acto seguido, un nuevo zapato apareció en la ventanilla, y una nueva pierna cayó también a tierra. Lo siguiente que apareció en la ventanilla fue la cabeza de un hombre casi calvo. El hombre tenía apenas una corona de pelo crespo sobre las orejas y llevaba gafas. A la cabeza le siguió el torso, y finalmente el hombre se precipitó de cabeza al suelo. Cuando la cabeza chocó contra la tierra cerré los ojos; los cerré porque no quería ver cómo se partía el cuello.

Cuando volví a abrirlos, el hombre estaba dándose la vuelta, y, una vez lo consiguió, se quedó allí tirado, sin moverse. Pero no estaba muerto. Pronto consiguió enderezarse hasta quedarse como si estuviera sentado y se pasó las dos manos por la cara. No tenía pies ni piernas. Estas le habían sido amputadas, y sus muslos eran sólo dos muñones que le bailaban en el interior de los pantalones. «¿Necesita ayuda?», le pregunté, sintiéndome absolutamente imbécil. El hombre pareció no oírme. Se enroscó los pantalones y se colocó las prótesis de las piernas que yacían sobre el camino. Me acerqué un poco. Estaba congelada. «¿Lo ayudo a levantarse?», le pregunté de nuevo, sintiendo que la voz se me quebraba.

Al ver mi sombra que se acercaba, el hombre se giró y miró hacia arriba. Le salía sangre de la boca y la nariz. «No la oigo —balbuceó tocándose los oídos—. Creo que me he quedado más sordo que una tapia».

Recogí las dos muletas y se las alcancé. Me dirigió una mirada de sorpresa. Intentó levantarse, pero volvió a caer al suelo. Yo no sabía qué otra cosa hacer, así que lo cogí del brazo y el hombre, apoyándose en las muletas, al mismo tiempo que yo tiraba hacia arriba, consiguió ponerse en pie. «Gracias», murmuró, y se alejó cojeando. Parecía un payaso tambaleándose.

Volví al coche y me senté en el interior. La silueta, saltando con sus muletas, ya iba por el sendero del bosque, y en ese momento me sentí sola y sentí mucho

frío. El inválido, siempre dando botes, iba haciéndose más y más pequeño. No se volvió ni una sola vez para mirar atrás.

Gunnarstranda bajó el cuaderno y permaneció pensativo, con la mirada perdida. En ese instante descubrió que estaba sentado sobre la cama. No recordaba haberse sentado allí, en la cama de ella. Un cabello de mujer, largo y rubio, yacía enrollado sobre la sábana. Se volvió rápidamente porque notó como si alguien estuviera mirándolo por encima del hombro, pero allí no había nadie. Suspiró y siguió hojeando el cuaderno. Estaba escrito casi por completo. La misma letra caligráfica, de color azul claro, llenaba una hoja tras otra. Sólo habían quedado vacías unas cuatro o cinco páginas del final. El policía cerró la libreta y la dejó nuevamente en su sitio, en el cajón de la mesita de noche.

Luego se levantó y volvió al salón a pasos lentos.

Antes de marcharse permaneció unos instantes de pie junto a la puerta de entrada contemplando aquel acogedor apartamento que una vez había pertenecido a Katrine Bratterud. Se sentía diferente de cuando había llegado, completamente diferente.

Mientras cerraba la puerta y echaba la llave, Gunnarstranda se preguntó si no habría sido una tontería hacer esa inspección. «No sé —se contestó a sí mismo—. No sé».

El señor encantador

Tan pronto como dobló una esquina del pasillo, Frank Frølich distinguió la figura de un hombre sentado en una silla, delante de la puerta 211. Debía de ser Bjørn Gerdhardsen. Era exactamente la hora en la que habían quedado, pero de todos modos Gerdhardsen parecía impaciente. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y un pie agitándose con nerviosismo. Frølich pasó de largo, mirando fijamente al frente y sin ni siquiera saludarlo con la cabeza. Cuando llegó frente a la puerta contigua se volvió y le dirigió una mirada a Gerdhardsen antes de entrar.

Aquel individuo le recordaba a uno de esos chicos que se sientan en la última fila de la clase; hijo de padres ambiciosos que miran a los demás por encima del hombro. Parecía como si estuviera representando un cuadro de sí mismo de aquella época, reclinándose en la silla, vestido con ropa oscura y esgrimiendo toda su orgullosa arrogancia.

Frølich cerró la puerta tras de sí y por una puerta interna se deslizó hasta la oficina 211 para revisar sus informes. Gerdhardsen podía esperar un poco más, se dijo.

Diez minutos más tarde lo llamaron desde recepción.

—Hola, Frank. Mira, aquí hay un hombre llamado Bjørn Gerdhardsen que tenía cita a las tres y media en la sala 211.

—Pues dile que vaya allí y se siente a esperar —contestó Frølich secamente, y siguió con sus notas.

Cuando volvió a mirar el reloj ya eran las cuatro menos diez; a Gerdhardsen todavía debía de quedarle algo de paciencia. Pero cinco minutos más tarde llamaron a la puerta.

Frank Frølich se giró en su silla y estudió con atención la puerta. El picaporte bajaba con cautelosa lentitud. El policía hizo como si no se hubiera dado cuenta y levantó la vista de sus papeles cuando la puerta se abrió.

—Buenos días, soy Bjørn Gerdhardsen —dijo el hombre prudentemente desde la puerta.

Frølich echó un vistazo rápido al reloj de la pared y a continuación miró a Gerdhardsen fingiendo sorpresa.

—He estado esperando desde las tres y media —explicó el intruso.

—Por fin —exclamó Frølich levantándose de su silla—. Creí que no iba a llegar usted nunca. Por favor, siéntese —dijo señalando el sillón más próximo a su escritorio.

—Frank Frølich, supongo —dijo el hombre al tiempo que le tendía la mano.

Luego se sentó. Iba vestido con ropa cómoda pero elegante y cara: una chaqueta oscura sobre unos pantalones claros de la marca Chinos, y bajo la chaqueta una

chillona camisa amarilla y una corbata a juego.

—Seguramente ya imaginará por qué queremos hablar con usted.

—Sí, claro —asintió Gerdhardsen al tiempo que se aclaraba la garganta—. ¿Dice que ha estado usted esperándome desde las tres y media?

Frølich levantó la vista de sus papeles e hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Está usted casado con Annabeth Ås?

—Sí.

—El sábado en que Katrine Bratterud desapareció, ustedes celebraron una fiesta en su casa, ¿no es así? Cuénteme un poco cómo fue todo.

Gerdhardsen lo miró fijamente con una expresión helada que daba a entender que no estaba acostumbrado a ser ofendido de aquella manera. Finalmente, cerró los ojos, tragó saliva, se aclaró la voz y respondió:

—No hay mucho que contar. Fue una fiesta divertida, con un ambiente agradable, y creo que eso es lo que pensaron la mayoría de los invitados.

Frølich asintió con la cabeza.

—¿Qué clase de fiesta era? ¿Cuál era el motivo de celebración?

—Se trataba de una fiesta privada. Annabeth y yo invitamos a algunos amigos íntimos a cenar en nuestra casa.

—Pero la mayoría de los invitados tenían alguna clase de conexión con el centro «Jardín de Invierno», ¿no es así?

—Pues sí, claro, en cierto modo estábamos festejando el principio del verano; fue una especie de fiesta de verano.

—Pero no todos fueron invitados...

—No, en realidad sólo invitamos a los más allegados, supongo, aunque ese tipo de cosas las decide Annabeth.

—¿Y Katrine Bratterud?

—También fue idea de Annabeth invitarla a ella. Katrine había seguido el programa del centro y formalmente había sido dada de alta, según creo. En realidad, yo no conozco bien los detalles del procedimiento en torno al programa.

—Pero ¿no preside usted el comité directivo?

—Sí, pero no soy terapeuta. Yo soy economista.

—Entiendo, ¿no es usted director de una compañía financiera?

—Sí, Inversiones Geo, S. A.

—¿Y Katrine no era amiga de ustedes?

—Pues claro que lo era, era una buena amiga. Esa fue una de las razones por las cuales fue invitada. Ella formó parte de la rutina diaria de Annabeth durante años. Y... —Abrió los brazos en un gesto amplio y continuó—. ¿Qué puedo decir? Era una chica estupenda. Sabía... comportarse, tenía muchas aptitudes... era inteligente... y tenían un excelente concepto de ella en la agencia de viajes donde trabajaba.

Frølich había oído antes esa parte, por lo que murmuró rascándose la barba:

—Ya volveremos sobre eso más tarde, pero ahora dígame: ¿observó usted algo especial con respecto a Katrine esa noche?

—Se indispuso.

Frølich levantó la vista.

—Sí, sintió náuseas y vomitó, creo... Hubo una cierta agitación por ese motivo, calculo que sucedió a eso de las once, porque ya había pasado un buen rato desde que nos habíamos levantado de la mesa. Solemos permanecer sentados en la mesa bastante tiempo, ¿sabe? Yo no vi lo que pasó, pero sé que Annabeth estaba hablando con ella y...

Gerdhardsen se interrumpió cuando oyó que se abría la puerta a sus espaldas y se volvió. Gunnarstranda entró en el despacho y permaneció unos instantes frente al espejo de la pared, arreglándose el pelo.

Frølich los presentó y ambos se estrecharon la mano. Gunnarstranda se sentó en el borde del escritorio.

—¿Quieren que continúe? —preguntó Gerdhardsen.

Y como ninguno de los agentes daba muestras de contestar a su pregunta, prosiguió:

—Annabeth estaba hablando con ella cuando de repente alguien chocó sin querer con Annabeth y se rompieron una o dos botellas de vino. Como ya le he dicho, yo no lo vi, pero Annabeth quedó empapada por completo...

—¿Sabe usted quién era?

—¿Perdón?

—¿Quién fue la persona que chocó con su mujer? ¿No sabe usted quién era?

—No.

Frølich lo invitó a continuar con un gesto de la mano.

—El caso es que se armó un revuelo y parece ser que Katrine se desmayó en ese momento. Su novio estaba también allí y la acompañó al baño. Más tarde oí que ella se había marchado poco después porque se encontraba mal.

Gunnarstranda daba vueltas con las manos a un paquete de chicles sin conseguir abrirlo. Finalmente, dio un tirón desesperado, rompió el paquete en dos y se metió dos pedazos de chicle en la boca. Se inclinó hacia adelante y, apoyando el mentón en la mano, se dispuso a escuchar con interés. Sus mandíbulas mascaban tan rítmicamente como las de una oveja comiendo hierba.

—Pero ¿usted vio cómo se marchaba? —quiso saber Frølich.

—No.

—¿Dónde estaba usted, entonces?

—No sé, por ahí. Después de todo, yo era el anfitrión.

—¿Y no se percató de que Katrine Bratterud se marchaba de la fiesta?

—No... es decir... vi que la chica discutía con su novio.

—¿Discutía?

—Sí, fue después de ese episodio del desmayo. Pasé por donde ellos estaban, junto a la entrada. Iba a... bueno, iba a... «regar las plantas», y vi que discutían acaloradamente.

—¿Discutían acaloradamente, dice?

—Sí, bueno, pensé que se estaban peleando, pero se quedaron mudos cuando pasé junto a ellos y luego oí que volvían a empezar cuando cerré la puerta del baño. Pero no supe sobre qué estaban discutiendo.

—¿Habló usted con Katrine en algún momento durante la fiesta?

—Apenas. Nos sentamos juntos a la mesa, es decir, ella estaba enfrente de mí, e intercambiamos algunas frases durante la cena.

—¿Cuánto tiempo duró la fiesta?

—A las cuatro de la madrugada se marcharon los últimos invitados.

—¿Recuerda quiénes fueron los últimos en irse?

—En realidad todavía quedaba bastante gente, y se formó un gran alboroto cuando los taxis vinieron a recogerlos. Evidentemente, muchos otros se fueron antes, pero, sinceramente, no me di cuenta de quién se marchaba ni cuándo.

Frølich consultó sus papeles.

—¿Y cómo puede usted saberlo si ni siquiera estaba allí?

Gerdhardsen lo miró sin mover un músculo de la cara.

—Yo sí estaba allí —contestó secamente.

—Tenemos informaciones que aseguran que usted se marchó de la fiesta poco después del café, junto con un tal Georg Beck y otras personas.

—¡Ah!, sí, es cierto. Pero volví antes de las cuatro.

—¿En un taxi?

—No, conducía uno de los coches de la empresa.

Los dos policías se miraron. Gerdhardsen se percató de ello y carraspeó ligeramente antes de aclarar:

—En Inversiones Geo tenemos dos vehículos: una camioneta y un coche más pequeño, un Daihatsu. De vez en cuando utilizo alguno de ellos. Esa noche cogí uno de los vehículos para volver a casa, evitando así tener que esperar a un taxi.

Volvió a carraspear, pero como los dos policías no daban señales de querer interrumpirlo, continuó con su declaración.

—Disponemos de unas oficinas en Munkedamsveien, y los dos coches se encontraban en el garaje, así que, como no soportaba la idea de esperar un taxi durante horas, abrí el garaje y volví a casa en coche.

Frølich también carraspeó antes de preguntar:

—¿Estaba usted sobrio?

Gerdhardsen se encogió de hombros.

—Calculo que no habría sobrepasado la tasa de alcoholemia.

—Pero esa noche había estado bebiendo...

Gerdhardsen lo miró con una expresión impertérrita.

—Creo que no habría sobrepasado la tasa de alcoholemia —repitió.

—¿Quién se marchó antes de la fiesta? —intervino Gunnarstranda—. ¿Alguien más, además de usted?

—Pues Goggen, es decir, Georg. También estaba su novio... no recuerdo su nombre, es un conocido de Annabeth; Merethe Fossum, una profesora suplente del centro, y el novio de Katrine, Ole... no sé qué, no recuerdo el apellido.

—¿A qué hora se marcharon ustedes?

—A eso de la medianoche.

—¿Y adónde fueron?

—Al Smuget.

Gunnarstranda miró intrigado a Frølich, que le explicó:

—Es un local de moda situado al final de la calle Rosenkrantz.

—¿Junto al muelle de Aker? —dijo Gunnarstranda.

—Sí, a un tiro de piedra —reconoció Gerdhardsen—, justo al otro lado de la plaza del Ayuntamiento.

—¿Y qué sucedió?

—Pues... que entramos en el local y nos separamos.

—¿Se separaron? ¿Qué quiere decir?

—Es que hay varios ambientes, en uno de ellos tocaba una banda de blues, en otro había música discotequera... Estaba abarrotado de gente y nos fuimos perdiendo de vista unos a otros.

—¿Pero qué hizo usted?

—Yo di una vuelta por el local, bebí algunas cervezas y alguna que otra agua mineral e intercambié las consabidas frases de rigor con gente que había en la barra.

—¿Por qué abandonó la fiesta si era usted el anfitrión?

—Tengo la costumbre de hacerlo. —Gerdhardsen se irguió en su silla y prosiguió —: Ya sé que eso puede parecerles raro, pero Annabeth y yo no tenemos hijos. Llevamos dieciséis años casados, y nos conocemos tan bien el uno al otro que ambos aceptamos que somos diferentes y que nos gusta divertirnos de manera distinta. A Annabeth le gustan las cosas materiales como coleccionar las gaviotas de la prestigiosa fábrica de porcelana danesa Real; le gustan las antigüedades, y quiere tener un hogar moderno y que, al mismo tiempo, refleje cierto buen gusto. A mí, en cambio, no me interesan ese tipo de cosas. Yo soy un hombre sencillo, con un horario exigente y un trabajo duro. Cuando mi esposa invita a gente a casa, frecuentemente suele pertenecer a su círculo de amistades, y si yo veo que puedo hacer otra cosa,

pues... Después de todo, es evidente que algunos invitados acuden para huir de su soledad, otros vienen porque se sienten obligados, y otros para encontrarse con buenos amigos con los que pasar un rato agradable. La gente tiene distintas necesidades, y eso mismo sucede con Annabeth y yo. En cualquier caso, mi esposa y yo nos hemos acostumbrado a vivir así, y nos encontramos bien de esta manera...

Gerdhardsen hizo una mueca y midió bien sus palabras antes de continuar:

—En resumen, normalmente, las fiestas como la que dimos el sábado terminan con Annabeth charlando con otras mujeres sobre decoración y sobre... —Dijo abriendo mucho las manos, como para demostrar la amplitud de temas que abarcan las conversaciones de las mujeres— sobre... sobre... el trabajo, el centro, el tapizado de los sillones... yo qué sé... —Apoyó el dedo índice sobre el pecho y concluyó—: Yo prefiero ir al centro a pasarlo bien.

Frølich asintió para sí mismo.

—¿Qué opinión tiene usted de Ole Eidesen? —le preguntó a continuación.

Gerdhardsen se encogió de hombros.

—Un joven vulgar y corriente.

—¿Vulgar?

—Sí, un tipo normal.

—Pero acaba de llamarlo «vulgar».

—Sí.

—Esa palabra tiene connotaciones peyorativas...

—No, en absoluto, no he querido decir eso. Parecía buen chico. En seguida nos entendimos.

Frølich tomaba notas.

—¿Y luego? ¿Volvió usted a verlo en el Smuget?

—Lo divisé un par de veces. Pero íbamos cada uno por nuestro lado porque la música estaba muy alta y el local estaba demasiado lleno como para que pudiéramos estar juntos. Apuesto a que él se fue a bailar y se divirtió mucho.

—¿Cuándo abandonó usted el local?

—Hacia las tres.

—¿Y qué hizo entonces?

—No había ni un taxi a la vista, pero había largas colas esperándolos, de modo que fui andando hasta el garaje de Munkedamsveien y saqué el coche para ir a casa.

—¿Y luego?

—¿Luego? ¿Quiere usted decir después de llegar a casa? Bueno, pues ayudé a vaciar ceniceros, recogí algunas botellas y finalmente fui a acostarme.

—¿Usted y su mujer, juntos?

Gerdhardsen asintió con la cabeza.

—¿Qué hora debía de ser?

—Cerca de las cuatro, pero no puedo decir la hora exacta.

—¿Y luego se durmió?

—Me dormí y seguí durmiendo plácidamente hasta bien entrado el mediodía.

—¿Puede corroborar alguien eso?

—Annabeth, supongo, aunque ella también dormía.

—Entonces ¿no puede corroborarlo?

Gerdhardsen estaba empezando a ponerse nervioso.

—Pregúnteselo a ella; yo no sé si permaneció despierta toda la noche, vigilándome. ¡Pero deje de andarse por las ramas y pregúnteme de una vez por todas si yo maté a Katrine!

—¿La mató?

—¡Por supuesto que no!

Frølich guardó silencio y miró a su colega, que seguía peinándose el pelo con los dedos. En realidad, Gunnarstranda no tenía pelo en la coronilla y se la cubría dejándose largo el pelo de la parte delantera de la cabeza. Luego empujó el chicle con la lengua hacia el labio y miró con desprecio a Gerdhardsen.

—¿Fue idea suya o de su mujer invitarla? —preguntó antes de seguir mascando.

—Fue idea de Annabeth.

—¿Puede recordar la primera vez que vio a Katrine?

Bjørn Gerdhardsen suspiró, encolerizado, y miró a los dos agentes, que guardaban silencio. Pensó durante unos instantes y finalmente decidió hablar:

—Fue hace unos años, en un prostíbulo, cerca de Filipstad, en la esquina de Parkveien con Munkedamsveien. Le pagué mil quinientas coronas por echar un polvo. Antes de ese día nunca la había visto ni sabía quién era. Y luego me hubiera olvidado completamente de ella si no hubiera sido por...

Cerró los ojos, como si estuviera buscando las palabras apropiadas, e hizo una mueca con la boca mientras los policías lo contemplaban en silencio. Gunnarstranda hizo un globo con el chicle y dejó que explotara con estrépito. Fue como la señal para que Gerdhardsen continuara.

—Cuando empezó el tratamiento en el «Jardín de Invierno», un día Annabeth la trajo a casa. Yo no la reconocí, pero es probable que ella sí me reconociera a mí. Tenía un aspecto lamentable, era una drogadicta escuálida, un desecho humano que había ayudado a Annabeth a hacer la compra. El caso es que esa misma tarde se escapó del centro...

—¿Y usted atribuyó su desaparición a que ella lo había reconocido?

—Sí.

—¿Cuándo sacó esa conclusión?

—Más adelante, pero ya llegaré a ese punto.

—Continúe, pues.

—Fui yo quien la encontré, unas tres semanas después. Había ido al centro, a una reunión, y detuve el coche en la plaza de Bank para buscar una prostituta. Vi a una y acordamos el precio a través de la ventanilla, subió al coche y más tarde vi que se trataba de ella...

—¿De modo que contrató sus servicios como prostituta?

—Sí... se sentó junto a mí en el coche, sin decir nada. Conduje por el muelle de Bispe, en busca de un lugar tranquilo donde parar. Le eché un par de miradas y entonces la reconocí. Ella rio de buena gana al ver mi cara de sorpresa. Me recordó nuestro encuentro en el prostíbulo, tiempo atrás, y me dijo una serie de cosas que no recuerdo con detalle, pero en esencia el mensaje era que yo era una mala persona. Le contesté que nunca había pretendido ser mejor que los demás, y que, de todas formas, tampoco estaba interesado en comprarle sus favores sexuales. Luego le pregunté si quería que la llevara al centro, y ella me respondió si había pensado en la explicación que iba a darle a mi esposa acerca de cómo la había encontrado. Le dije que eso no suponía ningún problema, ya que podía decirle que la había encontrado en la calle, por casualidad, y entonces me preguntó si no quería saber lo que ella iba a contarle a Annabeth. Paré el coche y le dije que ya no teníamos nada más de que hablar, que podía bajarse y que podía guardarse también el dinero que ya le había pagado. Incluso le di más de la cuenta. Ella se quedó un largo rato mirándome sin mediar palabra, allí sentada, en el coche.

Gerdhardsen respiró hondo, como si hubiera llegado a la parte más difícil, antes de proseguir:

—Le pregunté si quería que la llevase de vuelta al centro. Pero dijo que no, y agregó que no quería deberme nada. Lo repitió dos veces, y usó exactamente estas palabras: «No quiero deberte nada en absoluto». Y antes de bajarse del coche me hizo una felación.

Se hizo un silencio absoluto en el despacho.

Al cabo de un rato, Bjørn Gerdhardsen carraspeó y continuó:

—Unos días más tarde apareció por el centro, y desde entonces fue progresando hasta que le dieron el alta. Terminó sus estudios y le dieron una subvención.

—¿Mantuvo relaciones sexuales con ella a cambio de dinero, desde ese día?

—Jamás.

—¿Cómo...?

Gunnarstranda hizo un globo con el chicle e interrumpió a su compañero.

—Hay algo que quiero saber con respecto a ese trayecto en coche —dijo.

Gerdhardsen levantó la cabeza.

—Veo un cambio de actitud en su relato —señaló Gunnarstranda—. Ha dicho que dio unas vueltas por la zona, recogió a la primera prostituta que vio y luego se llevó una sorpresa al reconocerla. Más tarde tuvo lugar una especie de discusión entre

ustedes dos... una discusión que tenía un trasfondo de... cómo lo diría... un trasfondo moralizador; usted se convirtió en ese instante en un representante de lo que podríamos llamar la burguesía noruega. En último término, usted representa «lo normal», del mismo modo que su mujer representa, cuando trata a los internos, una persona del mundo real... —Gunnarstranda dibujó con los dedos unas comillas en el aire—. «El mundo normal», ¿no es cierto?... Le guste o no, usted y su mujer se convierten para los internos del centro en el modelo a seguir.

—Por supuesto —lo interrumpió Gerdhardsen—, pero no es necesario que me dé usted lecciones de moral.

—En absoluto —dijo Gunnarstranda—. Simplemente estoy tratando de hacerme una idea de cómo se desarrolló la conversación que usted y Katrine mantuvieron en el coche. Vamos a ver: usted quería estar con una prostituta, recogió a la que creyó ser una ramera anónima de la plaza de Bank, acordó un precio con ella a través de la ventanilla y la chica subió al coche. Luego usted condujo hacia un lugar apartado y entonces se llevó una sorpresa al reconocer a Katrine. A partir de ahí se enzarzó con ella en una especie de discusión al final de la cual usted intentó comprar su indulgencia dejando que la chica se quedase con el dinero que ya le había pagado. De todos modos, finalmente usted recibió el servicio que buscaba cuando ella se le ofreció porque no quería tener ninguna deuda con usted, ¿lo he interpretado bien?

—Esas son sus palabras, no las mías —contestó Gerdhardsen, circunspecto.

—Pero básicamente lo que sucedió fue eso, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—¿Y unos días más tarde ella se presentó voluntariamente frente a su mujer y se sometió a un largo tratamiento de desintoxicación?

—Así es.

—¿Cómo experimentó, en el plano psicológico, la discusión que ustedes dos mantuvieron en el coche?

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, ¿qué papel jugaba cada uno? ¿Era usted el hombre dominante que le pagaba a una pobre chica que necesitaba pasta para comprar cocaína por hacerle una mamada?

—Nunca he pensado en ello de esa manera.

—¿Está seguro? ¿Quién llevaba ventaja, en el plano psicológico, en ese momento?

—Le repito que nunca he pensado en ello de esa forma, pero creo que ella. En ese momento, lo único que yo quería era salir del coche.

Como los policías permanecieron en silencio, Gerdhardsen continuó:

—Bueno... quizá al principio... cuando todavía no la había reconocido... Supongo que ella me reconoció en cuanto paré el coche y bajé la ventanilla. E

imagino que se sintió como... —Carraspeó y agitó unas comillas en el aire—... como «dominante psicológicamente», como usted ha dicho... porque me había reconocido. Lo que sí puedo asegurarle es que me sentí como un gusano cuando me di cuenta de quién era...

—¿Y después?

—No entiendo a qué se refiere.

—Pues debería comprenderlo. Ella lo humilló al darle a entender que lo había reconocido y que, al mismo tiempo, había descubierto su bajeza. ¿Cómo continuó la balanza psicológica entre ustedes dos a partir de ese momento?

Gerdhardsen cerró la boca y la mantuvo cerrada sin soltar palabra.

Gunnarstranda sonrió dejando al descubierto sus blancos dientes.

—No es peligroso decir la verdad, Gerdhardsen, y hasta ahora ha conseguido usted decirla. Está muy claro, lo normal habría sido que usted intentara vengarse de la pequeña humillación por la que ella lo había hecho pasar en el coche.

—Yo nunca me he vengado de nadie —replicó Gerdhardsen con voz helada.

—Puede ser, pero de todos modos se lo cobró —repuso el policía sonriendo—. Usted estuvo acosándola, ¿no es cierto? Sabemos que incluso estuvo molestándola durante la fiesta.

—No le causé ninguna clase de molestia en la fiesta.

—¡Existen testigos que no dicen lo mismo! —exclamó Gunnarstranda—. Déjese de tonterías. Sé perfectamente que usted estuvo manoseando a Katrine Bratterud y haciéndole proposiciones durante la fiesta.

—¿Y qué, si lo hice?

—¿Y qué? —Gunnarstranda volvió a sonreír, enseñando su blanca dentadura—. Pues que, si sucedió esa noche, también pudo haber sucedido antes, ¿no?

—Pero antes no había sucedido.

—¿Y cómo podemos saber eso? ¿Cómo podemos saber que ella no se sentía acosada por usted continuamente?

—Hable con sus terapeutas.

—¿Con su mujer, por ejemplo?

—Sí, claro, pregúntele a Annabeth. Yo no tengo secretos para ella.

—¿Quiere decir que su mujer sabía que usted había comprado los favores sexuales de una interna?

—Sí.

—Discúlpeme —dijo Gunnarstranda, aparentemente escandalizado—, pero usted es el director de la fundación «Jardín de Invierno», ¿no es cierto? ¿Ha utilizado alguna vez la palabra «ética» en sus conversaciones?

—No sé por qué, pero creía que esta charla no tenía como objetivo hablar de la ética del «Jardín de Invierno»...

—Tiene razón, pasemos de nuevo a esa tarde en concreto —dijo Gunnarstranda, más calmado—. Muchos arrugarán la nariz cuando oigan que personas que se dedican a la rehabilitación de drogadictos invitan a los internos a sus juergas — declaró alzando más la voz cuando vio que Gerdhardsen quería meter baza—, pero dejemos eso de lado. Mi problema es que tengo que descubrir qué pasó exactamente la noche en que la chica fue asesinada.

—Por supuesto —asintió Gerdhardsen con indulgencia—, y es por eso por lo que sacrifico mi valioso tiempo para tratar de ponerlos al tanto de lo que sucedió.

—¿Se topó usted con Katrine Bratterud en el centro de Oslo la noche del sábado?

—¿Katrine? ¿En el centro?

—Conteste a la pregunta.

—No, no me topé con ella.

—¿La vio por allí?

—No.

—Consideremos que lo que usted está diciendo ahora no es cierto —dijo Gunnarstranda con suavidad—. Digamos que sí se encontró con Katrine aquella noche en el muelle de Aker...

—¡Pero no lo es, yo no la vi allí!

—Déjeme terminar de hablar —lo interrumpió Gunnarstranda—. Sabemos que usted probó de meterle mano durante la fiesta. Sabemos que tomó un taxi hasta la plaza del Ayuntamiento. Y también sabemos que en una ocasión le había pagado por mantener relaciones sexuales con ella. Imaginemos que usted la siguió, volvió a hacerle proposiciones, ella lo rechazó y entonces usted le puso una cuerda alrededor del cuello para convencerla...

De los ojos del policía salían chispas y Gerdhardsen iba hundiéndose cada vez más en su asiento.

—Está totalmente equivocado —atinó finalmente a decir.

—Entonces dígame qué es lo que pasó.

—Yo daba una fiesta en mi casa, en la que recibí a una gran cantidad de gente simpática. Luego fui hasta el centro para bailar y divertirme un poco...

—¿Fue al centro para ligar con alguien?

—No.

—¿Puede aportar alguna prueba que demuestre a qué hora sacó del garaje el Daihatsu de la empresa esa noche?

Gerdhardsen bajó la cabeza para pensar.

—No, no creo, es un garaje corriente, en un sótano, que se abre con una llave. No tengo idea de si alguien me vio...

—¿Y tiene algún testigo que pueda declarar a qué hora se fue usted de la discoteca... del Smuget?

—No lo sé, pero alguien tuvo que verme.

—¿No hubo nadie de su grupo que hablara con usted justo antes de que usted se marchara?

—No.

—Eso es un poco raro, ¿no le parece?

—Tal vez a usted le parezca raro, pero...

—Pero ¿qué?

—A mí no me lo parece.

—¿Sabe si alguno de los invitados a la fiesta de aquella noche tenía alguna cuenta pendiente con Katrine?

—No creo.

—¿Y su mujer?

—¿Annabeth? ¿Y qué cuenta pendiente podía tener ella con Katrine?

—Tal vez estuviera celosa...

Gerdhardsen negó con la cabeza.

—Hombre... bueno, quizá... pero no hasta ese punto.

—¿Y hasta qué punto estaba celosa?

El hombre suspiró con pesar.

—Escuche —empezó diciendo, al tiempo que ponía las palmas de las manos hacia adelante, como intentando apaciguar los ánimos—. Escuche —repitió—, en un momento dado me vi obligado a contarle a Annabeth lo de mi encuentro con Katrine, porque no tenía otro remedio. Cuando Katrine Bratterud empezó el tratamiento, sabía que tarde o temprano le hablaría de mí a alguien del centro, así que pensé que lo mejor sería contárselo a mi esposa antes de que se enterara por otros. No podía seguir angustiándome día y noche porque...

—¿Cuándo se lo confesó a su mujer?

—No me acuerdo.

—¿Fue al cabo de mucho tiempo?

—Pues... sí, al cabo de un tiempo, se lo dije cuando estuvimos convencidos de que Katrine se quedaría en el «Jardín de Invierno» y no se escaparía más veces.

—Entonces ¿hace ya varios años que se lo contó?

—Sí.

—O sea, que su mujer estuvo tratando a Katrine Bratterud durante años sabiendo que tiempo atrás usted había mantenido relaciones sexuales con ella, ¿no es así?

—Sí —repitió Gerdhardsen, claramente fatigado.

Los policías intercambiaron una mirada. Frølich carraspeó y miró de nuevo a su jefe con aire interrogativo. Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—¿Cree que eso puede haber influido en su relación matrimonial? —preguntó Frank Frølich con cautela.

—Annabeth es una gran profesional —contestó Gerdhardsen—. Y a partir de entonces siguió siéndolo con respecto a los internos, pero evidentemente ese asunto desencadenó una crisis en nuestro matrimonio.

—¿Qué clase de relación había entre Annabeth y Katrine? ¿Era cordial?

—No, pero no creo que eso tenga nada que ver con todo esto; había pasado ya mucho tiempo desde que le conté lo de Katrine, y si la relación entre ambas no era cordial se debía más bien a una falta de afinidad que a otra cosa.

—Pero usted acaba de decir que su confesión desencadenó una crisis en su matrimonio.

—Sí, pero eso era solamente entre Annabeth y yo.

—Sin embargo, Katrine Bratterud era la causante de la crisis. Sería muy raro que su mujer no hubiese albergado sentimientos negativos hacia ella, ¿no cree?

—Quizá le parezca extraño, pero no creo que quedase ninguna cuenta pendiente entre Annabeth y Katrine.

—¿Llama usted por el nombre de pila a todos los internos del «Jardín de Invierno»? —quiso saber Gunnarstranda.

—No, supongo que no...

—¿Y por qué sí lo hace en el caso de Katrine Bratterud?

—Bueno, ella estuvo allí varios años. Su tratamiento fue un éxito; logró rehabilitarse, lo cual fue todo un acontecimiento.

—No veo que eso sea motivo suficiente para llamarla por su nombre.

Gerdhardsen suspiró.

—Ella era una interna muy especial para mí.

—¿De forma que también ha estado cortejándola durante todos estos años?

—No —respondió Gerdhardsen desesperado—. Pero esa chica obtuvo buenas referencias; yo leí sus informes, la entrevisté en varias ocasiones...

—¿Sin que su encuentro sexual de años atrás incidiera en la situación? —lo interrumpió Gunnarstranda.

—Sí. ¿Hasta cuándo van a seguir fastidiándome con esto?

—Hasta que descubramos qué sucedió exactamente la noche en que fue asesinada —dijo Gunnarstranda sacándose el chicle de la boca. Lo miró, hizo una mueca y lo arrojó a la papelera que se encontraba junto a la pierna derecha de Gerdhardsen—. ¿Puede ser que su mujer se ausentara de la fiesta aquella noche? —preguntó a continuación.

Gerdhardsen lo miró en silencio.

—Vamos, conteste a la pregunta —lo apremió el policía.

—¿Cuánto rato debería haberse ausentado?

—Una hora.

—No lo sé, lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque los invitados la hubieran echado en falta. Annabeth adora esas fiestas y le encanta ser el centro de atención. Ella era la anfitriona, y para mí sería totalmente impensable que abandonara la casa mientras todavía había invitados.

—¿Hay otras personas que podrían haberse ausentado durante un rato?

Gerdhardsen pensó un poco.

—Es posible —dijo finalmente—. Aunque no sé quién. Tendría que preguntárselo a Annabeth, porque, como ya les he dicho, yo estuve fuera algunas horas.

—¿Había alguna otra persona en esa fiesta que tuviera cuentas pendientes con Katrine?

—No sé de nadie que las tuviera.

—Se está contradiciendo usted —señaló Gunnarstranda con una sonrisa.

—No me contradigo en nada.

—Antes ha dicho que Katrine discutió con su novio.

—Pero él nunca la hubiera matado. Eso se lo puedo asegurar, es un chico muy majo...

—¿Y por qué discutían entonces?

—No lo sé.

—De modo que usted no los vio discutir...

—Sí, pero... Bajaron la voz cuando pasé por su lado, pero aun así me percaté de la tensión que había entre ambos.

—Hace un rato ha dicho que discutían acaloradamente.

—Bueno, pues lo retiro.

—¿Y no se le ocurrió pensar que tal vez discutían por usted? —sugirió Gunnarstranda.

—¿Por mí?

—Usted acababa de tirarle los tejos, y tal vez su novio estuviera celoso.

—Pero, en ese caso, me habría dado cuenta de ello cuando fuimos juntos al centro, en el taxi, y no fue así; el chico estaba de lo más normal.

—Quizá descargó su furia en Katrine —dijo Frølich—. ¿No ha pensado usted en eso?

Gerdhardsen suspiró y cerró los ojos. Sudaba profusamente.

—No —respondió con los ojos cerrados—. No había pensado en eso. ¿Hay algo más que quieran saber?

Frølich echó una mirada rápida a su jefe, que agitó la mano en señal de negación.

—Por el momento, no —dijo Frølich—. Aunque probablemente más adelante volvamos a ponernos en contacto con usted para aclarar algunos puntos de su declaración.

—Ya lo imaginaba —suspiró Gerdhardsen al tiempo que se ponía en pie.

Cuando Bjørn Gerdhardsen salió del despacho, los dos policías permanecieron en silencio con la vista fija en la pared. Gunnarstranda cogió una cajita de fósforos y partió uno por la mitad.

—¡Qué asco de tío! —exclamó finalmente Frølich.

—Sí, en esta historia hay bastante mierda en la que escarbar —asintió su jefe mientras probaba de usar con cuidado medio fósforo a modo de palillo—. Inversiones Geo..., era algo así, ¿no?

—Sí, la sede de la empresa está por el mar del Norte —explicó Frølich—. Se dedican a hacer de intermediarios financieros en los negocios petrolíferos.

—¿Tenemos alguna otra cita esta tarde?

—Ole Eidesen, el novio. —Frølich sopesó las hojas en blanco que había sobre su escritorio—. Bueno, ¿qué opinas? —quiso saber—. ¿Pudo haber sido Gerdhardsen, o tal vez su mujer?

Gunnarstranda se encogió de hombros.

—De todas formas, tuvo que ser un mal trago para él ver aparecer a la chica por segunda vez en la institución.

—¿Crees que nos ha mentado?

—¿Con qué objeto? Toda esa historia de las prostitutas es bastante delicada. Ese tipo debió de imaginarse que la chica tarde o temprano se explayaría con alguien, y que nosotros, de alguna manera, terminaríamos sabiendo lo de sus vicios y sus acosos. Por eso se ha adelantado y lo ha admitido todo de entrada. Parece que no tiene nada que ocultar con respecto al crimen.

—¿Y su mujer?

Gunnarstranda compuso una mueca.

—No sé —murmuró—. ¿Por qué iba a esperar tantos años?

—Tal vez esa noche fue la gota que colmó el vaso. Según Kramer, Gerdhardsen estuvo molestando a Katrine durante la fiesta; quizá su esposa lo vio...

—Sí, ¿y?

—Pues lo vio, le echó la bronca y... pues... todo acabó como acabó.

—Sí —asintió Gunnarstranda—, pero Kramer sostiene que estuvo con la chica hasta las tres. Debemos investigar el coche que Gerdhardsen cogió para volver a casa. Aunque lo realmente sorprendente es que Henning y Katrine estuvieron por el mismo lugar de la ciudad donde el grupito de la fiesta bajó del taxi. Es raro que ninguno de ellos viera a los otros.

—Henning y la chica fueron al McDonald's del muelle de Aker. Los demás bajaron del taxi en la plaza del Ayuntamiento, delante del Smuget. No tuvieron por qué verse: estaban al otro lado.

—Pero quizá sí se vieron —sugirió Gunnarstranda—. Tal vez Gerdhardsen o Eidesen vieron a Katrine de juerga con Henning Kramer...

—Sólo Gerdhardsen tuvo acceso a un coche... —Agregó Frølich—. Y Kramer dio a entender que un coche los siguió hasta la playa de Ingier...

Viejos conocidos

Tan pronto como llamaron a la puerta, Gunnarstranda apagó una diminuta colilla en el cenicero de pie.

—¡Pasa! —gritó cogiendo de encima de la mesa una fotografía que estaba sujeta con un clip a una carpeta.

—¿Ya la has visto? —preguntó Frølich entrando en el despacho y señalando con la cabeza la fotografía que su jefe tenía en la mano—. La mujer de la agencia demostró tener buena memoria. Ese tipo tiene nombre de delincuente y todo.

—Raymond Skau. —Gunnarstranda arrugó los labios, como si el nombre le resultara agrio—. Parece uno de esos ridículos nombres de los componentes de la banda Olsen que salen en esas películas cómicas [3].

—Pero ese se llama así de verdad —dijo Frølich—, la mujer está totalmente segura. Ese es el tipo que fue a ver a Katrine a la agencia el sábado que la mataron.

Gunnarstranda volvió a estudiar la fotografía.

—No lo he visto en mi puñetera vida... —Murmuró colocando de nuevo la foto en su sitio.

—Está hecho un pinta —dijo Frølich—. Ha estado en la cárcel por robo y encubrimiento, y es conocido por moverse en bares de *striptease* y otros locales por el estilo. Dicho de otro modo, se sospecha que es un chulo. También lo han detenido en varias ocasiones por vender hachís a adolescentes. Pero lo más interesante es un caso de hace algunos años, exactamente de marzo de 1995.

—¡Ah! —dijo el comisario inclinándose sobre la fotografía mientras intentaba que no le temblaran las manos.

Era la típica foto de las fichas policiales. La imagen de un tipo con cara fatigada y la mirada perdida, los ojos entrecerrados, como si estuviera dormido, la boca semiabierta y el pelo rubio oscuro, o tal vez gris. En su boca abierta se vislumbraba una dentadura muy irregular.

—¿Tiene un diente roto? —observó Gunnarstranda...

—Eso parece —dijo Frølich—. Sea como fuere, lo que sucedió en 1995 es que Katrine Bratterud lo denunció.

Gunnarstranda tragó saliva. Frank Frølich sonrió, satisfecho por su descubrimiento.

—La denuncia se llevó a cabo desde un teléfono del centro de protección para mujeres maltratadas Crisis. Al parecer, ese tipo vivía con nuestra chica. Ella lo denunció porque él la pegó y después intentó atropellarla con el coche.

—¿Atropellarla?

—Sí —asintió Frølich—. Un caso de celos. Pero se ve que la señorita Bratterud se presentó personalmente en la comisaría para retirar la denuncia.

—¿Y él estaba esperándola fuera?

—Eso no lo sabemos, pero es probable.

—¿Y cómo quedó ella? ¿La atropello con el coche?

—Aparentemente, sólo le costó un susto, o eso creo, porque no recuerdo que el forense mencionara ningún daño sufrido a raíz de ese incidente.

—Así que un tipo celoso, ¿eh? —murmuró Gunnarstranda volviendo a mirar la fotografía. Luego se levantó y se dirigió hacia la ventana.

—No había nadie en su casa —dijo Frølich.

—¿Dónde vive?

—En Grønland, en un piso de alquiler que pertenece a las viejas fincas del grupo de Grønlandsleiret. —Frølich movió la cabeza lentamente de arriba abajo mientras contemplaba a su vez la fotografía—. Raymond Skau —dijo—, ¡vaya nombre!

—No podemos sospechar de alguien sólo por su nombre —sentenció Gunnarstranda, y permaneció un instante sumido en sus pensamientos mientras Frølich lo esperaba en la puerta—. ¿Sí? —dijo al cabo con voz ausente.

—El novio —respondió Frølich indicando la puerta—. Quedamos en ir juntos a casa de Ole Eidesen, ¿recuerdas?

Arañazos

Una mujer subió a toda prisa la escalera delante de ellos. Un velo le cubría completamente la cara y el pelo. Frølich la siguió con la mirada, y mientras ella recorría el descansillo vio que bajo sus largas y holgadas ropas se podían adivinar los contornos de su pecho y de sus redondas caderas.

—Allí —dijo Gunnarstranda señalando una puerta donde se leía el nombre de Ole Eidesen escrito en blanco sobre una tira de plástico rojo debajo del timbre.

La mujer musulmana vivía en el mismo piso, ya que después de detenerse un instante a buscar las llaves abrió la puerta y entró, arrancándose el velo de un tirón antes de que la puerta se cerrara del todo. Frølich no salía de su asombro.

—¿Has visto eso? —exclamó, sofocado.

—¿El qué? —respondió distraídamente su jefe mientras tocaba el timbre de Eidesen.

—¡La mujer! ¡Era rubia!

—¿Y qué?

—¡Pues que llevaba velo!

—Las noruegas también pueden convertirse al islam...

—Pero... —Frølich tragó saliva y carraspeó.

En ese momento se abrió la puerta del apartamento y apareció Ole Eidesen. Debía de tener unos treinta años y era bastante alto y delgado. De su ceja izquierda pendía un llamativo *piercing*. Llevaba la cabeza completamente rapada en un intento de disimular su incipiente calvicie, pero una sombra oscura sobre el cráneo revelaba la forma del crecimiento del pelo. Sin embargo, lo más llamativo de su rostro eran una serie de heridas y cortes.

—¿Eidesen? —preguntó Gunnarstranda.

—Sí —dijo el hombre, algo alarmado. Su mirada iba de un policía al otro.

Gunnarstranda permaneció con las manos en el interior de los bolsillos mientras se presentaba.

—Pasen ustedes.

—Este es Frank Frølich.

Eidesen tenía unos dedos largos y finos, y su apretón de manos era liviano pero firme.

Entraron en el apartamento y los condujo a una sala luminosa que olía a perfume. Había muchas ventanas, las paredes eran blancas y los muebles sobrios. El equipo de música estaba en el suelo, junto a la pared. Un sofá de cuero blanco y dos sillones de mimbre rodeaban una mesa de centro de cristal. Uno de los sillones crujió bajo el peso de Frølich cuando este tomó asiento.

Eidesen se repantigó en el sofá blanco, mostrando bajo los *shorts* sus morenas y

musculosas piernas, y dirigió una mirada inquieta a Gunnarstranda, que se quedó de pie mordiéndose pensativamente el labio inferior.

Frølich sacó su bloc de notas antes de concentrar su atención en el joven del sofá.

—Se trata de Katrine Bratterud —dijo.

Eidesen asintió.

—¿Te has peleado con alguien? —preguntó el policía.

Eidesen negó con la cabeza.

—Me caí de bruces al suelo.

—¿Te caíste de bruces?

Eidesen se frotó las manos nerviosamente.

—No puedo estar tranquilo, pienso en ella todo el tiempo, y de noche es peor, por eso me voy a correr un rato —se disculpó, arrugando la cara en una sonrisa descolorida—. Anoche también salí a correr... —La sonrisa se ensanchó hasta convertirse en una carcajada irónica—, tropecé con unos arbustos y caí de morros.

Frølich asintió despacio.

—¿Vino a verte el pastor para comunicarte lo sucedido?

Eidesen se puso serio y negó con la cabeza.

—No, me enteré ayer.

—¿Cómo?

—Pues supe que era sobre ella sobre quien habían escrito en el periódico.

—¿Quién te lo dijo?

—Una tal Sigrid; trabaja en el centro.

Frølich consultó sus notas.

—¿Sigrid Haugom?

Eidesen asintió.

—Yo la llamé.

—¿Y qué te dijo?

—La llamé y me dijo que habían matado a Katrine. Que Katrine era la chica que habían encontrado muerta en la bahía de Hverven.

—¿Te dijo cómo murió?

Eidesen se aclaró la garganta y meneó la cabeza, inseguro.

«Paciencia», se dijo Frølich sin saber por qué su jefe le permitía que llevara a cabo el interrogatorio de esa forma, aunque sabía que, en realidad, todo obedecía a un plan.

—¿Cuánto hacía que conocías a Katrine?

—¿Eh?

Frølich repitió la pregunta.

—Hacía unos meses, pero la conocía de vista desde mucho antes. Nos encontramos en un curso de español.

—¿Sabes español?

—Sí. Mi madre es española. Yo enseño español por las tardes, en la Universidad pública, donde se dan clases nocturnas para adultos.

—¿Y Katrine Bratterud era alumna tuya?

—Sí.

Frølich esperó más detalles y Eidesen carraspeó antes de continuar.

—Cierta día la invité a salir —comenzó. Tuvo que volver a aclararse la garganta—. La tercera noche cenamos en el restaurante español que hay en Pilestredet, pero no recuerdo...

—¿Recuerdas qué ropa llevaba en la fiesta del sábado? —preguntó Frølich—. Trata de describirla detalladamente.

—Llevaba una blusa negra abrochada en la parte delantera con... con las... mangas transparentes —dijo haciendo memoria—. También llevaba una especie de falda... gris, gris oscuro, finita, de verano, no demasiado corta, le llegaba hasta un poco más arriba de las rodillas, y de los zapatos no me acuerdo muy bien... Eran negros, creo, o grises, con un poco de tacón.

—¿Ropa interior? —preguntó Frølich.

—Yo qué sé —dijo Eidesen encogiéndose de hombros—. Se vistió en el baño, después de ducharse. Estábamos en su piso. Luego cogimos un taxi hasta la casa de Annabeth.

—Pero ¿qué tipo de ropa interior solía llevar?

Eidesen volvió a encogerse de hombros.

—Lo normal... un sujetador y unas bragas.

—¿Color?

—Ya le digo que no lo sé. Imagino que llevaría algo oscuro, porque llevaba una blusa negra y ella cuidaba esos detalles... para que no se le transparentara el sujetador, quiero decir.

—¿Algo más? —ahora era Gunnarstranda el que hablaba, los labios le temblaban levemente y su magro cuerpo se recortaba bajo el abrigo mientras metía las manos en los bolsillos. Su mirada reflejaba una expresión expectante que no invitaba a la confrontación directa, pero que dejaba entrever que algo en su interior podía explotar en cualquier momento.

—Un bolso, un pequeño bolso... —Eidesen fijó la vista en Gunnarstranda, que estaba quitándose el abrigo.

El policía caminó unos pasos hacia el sillón de mimbre que estaba vacío, lo levantó, lo colocó frente a Eidesen y se sentó. Luego apoyó la cabeza en las manos y dijo en voz baja:

—Yo siempre juego con las cartas sobre la mesa; nunca miento.

—Ah... ¿no? —titubeó el joven.

—Pero, claro, como soy un verdadero hijo de puta, ¿no? Así es este juego. De vez en cuando viene bien ser un hijo de puta. De acuerdo con lo que he oído, tú eras, o fuiste alguna vez, el novio de Katrine. Pero eso ahora no importa demasiado. Lo verdaderamente importante es encontrar al que la mató, y ese podrías ser tú. No lo sé. Nadie lo sabe, salvo el asesino.

Eidesen tragó saliva.

—¿Mataste tú a Katrine? —preguntó Gunnarstranda.

Eidesen hizo una mueca antes de responder:

—No.

—Ella sufrió una «muerte cruel», según la terminología forense —prosiguió el policía.

Eidesen levantó la vista.

—No sabemos por qué el asesino actuó de esa forma, pero el caso es que pasó mucho rato antes de que Katrine muriera.

Un pesado silencio, tan sólo interrumpido por la respiración de Eidesen, invadió el apartamento.

—El asesino se ensañó con ella durante largo rato —prosiguió Gunnarstranda—, por lo que tuvo ocasión de detenerse y dejarla vivir. Pero uno podría pensar: «¿Y qué importa eso ahora si, de todos modos, Katrine está muerta?». Pues bien, el tiempo que tardó en acabar con su vida nos dice que el asesino actuó con premeditación.

—¿Y? —dijo Eidesen mirando hacia arriba.

—Uno de los motivos por los que generalmente una persona está dispuesta a hacerle daño a otra es para defenderse a sí mismo. Pero dudo mucho que este sea el caso. El estrangulamiento duró varios minutos, durante los cuales Katrine se defendió agitando violentamente los brazos y las piernas. El asesino tuvo que esperar todo ese tiempo hasta que le sobrevino la muerte, pero él, en cambio, no se defendió de los manotazos, de lo que se deduce que estaba completamente ciego de rabia.

Desde la cocina llegó el ruido del motor del frigorífico deteniéndose. En la pesada quietud, Frølich oyó también un tictac hueco. Provenía de un flamante reloj Philips que descansaba sobre el televisor.

Eidesen se pasó los dedos por los rasguños de las mejillas.

—De modo que se defendió —murmuró.

Gunnarstranda asintió sin decir nada, y miró a Eidesen a los ojos mientras decía:

—¿Teníais Katrine y tú desavenencias?

Eidesen negó con la cabeza.

—Por favor, usa las palabras.

—¿Perdón?

—Contesta a mis preguntas con palabras, no con gestos. Mi compañero necesita anotar tus respuestas.

—No, no discutíamos casi nunca.

—El sábado siete de junio estuvisteis juntos en la fiesta que se celebraba en casa de Annabeth Ås, ¿correcto?

—Sí.

—¿La señora Ås es amiga tuya?

—No, yo fui invitado a través de Katrine. Annabeth es la directora del centro de desintoxicación donde Katrine había estado internada...

—¿Cuánto tiempo estuviste en la fiesta de la señora Ås?

—Me fui a eso de la medianoche.

—¿Te fuiste solo o en compañía de alguien?

—Solo... es decir, no, con varias personas; compartimos un taxi.

—¿Y Katrine?

—Se sintió mal y se marchó a casa.

—¿Antes que tú?

—Creo que sí.

—¿Por qué crees que se fue de la fiesta antes que tú?

—Se encontraba mal, incluso vomitó.

Gunnarstranda arrugó la frente, interesado.

—¿Tenía el hábito de vomitar?

—¿El hábito? No, simplemente se sintió mal.

—¿Pero no sufría de anorexia y solía vomitar lo que comía?

—No, para nada. —Eidesen siguió con voz seca—: Después de cenar, un buen rato después, se fue al baño y vomitó. Dijo que no se encontraba bien.

—Y tú pensaste que le había sentado mal la comida...

—Sí, bueno, lo primero que pensé fue que a lo mejor había bebido más de la cuenta.

—¿Y no había sido así?

—No. Me dijo que no había probado ni una gota de alcohol en toda la noche.

—¿Pero parecía estar ebria?

—No.

—¿Qué hiciste tú? ¿Llamaste a un taxi?

—No.

Gunnarstranda esperó a que el joven añadiera algo más. Eidesen carraspeó de nuevo.

—Creo que ella misma llamó al taxi. Dijo que iba a marcharse, y un poco más tarde había desaparecido.

—¿Y no te despediste de ella?

—No. Como no la encontré, creí que ya se había ido.

—¿Discutisteis?

—No.

—¿Pero por qué no le dijiste adiós o la ayudaste al marcharse?

—No estábamos del todo bien.

—¿De modo que habíais discutido, después de todo?

Eidesen se encogió de hombros.

—Ella no se encontraba bien y quería irse a casa, pero tú querías quedarte: ¿os peleasteis?

—No nos peleamos.

—Y si te dijera que uno de los invitados os vio discutir acaloradamente antes de que ella se fuera, ¿qué me responderías?

—De acuerdo, es cierto. Pero no recuerdo que fuera acaloradamente. A ella no le gustó que yo quisiera quedarme. Había algo de tensión entre nosotros antes de que ella se marchara.

Gunnarstranda guardó silencio mientras un rayo de sol entraba por los amplios ventanales y el polvo danzaba en el aire.

—Ole —dijo finalmente—, ¿puedo llamarte Ole?

Eidesen asintió.

—A partir de ahora, y por tu propio bien, Ole, te aconsejo que digas la verdad cuando se te pregunte algo. En caso contrario, las cosas pueden irte muy mal, ¿lo comprendes? —Y, sin esperar respuesta, continuó—: Y bien, Ole, ¿discutisteis o no? Y si fue así, ¿por qué motivo?

—Ella quería marcharse porque se encontraba mal, pero a mí no me apetecía irme, estaba divirtiéndome. Entonces ella se puso... se puso... se enfadó conmigo, sólo fue eso, estaba enfadada, supongo que porque no me fui con ella.

—¿Dijo ella eso? ¿Qué debías acompañarla?

—No. Pero yo interpreté su enojo de esa forma.

—Cuéntame cómo empezó a sentirse mal.

—Bueno, pues simplemente se cayó al suelo, de lado. Estábamos hablando con algunas mujeres del centro, entre ellas la dueña de la casa, Annabeth Ås, y de repente Katrine cayó como un saco hacia mí con los ojos en blanco. Se armó un revuelo entre los asistentes y la ayudé a levantarse. El desmayo duró tan sólo un par de segundos; fue andando hasta el baño por su propio pie y allí vomitó.

—¿Te dio algún motivo para ese desmayo?

—No.

—¿Le había pasado antes?

Eidesen sacó los labios hacia fuera y se puso a pensar.

—No, de esa manera no, creo que no la había visto desmayarse nunca, pero el caso es que no le apetecía lo más mínimo ir a esa fiesta.

—¿Por qué?

—Ella era así. No le gustaba demasiado relacionarse con desconocidos. No le apetecía estar toda una noche junto a esa gente. Se sentía observada por todo el mundo porque había sido una interna.

—¿Pero ese día dio muestras de tener miedo?

—Tanto como miedo, no. Sin embargo... parecía algo inquieta. Me estuvo chinchando todo el día.

—¿Discutiendo contigo?

—Sí, cuando estuvimos en su apartamento. Me puse a ver un partido de fútbol y empezamos a discutir, mejor dicho, empezó ella.

—¿A causa de qué?

Eidesen negó con la cabeza.

—Tenía que hablar por teléfono, se acercó al televisor y bajó el volumen, y entonces nos peleamos. Era un partido de fútbol. ¡Me tocó mucho las narices!

—¿Y tú pensaste que era porque estaba nerviosa?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque tenía que ir a la fiesta. Creo que no le apetecía nada, pero se sentía obligada.

—Bueno, volvamos a la fiesta. ¿De qué hablabais cuando Katrine se desmayó?

—No me acuerdo, de tonterías. Annabeth Ås le dedicó unos cumplidos a Katrine, le dijo que lo había logrado y todo eso, no recuerdo las palabras exactas.

—¿Tú estabas borracho?

—Yo estaba «alegre», por así decirlo. Había bebido vino durante la comida y bastante coñac con el café.

—¿Habías usado algún otro método para alegrarte?

—¿Eh?

—Tenías una relación con una drogadicta, supongo que comprendes lo que quiero decirte. ¿Utilizaste algún otro medio para ponerte a tono esa noche, aparte del vino y el coñac?

Ole Eidesen no movió ni un solo músculo del rostro.

—Katrine no era una drogadicta —declaró—. Dentro de pocos meses iban a considerar que estaba completamente rehabilitada. Y yo no tomo drogas.

—¿Debo entender que no usaste ningún otro tipo de estimulante, aparte del alcohol, esa noche?

—Sí.

—¿Por qué vivíais cada uno en un piso? ¿No habíais pensado en ir a vivir juntos?

—No, lo nuestro era muy reciente. Pero de vez en cuando pasábamos la noche juntos en su casa o en la mía.

—¿Los demás os consideraban pareja?

—Algunos, tal vez.

—¿Y tú —preguntó Gunnarstranda irónicamente—, considerabas que la vuestra era una relación estable?

—Por supuesto.

—¿Te fuiste solo de la fiesta?

—No, ya se lo he dicho: tomé un taxi junto con otras personas después de que Katrine se hubo marchado.

—¿Quiénes eran?

—El marido de Annabeth, Bjørn; un gay llamado Goggen y su novio, del que no recuerdo el nombre, y una mujer llamada Mere the Fossum.

—¿Cuándo fue eso?

—Alrededor de medianoche.

—Pero acababas de decirle a tu novia que no querías irte de la fiesta...

—Bueno, sí, pero eran ellos quienes llevaban la voz cantante. Goggen es uno de esos tipos graciosos, ¿sabe?, y Bjørn también es un juerguista.

—¿Y la mujer?

—También era muy fiestera.

—¿La conocías de antes?

—No.

—¿La viste por primera vez en la fiesta?

—Exactamente.

—¿Adónde fuisteis en el taxi?

—Al centro, al Smuget, un local para bailar.

—¿El taxi os dejó en la puerta del local?

—Sí.

—¿Qué sucedió entonces?

—Pagamos y entramos.

—¿Todos?

Eidesen pensó un poco.

—Creo que sí. Quiero decir, tres de nosotros, seguro. Los gays querían ir a otro sitio, así que nosotros tres entramos al Smuget.

—¿Tú, la mujer y Gerdhardsen?

—Merethe Fossum y yo nos pusimos a hacer cola para entrar. A Gerdhardsen no lo vimos más, pero supongo que pagó y después entró.

Gunnarstranda miró de reojo a Frølich y le preguntó:

—¿Sueles ir a sitios donde hay que pagar para entrar?

—El Smuget no es un simple bar de copas; es una especie de discoteca donde hacen espectáculos... —Contestó su compañero.

Gunnarstranda volvió a dirigirse a Eidesen.

—¿Viste a los otros después de entrar?

—A Merethe, sí.

—¿Qué hicisteis?

—Bailamos un poco, luego cambiamos de sala, tomamos unas cervezas... y...

—¿Y Gerdhardsen?

—Ni idea.

—¿No lo viste más?

—Bueno, estábamos juntos en la cola, pero luego... —Eidesen negó con la cabeza.

—¿A qué hora llegaste a casa?

—No miré la hora, pero era tarde, ya había empezado a amanecer y empecé a inquietarme porque Katrine aún no había vuelto. Solíamos pasar juntos los fines de semana... Por eso esperaba encontrármela en casa.

—¿Viste algún indicio de que hubiera estado aquí?

—Es posible que hubiera estado, pero no lo creo.

—¿Por qué no?

Eidesen se encogió de hombros.

—¿Qué podría haber venido a hacer? Quiero decir, nadie había preparado comida, nadie había tocado nada. Si estuvo en casa, yo no me di cuenta.

—Bien, tú viniste a casa y ella no estaba aquí. ¿Qué hiciste entonces?

—La llamé a su apartamento.

—¿De madrugada?

—¡Claro! Era muy extraño que no estuviera aquí, teniendo en cuenta que se sentía mal.

Gunnarstranda se levantó y se dirigió hacia la ventana.

—Pero si hubieses sido tú el que hubiera estado enfermo —dijo—, si te hubieses mareado y hubieses vomitado, ¿no crees que habrías considerado más apropiado dormir esa noche en tu propio apartamento?

—Sí, pero en ese caso habría dejado un mensaje en el contestador de la persona que estuviera esperándome.

—¿Y no había ningún mensaje en tu contestador? —preguntó Gunnarstranda levantando un aparatito negro que descansaba junto al teléfono.

—No, no había ningún mensaje.

—¿Katrine solía dejar mensajes?

—Sí.

Gunnarstranda asintió.

—¿Cogió el teléfono cuando tú la llamaste?

—No.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me acosté.

—Sí, ¿y después?

—Bueno, pues me dormí.

—Creí que habías ido al bosque a correr para acabar arañándote el rostro con los arbustos, ¿no es eso lo que has dicho antes?

—No, eso fue anoche. No podía dormir después de saber lo que había pasado.

—Pero esa noche sí dormiste.

—Sí, como un lirón.

—¿Incluso sabiendo que ella había desaparecido sin dejar rastro?

—No había desaparecido.

—Ah, ¿no?

—Quiero decir que yo no pensé que hubiera desaparecido. Creí que estaría durmiendo.

—Pero si no contestó al teléfono...

—No, pero como se había sentido mal y se había marchado a casa, pensé que estaría durmiendo.

Gunnarstranda asintió lentamente.

—¿Hay alguien que pueda atestiguar que el domingo tú no tenías esas marcas en la cara?

Eidesen se encogió de hombros.

—Puede ser... —Dijo al cabo de unos segundos.

—¿Algún nombre?

—Si quiere, puedo proporcionarle los nombres de la gente a la que vi el domingo.

—Bien. Te dormiste. ¿Cuánto rato dormiste?

—Hasta las nueve, más o menos.

—¿Trataste de llamarla entonces?

—Sí. Varias veces.

—¿Qué pensabas en ese momento?

—¿Qué quiere decir?

—Se supone que estabas preocupado —aclaró Gunnarstranda, algo irritado—, ¿qué pensaste cuando viste que la noche anterior tu novia se encontraba mal y luego tú no podías contactar con ella?

—Nada.

—¿Nada? —gritó el policía.

Eidesen se levantó y rodeó la mesa. Era dos palmos más alto que el pequeño policía.

—¿Y yo qué sé lo que hay que hacer en esos casos? —dijo con voz temblorosa.

Frølich permaneció sentado, ya que parecía que su jefe seguía teniendo la situación bajo control.

—No soy especialista en reacciones o sentimientos —prosiguió Eidesen—, pero acabo de perder a la persona que amaba, y si usted tuviera un poco de respeto...

—¿Esas emociones se te han despertado ahora mismo o ya las tenías aquella mañana? —preguntó Gunnarstranda dando dos pasos al frente hacia el atleta, que retrocedió instintivamente. El policía repitió—: ¿No se te ocurrió pensar aquella mañana que podría haberle ocurrido algo a Katrine?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque... —Eidesen se interrumpió.

—¡¿Por qué?! —gritó Gunnarstranda, encolerizado.

El joven se dejó caer en el sofá, suspirando profundamente.

Gunnarstranda también se sentó, cogió su paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y jugueteó con él durante un rato entre los dedos.

Eidesen parecía derrotado, pero no soltaba prenda.

—¿Pensaste que estaba con otro?

Eidesen desvió la mirada hacia la ventana.

—Vamos —lo apremió Gunnarstranda—. Tu chica desaparece una noche entera, sabes que se encuentra mal, pero tú no haces nada, no preguntas por ella a la gente que la conoce, no llamas a la policía y justo cuando ves en las noticias del domingo que una chica joven ha sido asesinada en Mastermyr se te enciende la bombilla. Creo que es evidente por qué no lo hiciste: porque pensaste que estaba con otro o... porque tú mismo la mataste.

—¿Qué ha dicho? —gritó Eidesen. El joven estaba tan sorprendido por la acusación como irritado por la insistencia del policía.

—Yo no digo nada —repuso Gunnarstranda tranquilamente—. Sólo barajo las distintas posibilidades. O bien estabas tranquilo esa mañana porque sabías que ella estaba muerta o bien te lo tomaste con calma porque tenías una buena razón para creer que no le había sucedido nada. Y en este último caso, si creías que Katrine estaba a salvo, debía de ser porque pensabas que se hallaba en otro sitio. Ambas posibilidades son plausibles. Por otro lado, parece que te has peleado con alguien que te haya podido arañar...

—Un accidente, ya se lo he dicho, le puede ocurrir a cualquiera —lo interrumpió Eidesen.

—Claro, claro. Y supongo que no puedes darme el nombre de alguien que pueda corroborar tu testimonio. Bien. Supongamos que no tienes nada que ver con el crimen. Dices que no estabas preocupado por Katrine aquella mañana; entonces ¿qué contestas a esto?: ¿dónde estaba ella? O, mejor dicho: ¿dónde creías tú que estaba?

Eidesen hundió la cabeza entre los hombros. Estaba considerando la situación. Cuando finalmente enderezó el cuello, lo hizo con una expresión de cansancio y

resignación.

—Henning Kramer —murmuró en voz muy baja.

Frølich carraspeó mientras tomaba nota.

—¿Y por qué pensaste que estaba con él? Si no estoy mal informado, se trata de un chico que hace la prestación social en el centro para no hacer el servicio militar.

—Ellos se veían a menudo.

—¿Se trataba de un pretendiente?

—Según Katrine, sólo eran... «buenos amigos» —dijo con tono irónico.

—Pero tú no lo creías así...

—¿Va a empezar otra vez con eso? —replicó Eidesen, que ya estaba empezando a hartarse.

Gunnarstranda sacudió la cabeza.

—Quiero saber qué opinas tú del tema. ¿Qué clase de relación había entre ellos dos? Me pica la curiosidad, sobre todo porque tú mismo supones que Katrine pasó la noche con él. ¿Qué clase de chico es Henning?

—¿Qué clase? —Eidesen se encogió de hombros—. Es un tipo flaco, de pelo largo, con perilla, muy sonriente y al que le interesa la filosofía.

—¿La filosofía?

—Sí, las cuestiones filosóficas. Le gusta mucho pensar, escribir poesía, cocinar, leer cosas de esas sobre Buda... El hombre con el que sueñan todas las mujeres, en definitiva.

—¿Debo interpretar tus palabras como que a ti no te gusta cocinar, escribir poesía o preocuparte por las cuestiones filosóficas?

—Interprételo como quiera. Lo que no me gusta ni me gustó nunca es Henning Kramer. Eso no es ningún secreto.

—O sea, que piensas que Katrine y él mantenían relaciones.

—Relaciones... —Murmuró Eidesen—. Eran muy buenos amigos, según decían, o por lo menos Katrine decía que Henning era tan sólo un amigo y no un amante. Sin embargo, yo tenía mis dudas. ¿Se conocían demasiado bien el uno al otro!

—Explícate.

—Compartían cosas muy íntimas, como un matrimonio. Había demasiada confianza entre ellos.

—¿Y tú pensaste que ella podía estar en casa de Henning esa noche?

—Sí.

—Entonces debías de pensar que estaban liados.

—Ella decía que Henning era como una amiga.

—¿Una amiga? ¿Es gay?

—No lo creo, pero eran amigos íntimos.

—¿No tenía amigas mujeres?

—No.

—¿No en absoluto?

—No, que yo sepa.

—¿Y no crees que eso es un poco raro?

—Tal vez, aunque nunca había pensado en ello. Es posible que tuviera amigas, pero yo no conocía a ninguna de ellas.

Gunnarstranda miró al suelo.

—Está bien —murmuró antes de volver a clavar su mirada en el otro—. ¿Tenías celos de Henning?

—A veces.

—¿Y esa noche en particular?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—Tú llegaste a casa de madrugada, esperando encontrar a tu chica aquí. Pero resultó que ella no estaba, y entonces pensaste, como si fuera lo más normal del mundo, que estaba con otro hombre. ¿Y en ese momento no sentiste celos?

—No, no estaba celoso.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¡Ya está bien! —vociferó Eidesen, irritado—. Si quiere que le diga que estaba celoso, ¡pues se lo digo y en paz, si eso va a hacer que se sienta mejor! Pues sí, tenía celos. ¿Está contento ahora?

—¡No!

—¿Y por qué no? —Eidesen se había puesto en pie y le gritaba las palabras a la cara a Gunnarstranda.

—Siéntate —dijo este con voz calmada.

Eidesen se sentó y el policía se aclaró ceremoniosamente la garganta.

—Quiero saber qué sucedió —dijo suavemente—. Como ya te he dicho antes, yo no finjo y tampoco miento. Te digo esto para que lo sepas. Soy un simple servidor de la ley y no gano nada fingiendo ni mintiendo. Lo único que quiero es hacer mi trabajo, que consiste en averiguar la verdad. Y ahora tú me has conducido hacia estas dos hipótesis: o estabas celoso, o no lo estabas. Pensemos en la posibilidad de que estuvieras celoso esa noche. ¿Qué consecuencias se desprenden de esa hipótesis? El crimen se cometió a menos de tres kilómetros de tu casa. Supongamos que Katrine venía hacia aquí y que os encontrasteis a medio camino, porque tú estabas nervioso, ya que ella no estaba en casa esperándote, y saliste a correr. A la luz del alba, la encontraste cuando venía hacia aquí. Es posible que le preguntaras dónde había estado. Tal vez admitió lo que tú ya sospechabas, que había estado con Kramer. Y entonces empezó una discusión que terminó de forma trágica. Todo encaja. Tú

estabas furioso y la mataste. ¿Fue así como sucedió?

—No —dijo Eidesen, abatido.

—O tal vez llegó a tu casa —continuó el policía—. Entró y la mataste aquí mismo, en este sillón.

Gunnarstranda permaneció sentado mirando a Eidesen mientras se pasaba dos dedos por la nariz.

Frølich sintió hambre de pronto. Su estómago empezó a rugir tan fuerte que Eidesen y Gunnarstranda lo miraron. Frølich carraspeó y cambió de posición en su asiento.

—¿Por qué dejaste que se fuera de la fiesta, sola, tan temprano? —preguntó Gunnarstranda finalmente.

—Ya se lo he dicho. Ella se encontraba mal y yo me lo estaba pasando muy bien.

—Pero, si no me equivoco, tú no conocías a nadie en aquella fiesta.

—Katrine tampoco.

—Ella por lo menos conocía a los dueños de la casa, pero tú no conocías a nadie.

—Pero me invitaron, como a todos los demás, y lo estábamos pasando bien.

—¿Cómo de bien?

—La gente contaba historias... Era gente estupenda.

—Te fuiste de allí con esa mujer, Merethe Fossum. ¿Tiene ella tu misma edad o es mayor?

—Es un poco menor —respondió Eidesen mientras intentaba concentrar la mirada en un punto para no desviarla.

—¿Y os lo estabais pasando bien, tú y esa mujer?

—Casi no se podía caminar de tanta gente que había, pero bailamos un poco y charlamos bastante.

—¿Entonces, esa noche, ella fue tu pareja?

—No éramos pareja. Yo estaba con Katrine.

—Pero, al parecer, tú y esa tal Merethe os entendisteis bien esa noche, incluso antes de que Katrine se fuera.

—No.

—¿No fue por eso por lo que Katrine se marchó, porque tú andabas flirteando con otras mujeres?

—No anduve flirteando con nadie.

—Pero te fuiste a bailar con ella. Y has admitido que discutiste con Katrine.

—No discutimos por eso.

—¿Dónde vive ella?

—¿Quién?

—Merethe Fossum.

—En Galgeberg, en Vålerenga, en la curva que hay al principio de la calle yendo

hacia Ryenberget.

—¿Cómo lo sabes?

—Compartimos un taxi para volver a casa y ella se bajó allí.

Gunnarstranda le hizo una seña a Frølich, que se levantó y se dirigió hacia la puerta. Pero en ese momento se acordó de algo.

—Una última pregunta —dijo Frølich mientras su colega se abrochaba el abrigo y se liaba un cigarrillo.

Eidesen levantó la cabeza, cansado.

—¿Qué?

—Nos has dicho la ropa que llevaba Katrine, pero ¿llevaba también joyas?

—Joyas... —Eidesen pensó—. Una cadenita de oro muy fina en el cuello y tal vez un par de brazaletes. Le gustaban mucho los brazaletes; siempre llevaba alguno —dijo cerrando los dedos alrededor de su propia muñeca—. Le gustaba que tintinearán unos contra otros.

—¿Algo más?

—No recuerdo nada más.

—¿Ningún anillo?

—¡Oh!, sí, seguro... siempre llevaba mucho oro encima.

—¿Y en las orejas?

—Sí, de eso me acuerdo, porque yo mismo se los regalé. Dos pendientes de oro en forma de hojitas de marihuana.

—Creí que ya estaba desintoxicada.

—Y lo estaba.

—¿Pero las hojas de marihuana...?

—¿Qué?

Frølich agitó la mano.

—Olvídalo —murmuró, esperando a Gunnarstranda, que se estaba levantando.

—Debes acudir al anatómico forense dentro de las próximas veinticuatro horas —dijo el comisario poniéndose un cigarrillo en la boca—. Allí te tomarán muestras para una prueba de ADN. Buenas tardes.

Discusiones bajo la lluvia

La lluvia estaba a punto de borrar una fina rayita de bolígrafo que se había hecho Frølich en el dedo pulgar de la mano izquierda. Más o menos cada tres segundos, una gota de lluvia caía en aquella línea. Estaba empapado. La tela de su impermeable estaba tan tiesa que parecía de cartón y el agua se deslizaba por las mangas y le goteaba luego en las manos. En la cara interna de la mano, la rayita azul se destacaba sobre la piel tostada por el sol del verano.

Frølich se agachó y examinó las zarzamoras medio pisoteadas entre las que había sido hallado el cadáver. Llevaba un impermeable verde de plástico que le llegaba hasta la cadera, unos vaqueros azul marino y unas botas altas de goma de color verde.

Un rato antes había hecho un intento de formar un dobléz en el bajo de su rígido impermeable para que no le cayera tanta agua en las piernas, pero no lo había logrado. Tenía los pantalones empapados y las perneras se le pegaban incómodamente a la piel cada vez que se movía. La capucha que le caía sobre la frente estaba rígida y le limitaba la visión lateral. Cada vez que volvía la cabeza tenía que apartársela con el brazo derecho para poder ver algo más que el interior de la capucha.

Frølich se incorporó y se acercó al resto del grupo de investigadores.

—No hay el menor rastro —declaró.

No necesitaba decir nada más. Los otros lo comprendieron perfectamente. Era tan probable que alguien hubiese asesinado a otro ser humano en aquel lugar como que un animal hubiera pasado por allí y hubiera pisoteado los arbustos.

—Ni siquiera una prenda —dijo Yttergjerde, el policía más veterano del grupo.

Era un hombre patituerto, con el torso en forma de barril, largos antebrazos y actitud descuidada. Su aspecto simiesco le había valido el sobrenombre del famoso chimpancé noruego que había aparecido en varias películas: *Julius*.

—¿Ya has hecho tus vacaciones, Frølich?

Este sacudió la cabeza dentro de su capucha.

—¿No has ido a pescar lucios gigantes?

Frølich, que conocía la pasión de Yttergjerde por la pesca del lucio, respondió vacilante:

—A mí me tiran más las truchas.

—¿Nunca te ha mordido un lucio?

—No —dijo Frølich levantando la vista al cielo—. La pesca es un arte de por sí: averiguar qué es lo que hay en la zona, hacerse con el cebo correcto y aguardar a que caiga la presa.

—El domingo pesqué un lucio enorme —dijo Julius Yttergjerde—. ¡De cuatro kilos!

—Nunca puedo ir a pescar los fines de semana —explicó el otro—. A mi novia no le interesa la pesca lo más mínimo.

—De cuatro kilos —repitió Yttergjerde—. Tuve que asestarle un porrazo con un martillo. Le di en la cabeza hasta que crujió, luego lo metí en una bolsa negra de basura y lo dejé en la cubierta del bote unas dos horas, mientras trataba de coger más. Cuando llegué a casa, mi mujer no estaba; metí el lucio en el fregadero y le escribí una nota a mi madre diciéndole que lo limpiara e hiciera albóndigas de pescado para el almuerzo. A media tarde llegó mi mujer y fue a la cocina a buscar un cuchillo cuando, de repente, ¡el lucio dio un coletazo y saltó por el aire! ¡Había estado fuera del agua durante medio día y allí estaba, retorciéndose en el suelo y tratando de asestarle una dentellada a mi mujer como si fuera un cocodrilo hambriento!

Frank Frølich esbozó una sonrisa.

—Sería uno de esos que devoran niños en las playas —sugirió.

—Crees que te estoy vacilando, ¿eh? Te aseguro que no hay modo de matarlos. Se entierran en el lodo cuando hay sequía; cuando la laguna se seca en julio se los puede ver enterrándose, solamente sobresalen los ojos. Los muchachos más veteranos gastan la mitad de las vacaciones machacando lucios día y noche. ¡Pero no hay modo de deshacerse de esos demonios! Cuando llega la lluvia dan un coletazo en el lodo seco y se van nadando tan campantes.

Julius no sonreía. Ocultaba sus largos y afilados dientes cerrando los labios con fuerza, lo cual daba a su rostro una expresión tan decidida que podía contar los más descabellados chistes de pescadores y hacer creer a todo el mundo que lo que decía era verdad.

Frølich asintió.

—Todavía falta mucho para que escampe —dijo mirando el cielo—. ¿Qué hemos encontrado hasta ahora?

—Una lata de coca-cola vacía y abollada —leyó Julius de una lista que había confeccionado—. Un preservativo usado, mojado y bastante podrido, diversas hojas de papel de fumar... un montón de tapones podridos... y un motor eléctrico, posiblemente de una bomba de agua.

—¿A quién se le ocurre tirar una bomba de agua? —preguntó Frølich.

—A cualquiera, siempre que esté rota —contestó Yttergjerde, que señaló con la cabeza hacia el mar, que estaba más abajo—. Espera a que mandéis a los buceadores. Entonces podremos revolcarnos entre un montón de coches robados y casas flotantes.

—Lo único que nos interesa son las huellas más recientes —dijo Frølich, cansado, mientras se frotaba la raya de bolígrafo que tenía en la mano—. Ropa, ropa de fiesta femenina, tal vez medias de liga y cosas de esas... ropa interior... y joyas.

Yttergjerde movió pesadamente la cabeza de lado a lado. Entonces llegó un agente de los más jóvenes con un objeto en la mano. Frølich y Julius se volvieron

hacia él. La lluvia chorreaba por la visera de la gorra del joven agente y una gota colgada de su nariz. Les mostró lo que había encontrado. Era un zapato de mujer, de tacón alto, que estaba cubierto de barro y mugre.

—Ese zapato ha pasado por lo menos tres inviernos en este bosque —indicó Julius. Miró a Frølich y suspiró sin decir nada—. ¿Pongo el zapato en la lista? —preguntó.

El policía que había hecho el hallazgo y que tenía el mismo rango que Frølich en la brigada comentó sin moverse, para no sentir la ropa empapada:

—En el lugar en el que lo he encontrado también había un par de bolsas de plástico vacías.

—A la chica la vieron por última vez caminando hacia Holmlia —dijo Frølich—. Y la encontraron a menos de quinientos metros de aquí —añadió señalando el balneario, a lo lejos, y hacia el otro lado de la bahía—. Allí, en aquella curva, sólo hay baranda de protección en el lado de la playa. Alguien la arrojó por encima de esa baranda. La liquidaron en algún sitio por aquí cerca. —Miró el reloj—. Espero que podáis resistir un poquito más, muchachos —murmuró—. Yo tengo que... —Carraspeó mientras buscaba las palabras apropiadas—. Desafortunadamente, tengo una cita con un testigo.

Frølich se separó de ellos y fue andando hasta el coche. Le daba lo mismo lo que pensarán. Tenía cosas más importantes que hacer en otro sitio.

En el maletero del coche encontró una vieja bolsa de plástico y la puso sobre el asiento antes de sentarse para no mojarlo. Tenía que cambiarse de ropa, por lo que se dirigió hacia su casa. No había acabado de abrir la puerta de su apartamento cuando el teléfono de la sala empezó a sonar. Inmediatamente, recordó que le había prometido a Eva-Britt que la llamaría. Levantó el auricular del inalámbrico con la intención de buscar ropa seca mientras hablaba. Eva-Britt le recordó la cita que tenían para el viernes por la noche. Y ese era precisamente el tema del que Frank no quería hablar con ella.

—Podríamos vernos el sábado en vez de... —Dijo suavemente mientras cogía un par de vaqueros del armario. El silencio que se hizo al otro lado del auricular auguraba dificultades, así que continuó—: Comprendo que no te guste la idea —murmuró, preguntándose si tendría alguna camisa planchada—. Pero no puedo decirle que no a Gunnarstranda justamente el día en que me invita a su cabaña; no se trata simplemente de una cabaña, sino que para él es como si fuera el Santo Grial.

Encontró unos calcetines en el cajón y comprobó que no estuvieran agujereados, mientras Eva-Britt empezaba a replicar al otro lado del teléfono. Con o sin Santo Grial, ese no era el tema. El tema era que últimamente él la evitaba siempre. Era algo humillante, y a ella la hacía dudar de sus sentimientos. Siempre le soltaba la misma cantinela. Frank dejó el teléfono en el alféizar de la ventana. Se tumbó en la cama y,

mientras trataba de quitarse los pantalones empapados, oyó la voz de Eva-Britt desde el teléfono:

—¿Pero me estás escuchando?

Frølich cazó el teléfono al vuelo.

—¡Ay, mierda! —exclamó.

—¡¿Qué?!

—Se ha caído el teléfono. ¿Puedes repetirme lo último que has dicho?

Terminó de quitarse los pantalones mientras la voz de ella se entrecortaba como si estuviera hablando por un *walkietalkie*. Se miró al espejo. «Demasiado gordo y demasiado blanco», se dijo, y volvió a coger el teléfono.

—Comprendo, comprendo —dijo en un momento en que ella paró para respirar—. Lo siento muchísimo. Pero ¿te va bien el sábado o no?

Eva-Britt tartamudeaba de furia. Frank sabía que de un momento a otro empezaría a soltarle improperios, por lo que tenía que cortar la conversación.

—Compraré vino tinto para ti y bastante cerveza para mí; te invito a bacalao, tocino y crema de setas, que puedes preparar tú. Y te prometo que no volveré al trabajo hasta las diez de la mañana del domingo.

Mantuvo el auricular alejado de la oreja para que ella pudiera explayarse a gusto.

—Sí, sí —repitió él—. Bueno, tengo que trabajar el domingo...

Soltó nuevamente el teléfono, se puso los pantalones secos y se abrochó la cremallera. Levantó la cintura del pantalón para observar en el espejo la curva de su barriga de perfil.

«¡El teléfono!». Se lo puso otra vez al oído. Estaba muerto. Revisó de prisa el armario y descubrió una camisa que no estaba demasiado arrugada.

Volvió a llamar a Eva-Britt mientras hacía muecas frente al espejo, pero ella dejó que el teléfono sonara una eternidad antes de contestar.

—Creo que se nos ha cortado —se apresuró a decir él.

—A veces tengo la impresión de que no te intereso nada —bramó ella.

—No empieces con eso otra vez —la frenó él—. Te prometo que pasaré contigo toda la noche del sábado. Te prometo no llegar demasiado tarde, desconectar el teléfono, no mirar la televisión ni poner música de los setenta. Y seré todo oídos para escuchar los problemas que tienes en el trabajo. No alquilaré ninguna película de vídeo, solamente beberé vino con la cena, te echaré como mínimo cinco piropos y hasta te prometo que pondré unas velas sobre la mesa. ¿Te parece bien?

—¡Uf, qué romántico eres! —gimió la voz de ella.

—Cuando quiero, puedo serlo —rio Frank mientras continuaba haciendo muecas frente al espejo. Con la ropa limpia y seca ya estaba lo suficientemente presentable como para dar la impresión de que pertenecía al cuerpo de policía.

En baja forma

Georg Beck trabajaba en el centro de consulta de Nydalen, una institución dedicada a los disminuidos psíquicos. Frølich entró en recepción, pero no consiguió que nadie le hiciera caso. El joven que estaba sentado tras el mostrador, mascando chicle, desapareció sin más al verlo entrar por la puerta.

El policía decidió adentrarse en el edificio e interpeló a un hombre de unos cuarenta años que salía de una habitación y que llevaba una carpeta bajo el brazo. Tenía la boca torcida, una barba corta de color castaño y el flequillo desgredado. Sonrió significativamente cuando oyó el nombre de Georg Beck. Luego condujo a Frølich por diversos pasillos hasta una puerta roja donde se leía en letras blancas: «Trabajo práctico II».

El policía llamó a la puerta y abrió sin esperar respuesta. Había dos personas en el interior: una mujer delgada, bastante mayor, que estaba sentada en una silla de ruedas junto a la mesa, y Georg Beck, que se inclinaba sobre ella. Ambos estaban tratando de unir dos trozos de cartón con pegamento. Beck era un hombre grueso de mediana estatura, tenía el pelo castaño con la raya en el medio y rizos en la frente.

—Así, Stella, muy bien —le decía él con voz cariñosa mientras le guiñaba un ojo a Frølich.

Beck disimulaba su gordura usando ropa ancha: un jersey con cuello de pico y unos anchos pantalones blancos de algodón; además, llevaba sandalias.

Dirigió las manos de la anciana hacia una de las hueveras de cartón que había sobre la mesa.

—Sostenlo así, Stella —decía con paciencia—. Has tenido muchas cosas entre las manos a lo largo de tu vida, Stella. Cógelo así, ya. Y ahora cogemos el tubo de pegamento.

La mujer de la silla de ruedas se concentraba con la boca entreabierta con un trozo de huevera en una mano y el tubo de pegamento en la otra. Una burbuja de saliva se le formó en el labio inferior, se estiró en forma de hilo de baba, largo y viscoso, y descendió lentamente hasta su regazo antes de decidirse a caer en forma de gota.

—¡No, Stella! —dijo el hombre secándole la boca con un pañuelo de papel y cerrándosela con cuidado—. No tienes que ponerte así. —Y volvió a hacerle otro guiño a Frølich—. ¿Lo ves? Tenemos visita.

La vieja soltó un chillido y descubrió su dentadura postiza con una sonrisa gris. Tenía los brazos tan esqueléticos que la piel le colgaba en las axilas en forma de bolsas. Sus dedos anquilosados se separaron y se quedó mirando un punto perdido a lo lejos.

—¡Cuidado! —exclamó Beck—. ¡Aprieta el tubo! Puedes hacerlo, Stella, ¡aprieta

el tubo! No tan fuerte, no tan fuerte. ¡Has apretado tubos como este antes, Stella!

Le guiñó el ojo de nuevo a Frølich, se irguió y permaneció durante unos instantes mirando a la mujer en la silla de ruedas. Las manos de ella soltaron la huevera y el tubo de pegamento y cayeron sobre su regazo como dos cosas inútiles. Luego se quedó muy quieta, con la boca entreabierta y la vista fija al frente.

Beck sacudió la cabeza, desalentado, y se volvió hacia el policía.

—Bueno, guapo, ¡tú dirás! —le dijo, brindándole una sonrisa que dejó al descubierto una ancha separación entre los dos incisivos.

—Se trata de la fiesta en casa de Annabeth Ås.

—¡Oh, Dios mío, esa que terminó tan trágicamente! —Beck hizo una mueca amanerada—. Ven, ven conmigo —dijo invitando a Frølich a que lo siguiera, mientras él se contoneaba hasta alcanzar un grupo de sillones que había junto a la ventana—. No te preocupes por Stella, de todos modos ella no nos oye. Yo estuve allí, y yo, que siempre tengo un gran sentido de la realidad, me fui de la fiesta en un estado que podríamos llamar... «fuera de onda», porque no me olí el escándalo que se avecinaba, aun cuando la palabra «escándalo» ya estaba escrita con grandes letras de neón.

Beck miró descaradamente al policía de arriba abajo y le alcanzó una silla.

—Capitán, te aconsejo que no vengas aquí a esgrimir las esposas porque puede darnos un soponcio a todos.

—¿Qué relación tiene usted con Gerdhardsen y Ås? —quiso saber Frølich.

—¡Oh, yo estaba allí solamente para darle brillo a la reunión! —declaró Beck con una risita—. Pero Annabeth es tan encantadora. Es ella la que me invita, y cuando ella llama no se le puede decir que no. Yo trabajo solamente por horas en el «Jardín de Invierno»; más, simplemente, no lo soportaría. Pero hago lo suficiente como para que me inviten a fiestas, porque entonces Bjørn, el ligón, sirve el mejor coñac.

—¿El ligón? —preguntó Frølich.

—¡Uy! —exclamó Beck cubriéndose la boca con la mano—. ¡Ya me he ido de la lengua! Ya ves, la gente seria y yo no somos una buena combinación.

Frølich lo miró fijamente.

—Quiero decir que Bjørn ya estaba echándole sus redes a la pobre chica, o más exactamente, echándole las manos encima —prosiguió Beck—. ¡Santo Dios! ¡Y dónde no ha puesto sus manos ese hombre! No quiero ni pensarlo...

—Quiere decir que él...

—Sí, empezó frotándole los pies por debajo de la mesa durante la cena, ¿qué te parece? Pero la pobre chica, y no es que yo sea un santo, ni tampoco lo era ella según tengo entendido... —Soltó una risotada y guiñó los ojos—. Bueno, no es necesario profundizar en ese aspecto, ¿no es cierto? El caso es que Bjørn estaba sentado a la misma mesa que ella, y luego, fuera, en la terraza, andaba metiéndole mano por

debajo de la falda.

—¿A Katrine Bratterud?

—Sí, así es como se llamaba.

—¿Usted lo vio?

—No solamente yo. También lo vio su mujer. Rechinaba los dientes de una forma que parecía que había ratones detrás de las paredes. —Beck volvió a reírse.

—¿Cómo reaccionó la chica?

—¡Ay, Dios mío! No lo sé. Yo me retiré inmediatamente porque Annabeth cerró los puños y salió disparada hacia la terraza. ¡No me apetecía nada ver cómo se sacaban los ojos! Me fui a otra habitación y me puse a charlar con otra gente.

—¿Pero cómo...? —Frølich buscó la expresión adecuada—. ¿Tuvo usted la impresión de que era, digamos, un encuentro íntimo entre ambos o que más bien Katrine rechazaba a Gerdhardsen?

—No tengo la menor idea. No tenían demasiado freno..., quiero decir, las manos de Bjørn.

—¿Y no vio cómo terminó la cosa?

—Amigo mío...

Frølich carraspeó y se apresuró a aclarar:

—Quiero decir, ¿no vio qué pasó cuando la señora Ås llegó junto a ellos?

—No, y gracias a Dios. Pero apuesto a que Annabeth consiguió encarrilar la situación.

—Pero si hubiera sucedido algo fuera, en la terraza, algo escandaloso... ¿no se habría enterado usted?

—Desde luego.

—Pero usted sostiene que el asedio que Gerdhardsen ejercía sobre la muerta desencadenó determinadas emociones en Annabeth Ås...

—¡Ay, por Dios! ¡No la llames así: «la muerta»! Se me pone la carne de gallina sólo de pensarlo —exclamó con una expresión trágica en el rostro—. Pues claro, Annabeth estaba muy afectada por la situación, eso seguro.

—¿Se enteró usted de que la chica se sintió mal en la fiesta?

—Sí, oí hablar de ello, y es por eso por lo que no puedo perdonármelo. En ese momento ya había estallado el escándalo, y yo me fui justo después.

—¿Se fue de la fiesta solo?

—No. Éramos cinco. La fiesta empezaba a ser un tostón, así que nos fuimos al Enka. —Beck parpadeó—. Es decir, dejamos a los otros tres en el Smuget, y Lasse y yo seguimos hasta el Enka. Lasse es mi marido —sonrió.

—¿Quiénes iban en el coche?

—Pues Bjørn, muy a tono, como siempre...

—¿El marido de Annabeth Ås?

—Sí, y también estaba el novio de la chica de la que estamos hablando, un guapetón con unas piernas espectaculares, y una mujer con la que estuvo tonteando toda la noche.

—¿Dejaron a esas tres personas en el Smuget?

—Sí, Bjørn, la mujer y el atleta... Ole. Un nombre guapísimo, ¿no te parece? Me recuerda al famoso violinista noruego Ole Bull, ya sabes, de *El domingo de la pastorcilla* y todos nuestros tesoros nacionales.

—*El domingo de la pastorcilla...*

Georg Beck aspiró hondo y se dio un golpe en la frente con la mano abierta.

—Ya ves, todo esto me pone muy nervioso.

—¿Por qué no se bajaron Lasse y usted en el Smuget?

—Es que en un principio íbamos a ir al Enka, pero los otros, sobre todo Bjørn, querían ir a otro local en el que hubiera un ambiente más hetero. Así que los dejamos allí y Lasse y yo fuimos al Enka, donde nos juntamos con otra pareja y luego los cuatro nos fuimos a mi casa, a las tres y media de la madrugada. Fue un... encuentro entre parejas —Beck sonrió sutilmente y se inclinó hacia adelante—. ¿Quieres que te cuente los detalles?

Frølich suspiró, arrancó una hoja de su bloc de notas y se la pasó a Beck.

—Mejor anote aquí sus nombres —dijo levantándose.

Rumbos

Los dos policías comparaban las declaraciones de los distintos testigos. Frølich introducía en el ordenador todos los datos sobre los movimientos efectuados por la víctima esa noche. Gunnarstranda había estado largo rato contemplando la fotografía de la ficha policial de Raymond Skau.

—Este hombre es clave en este caso —señaló.

—O, por lo menos, no está nunca en casa —comentó Frølich por encima del hombro.

Gunnarstranda se incorporó.

—Debemos insistir, ir a su casa una y otra vez, y si eso no da resultado, le pediremos a alguien que nos lo traiga —sentenció.

El timbre del teléfono lo interrumpió y lo puso de mal humor. El comisario levantó el auricular y habló brevemente. Instantes después, colgó rápidamente y se levantó.

—Era Yttergjerde —murmuró misteriosamente.

—¿Julius? —se sorprendió Frølich.

Gunnarstranda comenzó a ponerse el abrigo, que se le enredaba con las prisas.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Frølich.

—La ropa. Han encontrado la ropa —dijo el comisario escuetamente. Luego dio media vuelta y voló hacia la puerta con el abrigo flameando detrás de él. Caminaba con los brazos abiertos y la nariz en ristre, como un pico. Daba la impresión de ser una gaviota hambrienta que vuela detrás de un *ferry*, feliz interiormente, pero al mismo tiempo torpe por la excitación.

Frølich se desvió del camino y dirigió el coche hacia la explanada de grava, donde se detuvo. Los dos policías cubrieron el último trecho a pie. Gunnarstranda le llevaba una ventaja de más de dos metros a su compañero, que caminaba casi sin aliento con su pelo gris revuelto. Yttergjerde y sus hombres habían acordonado el terreno situado entre el camino y el agua.

—Esto tampoco queda lejos de donde la encontraron —murmuró Frølich.

Julius les salió al encuentro.

—Estaba dentro de una bolsa de plástico que trajo la corriente —explicó señalando el lugar concreto.

Ambos lo siguieron hasta allí. En el suelo yacían distintas prendas de ropa ya envueltas en plástico transparente; estaban bastante mojadas a causa de la lluvia que había caído. Frølich alcanzó a distinguir un sujetador negro, unas bragas también negras, una falda gris, una blusa y un solo zapato.

—¿Y el otro zapato? —preguntó Gunnarstranda.

—Eso era todo —respondió Yttergjerde—. Más la bolsa, claro —añadió

señalando una bolsa de plástico blanca de propaganda en la que se leía «Joker» en letras verdes prácticamente borradas.

—¿Y la bolsa estaba allí? —dijo Gunnarstranda al tiempo que señalaba unas enormes rocas que sobresalían junto a la orilla, debajo de los troncos de dos enormes pinos.

—Sí, y estaba cerrada con un nudo, eso quiere decir que... ¿Lo mandamos todo al laboratorio?

—¿La bolsa vino flotando o la tiraron aquí?

—Es difícil de decir. Quizá la tiraron desde ahí arriba o... —Yttergjerde señaló con la cabeza el camino situado más arriba, por el que un viejo Volvo azul en el que viajaban unos jóvenes curiosos circulaba lentamente—. Sea como fuere, no pudo haber sido de muy lejos.

—¿No había joyas, bolso u otras pertenencias?

Yttergjerde negó con la cabeza.

—Echemos un vistazo —dijo Gunnarstranda, y comenzó a andar hacia el camino.

—Nos faltan un zapato y un montón de joyas —señaló Frølich jadeando. Por alguna razón, sentía que el sendero era innecesariamente empinado—. Y un bolso —agregó.

—¿A cuánto estamos del lugar donde encontraron el cadáver? —preguntó Gunnarstranda.

—A unos dos o tres kilómetros —respondió Frølich indicando con la cabeza hacia el oeste—. Y hay otro tanto hasta la explanada donde Henning y ella aparcaron el coche.

—¿El asesino tiró primero la ropa y después el cuerpo?

—Es posible —dijo Frølich, pensativo—. En función de la dirección en la que fuera —comentó mirando a un lado y otro del camino—, pudo haber lanzado la bolsa de plástico por el lado derecho y el cuerpo por el lado izquierdo del camino, o viceversa...

—Suponiendo que el coche se dirigiera desde aquí hacia el centro de la ciudad —agregó Gunnarstranda—. De acuerdo con lo que Henning Kramer nos contó, la chica echó a andar por el camino hacia Holmlia. Si la cogieron allí, entonces el coche del asesino venía de Oslo. En ese caso, ¿se deshizo primero del cuerpo y luego de la ropa, o al revés?

Se dirigieron al coche y se sentaron en el interior.

—¿Te fijaste en la ropa? —dijo Frølich.

—¿En qué exactamente?

—No sé si significa algo, pero parecía como si se la hubiera quitado ella misma.

—No tiene por qué —objetó el comisario—. Aunque no esté desgarrada, lo cual significaría que se la habían arrancado, bien podría habérsela quitado otra persona...

Esperemos a ver qué dicen los del laboratorio.

Frølich asintió, arrancó el motor y se dirigió de vuelta al centro de Oslo. Cuando se acercaban a la bahía de Hverven redujo la velocidad y se desvió del camino. A su izquierda podían distinguir el balneario blanco situado en el muelle para bañistas, cuyo verde césped se extendía hacia arriba, hasta los aparcamientos y la colina de Ljan, que estaba cubierta de pinos.

—Es un lugar bastante solitario —comentó Frølich—. Si el asesino vino en coche como lo hemos hecho nosotros ahora y paró aquí, tuvo que cruzar el camino con la chica en brazos para poder tirarla al otro lado, por encima de la baranda.

—Lo cual hace suponer que tal vez vino desde aquella dirección. Quizá sucedió lo siguiente: el asesino coge a Katrine, la mete en el coche, la viola y la mata; le quita toda la ropa, conduce setecientos u ochocientos metros camino abajo, para el coche, la empuja por encima de la baranda, sube otra vez al coche, conduce un poco más y...

—En ese caso tendría que haberse detenido en la curva —lo interrumpió Frølich—. Aquí no hay sitio para pararse a un lado de la carretera. ¿Tú te detendrías en medio del camino si tuvieras que deshacerte de un cadáver?

—Bueno, tal vez en mitad de la noche... —Respondió Gunnarstranda, dubitativo, y luego agregó—: De todos modos, aquí hay algo que no encaja.

—Es mucho más probable que aparcase aquí, en este lado del camino —opinó Frølich mirando de reojo a su jefe—. Kramer vino conduciendo en esta dirección —señaló subrayando las palabras.

—Independientemente de la dirección en la que condujera el asesino, este es el lugar más indicado para parar —concluyó Gunnarstranda, dedicándole una sonrisa enigmática—. Si iba conduciendo en sentido contrario al nuestro, debió de cruzar el camino hasta este lado para parar el coche, ¿por qué no iba a molestarse en llevarla en brazos hasta el otro lado? En mi opinión venía conduciendo en sentido contrario al nuestro, desde Oslo, y se detuvo en mitad de la curva —concluyó.

Bajaron del coche. Cruzaron el camino y se asomaron por encima de la baranda de protección para observar el barranco situado más abajo, donde pocos días antes había sido hallado el cadáver de Katrine Bratterud.

—Si el coche vino desde la ciudad, eso encajaría con la declaración de Kramer —pensó Gunnarstranda en voz alta—. Por otro lado, probablemente el asesino se deshizo de la ropa y el cuerpo por separado para confundirnos.

Frølich se encogió de hombros. Un coche pasó junto a ellos y tuvo que gritar para que su colega lo oyera por encima del ruido del motor:

—Todo depende de dónde y cuándo la mataron. Si ese tipo encontró a la chica mientras iba andando camino arriba, hacia Holmlia, y la mató entre ese punto y este sitio, es probable que los hechos sucedieran en el *parking* de allí arriba —dijo

indicando con la mano el otro lado de la bahía, en donde había algunos coches parados—. Luego siguió conduciendo en la misma dirección en la que iba antes. Tiró el cuerpo aquí y la ropa en el sitio en que la encontró Yttergjerde.

Gunnarstranda se asomó por encima de la baranda y miró hacia abajo.

—Pero no hizo ningún esfuerzo por ocultar el cadáver —señaló—. El cadáver no llevaba joyas, pero tampoco las había en la bolsa que halló Julius. Entonces...

—El asesino parece tener mucha sangre fría —concluyó Frølich—. Es un tipo frío y decidido: la ropa por un lado, las joyas por otro y el cadáver por otro —añadió echando una última mirada hacia el fiordo, al tiempo que empezaba a seguir a Gunnarstranda, que ya estaba subiendo al coche.

—Hay un par de cosas de esta hipótesis que no me gustan —comentó el comisario después de arrancar.

—¿A qué hipótesis te refieres?

—En la que suponemos que el asesino venía hacia aquí procedente de la ciudad. Tengo la impresión de que estamos dando palos de ciego... Si el coche venía de Oslo, entonces el asesino podría estar en estos momentos a kilómetros de aquí, en Suecia, por ejemplo.

Presente y pasado

Ella estaba sentada a la mesa de siempre, al fondo del restaurante. Ya debía de llevar un rato allí porque había una botella de Farris medio vacía sobre la mesa. La luz del sol hacía brillar su abundante melena negra. Estaba reflexionando acerca de algo, pero cuando lo vio empezó a recoger sus papeles. Él le dio su chaqueta tejana al tipo del guardarropa, pero antes sacó la cartera y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón.

Se quedaron mirándose. Ella llevaba un ligero vestido veraniego, lo cual era bastante inusual en ella porque solía ponerse ropa más formal para ir a trabajar. Antes de sentarse, él contempló unos instantes la piel de sus hombros, dorada por el sol del verano.

—¿Lo de siempre? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza y se sentó.

—Bien —dijo ella—, porque ya lo he pedido.

—¿Qué opinas de los tatuajes? —preguntó él.

Ella alzó las cejas, asombrada.

—¿Quieres decir que vas a...?

—No, más bien pensaba si tú alguna vez habías pensado en tatuarte.

Ella negó con la cabeza.

—¿Yo, con mi trabajo? —Adelantó un hombro e hizo como si dibujara algo en él con el dedo—. Yo, con mi imagen...

—La chica que mataron llevaba un tatuaje, un tatuaje muy grande en el vientre —dijo pasándose la mano por su enorme tripa.

—¿Te parece sexy? —preguntó Eva-Britt mirándolo con la cabeza ladeada.

—Puede ser. Pero no en un cadáver. ¿Pero qué te parece a ti? ¿Te parece que sientan bien?

—Si me hubiera dedicado al *striptease*, podría ser... —Quitó todas sus cosas de la mesa para hacerle sitio al camarero, que venía con la comida—. Pero yo no me desnudo en público —agregó mientras le echaba parmesano a los fideos.

—¿No me dijiste que Lena tiene un tatuaje? —le recordó Frank. Lena era la amiga de la infancia de Eva-Britt.

Eva-Britt volvió a considerarlo.

—Pues tal vez sea mono —señaló.

—¿Sólo porque Lena lleva uno?

—No, pero Lena tiene un motivo gracioso, un dibujito de un cómic. Ese pajarito amarillo con esa cabeza tan grande...

Frølich no entendía nada.

—Está en las revistas viejas de Daffy —explicó Eva-Britt—. Ese pajarito que

siempre está peleándose con un gato...

—Piolín y Silvestre —reconoció Frank.

—Exacto —aprobó Eva-Britt—. Piolín. —Se señaló el hombro desnudo—. Lena lleva a Piolín tatuado aquí. Es mono porque es un personaje divertido. Son mucho peores los tatuajes con rosas, pájaros y otras cosas que pretenden ser sexys. Llevar un tatuaje implica tener que calcular cada vez la ropa que una se va a poner. En mi trabajo no puedo ir con un dibujito en el hombro. Como mujer...

—¿Por qué es tan especial tu trabajo?

—No seas sarcástico.

—No —le aseguró Frank—. Solamente soy curioso. Pienso en esa chica con la inmensa flor sobre el vientre...

—Bueno, pues esa chica podría llevarla oculta en la mayoría de los casos —opinó Eva-Britt—. Pero yo, como dirigente de una mediana empresa con varios empleados de sexo masculino... —sacudió la cabeza con una sonrisa oblicua—, no puedo andar insinuándoles que fantaseen con mi cuerpo. Ni pensar en tatuajes.

—De modo que has considerado el hecho de hacerte uno...

Ella levantó la cabeza, pero pasó por alto el comentario.

—Aparte de que los tatuajes no se pueden borrar fácilmente, pienso que en general son feos. Una vez vi a una mujer joven en el Félix, llevaba una serpiente tatuada en la pierna, una pitón que le trepaba hacia el muslo y le rodeaba la rodilla. Probablemente, todos los hombres que se cruzaban con ella se ponían a pensar dónde terminaba la serpiente... ¿comprendes? Seguramente es un juego divertido mientras ella es joven, desenvuelta y atractiva. Pero ¿qué pasará el día que tenga un trabajo serio en que necesite que le demuestren respeto?

—Ahora no te comprendo —dijo Frank—. Yo creía que tú estabas a favor de los derechos de la mujer y en contra del acoso sexual en el trabajo.

—¡Por supuesto que lo estoy!

—Entonces ¿hay que echarle en cara a una mujer que lleva una serpiente tatuada que alimenta la fantasía de los hombres?

—No has oído lo que he dicho. No es que haya que echárselo en cara, sino que ella misma se pone a tiro porque cada hombre con el que se tope se fijará en su atractivo sexual más que en otras cualidades que pueda tener.

—Hum... —murmuró Frank.

—¿Has entendido algo ahora?

—No sé. Es un buen argumento.

—Piensa en tu propio caso —continuó Eva-Britt—. Yo también puedo sentirme sexy, tener ganas de seducir...

—Yes —dijo Frank con una gran sonrisa.

Ella ignoró el comentario.

—¿Pero por qué tengo que pegarme algo al cuerpo para siempre, sin poder librarme de ello?

Frank se puso más serio.

—Lo que quiero saber es si el tatuaje revela algo sobre ella —dijo él.

—¿Y tú qué crees? —respondió Eva-Britt con una sonrisa.

Él pensó detenidamente.

—Creo que estaba tratando de empezar una nueva vida, o al menos eso me han comentado todos: intentaba ser libre.

—Pero entonces esa marca pudo influir en ella de distintas formas. Si el tatuaje era algo que le quedaba de los viejos tiempos, tal vez luego se arrepintió de habérselo hecho. Pero también pudo haber sido un recuerdo muy útil.

—¿Muy útil, dices?

—Una marca de fuego, un símbolo de algo que nunca más tenía que repetirse.

Frank consideró la idea.

—Hoy estás muy aguda —le dijo él empezando a comer, pero pronto volvió a abstraerse en sus pensamientos.

—¿En qué piensas ahora? —quiso saber Eva-Britt.

—Ragnar Travås dice que los tatuajes producen adicción, algo así como el tabaco.

—¿Cómo el tabaco?

—Sí. Dice que un tatuaje está bien, y también dos, pero si te haces tres, ya estás enganchado, y luego es sólo cuestión de tiempo empezar a decorarte el cuerpo entero.

—Eso es horrible. Esa gente parece como salida de una fábrica.

Frank estuvo de acuerdo.

—Hablemos de otra cosa —pidió Eva-Britt sosteniendo el tenedor—, siempre que no sea de la cabaña del loco de tu jefe.

Frank tragó.

—¿Qué quieres hacer luego?

—Ir al cine.

—¿A ver qué?

Eva-Britt sonrió de forma irónica.

—Cualquier cosa con tal de que sea sexy.

En polvo te convertirás

Si bien la víspera había sido húmeda, el día había amanecido tan seco como el vodka. El comisario bajó la ventanilla del coche y miró la rolliza figura de Frank Frølich, que se acercaba. El aparcamiento estaba vacío, salvo por unos pocos coches que se calcinaban al sol. Por el cerco de cipreses que separaba el *parking* del cementerio apareció una jardinera que se quitaba unos guantes de trabajo mugrientos. Pasó caminando por delante de ellos con sus *shorts* y sus gruesas botas llenas de barro y greda, y fue dejando un rastro de barro tras de sí. Luego se detuvo, se secó el sudor de la frente, se encendió un cigarrillo y permaneció de pie fumando mientras miraba pensativamente al suelo.

Un minibús entró en el *parking* y pasó por delante de la mujer y de Frølich antes de estacionar. A ambos lados del vehículo se podía leer el nombre del centro «Jardín de Invierno», escrito en grandes letras de colores. Un grupo de jóvenes bajaron del minibús. Iban muy bien vestidos, como si los hubieran almidonado de pies a cabeza. Frølich los saludó. Los jóvenes miraron a su alrededor, con las manos bien metidas en los bolsillos, antes de seguir hacia la entrada de la capilla, donde los esperaba un hombre de la funeraria vestido de azul.

Ole Eidesen también estaba allí, embebido en la lectura de un folleto que se había repartido para la ocasión. Iba vestido de riguroso negro.

Frank Frølich subió al coche, dejando en él un intenso olor a desodorante y sudor.

—Ahí van los VIP —murmuró señalando a los jóvenes que se encontraban delante de la capilla—. ¿Vamos a entrar?

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—Déjales media hora para ellos solos.

Frølich bajó su ventanilla.

—¡Menudo calor hace! —«jadee»—. Ya he pateado todos los rincones de este lugar y no hay ni rastro de Raymond Skau.

Los jóvenes del minibús se quedaron plantados delante de la entrada de la capilla.

—¡Hay un montón de lápidas aquí! —observó Frølich.

—¿Tú crees?

—Sí, mira, obeliscos y todo.

—Obeliscos...

—Sólo era un juego de palabras en referencia al cómic de Astérix.

—Ah, ¿sí?

—Sí, sale un galo, un tipo gordo que carga obeliscos a la espalda y que se llama Obélix.

—¡No me digas!

—Pues, sí.

—Si tú lo dices.

—¿Has visto a algún conocido? —preguntó Frølich.

—Henning Kramer, Annabeth Ås y esa pandilla del centro que hemos visto al entrar... ¡Ah! Ole Eidesen también está aquí —dijo Gunnarstranda moviendo la cabeza para señalarle a Eidesen, que acababa de entrar en la capilla.

—¿Has hablado con alguien?

—No.

—Deberíamos poner a Kramer entre la espada y la pared otra vez.

—Pero hoy no. Además, primero tenemos que encontrar los puntos débiles de su declaración.

—¿Has visto a Gerdhardsen? —quiso saber Frølich.

Gunnarstranda miró el reloj.

—Siempre se retrasa unos minutos.

—¿Crees que habrá venido la madre?

—Supongo que sí; después de todo, es el familiar más cercano.

—Qué cosa más triste... —murmuró Frølich—. ¡Qué pena!

—Tendremos que inspeccionar el cementerio una vez más —señaló Gunnarstranda.

—¿No deberíamos ir a saludar a la madre?

—Me gustaría, pero este no es el momento ni el lugar más indicado para llevar a cabo un interrogatorio.

—Tienes razón —reconoció Frølich secándose el sudor con un pañuelo de papel que sacó del bolsillo de la chaqueta—. Tienes razón —repitió—. Eso debe de querer decir que voy a tener que ser yo quien vaya a verla.

—De momento, el cementerio nos está esperando —dijo Gunnarstranda.

—A mí no me lo parece.

—¿Qué quieres decir? ¿Debo interpretar eso como que no te apetece inspeccionarlo otra vez?

—¡No te pases!

—¿Pero tú no aspiras a ser fiscal del Estado algún día?

—¿Conseguiré eso sudando la gota gorda aquí en el cementerio?

—No necesariamente, pero hace gracia ver qué conocidos tenía la pobre chica. Es hoy y en este lugar donde, según las teorías, el asesino acecha entre los arbustos, o tal vez esté sentado en la capilla, oyendo cómo era de fantástica la persona a la que se cargó. Mira, ahí va la rubia platino...

Gunnarstranda se quedó en silencio y ambos policías siguieron con la mirada a Sigrid Haugom; estaba cerrando la puerta de un Mercedes. Frølich silbó.

—¡Vaya cuerpazo!

—Demasiado mayor para ti, Frølich. Es Sigrid Haugom, la confidente de Katrine.

La que me preguntó si me gustaba mi apellido.

—¿Y sabes quién es el tipo que la acompaña?

Gunnarstranda se encogió de hombros.

—Por mí podría ser el director de Siemens. Pero la ley de la probabilidad lo señala como el hombre con quien ella está casada. Y su nombre es Erik Haugom.

Los dos miraron a la pareja. Ella, de sonrisa agradable y figura exquisita y refinada, iba adecuadamente vestida para la ocasión, con un chal negro sobre los hombros. Él parecía todo un señor, de espalda tiesa y caderas elásticas, de cara redonda y sonrisa despectiva bajo la nariz.

—Adivina a qué se dedica —dijo Gunnarstranda desafiando a su colega.

Frølich tardó en contestar. Ambos seguían a la pareja con la mirada. Cuando esta estaba a punto de pasar junto al último coche del aparcamiento, el hombre se detuvo, sacó un pequeño peine del bolsillo trasero del pantalón y se peinó hacia atrás mientras se miraba en un retrovisor.

—No tengo la menor idea —dijo finalmente Frølich.

—Viven en Grefsen, en una casa diseñada por un arquitecto muy famoso, llena de cachivaches que se han agenciado en diversos anticuarios, aquí y en Londres; su hijo estudia en Yale y cada cual conduce su coche, él un Mercedes y ella un BMW.

—Así que ella intenta equilibrar el presupuesto rehabilitando drogadictos —murmuró Frølich.

—¿Cómo crees que se gana la vida él?

—Te he dicho que no tengo ni idea.

—Seguro que es médico.

—¿Médico? —Frølich soltó una carcajada—. ¡Ya sé quién es ese tío!

—Ah, ¿sí? —dijo Gunnarstranda sin mucho interés.

—Claro, Erik Haugom, el médico. Vaya si no es famoso. El tío escribe en varias revistas.

Gunnarstranda miró fijamente a Frølich. La expresión de su cara parecía la de alguien que acaba de probar comida en mal estado.

—¿Famoso has dicho? ¿Es esa la palabra que has utilizado?

Pero Frølich no lo estaba escuchando. Sonreía ampliamente.

—Siempre leo los artículos de Haugom, los firma como sexólogo. El tío sabe todo lo que es digno de saberse sobre sexo anal, sexo oral, sexo en grupo... —Se interrumpió de repente, como si se hubiera acordado de algo—. Aunque parecen personas respetables... —murmuró—. Quiero decir... Ella es bastante...

Gunnarstranda, que siempre contemplaba a su colega como si fuera un objeto que no tenía más remedio que soportar pero con la gran esperanza de verlo desaparecer a corto plazo, abrió la boca y expresó en un tono neutro pero firme:

—Para de decir disparates.

—Vale. —Y a continuación guardó silencio.

Ambos se quedaron mirando a la pareja, que saludaba al empleado de la funeraria. Una ráfaga de viento despeinó ligeramente la rubia cabellera de Sigrid Haugom, y ella movió la cabeza hacia un lado con elegancia. Luego entraron en la capilla.

—Venga —dijo Gunnarstranda.

—¿Eh?

—Di lo que ibas a decir.

—No te gusta que diga ese tipo de cosas.

—¡Bueno, pero dilo ya, coño!

Frølich carraspeó.

—Bueno, pues ella está como un tren, debe de tener unos cincuenta tacos, ¿no? Pero tiene un culo macizo. Está buenísima —dijo, y se interrumpió.

—¿Y?

—Pues nada, piensa en todo lo que ese tío debe de haber aprendido sobre el sexo...

—¡Cállate!

—Ya te he dicho que no te iban a gustar mis comentarios.

—Voy a dar una vuelta —dijo Gunnarstranda saliendo del coche.

Cruzó el aparcamiento asfaltado y siguió un camino que lentamente lo condujo hasta una tumba. Se arrodilló frente a ella y empezó a escarbar para quitar la grava, el polvo y las malas hierbas que crecían entre las flores.

Gunnarstranda se echó la chaqueta al hombro y aspiró el aroma de la hierba recién cortada y las florecillas del verano, que se mezclaba con un débil hedor a podredumbre. La quietud del cementerio lo hizo acordarse de Edel. Con lentos pasos se dirigió hacia su tumba. De camino hacia allí pasó por una sepultura abierta, en la que la pila de tierra había sido cubierta con un plástico gris. Siguió caminando hasta el lugar donde se hallaba la tumba de Edel. La pequeña enredadera que había sido plantada el año anterior había crecido tanto que se había extendido por el césped y por el pequeño almacigo situado delante de la lápida. También habían crecido muchas florecillas lilas, que destacaban entre la verde hierba.

El comisario se puso en cuclillas y cerró los ojos por unos instantes. Tuvo una visión de ella ante una ventana, regando una maceta. Luego abrió los ojos de nuevo, tratando de recordar cuándo había sucedido aquello, y se preguntó por qué le había venido a la cabeza ese preciso instante. Pero cuando la visión se disipó no pudo recordarla con la misma nitidez. Ni siquiera fue capaz de recordar cuántos años tenía ella en ese momento o qué ropa llevaba puesta. Tampoco pudo recordar qué clase de flor había estado regando.

Dio media vuelta y regresó hacia la capilla. Al llegar junto a ella pasó de largo,

recorriendo la pared del lado sur, donde acababan de celebrar otro entierro: personas sumidas en el dolor se miraban en silencio, intercambiaban condolencias y se estrechaban la mano. Gunnarstranda se sintió fuera de lugar y se retiró. A una cierta distancia, un hombre muy delgado, con unos vaqueros sucios, esperaba junto a un cortacésped.

Gunnarstranda se detuvo en medio de un camino de piedrecitas que conducía directamente hacia el interior del enorme cementerio. Innumerables senderos menores cruzaban el camino formando una especie de laberinto de parcelas, separadas por cercos de altos y verdes cipreses.

Más allá vio a unas ancianas caminando y un tractor que cruzaba el camino por delante de ellas y luego volvía a cruzarlo, un poco más cerca. Y Gunnarstranda comprendió en ese momento la inutilidad de ponerse a buscar personas sospechosas en aquel lugar.

Volvió a rodear la capilla. En la pared oriental del crematorio estaban las urnas de los primeros miembros de la Asociación Noruega de Cremación. Se acercó para mirar las inscripciones de las urnas y de repente reconoció el nombre de un antiguo vecino de cuando vivía en Grünerløkka. Volvió a leer el nombre, experimentando un extraño sentimiento de respeto. «Aquí ha venido a parar, después de todo». Gunnarstranda evocó con una sonrisa al viejo que, cuando él era pequeño, aparecía por una ventana alta de Markveien y soltaba discursos en defensa del crematorio: «¡Les repito, borregos, que el crematorio es el futuro!», proclamaba... y, al parecer, había cosechado sus frutos. Ahora estaba allí, en la tribuna de honor; un puñado de cenizas metidas en una vasija de barro.

Gunnarstranda continuó su camino y, cuando doblaba la última esquina, llegó justo a tiempo de ver a Bjørn Gerdhardsen entrando sigilosamente por la puerta de la capilla.

Cálculo

Frank Frølich encontró un hueco para aparcar el coche en Torggata, entre un puesto de kebab y una de las más exóticas y mejor surtidas verdulerías. Recordó que debería haber hecho la compra, pero resistió la tentación y en vez de eso cruzó la calle y siguió caminando por la acera de enfrente. Un hombre joven con unos coloridos pantalones de ciclista y un casco en la cabeza circulaba en bicicleta entre la muchedumbre. Frølich se coló entre un grupo de africanos con costosas chaquetas de cuero que estaban enzarzados en una violenta discusión.

En mitad de la calle había una furgoneta de transporte parada; era de la marca Toyota y tenía muchas abolladuras en los costados. La puerta trasera estaba abierta de par en par, y en el interior se veían un montón de reses muertas. Unos muchachos de rasgos arábigos descargaban las piezas de carne echándoselas sobre los hombros y corrían luego entre las bicicletas y la furgoneta de reparto hacia el almacén de una tienda. «Carne sueca de contrabando», pensó Frølich, y se quedó unos instantes contemplando la descarga. Al final se olvidó del asunto y continuó subiendo por la calle Bernt Ankers hasta la editorial donde trabajaba Merethe Fossum.

Entró en el edificio. El recepcionista vestía el uniforme de una compañía de seguridad cuyo logo eran unas esposas. El guardia cogió el auricular del teléfono y le preguntó a Frølich si lo estaban esperando. El policía se arriesgó a responder que sí y el hombre uniformado pulsó una tecla en el teléfono y se lo pasó. Después de dos llamadas, Frølich oyó la voz profunda y algo ronca de Merethe Fossum. «Sexy», pensó, al tiempo que le preguntaba si podía subir. Ella respondió que ya era la hora de comer y que la esperara en la cafetería. El guardia de seguridad le indicó el camino.

La cafetería de la empresa funcionaba como un *self service*. En ella había un largo mostrador donde uno podía servirse sándwiches y medios panecillos con el tradicional relleno noruego: chorizo negro, pasta de hígado y trozos de queso doblados y adornados con pimiento rojo. También se veían los típicos bollos envueltos en plástico para acompañar el café.

Una mujer corpulenta con delantal blanco exigía cinco coronas por una taza de café, que parecía tan negro como el aceite que puede soltar un viejo tractor.

Frølich dirigió una mirada a la jarrita de leche que había junto a la caja. Estaba vacía. Carraspeó. La gorda ya sabía de qué se trataba sin darse la vuelta, así que cogió un cartón rojo de leche de un frigorífico situado tras el mostrador y se lo puso delante sin mediar palabra. El policía le echó al café un generoso chorro de leche, pero ni así se aclaró demasiado la negrura del brebaje.

Era evidente que era la hora del almuerzo porque continuamente afluía gente por la escalera y la cafetería ya estaba empezando a llenarse. Frølich buscó una mesa libre junto a la entrada para que Merethe Fossum no tuviera dificultades en

encontrarlo. La identificó con sólo verla aparecer. La mujer miraba a su alrededor, dudando, hasta que se cruzó con la mirada de Frølich. Era delgada, delicada y sutil, no debía de medir más de uno sesenta de estatura, y llevaba un holgado traje chaqueta negro. Ella apoyó su comida en el mostrador para servirse café. El policía se levantó y carraspeó. Merethe se giró rápidamente, pero el pelo se movió como si estuviera en un anuncio.

La mujer sonrió curiosa, casi inquisitiva, antes de sentarse; luego se encaramó en la silla y cruzó cómodamente sus esbeltas piernas, dejando al descubierto una generosa franja de piel por encima de la rodilla. Sus largos dedos de uñas rojas abrieron elegantemente el papel que envolvía su comida. Tenía las manos finas y bien formadas, y la piel muy blanca. Miró su comida con los ojos bajos, como en secreto, y un bucle de su pelo se soltó de detrás de la oreja y cayó por delante de su fino rostro.

Frank Frølich estaba embelesado. No podía quitarle los ojos de encima. Sus rasgos eran definidos y sensuales: el rostro ovalado, los ojos almendrados y de un azul helado, la nariz recta, la boca ancha y bien formada. La piel del cuello era más bien dorada que blanca.

—Usted conoció a Katrine Bratterud en la fiesta de Annabeth Ås —tartamudeó Frølich, sintiéndose como un gorila reprimido al lado de aquella delicada aparición femenina. Estaba tan cerca de ella que comenzó a sudar.

La mujer levantó la vista y asintió rápidamente. Irradiaba una cálida energía que impregnaba el jersey de Frølich. «Es el calor el que me hace sudar», pensó él.

—Y también a Ole —respondió ella algo dudosa.

—¿Ole Eidesen?

—Sí, no hablé mucho con ella porque se fue temprano. Pero Ole es genial.

En la cabeza de Frølich, la puntuación de la chica bajó de 9,9 a 8,9. Hizo como que echaba un vistazo a sus notas, pero le lanzaba miradas de reojo mientras ella levantaba la taza de café y saludaba a un colega que se encontraba más allá.

—¿Qué clase de ocasión era esa para usted? —preguntó Frølich carraspeando—. Quiero decir, ¿por qué la invitaron a la fiesta?

—Porque durante el invierno di algunas clases en el centro.

—¿Es usted profesora?

—Soy licenciada en Filología. Pero es esto lo que me interesa. —Hizo un gesto con la mano, indicando el local—. Empecé aquí en marzo, pero todavía hacía algunas horas de noruego, inglés e historia en el centro durante el invierno. —Sonrió.

—¿Tuvo a Katrine de alumna?

—No, ella tenía un trabajo, ya estaba en su última fase de rehabilitación. La vi algunas veces, pero de lejos, y no creo que ella me conociera.

Se hizo un silencio.

—¡Qué bonita cafetería! —exclamó él, presa del pánico, mirando a su alrededor.

—A mí no me gusta demasiado —dijo ella riendo—. Pero me encanta el café.

Frølich anotó un punto menos por el comentario sobre el café, pero le sumó 0,5 por los bonitos dientes de su misteriosa sonrisa. Se aflojó un poco la corbata, contuvo el aliento y se preparó para afrontar las radiaciones de aquella mirada azul. Ella sostenía una rebanada de pan entre sus finos dedos, tratando de descubrir a sus colegas entre la gente que seguía entrando en el local. Luego se volvió otra vez hacia el policía y se dispuso a comer. Frølich miró hacia arriba justo en el instante en que ella enrollaba su rebanada de pan en forma de cucurucho e introducía en el interior un poco de chorizo negro y pepino. Abrió la boca pero no mordió, sino que se metió todo el cucurucho en el interior, masticando mientras la saliva y las migas sobrantes le resbalaban entre los labios. Luego se relamió, y justo en el momento en que él volvía a cruzarse con su mirada empezó a hablar con la boca llena de comida. Hablaba de Annabeth Ås, de su casa, de lo estupendos que eran ella y Bjørn Gerdhardsen, y después se puso a hablar del tiempo, de la lluvia y de lo condenadamente desagradable que era mojarse los pies.

La mirada de Frølich permanecía fija en la ancha boca de la chica. Comenzaron a sudarle las manos, pero no podía apartar sus ojos de aquellas fauces húmedas; la mejilla derecha se estiraba elásticamente. Ya tenía otro pedazo de pan listo en la mano y empezaba a enrollarlo como había hecho con el anterior, y de nuevo se lo metió todo junto en la boca, sin parar de hablar. Debía de estar hablando sobre un paraguas, sí, debía de ser sobre un paraguas; Frølich no la escuchaba. Sus delgados dedos amasaban más pan del que podía tragar su boca. Luego bebió un sorbo de aquel café repugnante que parecía aceite de motor.

Y entonces terminó. Arrugó el papel del envoltorio y se chupó los dedos. Frølich respiró pesadamente por la nariz. No podía definir el espectáculo al que había asistido, pero al menos ya había pasado y, por cierto, no quería que se repitiera.

—¿Se fueron temprano de la fiesta? —se apresuró a preguntar.

—¿Quiénes?

—Usted y algunos otros.

—Sí, fuimos al centro.

—¿Quiénes eran?

—Ole y yo.

—¿Nadie más?

—Bueno, sí, éramos cinco en el coche. Pero los dos gays querían ir a un bar de homosexuales, y a Bjørn y a Ole no les apetecía. A mí me daba igual; todos los gays que conozco son simpatísimos.

—Así que eran usted y Ole, Bjørn Gerdhardsen y otros dos hombres.

—Sí, Goggen y Lasse. Ellos son pareja.

—¿Qué pasó entonces?

—Nosotros fuimos al Smuget, Ole y yo.

—¿Y Bjørn Gerdhardsen?

—No lo sé exactamente.

—¿No entró él también en el Smuget?

—Sí, seguramente lo hizo. Pero yo estaba con Ole y había tanta gente allí dentro que no pude fijarme.

—¿Así que no está completamente segura de que Bjørn Gerdhardsen entrase en el local?

—¿Y por qué no iba a entrar?

—Bien —dijo Frølich—. ¿Qué pasó luego?

—Estuvimos un rato allí y luego nos fuimos... a mi casa —pestañeó—. No se lo diga a nadie. Yo prometí guardar el secreto.

—¿Usted y Ole Eidesen salieron hacia su casa en el mismo coche?

—Sí.

Frølich tenía los ojos desorbitados y le ardían las mejillas. Merethe Fossum se escarbaba entre los dientes con la uña de un dedo. No pudo sacarse lo que buscaba de una vez, de modo que abrió la boca todo lo que pudo y enterró su dedo dentro mientras estiraba los labios en una mueca grotesca.

—¿A qué hora?

Ella se encogió de hombros y se tomó un descanso en su profunda búsqueda para hablar.

—Ya amanecía, así que debían de ser sobre las cuatro.

—¿Está segura de la hora?

—No. —Se echó a reír, y cuando vio la expresión en la cara del policía, agregó—: Disculpe.

—¿Sabe a qué hora llegaron a su apartamento?

—Un poco más tarde. Lo siento de verdad, pero ni se me ocurrió mirar la hora que era.

—¿Cuánto tiempo estuvo él en su casa?

Merethe Fossum miró su uña roja, en la que había un resto de comida, y luego se la chupó.

—Hasta las once o las doce del mediodía, no lo recuerdo exactamente. ¿Es muy importante?

Frølich se dispuso a tomar nota, pero como no sabía exactamente qué escribir anotó diez puntos menos para la chica y levantó la vista diciendo:

—Sí, es bastante importante. Ole Eidesen estuvo con usted desde la medianoche del sábado hasta las once del día siguiente. ¿Lo he entendido bien?

Ella asintió.

—¿Y no abandonó su apartamento en toda la noche?

—Me hubiera dado cuenta —dijo soltando una risita—. Sí —repitió como para sí misma—, me hubiera dado cuenta.

—Pero, en cambio, la versión de él es distinta. Él no ha admitido que ustedes dos pasaran la noche juntos...

—¡Oh, pobre!

—¿Perdón?

La mujer rio.

—Acordamos no decir nada de esto, mantenerlo en secreto, pero ahora su novia ya no puede enterarse. La pobre... es tan triste. Pero uno también tiene que pensar en los que quedan. Ole no debe de estar pasándolo nada bien. Cuando la persona que uno ama termina de esa manera...

—Sí, tiene usted razón.

—Pero escuche...

—¿Han vuelto a verse desde entonces?

—¡Santo cielo! —suspiró Merethe Fossum.

—¿Qué le pasa?

Ella se rio, pero de inmediato volvió a ponerse seria.

—Quiero decir... ¿Le parezco una chica de una sola noche?

Frølich la contempló en silencio.

—He hablado con él una vez. Supongo que no estaba bien hacer lo que hicimos, pero no pudimos evitarlo.

—¿Ha hablado usted con él para ponerse de acuerdo acerca de lo que le dirían a la policía con respecto a lo que hicieron esa noche?

Frølich estaba listo para anotar desde antes de que ella dijera nada.

—No, en absoluto.

—Pero es un poco raro, ¿no le parece?

—¿Qué es lo raro?

—Asesinan a su novia, la policía abre una investigación, ¿de qué otro tema podrían hablar, si no?

Ella miró a Frølich con los ojos muy abiertos.

—¿También está mal eso? ¿Invitar a un tío al cine?

Algo más tarde, mientras Frank Frølich volvía a pasar por delante del recepcionista uniformado, buscó su teléfono en el bolsillo de la chaqueta, pero no lo encontró. ¿Se lo habría olvidado en la cafetería? O bien allí o bien en el coche. Dio media vuelta y miró hacia la escalera. «En el coche —pensó—. Tiene que estar en el coche, y si está allí, me libro de tener que bajar a la cafetería otra vez». Le guiñó un ojo al guardia de seguridad y salió del edificio.

Conversación en el invernadero

Cuando Frølich llamó, Gunnarstranda estaba mirando por la ventana. Rememoraba el funeral y las caras de los que habían pasado por delante de su coche camino de la capilla. Recordó a Gerdhardsen y a su enérgica mujer. La ventana le acercó el reflejo del reloj de pared que había sobre la puerta; vio que ya habían pasado varias horas y se dijo que ya podía presentarse nuevamente en el «Jardín de Invierno».

Media hora más tarde, mientras cerraba la puerta del coche en el aparcamiento cubierto de grava, cavilaba sobre si su incursión allí no sería en vano después de todo. Un pesado silencio se cernía sobre el recinto. Posiblemente, se había declarado jornada de duelo a causa del entierro.

El comisario metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y caminó por el mismo sendero que Frølich y él habían tomado unos días antes, pero esta vez sin encontrar ni una alma. Rodeó el edificio amarillo del internado y vio las ventanas de las oficinas, oscuras y sin vida. Se quedó pensando un instante, y decidió aprovechar la ocasión para inspeccionar la zona.

Buscó una colilla en el bolsillo, la encendió y siguió caminando a lo largo de las parcelas de cultivo, en dirección al invernadero. Alguien había removido la tierra de las patatas; era evidente que el trabajo había sido hecho a conciencia, con una azada de mano o una pala. Otras hortalizas estaban tan mal cuidadas que no iban a dar buena cosecha. Los puerros y las cebollas estaban descoloridos, desaliñados y raquíuticos; necesitaban más nitrógeno. Las zanahorias, en cambio, tenían buen aspecto.

Llegó hasta el invernadero y vio que la puerta estaba abierta. Apagó el cigarrillo en una pila de arena y entró. Una vez dentro, permaneció un rato aspirando con avidez el aire cálido y húmedo del interior. Allí se cultivaban pepinos y lechugas. En el techo había unas pequeñas ventanas para que se aireara el recinto y a través de ellas entró una ráfaga de viento fresco a la altura de la cabeza. Avanzó entre dos mesas de plantas y descubrió que había alguien al fondo, cerca de una pared. Era Annabeth Ås. Había cambiado las negras ropas del funeral por un mono verde, una camisa de franela y unas botas altas de goma. Estaba regando unas plantas situadas sobre una mesa con una manguera que llevaba puesta una alcachofa. Él carraspeó, pero ella no lo oyó. Volvió a carraspear.

—¡Oh! —exclamó ella volviéndose—. ¡Qué susto me ha dado!

—No quise molestarla durante la ceremonia —se excusó Gunnarstranda.

—Ya sé para qué ha venido —dijo Annabeth Ås, resignada, sin dejar de regar las plantas—. Bjørn y yo hemos discutido tantas veces sobre ese tema que no me extraña nada que vuelva a surgir ahora. Permítame que sea yo misma quien se lo diga, para evitar palabrerías inútiles y silencios embarazosos. Bjørn, mi marido, es un niño

grande. Me ha confesado que disfrutó de los favores sexuales de Katrine en un momento de debilidad. Si no hubiera sido porque ya estaba bien avanzada la tarea de poner a esa pobre chica en el buen camino, la habría mandado a hacer el tratamiento a otra institución. Lo digo abiertamente porque no es ningún secreto.

—¿Y por qué no lo hizo? —preguntó Gunnarstranda mientras quitaba las hojas secas de algunas plantas de la mesa que tenía más próxima.

—Buena pregunta. Siempre es fácil hacer esas preguntas cuando ya ha pasado todo. Créame, tenía muchas ganas de hacerlo. Consideré el problema, pero a ella le gustaba estar aquí. Tenía confianza con nosotros y su tratamiento marchaba muy bien. Créame, señor Gunnarstranda, no fue una decisión fácil.

Annabeth Ås levantó la manguera y se dirigió a otra mesa.

—No creo que fuera fácil —respondió el comisario—. Pero tampoco fue la decisión correcta. No fue correcto mantener a Katrine Bratterud como interna de este centro después de que su marido mantuvo relaciones sexuales con ella.

—¡Sí, claro, es tan fácil acusarme ahora! —exclamó la mujer agitando violentamente la manguera, y prosiguió en tono agresivo—: Dice eso porque han asesinado a esa chica. Pero si no hubiera sucedido algo trágico, nadie se hubiera enterado de nada. Para ella no era ningún sacrificio estar aquí. Estaba completamente rehabilitada, su tratamiento había sido un éxito. Por eso no era inoportuno mantenerla aquí.

Gunnarstranda guardó silencio. Era un argumento de peso. Annabeth Ås lo miraba fijamente desde el otro lado de la mesa.

—Katrine tenía todas las posibilidades de ser feliz aquí. Nos habíamos hecho con su confianza. Ella deseaba liberarse de su dependencia. Podríamos haberla enviado a otro lugar, a algún sitio donde hubiese tenido que convivir con internos desconocidos y recibir tratamiento de personal extraño. Pero así no íbamos a tener ninguna garantía de que lograra desintoxicarse. Lo hecho, hecho está, señor Gunnarstranda. Tampoco puede nadie deshacer el error que cometió mi marido en un momento de debilidad.

—¿Un momento de debilidad, dice? —preguntó sorprendido el policía.

—Claro... ir a una casa de masajes. Eso fue hace mucho tiempo, en un momento de debilidad... ¿De qué forma iba a impedirle eso a Katrine salir airosa del tratamiento? —Annabeth Ås ladeó un poco la cabeza y le habló como a un viejo amigo—. ¿Echarla hubiera sido lo correcto?

Gunnarstranda sonrió.

—Bueno, esa es una forma de ver las cosas —admitió—, pero no es necesariamente la forma correcta. Usted no puede saber qué efecto podría haber producido en ella el tratamiento en otro centro. Ni tampoco puede saber si no hubiera alcanzado el mismo éxito que obtuvo aquí.

—¿Pero ha escuchado lo que he dicho? —replicó la mujer con vehemencia—.

Katrine tenía todos los números para lograr desintoxicarse aquí; fuimos nosotros los que la curamos. ¡Fuimos nosotros quienes le abrimos las puertas del mundo!

—Fue mientras estaba aquí que la asesinaron —dijo Gunnarstranda, irritado, sin poderse contener.

Annabeth Ås cerró la boca y arrojó la manguera al suelo de tierra. En el silencio que siguió, ambos midieron sus miradas.

«Esta mujer no me está ayudando en absoluto», pensó el policía. Ahora vislumbraba los verdaderos motivos que la habían guiado en sus decisiones. No había sido el intento de salvar a Katrine Bratterud lo que la había impulsado a conservarla como interna en el centro; lo que la guio fue la posibilidad de triunfar. El triunfo y la subvención del Estado que seguramente cobró por la residente. Y en busca del éxito, Annabeth Ås hubiera hecho lo que fuera o, dicho de otra forma, hubiera cerrado los ojos a la ética profesional.

—Nadie sabe todavía lo que sucedió aquella noche —dijo Gunnarstranda en un tono más suave—. Nadie sabe por qué hoy tuvimos que enterrarla. No elucubremos. Constatemos, simplemente, que ustedes conservaron a una interna que no debería haber sido tratada aquí. ¿Había otras personas, además de usted, que estuvieran informadas sobre las antiguas... relaciones que su marido mantuvo con Katrine Bratterud?

—No.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque es imposible que rumores de ese tipo circulen por el centro sin que yo me entere.

—¿Habló usted alguna vez del tema con Katrine?

—Jamás.

—¿Nunca le mencionó el asunto?

—No.

—¿Y ella? ¿Sacó ella alguna vez el tema?

Annabeth Ås negó con la cabeza con los ojos cerrados.

—No. Nunca.

«Nunca —pensó Gunnarstranda—. Katrine debía de saber que ella lo sabía. Y al revés: el conocimiento de que el marido hubiera abusado de una interna con problemas sociales forzosamente tuvo que influir en el trato que Annabeth Ås le dispensaba a Katrine. Y la chica, evidentemente, tuvo que darse cuenta de ello. Cualquier otra suposición estaría fuera de lugar».

El agua de la manguera corría por el suelo y estaba a punto de alcanzar los zapatos del policía.

—Voy a cerrar el agua —dijo Gunnarstranda encaminándose hacia el grifo al que estaba conectado la manguera. Lo cerró, enderezó la espalda y contempló a la mujer,

que no se había movido ni un ápice—. Sé que no le gusta hablar sobre esto — prosiguió—. Pero es mi deber buscar los posibles móviles de este crimen. Si por un instante supusiéramos que Katrine era una mujer sin escrúpulos, uno podría llegar a pensar que esa relación... quiero decir, que el hecho de que su marido, el presidente del comité de dirección, hubiera utilizado los servicios sexuales de Katrine Bratterud... —Se detuvo un momento al ver que ella, de repente, cerraba los ojos—. Podríamos pensar... que ese hecho habría conferido a Katrine un cierto poder sobre su marido, y ella podría haberse aprovechado de ese poder para tenerlo atado. ¿Es posible que sucediera algo así?

—Jamás.

—Su respuesta ha sido muy determinante.

Annabeth Ås se quitó los guantes de trabajo y se acercó al policía.

—Mire... Katrine quería curarse. Es por eso por lo que yo quería retenerla. Por eso la conservé como interna. Probablemente, Katrine haya sido la paciente más motivada que yo haya encontrado en mi vida. Nunca jamás se le habría pasado por la cabeza presionar a Bjørn.

—Sí, pero quizá usted diga esto ahora para tratar de ocultar que en realidad sí existía una presión.

—¿Y por qué querría yo ocultar el hecho de que ella hubiera presionado a mi marido?

—Porque una presión de ese tipo hubiera dado a Bjørn Gerdhardsen un motivo para asesinarla.

—¡Ja, ja! —rio Annabeth Ås con arrogancia—. ¡Ahora sí que ha perdido totalmente el norte! ¿Bjørn? ¿Bjørn, matar a Katrine? —Volvió a reírse—. Discúlpeme, pero eso es totalmente ridículo. Créame, señor Gunnarstranda, Bjørn sabe manejar muy bien una calculadora, y hasta es capaz de acudir a algún lugar sórdido para desahogar el ímpetu de su sexualidad masculina. Pero aparte de eso... Cuando vamos de pesca al sur, en verano, soy yo la que debo matar los peces que él coge en el anzuelo. Si cae un ratón en la trampa que tenemos en nuestra cabaña, ni se atreve a mirar en esa dirección. Yo debo cuidar de todos los detalles. La verdad es que Bjørn es un buen chico, tierno como el algodón de azúcar.

Gunnarstranda guardó silencio, pensando en lo que la mujer acababa de decir, mientras caminaban hacia la salida del invernadero. «Es un buen chico, tierno como el algodón de azúcar». Ya estaba minimizando la masculinidad del cónyuge.

Anduvieron a lo largo de la huerta, hasta el aparcamiento.

—Créame, señor Gunnarstranda, sus especulaciones no tienen ningún fundamento. Katrine quería terminar con su adicción a las drogas, y nos eligió a nosotros porque nosotros podíamos ayudarla.

El policía se detuvo y la miró fijamente a los ojos.

—¿Se ausentó usted en algún momento de la fiesta que organizó ese sábado?

Ella siguió caminando con una leve sonrisa mientras meneaba la cabeza.

—Ni un minuto. Bjørn se fue, junto con Georg Beck y algunos otros. Me imagino que eso ya se lo habrá dicho él. Pero volvió más tarde, tan tierno y cariñoso como el gatito que se queda sin su mamá durante más de dos horas.

Gunnarstranda la observó unos instantes antes de preguntarle:

—¿Recuerda a qué hora se fue su marido?

—Sobre las doce. Volvió solo un poco antes de las cuatro y nos ayudó a recogerlo todo.

—¿Hubo más personas que abandonaran la fiesta durante el transcurso de la misma?

—No, en realidad, no. Hubo una especie de éxodo general que comenzó a eso de las dos y media, pero pasó bastante rato antes de que todos estuvieran metidos en sus correspondientes taxis... Una hora, o tal vez más.

El hombre que se desnudó

La sala de espera estaba repleta de gente. Frølich trató de orientarse.

Un hombre mayor, con una parka abotonada hasta arriba y unos pantalones que parecían de pijama, tosía con una tos hueca y borboteante.

El policía desvió rápidamente la mirada, y esta fue a recaer en otro señor mayor, de tez entre pálida y grisácea, con barba de varios días y el pelo despeinado y grasiento. Junto a él había una mujer con su hijo sentado sobre su regazo. Al lado, una mujer mayor que estaba tejiendo, y, más allá, una anciana con un pañuelo en la cabeza, gruesas medias marrones y unas viejas pantuflas.

Frølich pensó en el renombre de Erik Haugom como sexólogo, y por un instante se sintió intrigado por cuáles debían de ser los problemas sexuales que aquejaban a aquellas personas. Entre la vieja del pañuelo y el hombre de la parka había una puerta que conducía a la recepción. El policía llamó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

Una mujer vestida de blanco levantó la vista de lo que estaba haciendo.

—Espere fuera —le indicó.

—¿Perdón?

—Le he pedido que espere fuera.

—Sólo una pregunta —dijo Frølich respetuosamente.

—Entonces espere hasta que sea su turno.

La enfermera salió con paso marcial de detrás de su mostrador. Era una mujer autoritaria e iba vestida con una blusa y unos pantalones blancos. Cogió al policía del brazo e intentó llevarlo fuera. Como él se deshizo de su mano, ella abrió la puerta y le señaló una luz roja en la sala de espera.

—Esa luz está roja, ¿la ve? —preguntó, enojada—. Ese color indica «pare» en un semáforo, y lo mismo indica aquí. Cuando se encienda la luz verde podrá pasar, siempre y cuando sea su turno. Si no ha pedido hora, debe llamar entre las ocho y las nueve. ¿Lo ha entendido?

Frank Frølich sonrió aviesamente.

—¡Querida! —exclamó mientras tomaba a la sorprendida mujer por la cintura y cerraba la puerta tras de sí. Y, poniendo su placa de policía sobre el mostrador, dijo —: ¿Ve esto?

La mujer parecía ahora más desesperada que furiosa, y con sus blancos zuecos traqueteó de vuelta al otro lado del mostrador. Una vez allí, cogió el teléfono y marcó un número, con el auricular apoyado entre el hombro y el mentón.

—Si no se va voluntariamente, tendré que llamar a alguien para que lo eche —sentenció mirando al vacío.

—Me llamo Frank Frølich y he venido a hablar con Erik Haugom, que es médico

en este consultorio —declaró el policía.

—Espere su turno —repitió la mujer sin mirarlo.

—Hemos intentado llamar, pero, por alguna razón, nadie cogía el teléfono. Tengo una propuesta —dijo Frølich tranquilamente—. Llame a la puerta del consultorio y pídale a Haugom diez minutos de su tiempo para hacerle unas preguntas. La otra solución es que lo cite para un interrogatorio en comisaría. Entonces estará obligado a asistir y podré llevármelo, como mínimo, cuatro horas. Podría colgar ese teléfono y preguntarle a él personalmente qué le parece mejor, como deferencia hacia él, naturalmente, no hacia mí.

La mujer cerró los ojos y colgó el teléfono.

—¡Qué cara tiene la gente! —murmuró mientras desaparecía por una puerta situada detrás del mostrador.

Al poco se asomó y le indicó a Frølich que la siguiera. Pasaron por habitaciones que olían a medicamento, habitaciones equipadas con biombos, con camillas, y con carteles con letras de distintos tamaños para controlar la visión. En el consultorio de Haugom también había uno de esos carteles colgado de la pared.

El médico lo recibió con la mano extendida. Era un hombre de rostro rubicundo, con la reglamentaria bata blanca, por encima de la cual asomaba un manojo de pelo gris de su pecho. Haugom deslizó la lengua por los dientes de abajo. La mandíbula parecía el cajón de una caja registradora.

—Debe disculpar a mi secretaria —dijo—. Esto es una clínica, ¿sabe?, y de vez en cuando aparecen tipos de lo más extraño. Hace dos meses, y fue justamente una vez que Inger Marie, la mujer que acaba de conocer, estaba de guardia, de repente apareció un hombre en la recepción. Fue imposible arrancarle una sola palabra. Se trataba de un tipo aparentemente normal, correctamente vestido, con traje y corbata. Pero simplemente se quedó allí de pie, sin moverse y sin decir ni una palabra. Como un maniquí de escaparate, ¿qué le parece? Todos le hablaban, pero él estaba allí, inmóvil, como congelado. Yo creo que ni siquiera pestañeó durante los veinte minutos que permaneció en recepción. Al cabo de un rato empezó a desvestirse, ¿se lo imagina? Tranquilamente, iba quitándose una prenda tras otra, las doblaba y se las colocaba sobre el brazo. Al final se quedó completamente desnudo, y de esa guisa dio media vuelta, pasó por la sala de espera, bajó la escalera y salió a la calle. Imagínese. El mundo no ha vuelto a ser el mismo para Inger Marie desde entonces. Pero siéntese, por favor. Su nombre es Frølich, ¿verdad? Después de todo, la pobre mujer, al menos, consiguió acordarse de su nombre.

—Bien —dijo Frølich tomando asiento—. No lo entretendré demasiado. Quería hacerle algunas preguntas sobre la fiesta que Annabeth Ås celebró en su casa.

Haugom se sentó tras su escritorio y asintió con la cabeza.

—¿Conocía usted también a Katrine Bratterud?

—Apenas —respondió el médico sonriendo. Tenía una sonrisa forzada y jugueteaba constantemente con la lengua, como una especie de tic—. Sigrid, mi mujer, me habló de ella.

Como Frølich permanecía en silencio, Haugom prosiguió:

—Ella habla mucho de su trabajo, como hacen todas las mujeres, ¿no le parece? Tengo un amigo que es profesor en la universidad y a menudo Sigrid y yo jugamos al *bridge* con él y su esposa. Bueno, pues el caso es que mi amigo, Mogren, cuenta que es una pesadilla cuando sus colegas femeninas hablan y hablan de sus problemas todo el tiempo en lugar de hacer su trabajo. Eso no lo hacemos nosotros, los hombres, ¿no cree? Usted es policía; yo soy médico. ¿Qué pasaría si yo me pusiera a hablar de cada maldito paciente y de cada maldita verruga o pene infectado de gonorrea que me encuentro todos los días? ¿Qué le parecería?

—Conozco el problema.

—Sí, es horrible. Bueno, pero no era para hablar de las tribulaciones de nuestro matrimonio por lo que usted ha venido a verme, ¿me equivoco?

—¿Entonces usted no conocía a Katrine Bratterud?

—No... Bueno, de vista sí. Una chica guapa, bonitos pechos, piernas largas, ¿no es cierto? Una chica guapa.

—Usted llevó a su mujer a la fiesta de Annabeth Ås ese sábado y pasó a recogerla más tarde, por la noche, ¿no es así?

—Sí, exactamente. Qué terrible que esa chica tan guapa fuera asesinada. ¡Qué terrible!

—¿A qué hora recogió usted a su mujer?

—Un poco después de las cuatro de la madrugada.

—Fue muy gentil por su parte ir a buscarla a esas horas.

—Voy a decirle algo, Frølich. He hecho eso durante toda mi vida de casado. No soy un hombre moderno, no sé cocinar y no zurzo mis calcetines, pero hago lo que se espera de mí como marido. Y eso incluye ir a recoger a Sigrid cuando ella tiene que volver a casa.

Frølich alzó la vista, pensativo.

«Lo que se espera de mí como marido —repitió para sus adentros—. Un objetivo muy ambicioso».

—¿Se quedó despierto esperando a que ella lo llamara? —preguntó a continuación.

—Por supuesto. Soy su marido, ¿no?

El policía contuvo el aliento. No conseguía acostumbrarse a la constante mueca sonriente de los labios de Haugom.

—¿Y qué hace para matar el tiempo?

—¿Aquí?

—No, quiero decir cuando se queda despierto esperando a que lo llame su mujer.

—Esas son las «inversiones» que aseguran el éxito de una convivencia a largo plazo —dijo el médico sonriendo levemente—. Sobre ese tema, en realidad, puedo pronunciarme con autoridad profesional. Existen muchos mitos en torno al secreto de una convivencia feliz. El secreto son las pequeñas «inversiones» que cuestan poco, como la paciencia y la tolerancia.

»Por otra parte, yo disfruto de esos momentos, puesto que las mejores horas son las nocturnas, sobre todo en las noches de verano. Empezando por el simple hecho de dar un paseo, ¿qué le parece? Ese silencio y esa claridad azul grisácea... O sentarse en la terraza a leer, fumando un buen cigarro. Las horas pasan sin que uno se dé cuenta. Veo, por sus dedos, que usted no fuma. ¿Pertenece acaso a la generación histórica de los que necesitan hacer solamente lo que es correcto? ¿Los que se hacen clavar agujas en lugar de tomar medicinas? ¿Los que creen prevenir el cáncer comiendo manzanas arrugadas y pan negro que no se puede ni masticar? Bueno, yo qué sé, en realidad, las apariencias engañan. Seguramente usted es una buena persona. Pero debería fumar cigarrillos, dan una profunda paz al alma. Podría decir que se lo ha recomendado el médico; así evitaría la mala conciencia que genera dicha adicción.

—Cuando llegó allí, para recoger a su mujer, ¿había todavía muchos invitados en la fiesta? —quiso saber Frølich.

—Ninguno.

—¿Solamente su mujer?

—Sí, había estado ayudando a fregar los ceniceros, retirar las botellas y esas cosas.

—¿Estaba Bjørn Gerdhardsen en la casa?

—Sí, creí entender que acababa de llegar de una escapadita al centro. ¡Menuda desfachatez tiene ese tipo, se va al centro y deja a la mujer en casa! ¿Qué me dice? ¿Qué le parece? Claro que él es un hombre moderno... Pero sabe darse sus caprichos, aunque sea moderno.

—¿Puede recordar exactamente a qué hora llegó?

—A las cuatro y cinco.

—¿Y se hizo alguna idea de cuánto hacía que había llegado Gerdhardsen?

—No, pero no pudo haber sido mucho antes de llegar yo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque me apoyé sobre el capó de su coche y todavía estaba muy caliente.

—¿Estaban conmovidos por lo que había sucedido?

—¿A qué se refiere?

—Porque Katrine Bratterud se había indispuerto después de la cena.

—No lo creo. Eso había sido a medianoche. ¡Por Dios, si estaban todos agotados!

Ya casi era de día.

El policía se puso en pie.

—Le agradezco que me haya dedicado unos minutos de su tiempo —dijo echando a andar hacia la puerta. Pero de pronto se volvió como si se hubiera acordado de algo.

—¿Sí? —preguntó Haugom desde su escritorio.

—Es que... A veces leo su columna —dijo Frølich, dubitativo.

—¿Cuál de ellas? —preguntó el médico estirando la mandíbula.

—Pues... —el policía dudó mirando al suelo.

Haugom sonrió, magnánimo.

—¿Tal vez tenía alguna pregunta?

—Sí, pero la he olvidado —respondió Frølich al tiempo que asía la manija de la puerta—. Si más tarde la recuerdo, ya me pondré en contacto con usted.

Las joyas

Gunnarstranda leyó el informe de Frølich y, cuando terminó, le dio un golpe con la hoja, irritado.

—¿Esta tía es tonta, o qué? —exclamó mirando a Frølich, que estaba sentado en un sillón junto a la ventana. Sopesaba un dardo verde en la mano, y apuntó con movimientos rítmicos del antebrazo hacia adelante y hacia atrás, antes de arrojarlo contra la diana que había sujetado en la pared, entre dos archivadores.

—Tan tonta no puede ser —contestó con voz ausente—. Tiene trabajo y estudios —dijo cogiendo otro dardo de la mesilla de café que estaba junto a él.

Gunnarstranda levantó la vista del informe con cara de pocos amigos.

—Aunque tenga una carrera puede ser tonta igualmente.

Frølich apuntaba de nuevo a la diana. Lanzó el dardo, pero esta vez no se clavó en el blanco y se perdió detrás de una carpeta. El policía soltó un taco.

—Tú también has estudiado una carrera —dijo Gunnarstranda ácidamente.

—¿Eh?

—Y en este momento tampoco pareces tan listo. —El comisario agitó los papeles con impaciencia.

Frølich se levantó lentamente de su asiento, contuvo el aliento y suspiró profundamente. Cruzó la sala, se sentó frente a su escritorio y sacó la bandeja de debajo de la mesa con el ratón y el teclado.

—Lo que es obvio es que si Merethe Fossum dice la verdad, entonces es Ole Eidesen el que miente —sentenció.

Gunnarstranda asintió, y añadió:

—Aquella primera tarde, tú y yo exprimimos a Eidesen hasta la médula. Y él se inventó una historia estúpida que, además, no le proporcionaba ninguna coartada. Si mal no recuerdo, dijo que había vuelto a casa esperando encontrar a Katrine en su cama, pero que ella no estaba allí, ¿correcto?

Frølich, que miraba la pantalla mientras movía el ratón, leyó:

—«Dice que fue a su casa entre las dos y media y las tres».

—Es posible que en ese momento Katrine todavía estuviera viva —murmuró Gunnarstranda.

Frølich siguió leyendo:

—«Eidesen dice que llamó por teléfono a Katrine Bratterud sin obtener respuesta».

El comisario asintió con la cabeza.

—Y entonces se acostó. Es decir, que no tiene ninguna coartada...

Frølich giró en redondo en su silla.

—En cambio, Merethe Fossum afirma que ella y Eidesen fueron a su casa y

pasaron toda la noche juntos.

—¿Pero por qué iba a mentir Eidesen, en lugar de aprovechar una coartada tan sólida? —se preguntó Gunnarstranda en voz alta.

—Bueno, tal vez para no dar una mala imagen de su persona. Después de todo, él era el novio de la chica, y queda mejor decir que se encontraba durmiendo y esperándola a ella en el momento en que la mataron que decir que estaba en la cama de otra mujer.

—Pero, en ese caso, debía de haberse dado cuenta de que tarde o temprano descubriríamos que nos había mentido.

—Claro —insistió Frølich—, pero eso no importa. Él era su novio y, aparentemente, no tenía ningún motivo para matarla. Eidesen sabe que tiene una coartada, pero la oculta para evitar reproches de los que lo rodean. Katrine era una chica muy popular; él esperará hasta más adelante para declarar que pasó la noche con Merethe Fossum. ¿Qué iban a decir los amigos de la chica si supieran que Ole la dejó volver sola a casa de noche, a merced de violadores y demás chusma, mientras él estaba en la cama con Merethe Fossum?

—Si la historia de Katrine Bratterud con Henning Kramer puso celoso a Eidesen, entonces sí tenía un motivo para asesinarla. Hay hombres que desconfían de sus parejas las veinticuatro horas del día. Supongamos que él la espío cuando ella salía de la fiesta, la vio caminar calle abajo y se dio cuenta de que subía al coche de otro hombre. Todos los años se cometen numerosos crímenes pasionales en este país.

—¿Pero por qué iba a mentir entonces Merethe Fossum? —preguntó Frølich—. Todos corroboran que fueron tres los que acudieron al Smuget. Todos afirman que Eidesen y ella estuvieron allí juntos. Es altamente improbable que ella lo encubra con mentiras, puesto que no gana nada con eso. Tenemos que tomar como base que Fossum dice la verdad y, por tanto, que Eidesen tiene una coartada. Si este descubrió que Katrine se marchó esa noche con Henning Kramer, lo único que hizo para vengarse fue acostarse con Merethe Fossum. Esto es más verosímil que suponer que fue corriendo a matarla.

Gunnarstranda escuchaba a su subordinado con una arruga de preocupación en la frente.

—El único que no tiene a nadie que corrobore su testimonio es Bjørn Gerdhardsen —prosiguió Frølich—. Imagínate lo loco que iba esa noche por acostarse con Katrine. Según Georg Beck, estuvo manoseándola en la terraza. Por otra parte, tenemos la fantástica casualidad de que dos coches abandonan la fiesta casi al mismo tiempo, ambos en dirección al centro. Kramer aparca su descapotable en la calle Cort Adeler, y él y la chica van caminando hasta el muelle de Aker. El taxi sigue hasta el Smuget. Supongamos que Gerdhardsen nunca llegó a entrar en el club junto con Ole y Merethe. Supongamos que prefirió ir al muelle, donde hay montones

de mujeres, y que allí vio a Katrine y a Kramer. Y entonces decidió ir a sacar el coche de la empresa del garaje, que está muy cerca de allí. Sabemos que cogió el vehículo, pero tal vez lo hizo mucho antes de lo que él dice. Los siguió y mató a la chica cuando Kramer la dejó cerca de casa de su novio. Gerdhardsen tuvo tiempo de sobra para hacer todo eso. Henning Kramer declaró que dejó a Katrine sobre las tres. Eso le da a Gerdhardsen tiempo suficiente como para violarla, matarla, deshacerse del cuerpo y llegar a su casa a las cuatro.

Los dos policías se quedaron mirándose. Frølich estaba excitado por su propia hipótesis, mientras que Gunnarstranda guardaba silencio.

—¿Qué es lo que no te gusta de mi teoría? —quiso saber Frølich.

El comisario se levantó de su silla y se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—En realidad, todo encaja —dijo cogiendo el último dardo de la mesita—. Pero estoy pensando en Henning Kramer; su declaración me gusta cada vez menos. No sabemos si es capaz de controlar sus propios impulsos. —Gunnarstranda se apoyó contra la ventana, pensativo, mientras su mano derecha jugueteaba con el dardo verde—. Y si miente... —murmuró—, si miente lo hace para ocultar algo, y ¿qué querría ocultar...?

—¿Qué la mató? —terminó Frølich la frase por él, tras lo cual se quedaron en silencio mientras Gunnarstranda seguía jugueteando con el dardo.

Al cabo de un rato, Frølich carraspeó.

—¿Y vamos a detener el registro del coche de empresa de Gerdhardsen? —preguntó finalmente—. ¿Y si Katrine subió al vehículo esa noche?

Gunnarstranda asintió.

—Ya no podemos pararlo.

En ese instante sonó el teléfono. Gunnarstranda se apresuró hacia su escritorio y lo cogió. Su compañero se puso a buscar el dardo que había ido a parar detrás de las carpetas, pero al cabo de un rato se dio por vencido y se volvió hacia Gunnarstranda, que asentía y gruñía al teléfono.

—Sí... sí... sí... justamente... bien...

El comisario colgó y ambos se miraron.

—¿Qué clase de joyas llevaba Katrine Bratterud? —preguntó Gunnarstranda.

—¿Sin contar el *piercing*? —dijo Frølich arrugando el entrecejo—. Probablemente, una buena cantidad de oro: anillos, un brazalete, seguramente una cadena, otro brazalete de marfil... Lo único que sabemos con total seguridad es que llevaba unos pendientes de oro en forma de hojitas de marihuana, regalo de Eidesen. Al menos, eso nos dijo él —señaló.

Gunnarstranda sopesó el dardo verde que sostenía en la mano y a continuación gritó:

—¡Agáchate! —Y apuntó.

Frølich hizo rodar la silla para salir de la línea de fuego. Gunnarstranda lanzó el dardo. Fue un blanco perfecto.

—Era Yttergjerde —dijo sonriendo satisfecho—. Sus hombres han registrado el apartamento de Raymond Skau. No hay ni rastro de él, pero han encontrado algunas joyas de mujer en su casa; entre ellas, un par de pendientes de oro en forma de hojitas de marihuana.

—¿Raymond Skau?

Gunnarstranda asintió.

—¿Él tiene las joyas de Katrine Bratterud? —preguntó Frølich.

—Deberíamos comprobarlo. Y creo que Eidesen es el único que puede darnos una respuesta concreta al respecto —dijo al tiempo que se ponía en pie—. Así, ya tenemos un pretexto para hacerlo comparecer de nuevo en comisaría. Mientras tanto, tú puedes continuar con el trabajo de campo; investiga especialmente todo lo concerniente a Henning Kramer.

Joyas grabadas

Ole Eidesen caminaba desgarbadamente por el pasillo con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Llevaba una camiseta blanca con un dibujo de colores sobre el pecho que representaba una especie de acuario en el que los seres que nadaban podían ser tanto renacuajos como espermatozoides. Los pantalones blancos tenían una mancha verdosa en una de las rodillas, y parecía que le iban demasiado grandes porque se le formaban arrugas sobre las zapatillas de goma, que también eran blancas.

Al verlo, Gunnarstranda le brindó su mejor sonrisa de porcelana y sostuvo la puerta abierta para que su huésped, que iba rapado como un monje, pudiera entrar. El visitante tuvo que doblar ligeramente las rodillas para poder estrecharle la mano, y casi dio la impresión de que le estaba haciendo una reverencia. Eidesen se detuvo justo al entrar en el despacho. Los rasguños de su rostro seguían siendo de un rojo intenso. Dirigió la mirada hacia el escritorio de Gunnarstranda, que había sido despojado de todos los papeles, aunque entre el ordenador y la máquina de escribir eléctrica había ahora toda una serie de pequeños objetos.

—Fíjate bien en estas cosas y luego indícame cuáles de ellas crees tú que pueden haber pertenecido a Katrine —dijo el comisario llevando a Ole Eidesen hacia su mesa.

Sobre el escritorio había una maquinilla de afeitar usada, un estuche de color bronce con un lápiz de labios, una pipa de porcelana para fumar hachís, un pedazo de hachís afgano envuelto en plástico transparente, dos pendientes de oro en forma de hojas de marihuana, una cajita de fósforos, un cartón de píldoras anticonceptivas a medio usar y dos anillos de oro, uno con una piedra verde y el otro en forma de serpiente. También había un encendedor desechable con el número uno pintado en blanco sobre uno de los lados; a su lado, un permiso de conducir, un collar de cadena de oro con trenzado Bismarck, un brazalete de marfil, una serie de finas esclavas de un material inidentificable y un pequeño bolso negro de bandolera.

Eidesen estuvo un buen rato observando los objetos, y luego dirigió la mirada hacia el policía.

—Tómate tu tiempo —le aconsejó Gunnarstranda sentándose—. Tómame todo el tiempo que necesites.

Eidesen carraspeó y señaló el bolso.

—¿Puedo mirar eso?

—¿El bolso? Por supuesto. —El policía abrió un cajón del escritorio y puso un pie a descansar sobre él mientras se reclinaba hacia atrás en su silla—. Cógelo y revísalo si quieres.

—Este es de ella —dijo Eidesen mirando en el interior.

—¿Seguro? —preguntó el policía.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Yo se lo regalé. —Luego señaló los pendientes—. Y estos también.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

—¿Y qué me dices si te cuento que yo mismo compré las hojitas de marihuana a un vendedor ambulante en Markveien?

Eidesen frunció el entrecejo.

—Puede ser que haya comprado los pendientes, pero no el bolso. Lo reconozco. —Lo abrió y sacó hacia afuera el forro blanco—. Mire, una vez se le derramó esmalte de uñas aquí dentro. Reconozco la mancha. Es una prueba evidente de que este es su bolso; se lo compré en España, no hay muchos bolsos de este tipo. Puede jugar conmigo si lo desea, pero los pendientes, la cadena de oro, los anillos y el brazalete de marfil son de Katrine. Y el lápiz de labios Lancôme también.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí.

—¿Te parece que falta algo?

—No estoy seguro.

—¿Qué significa esa respuesta?

—Creo que tenía un anillo más, uno con dos diamantes.

—¿Quieres decir que llevaba otro anillo aquella noche?

Eidesen suspiró pesadamente. Finalmente sacudió la cabeza.

—Sería muy raro que no lo hubiera llevado —murmuró sacudiendo de nuevo la cabeza—. Normalmente, nunca se lo quitaba.

—Bien —asintió Gunnarstranda—. Ya hablaremos luego de ese anillo. ¿Cuáles de las cosas que están sobre el escritorio eran de ella?

Eidesen juntó en un montoncito los pendientes, los dos anillos, todos los brazaletes, la cadena de oro y el bolso.

—Esto también —dijo cogiendo el lápiz de labios. Luego levantó las pastillas anticonceptivas—. De esto no estoy muy seguro.

—¿Tomaba anticonceptivos?

—Sí —dijo al tiempo que movía la mano hacia el permiso de conducir—. ¿Puedo echarle un vistazo?

—¿El permiso de conducir? Sí, por supuesto.

Eidesen le dio la vuelta al carnet y se encontró con la foto de Katrine. Se quedó mirándola.

—¿Dónde encontraron esto? —preguntó con voz ronca.

El policía no contestó. Eidesen meneó la cabeza. La fotografía del rostro de su

antigua novia lo dejó fuera de combate durante unos momentos.

—¿Cómo es que Katrine tenía objetos tan valiosos?

—Ni idea.

—¿Le regalaste tú alguna otra cosa, aparte de los pendientes?

—No.

—¿Son joyas robadas?

Eidesen levantó la vista y torció la boca en una mueca despectiva. Gunnarstranda se quedó mirándolo.

—Sí, ahí las tiene —dijo Eidesen indicando las joyas con la cabeza—. Lo llevan grabado: «Joyas robadas»... —Apretó los labios en una mueca amarga.

Gunnarstranda permanecía en silencio.

Eidesen miró a su alrededor en busca de un lugar donde sentarse. Gunnarstranda le señaló el sillón que estaba junto a la ventana.

—Siéntate, por favor. Si pudieras volver a vivir aquella noche —continuó el policía—, ¿qué cambiarías?

Eidesen suspiró, levantó la cabeza y miró pensativamente hacia la pared.

—En realidad, no tengo la menor idea —murmuró.

—¿Sabías que Henning Kramer pasó a recogerla por la fiesta?

Eidesen puso los ojos en blanco.

El policía asintió con la cabeza.

—Katrine llamó a Kramer desde casa de Annabeth Ås y le pidió que fuera a buscarla. Tras su llamada, él cogió inmediatamente el coche, ella comenzó a caminar calle abajo, hacia el centro, y ambos se encontraron en Voksenkollveien. ¿Te dijo a ti que Henning iría a recogerla?

Eidesen negó lentamente con la cabeza.

—Katrine se marchó de la fiesta poco antes o poco después de que cinco de vosotros os fuisteis al centro en taxi.

—¿Cómo?

—Posiblemente, ella salió después que vosotros, porque vosotros no pasasteis por delante de ella... Bueno, supongo que te habrías dado cuenta si vuestro taxi hubiera adelantado al coche en el que ella iba.

Eidesen no dijo nada.

—¿Por qué crees que Katrine no te contó que Kramer iría a recogerla?

El joven aguardó un poco antes de contestar.

—No sé qué decir —respondió en voz baja, y carraspeó—. La verdad, no sé qué decir —repitió—. No tenía la menor idea sobre ese asunto.

—¿Qué tipo de relación había entre Henning Kramer y Katrine?

—¿Relación? Bueno, eran amigos, pero a veces pensaba que...

—¿...ella te era infiel? —completó la frase el policía.

—Yo no dicho eso.

—¿Le eras tú infiel?

—¿Eh?

—¿Alguna vez, mientras estuvisteis juntos, la engañaste con otras mujeres?

—No —respondió Eidesen.

—¿Nunca?

Eidesen sacudió la cabeza.

—¿Tampoco la noche en que la mataron?

El joven levantó los ojos hacia el comisario en silencio.

—Vamos, no te lo pregunto para divertirme, ¿estabas con otra mujer cuando mataron a Katrine?

—Ustedes han hablado con Merethe... —respondió carraspeando.

Gunnarstranda suspiró pesadamente.

—Yo quería esperar hasta que ustedes hubiesen hablado con ella. Había pensado decírselo, pero quería esperar.

—Eidesen —dijo Gunnarstranda soltando el aire, desencantado—. Supongamos que te inculpan en este caso y que tienes que comparecer ante un tribunal para decidir si vas a ir a la cárcel o no. Entonces deberías ir acompañado de un abogado, y ¿sabes lo que te diría ese abogado? Pues te soplaría al oído: «Por el amor de Dios, que no te pillen nunca mintiendo. Con una sola vez que no digas la verdad, habrás perdido tu credibilidad para el resto del juicio». En resumen: si has mentido una vez, ¿quién puede asegurarme que no vas a seguir mintiendo en todo lo demás?

Los dos hombres se miraron en silencio.

—Quisiera cambiar mi declaración —dijo finalmente Eidesen.

—¿Qué quieres cambiar?

—Lo de que tomé un taxi para ir a casa después de salir del Smuget aquella noche.

—¿Qué fue lo que pasó realmente?

—Me fui con Merethe Fossum a su casa.

—¿A qué hora llegasteis allí?

—Entre las tres y las cuatro de la madrugada.

—¿Y qué hicisteis?

—Abrimos una botella de vino y nos acostamos juntos.

—¿Y por qué debería creerme eso?

—Porque es la verdad.

—Entonces ¿por qué dijiste otra cosa antes?

—No lo sé.

—Bueno, por lo menos intenta que esta nueva declaración sea más creíble que la anterior.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Dame alguna prueba —pidió el policía, impaciente—. Algo que haga que pueda creerte.

—Merethe tiene una lámina de Audrey Hepburn en su dormitorio, una foto de la película... *Desayuno con diamantes*, ya sabe...

—Eso podrías haberlo observado antes... o después de aquel día.

—Pero si la conocí en aquella fiesta.

—Pero igualmente podrías haber visto el póster en los días subsiguientes a esa noche.

—Tiene una marca de nacimiento.

El policía suspiró.

—En la parte interior del muslo, muy arriba —dijo Eidesen.

—También puedes haber visto eso más tarde.

—Solamente si hubiese pasado otra noche con ella, pero no fue así.

—¿Y por qué tendría yo que molestarme en interrogarla otra vez? —Gunnarstranda se levantó—. Me fastidias con tus mentiras, me haces perder el tiempo. —Señaló con una mano los objetos que habían pertenecido a Katrine Bratterud y añadió—: ¿Quieres que atrapemos al que la mató, sí o no?

Eidesen no contestó. Trataba de contener el carraspeo. Gunnarstranda se dirigió hacia la ventana y se puso las manos a la espalda.

—Hay algo que... —empezó a decir el joven al cabo de un rato.

Gunnarstranda miró el cielo azul, donde por encima de las montañas bajas del oeste se adivinaba un objeto volador, tal vez un parapente. El comisario no respondió, ni siquiera se volvió.

—Después de todo, Katrine tenía un pasado bastante turbio —prosiguió Eidesen—. Imagínese que hubiera sido usted el que hubiera estado con una chica que se había acostado con medio mundo.

Y guardó de nuevo silencio. Al rato, Gunnarstranda se volvió y lo miró fijamente.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—No sé —suspiró Eidesen—. Es lo que pienso, simplemente.

—¿Conoces a alguno de esos hombres a los que aludes?

—No me interesan.

—¿Mencionó Katrine alguna vez a un hombre llamado Raymond?

—No lo creo.

—¿Raymond Skau?

—No.

—¿Estás completamente seguro?

—Jamás he oído ese nombre antes, ni en boca de ella ni de otra persona.

—Aquel sábado, antes de ir la fiesta, ¿qué fue lo que sucedió? ¿Cuándo os

encontrasteis?

—Yo ya estaba en su casa cuando ella llegó. Ese sábado trabajaba.

—¿Tú estabas en casa de Katrine?

—Sí, pasé allí la noche del viernes. Ese día fuimos al cine, a ver *Matrix*. Me pareció una película genial, pero creo que ella no se divirtió tanto como yo.

—¿No le gustó?

—A ella solían gustarle las películas de acción con actores guaperas, efectos especiales y todo eso, pero aquel día estaba como pensativa...

—¿Pensativa?

—Sí, pensativa. Después fuimos a su casa en Hovseter, ya era tarde y nos acostamos. A la mañana siguiente me desperté cuando ella se levantó para ir al trabajo a... eso de las ocho y cuarto, creo. La agencia la abrían a las nueve.

Gunnarstranda se apartó de la ventana. Cruzó la habitación y se sentó en una silla, frente a Eidesen.

—¿Y tú? —le preguntó.

—Yo tenía el día libre, así que me quedé acostado. Dormí hasta un poco después del mediodía. No recuerdo exactamente a qué hora me levanté, era tarde por la mañana, y me fui a entrenar. Corrí hacia Bogstad y luego regresé. Compré unos periódicos, los leí y preparé algo de comer para cuando ella volviera.

—¿A qué hora volvió a casa?

—Por la tarde, temprano, a eso de las dos y media o tres.

—¿Y entonces?

—Comimos, ella se duchó y todo eso. Yo vi un partido de fútbol en la tele, el Molde contra el Stabæk... Terminó con empate a cero.

—Y, mientras tanto, ¿qué hacía ella?

Eidesen se encogió de hombros.

—No lo recuerdo exactamente... andaba con sus cosas. Se estaba probando ropa, y todo eso.

—¿Ropa?

—Sí, estaba un poco nerviosa pensando en lo que se pondría esa noche.

—¿Y algo más?

—Estuvo hablando por teléfono...

—¿A quién llamó?

—Ni idea. Yo estaba mirando el partido de fútbol, que iba a durar casi hasta las seis.

—¿Seguía pareciendo pensativa?

—Un poco. Pero también nerviosa... pensativa y nerviosa.

Gunnarstranda esperaba más detalles.

—Imagino que estaría algo nerviosa por la fiesta, ya sabe.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quiere decir?

—No sé, quizá estaba así porque le había sucedido algo en el trabajo. Tal vez te comenté algo al respecto...

Eidesen negó con la cabeza.

—¿Entonces no te dijo nada sobre su trabajo?

—No.

—¿Cuántas veces llamó por teléfono?

—Varias. Pero no conté cuántas.

—¿Oíste de qué hablaba?

—No. Cerró la puerta. El teléfono está en el vestíbulo. Creo que la tele estaba un poco alta, así que Katrine cerró la puerta para hablar.

—¿Y cómo sabes entonces que llamó varias veces?

—Porque en la puerta que separa el salón del vestíbulo hay un cristal. Vi que colgaba el teléfono, se paseaba arriba y abajo del vestíbulo, luego se sentaba y marcaba de nuevo.

—¿Cuántas veces llamó?

—No tengo idea.

—¿Fueron más de dos?

—Sí, debieron de ser más.

—¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—Creo que fueron tres o cuatro.

—¿No sabes si habló con Sigrid Haugom?

—Es posible, pero no me lo dijo.

—¿Y tú no sentiste curiosidad, sobre todo al ver que llamaba tantas veces?

Eidesen hizo una mueca al tiempo que meneaba la cabeza.

—Eso es un poco raro —dijo el policía—. La mayoría de los chicos hubieran querido saber con quién había estado hablando su novia.

—Pensé que eran cotilleos de los suyos. Como todas las mujeres, se pasan el rato cotilleando entre ellas.

—¿Estás seguro de que no trató de hablar contigo sobre algo en especial ese día? Tal vez tú no le prestaste atención...

—No comprendo lo que quiere decir.

—Supón que ese día le había pasado algo en el trabajo y que ella quería comentártelo, pero tú estabas tan enfrascado en el fútbol que no te diste cuenta de que quería decirte algo importante...

—No —dijo Eidesen categóricamente—. Me hubiera dado cuenta.

—Pero ella estaba inquieta.

—Estaba enloquecida. Y todo por causa de la maldita fiesta. Tenía los nervios a

flor de piel.

—¿Cómo expresaba sus nervios?

—Pues... se probó un montón de ropa, y estaba... como si tuviera el síndrome premenstrual.

—¿El síndrome premenstrual?

—Sí, ya sabe, se irritaba por cualquier cosa.

—¿Por cualquier cosa? ¿Por qué, por ejemplo?

—Pues estaba furiosa porque yo quería ver el partido, y porque no había doblado los periódicos, y porque mi chándal estaba tirado en el suelo del baño. Por cosas así...

—¿Tenía arranques de mal humor?

—Decir que estaba de mal humor es decir poco.

—¿Y no tendría algo que ver contigo?

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, que si esos arranques eran algo puntual de ese día o si ella te consideraba un holgazán.

—No, no, no —aseguró Eidesen—. Fue algo puntual.

—Según otro testigo, Katrine estaba muy nerviosa ese día porque tenía un secreto que no quería contarle a nadie.

—¿Un secreto?

—¿Tú no notaste nada especial?

—No, en absoluto.

—¿Y no se te enciende la bombilla cuando te digo la palabra «secreto»? ¿Vosotros dos no compartíais profundos secretos, algo que no le hubierais confiado a ninguna otra persona?

—No, que yo recuerde en este momento.

El policía asintió lentamente.

—Pero hay algo que no entiendo —continuó Gunnarstranda—. ¿Por qué estás tan seguro de que Katrine estaba nerviosa y de mal humor a causa de la fiesta?

—Porque ella lo dijo.

—Cuéntamelo.

—Le pregunté qué mosca le había picado, porque me tiró el chándal a la cara, y entonces se quedó allí de pie, mirándome, como si estuviera recapacitando, y me dijo que estaba nerviosa por la fiesta.

—¿Cuáles fueron exactamente sus palabras?

Eidesen arrugó la frente en un esfuerzo por recordar.

—Le dije algo así como «¿Qué mosca te ha picado?» o «¿Y a ti qué te pasa?». Y ella entonces dijo: «Estoy muy exaltada».

—Ah, ¿sí?

—Eso dijo.

—«Estoy muy exaltada».

—Exactamente.

—¿Y por qué lo interpretas como que estaba nerviosa?

—Estaba exaltada... nerviosa —agregó Eidesen cuando vio el escepticismo en el rostro del policía—. Eso es lo que quería decir cuando usó la palabra «exaltada», quiso decir nerviosa, inquieta.

—Pero quizá estuviera nerviosa por algo que ya hubiera pasado, no por algo que fuera a pasar más tarde.

Eidesen reflexionó de nuevo.

—Yo creo que era por la fiesta. O, por lo menos, así lo interpreté.

—Sigrid Haugom dice que Katrine la llamó ese sábado. Dice que estaba angustiada por algo que le había sucedido en la agencia de viajes. Katrine quería hablar con ella de lo sucedido.

Eidesen se encogió de hombros.

—Tenemos motivos para pensar que se sentía amenazada —prosiguió el policía.

—¿Amenazada?

—¿A ti no te dijo nada de esto?

Eidesen negó con la cabeza.

—No, que yo recuerde.

—Tengo que pedirte que hagas memoria una vez más: cuando Katrine te explicó la razón por la que estaba irritable, ¿cuáles fueron las palabras que usó?

—Ya se lo he dicho: «Estoy muy exaltada».

—¿Y aún sigues pensando que los nervios se debían a la fiesta de esa noche?

—Bueno, después de que usted me ha dicho que estaba amenazada... ¿Qué clase de amenazas eran?

—¿Qué sabías tú sobre el pasado de Katrine? —preguntó Gunnarstranda con suavidad.

—Pues... tanto como saber... De hecho, yo no quería saber nada.

—Hace un rato has dicho algo sobre estar con alguien que se ha acostado con medio mundo.

—Justamente, esa parte de su pasado no era ningún secreto.

—¿Y por qué salías con ella entonces?

—Porque la quería.

—¿Qué era lo que sabías?

—Que había sido drogadicta, que había hecho muchas locuras.

—¿Y sabías algo sobre su pasado en la calle?

—Hay algo que usted tiene que entender en lo referente a mi relación con Katrine —dijo Eidesen en voz baja tras aclararse la garganta y dudar, como si estuviera

buscando las palabras adecuadas—: No me interesaba su pasado.

Gunnarstranda aguardó unos instantes. En aquellos momentos, Ole Eidesen parecía más responsable que nunca.

—Lo pasado, pasado está. La Katrine que hacía la calle era otra persona diferente de la Katrine que yo conocí. Yo no tenía ningún interés en ese ser humano que se prostituía y consumía heroína. A mí me interesaba Katrine.

—Creía que ella nunca había consumido heroína —comentó el policía—. Pensaba que tomaba anfetaminas, cocaína, éxtasis...

—¿Y cree que nunca probó la heroína? Hacía la calle porque era drogadicta.

—Yo no creo nada —replicó Gunnarstranda—. Pero he leído sus informes. ¿Hablabais sobre su pasado?

—Jamás.

—¿Por qué no?

—Ya se lo he dicho: no me interesaba.

—¿Sentías celos de su pasado?

—Por supuesto que no.

—A mí me parece que sí.

—Entonces es usted quien tiene un problema.

—¿Qué ocurría las veces que ella quería hablarte sobre su pasado?

—Le pedía que cerrara la boca.

—¿Te ponías violento?

—Nunca he pegado a nadie.

—¿Tampoco a Katrine?

—No.

—¿Nunca la pegaste?

—Jamás. El mero hecho de que pregunte eso demuestra lo poco que me conoce, y lo poco que la conoce a ella.

—Hace un rato me pediste que tratara de comprender tu tormento. Me pediste que tratara de comprender lo que significa estar con una mujer que se ha acostado con todo el mundo.

—No es eso lo que le pedí.

—Pues yo lo entendí así. Y cuando ahora dices que no quieres discutir sobre su pasado me da la impresión de que lo que te ocurre es que tienes celos de lo que sucedió en su vida antes de conocerla.

—Yo no tengo celos de nada. Nunca he sido celoso. ¿Por qué se empeña en hacerme decir eso?

—Porque podrías haberla matado por ello.

—Ahora sí que ha perdido el norte completamente. Yo nunca le hubiera hecho el menor daño a Katrine. Además, usted mismo ha dicho que Merethe Fossum es mi

coartada para esa noche.

—Bueno, sí, pero supongamos que aquel día Katrine insistió en hablar de su pasado. Supongamos que tú te negaste a escucharla. Entonces empezasteis a discutir, teniendo en cuenta el impacto emocional que te causa que hable de ello...

—Ya le he dicho que su pasado no me causa ningún impacto emocional —lo interrumpió Eidesen.

—Sabemos que Katrine estaba algo fuera de sí aquel día. Probablemente la causa de su estado de ánimo fuera algo que le había sucedido en la agencia de viajes. Y es posible que ese episodio tuviera relación con su pasado como drogadicta. Sería imposible que no se hubiera llevado a casa ese sentimiento de inquietud que experimentó en el trabajo. En realidad, sabemos que así fue, porque le habló de ello a Sigrid Haugom. Le contó lo sucedido mientras tú estabas sentado en la otra habitación. Katrine y tú erais novios, teníais un conocimiento íntimo el uno del otro, dormíais indistintamente en el apartamento del uno o del otro. ¿Cómo no iba a contarte a ti un hecho tan importante?

—Es que yo no tenía interés en su maldito pasado.

—Ahora sí que estás reprimiendo la agresividad con respecto a su pasado.

—¡Para nada!

—Sin embargo —sonrió el policía— estás furioso. Estás que echas chispas. Casi puedo ver el humo saliéndote por las orejas.

—¿Y a usted qué le importa?

—Claro que me importa, estás furioso con ella porque era una puta.

—Ya le he dicho que me importa un carajo lo que hubiera hecho.

—Pero yo no te creo.

—¡Pues váyase a la mierda! —gritó Ole Eidesen.

Gunnarstranda se recostó en su silla. No tenía sentido provocar a aquel tipo. Después de todo, Eidesen tenía una coartada. Lo más probable es que estuviera perdiendo el tiempo con aquel interrogatorio.

Abrió un cajón del escritorio, sacó la ficha policial de Raymond Skau y se la mostró a Eidesen.

—¿Conoces a este tipo?

Eidesen puso la foto sobre el escritorio y la estudió detenidamente. Carraspeó y dijo:

—No.

—¿No lo has visto antes?

—No.

—Trata de recordar. —Trato de recordar todo lo que puedo.

—¿Estás completamente seguro de no haber visto nunca antes a este hombre?

—Estoy seguro. ¿Quién es?

—Es una persona que forma parte del pasado de Katrine.

—¿Quién?

—¿Interesado? —preguntó Gunnarstranda sonriendo.

Eidesen suspiró, desencantado.

—Mándelo a la mierda.

—¿Lo mando yo o lo mandas tú?

—Bien, por mí que se vaya a la mierda. Y me importa un carajo quién es.

—Ya, eso ya lo he comprendido —dijo el policía, pensativo—. Sólo me queda una cosa que todavía no comprendo.

—¿Y qué es?

—Aún no me has preguntado qué fue lo que sucedió aquel sábado en la agencia de viajes.

Mentiras

Gunnarstranda estaba sentado frente a su escritorio, a punto de comerse un plato de patatas fritas, cuando Frølich llamó al teléfono. El comisario se sujetó el auricular entre la barbilla y el hombro mientras intentaba exprimir un poco de ketchup de un sobrecito dentro del cenicero de Cinzano que acababa de lavar. Se salpicó la corbata con un poco de salsa y soltó un taco.

—¡Hemos dado en el blanco! —exclamó Frølich con entusiasmo.

—¿De qué estás hablando?

—Ya podemos proceder al arresto.

—¿De quién?

—De Henning Kramer.

Gunnarstranda se metió un puñado de patatas fritas en la boca.

—¿Por qué? —dijo mientras masticaba.

—He hablado con dos taxistas que confirman la versión de Kramer hasta el muelle de Aker. Ambos recuerdan a la chica. Sin duda era Katrine: una mujer cañón, con falda y sostén negro de encaje. Kramer y ella daban la impresión de ser pareja, y sobre todo la chica estaba de muy buen humor, incluso demasiado excitada. Un camarero del Lekteren (el restaurante de uno de los barcos) también se acordaba muy bien de ella y la vio bailar con un tipo del muelle. Una chica que trabaja en el McDonald's los reconoció a ambos. Compraron hamburguesas con queso y cocacola y luego desaparecieron. El tipo del Lekteren recordaba también a Kramer, pero lo que no podía entender es cómo un tío de aspecto tan soso podía andar con una chica como ella...

—Y todos coinciden en que se lo estaban pasando bien juntos... —lo interrumpió Gunnarstranda mientras hundía un manojo de patatas fritas en el cenicero lleno de ketchup—. ¡Ve al grano! —Las patatas crujieron cuando se las metió en la boca.

—Bien, escucha —prosiguió Frølich, excitado—. Uno de los taxistas que los vio en el muelle, Kardo Bukhtal, llevó a su casa a un pasajero que había estado de parranda cuando ya era de día; recuerda el viaje porque fue muy largo, hasta Ski. En el camino de vuelta tomó por la vieja Mosseveien y pasó por el lugar donde Kramer dijo que había aparcado. Pues bien, el taxista está dispuesto a jurar que vio el mismo coche otra vez allí.

—¿El coche de Kramer?

—Sí, el coche de Kramer, un Audi cabrio verde, con la capota gris. Al taxista le encantan esos coches, por eso redujo la velocidad al pasar junto a él. El descapotable estaba allí aparcado a las seis y media de la mañana. Pero Kramer nos dijo que a esa hora él estaba durmiendo dulcemente en su cama, después de haber dejado a Katrine en la rotonda cercana a Holmlia.

—En otras palabras, Henning Kramer miente.

—Como un candidato a la alcaldía.

Gunnarstranda se manchó los dedos de ketchup.

—¿Dónde estás?

—En Holmen.

Gunnarstranda se levantó. Sosteniendo el auricular con el mentón, se limpió los dedos en una servilleta y se palpó los bolsillos en busca de cigarrillos.

—¿En Holmen? Y ¿qué cojones haces en Holmen? ¡Quiero a Henning Kramer aquí, ya! ¡Con esposas y todo!

—Estoy delante de la casa de su madre —respondió Frølich secamente—. El tipo no está aquí, pero su madre me dio la dirección del hermano. Parece que es allí donde Henning vive cuando su hermano está de viaje.

—¿Y cuál es la dirección?

—Detrás del edificio de la Deichman, en Fredensborgveien, número 33.

—Muy bien, nos encontraremos allí —dijo el comisario, ya de camino hacia la puerta. Bebió el resto de la cocaola mientras bajaba por la escalera, los faldones de la gabardina ondeando detrás de él.

Si Frølich había hablado con la madre de Kramer, ella podría haberlo puesto sobre aviso por teléfono. Gunnarstranda bajó los escalones de tres en tres y alcanzó a ver la figura de Yttergjerde inclinada sobre el mostrador de recepción. Yttergjerde levantó la cabeza y se encontró con la mirada del comisario, que le hizo un movimiento circular con el pulgar levantado. Era suficiente. Yttergjerde comenzó a correr.

La aguja del cuentakilómetros marcaba 110 y los escapates y los peatones pasaban junto al vehículo como sombras grises. Los coches que tenían por delante se apresuraban a arrimarse a las aceras. Yttergjerde conducía a toda velocidad entre las filas de coches, saltándose los semáforos en rojo, metiéndose contra dirección e incorporándose de nuevo al tráfico en el sentido correcto, mientras no dejaba de hablar, como un taxista.

—Estuve en el Glomma este fin de semana —contaba—, con inundaciones y todo; en junio, imagínate. Fui con mi cuñado al lago de Minge, cerca de Sarp. Subimos a un bote y nos dirigimos hacia la costa. A principios de verano hay que hacerlo así, ¿sabes?, cuando está entrando el agua. Pero sólo conseguimos pescar unos lucios muy pequeños, del tamaño de un pulgar. ¡Pero no creas que no mordían! ¡Se tragaban unos cebos que eran el doble de grandes que ellos! ¿Qué te parece? Sólo había...

—¡Mira hacia delante! —le gritó Gunnarstranda, apoyando las dos manos contra el salpicadero para sujetarse.

Pero Yttergjerde dio un volantazo y se metió contra dirección sin reducir la

velocidad. Iba directamente hacia un camión que descargaba mercancías, detrás del cual había una larga fila de coches esperando pasar, que no se habían percatado del vehículo que venía en sentido contrario. El primer coche de la fila asomó el morro y entonces vio que el coche de los policías se le venía encima. Yttergjerde carraspeó, pisó el acelerador y pasó raudo entre el camión y la acera.

—Uno los puede usar de cebo, ¿sabes?, así te ahorras sacarlos del anzuelo. Los lucios son caníbales. Mi cuñado pescó uno de tres kilos, y ¿sabes dónde tenía el anzuelo? ¡En el cráneo! Mi cuñado le había embocado al lucio en la cabeza con el cebo luminoso y lo había matado. ¿Qué te parece? ¡Tres kilos!

—¡Cállate ya! —gritó Gunnarstranda sujetándose a la puerta derecha justo cuando un ciclista se lanzaba de cabeza contra la acera con bicicleta y todo.

Yttergjerde se encogió de hombros. De todas formas ya habían llegado a Fredensborgveien. El penetrante alarido de la sirena se hacía eco entre los edificios. Yttergjerde frenó en seco y estacionó delante de un coche patrulla. Gunnarstranda saltó del coche y corrió hacia la puerta del edificio. ¿Por qué había allí otro coche de policía? Frølich no podía haber llegado tan de prisa.

Subió la escalera a grandes zancadas mientras Yttergjerde se lo tomaba con un poco más de calma detrás de su jefe. Una vez en el segundo piso, Gunnarstranda se detuvo frente a la puerta de un apartamento. Delante de la misma había un policía uniformado. El comisario pasó por delante de él sin decir nada y entró en el piso.

Henning Kramer se había colgado de un gancho que pendía del techo y que estaba destinado a sostener una lámpara. Este parecía lo suficientemente sólido para que colgara de él un elefante, pero en la actual situación daba la impresión de ser endeble. Alguien había descolgado la cuerda del gancho y había depositado al muerto en el suelo.

—Yo lo bajé y lo puse en el suelo —explicó el agente uniformado de la puerta—. Espero no haber causado problemas.

Gunnarstranda le dirigió una mirada reprobatoria. El policía se encogió de hombros y se apoyó contra el marco de la puerta. Además del agente, Gunnarstranda e Yttergjerde, en la habitación también había otro hombre. El comisario lo miró en silencio mientras el desconocido trataba de hacerle un masaje cardíaco al cadáver de Henning Kramer.

El masaje parecía no dar ningún resultado, pero el hombre seguía a horcajadas sobre el muerto, con la blanca camisa empapada de sudor en la espalda, apretando rítmicamente el pecho del cadáver, que se sacudía violentamente cada vez. Las piernas y la cabeza sin vida de Kramer producían un sonido hueco contra el parquet del piso cada vez que el hombre empujaba hacia abajo con las manos. Hizo una breve pausa, cogió aire y siguió apretando el torso del joven.

Gunnarstranda le hizo una seña a Yttergjerde, que se inclinó sobre el hombre y

cortó con la ayuda de unas tijeras la cuerda que seguía ceñida al cuello del muerto. El desconocido miró furtivamente hacia arriba, murmuró algo, y prosiguió.

Gunnarstranda carraspeó y se dirigió al agente de la puerta:

—¿Estaba frío?

—Como el hielo.

El comisario señaló entonces al hombre que se empeñaba en reanimar el cuerpo sin vida de Kramer.

—¿Y quién es ese?

El policía se encogió de hombros.

En ese instante llegó Frølich y se detuvo en la puerta. Miró al muerto y suspiró, desalentado. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Gunnarstranda.

—Él encontró el cadáver —explicó el agente uniformado señalando al desconocido—. Pero ha empezado a reanimarlo hace tan sólo unos instantes.

—Hola, ¿es usted médico? —preguntó Frølich acercándose al hombre.

—Veterinario —contestó él, al tiempo que se volvía.

—Ya está muerto —señaló Gunnarstranda.

—Tenemos que abrirle el pecho —dijo el hombre—. Tenemos que hacer funcionar el corazón masajéandolo con las manos.

—¿Qué? —exclamó, sorprendido, Gunnarstranda.

—Hacer funcionar el corazón masajéandolo con las manos.

—¡Usted está loco! —exclamó Gunnarstranda con los labios temblando por la irritación—. Ese hombre está muerto, ¿no se da cuenta? ¿No ve que está casi azul? Ha estado colgando del techo durante varias horas.

—Tonterías —replicó el veterinario levantándose y dirigiéndose hacia la desordenada cocina. Cogió un enorme cuchillo y lo afiló. Su rostro mostraba una gran concentración mientras sudaba copiosamente—. Tenemos que abrir —anunció.

—Soy yo el que decide lo que hay que hacer aquí —replicó Gunnarstranda con agresividad—. Ese hombre está muerto. —La voz se le quebró ligeramente al pronunciar la palabra «muerto».

—Pero esto es lo que hacemos con las ratas del instituto. Es algo que hago a diario. Les abrimos el pecho y les masajeamos el corazón.

Gunnarstranda miró fijamente al veterinario, que sostenía el cuchillo en la mano derecha. Luego miró a Yttergjerde, que se había arrodillado junto al cadáver y lo observaba como si este escondiera hondos secretos sobre su propia vida. Miró a los otros dos policías, pero le fue imposible conseguir contacto ocular con ellos «No les gusta mi tono de voz —pensó Gunnarstranda—. Tienen miedo de lo que pueda llegar a hacer. Piensan que voy a hacerle daño a ese pobre hombre. Está en estado de *shock*. Cálmate —se dijo a sí mismo—. Ese tipo no es consciente de sus actos».

Un tintineo metálico anunció que el veterinario, que estaba saliendo de la cocina,

había dejado caer el cuchillo al suelo. Le temblaban las manos y le vibraban las mejillas. Era evidente que estaba cerca del colapso. Gunnarstranda, aliviado al ver que el otro ya no sostenía el cuchillo, se volvió hacia la ventana y le señaló un cactus escuálido y gris que se apoyaba contra el cristal.

—¿Ve usted el cactus? —le preguntó.

—No comprendo qué quiere decir —respondió el hombre desde la puerta de la cocina con voz cansada mientras se pasaba la mano por la frente.

—Todavía crece.

—¿Y qué?

—El alféizar no crece.

—¿Hum?

—No se puede conseguir que la madera, una vez cortada, crezca de nuevo, aunque se la atiborre de agua.

El veterinario clavó sus ojos desorbitados en el cactus, y a los pocos segundos se volvió de nuevo hacia el cadáver que estaba tendido en el suelo.

—¡Pero es mi hermano! —exclamó.

Gunnarstranda lo tomó del brazo. «Está a punto de derrumbarse», pensó, y mirándolo a los ojos le dijo:

—Lo siento mucho.

—¿No comprende que no quiero perder a mi hermano?

—Quieto —le ordenó el comisario cuando vio que el tipo se inclinaba para recoger el cuchillo del suelo—. Seguramente usted sea un excelente veterinario —prosiguió con voz más suave—, y seguramente obtenga buenos resultados con las ratas en el laboratorio, pero no debe olvidar que el muerto es un ser humano. Piense que, aun cuando el corazón volviera a palpitar después de abrirle el pecho, no le ha circulado la sangre por el cerebro durante mucho rato, por lo que tendrían que mantenerlo con respiración asistida en estado de coma hasta que alguien fuera lo suficientemente amable como para desenchufarlo del aparato.

—Tiene razón —asintió el hombre—. No se me había ocurrido pensar en eso.

Gunnarstranda señaló el cuchillo del suelo.

—¿Dónde encontró eso?

—¿Qué? —dijo el otro con voz ausente.

—¿Dónde encontró el cuchillo?

—En la cocina.

—¿Entonces ese cuchillo estaba aquí, en el apartamento?

—Por supuesto.

—¿Y usted es su hermano?

—Claro.

Los demás hombres que se encontraban en la habitación respiraron aliviados y

comenzaron a moverse otra vez. Gunnarstranda pudo sentir el peso de sus miradas. Había un cadáver en el suelo y él estaba sosteniendo al hermano del muerto por un brazo. No era la ocasión más adecuada para someterlo a un interrogatorio.

Gunnarstranda inspeccionó el apartamento. Era bonito, decorado con buen gusto. Las paredes estaban cubiertas con estanterías repletas de libros y en algunos lugares, entre estante y estante, había máscaras africanas y láminas artísticas colgadas.

—¿De modo que este es su apartamento? —dijo el comisario mientras continuaba observando a su alrededor. Su mirada se posó entonces sobre una estatuilla de madera que representaba a un jinete y que parecía estar a punto de caerse de un estante. Luego, en el vestíbulo, cerca de la puerta, vio una maleta con la etiqueta de British Airways todavía prendida del asa y, junto a ella, una bolsa en la que se leía «Tax Free»—. ¿Ha estado de viaje?

El veterinario siguió la mirada del policía y asintió con la cabeza.

—¿Durante mucho tiempo?

—Una semana y media.

—Pues menudo recibimiento... —comentó Frølich.

El veterinario se dejó caer en un sillón y se quedó mirando al vacío.

—Estoy agotado —dijo sacudiendo pesadamente la cabeza—. No he dormido desde hace veinticuatro horas, mi cuerpo está trastornado por el cambio horario. Y encima llego aquí y me encuentro a Henning colgando de la lámpara. No puedo más. Esto es demasiado para mí.

—¿Qué hacía...? —empezó a decir Gunnarstranda, pero Frølich lo interrumpió y se puso en cuclillas delante del veterinario, que tenía la mirada perdida.

—Reciba nuestro más sentido pésame —le dijo suavemente—. Comprendemos que esto debe de ser un duro trago para usted. Sin embargo, tenemos la obligación de investigar las circunstancias de la muerte de su hermano. Ahora debería usted venir conmigo; le conseguiré una habitación de hotel hasta mañana.

—Este es mi apartamento —repuso el hombre, desconcertado.

—Por supuesto que lo es.

—¿Entonces por qué no se van ustedes y me dejan a mí aquí?

—Tenemos que llevarnos el cuerpo de su hermano —explicó Frølich—. Y algunos expertos necesitan examinar el apartamento para tratar de averiguar cómo sucedió todo.

—Pero si está bien claro cómo sucedió.

—Señor Kramer —insistió Frølich cogiendo la maleta por el asa—. ¿Le importaría acompañarme?

Gunnarstranda se quedó mirando por la ventana hasta que los vio salir por el portal. Frølich, grande y ancho, con paso bamboleante, y el veterinario, gris y enclenque, con el pelo largo ondeando al viento, aunque con una luna en la coronilla,

mientras se dirigían hacia el coche de policía que estaba aparcado en la calle. Gunnarstranda levantó inconscientemente una mano y se la pasó por su propia calva, haciendo una mueca.

En ese instante entraron en el apartamento los enfermeros de la ambulancia, con una camilla y una bolsa para el cadáver. Gunnarstranda echó una mirada al cuerpo de Kramer.

—Creo que voy a tomarme el fin de semana libre —anunció lacónicamente.

«El Castillo»

Era viernes por la tarde y Drammensveien estaba colapsada de vehículos que salían de la ciudad. Pero tan pronto como Frølich dobló la esquina para subir por las colinas de Lier, el tránsito se aligeró considerablemente, y al llegar a Hurumlandet apenas se divisaban coches, sobre todo cuando salió de la carretera para tomar el sinuoso camino que comunicaba las distintas granjas. De vez en cuando, desde el camino se veía alguna granja donde un perro de caza o un San Bernardo adormecido, con la cabeza entre las patas delanteras, levantaba indolentemente un párpado enrojecido para seguir al coche con la mirada. Más adelante había una zona con campos arados y prados silvestres a ambos lados del camino. Frølich redujo la velocidad para pasar por un estrecho puente sobre un viejo dique y llegó a una zona con elevaciones rocosas. Allí vio a un granjero con sus vacas, que pastaban sobre las rocas o rumiaban perezosamente con la cabeza baja entre los troncos de árboles.

Siempre que Frank Frølich abandonaba una carretera asfaltada ya no sabía cuál era el camino que debía seguir. Como no había llovido desde hacía días, las ramas secas crujían bajo las ruedas y el polvo del camino se arremolinaba en torno al coche, de modo que el policía tuvo que apresurarse a cerrar las ventanillas y las rejillas de ventilación. Un rayo de sol penetraba a través del follaje de los árboles por un costado del camino. Pronto comenzó a pasar por filas de buzones verdes y por cruces en los que se dividía el camino y en los que las rodadas de los tractores y los senderos para el ganado conducían hacia la vegetación.

Frank nunca recordaba dónde tenía que detenerse, sino que reconocía el lugar al ver el cortacésped Bølanz rojo de Gunnarstranda. Sólo cuando veía la cortadora de césped tenía la certeza de que había tomado el camino correcto. Esto le sucedía cada vez, y cada vez también le parecía que el camino era más largo que la vez anterior.

Pasó junto a un campo donde unos hermosos caballos de piel brillante trotaban en círculo en el interior de un cercado. Siguió conduciendo y más adelante vio una hilera de cabañas con los postigos cerrados y unos buzones de madera primorosamente decorados a la entrada.

A lo lejos divisó un contenedor verde de basuras y redujo la velocidad porque creyó reconocerlo. Después del contenedor, el camino se bifurcaba nuevamente. Frølich no estaba seguro de cuál era el ramal correcto, pero decidió tomar el de la derecha, y finalmente, quinientos metros más allá, en la ladera de una colina, descubrió el cortacésped de Gunnarstranda debajo de unos pinos.

Estacionó el coche junto al cortacésped, abrió el maletero y cogió su saco de dormir, la bolsa con la carne, las latas de cerveza y la botella de Ballantine's. Luego cerró con llave y se dirigió a pie por el sendero a la cabaña de su jefe, que llevaba por nombre «El Castillo».

Encontró a Gunnarstranda en el porche, en chándal. Estaba repantigado en un balancín, con los pies apoyados sobre la baranda, liando una tanda de cigarrillos.

Nada más llegar, Frølich le entregó el informe sobre el hermano de Henning Kramer.

—Él es el propietario del descapotable. Henning tenía permiso para usarlo cuando su hermano estaba de viaje; en esta ocasión estuvo diez días fuera. Dice que Henning vivía con la madre, pero se encargaba de cuidarle el apartamento y a veces se quedaba a dormir allí. Esta vez no habían quedado en nada, excepto en que Henning iría a regarle las plantas, incluido el cactus que había junto a la ventana.

Gunnarstranda, que ya había apoyado los pies en el suelo, se levantó para echar más carbón a la parrilla del rincón, donde las brasas chisporroteaban alegremente.

—Coge unos vasos de dentro —le dijo a Frølich mientras él empezaba a desenvolver la carne marinada que había traído su colega.

Frølich pasó por las anchas puertas de cristal y se dirigió hacia una estantería que separaba la sala de la cocina. Cogió dos enormes jarras de cerveza y salió de nuevo al porche.

—Ya he preparado la ensalada —murmuró Gunnarstranda mientras seguía con una mirada aprobatoria a Frølich, que vertía cerveza en las jarras.

—El hermano dice que Henning iba muy a menudo a su apartamento. Además, dice que Henning lo llamó por teléfono el jueves.

—¿En qué momento del día?

—A las ocho de la tarde, hora noruega. Como fue Henning el que llamó, el hermano supone que quería, digamos... despedirse de él.

—¿Y cómo llegó a esa conclusión?

—En primer lugar, porque eran las tres de la madrugada en Filipinas. Henning sentía mucho respeto por su hermano y nunca lo habría llamado en mitad de la noche si no hubiera sido por algo importante. O, al menos, eso dice el hermano. Además, Henning no lo había llamado nunca antes mientras él estaba de viaje en el extranjero.

—El jueves por la noche... Me pregunto qué estaba yo haciendo en ese momento —murmuró el policía como para sí mismo.

—Yo estaba en el cine —dijo Frølich.

—¿Pierdes el tiempo en el cine?

—No fui solo; fui con mi novia. Además, daban una de las películas más brutales que he visto nunca. Era la misma que vio Katrine Bratterud la noche antes de que la liquidaran: *Matrix*. Uno de los personajes tenía la misma barbilla que Henning Kramer; se le parecía bastante, en realidad.

—¡No me digas! ¿Y hacía de bueno o de malo?

—De malo —dijo Frølich con una risita.

—¿Y de qué hablaron?

—¿Quiénes?

—Henning y su hermano, cuando Henning lo llamó esa noche.

—Sobre el significado de la vida, sobre la predestinación, sobre si uno puede controlar su propia vida... en resumen: sobre el destino.

—Pero esos pensamientos no son propios necesariamente de alguien que está depresivo —repuso Gunnarstranda.

—En cualquier caso, podría haber esperado a que su hermano llegara a casa para hablar de ello.

—Tal vez tenía otros motivos para llamar, pero como ese tío era medio filósofo, empezó hablando de ese tema y...

—Pero si después se quitó la vida...

—Eso no lo sabemos —lo interrumpió Gunnarstranda—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar quién eres y de dónde vienes?

—Creo que eso está bastante claro...

—Me refiero a, como ser humano, cuál es el sentido de la vida, o si existe un propósito definido.

Frølich rio por debajo de la nariz, pero se tragó la risa en cuanto observó la seria mirada de su jefe, se encogió de hombros y respondió:

—No pienso en eso muy a menudo, la verdad.

El policía de más edad contempló a Frølich, irritado.

—Tarde o temprano lo harás, porque todo el mundo lo hace. Es posible que Henning Kramer empezara un poco pronto a cuestionárselo, nada más. ¿Tiene su hermano alguna idea de dónde pudo haber escondido Henning una carta?

—No.

Frølich miró distraídamente el fondo de la jarra. Los restos de la espuma parecían telarañas en las paredes de esta. Montones de burbujas blancas ascendían desde el líquido dorado. Se llevó la jarra a los labios y bebió con fruición.

Gunnarstranda entró en la cabaña y se dirigió a la cocina a buscar algo. Mientras, en el porche, su compañero se volvió y se dispuso a contemplar el bosque, que terminaba en un campo abierto, y este, a su vez, conducía hacia la ancha franja azul del fiordo de Drammen. A lo lejos se veía un conjunto de veleros que navegaban muy juntos y que probablemente estaban participando en alguna regata.

Gunnarstranda regresó con los platos y una fuente de madera repleta de ensalada. Lo acomodó todo en la mesa y puso la carne a asar, que en seguida empezó a soltar grasa y humo.

—¿Tú habrías ido a suicidarte a casa de tu hermano? —preguntó el comisario de policía. Cogió la botella de whisky, la abrió y luego aspiró su aroma.

—Yo no tengo ningún hermano —respondió Frølich.

Su jefe le dirigió una mirada tan cortante que Frølich se apresuró a añadir, para

enmendar su estúpida respuesta:

—Yo no me hubiera suicidado, ni en casa de ningún pariente ni en ningún otro lado.

—Justamente —asintió Gunnarstranda al tiempo que servía un poco de whisky en un vaso. Lo degustó, cerró los ojos con aprobación y continuó—: Alguien que realmente tiene la intención de suicidarse se aísla socialmente, advierte a los que lo rodean de que la vida no merece ser vivida, se compadece de sí mismo... Pero Henning Kramer no hizo nada de eso.

—Es cierto. Su hermano estaba completamente atónito, ya lo viste. Lo acompañé a casa de su madre, donde se quedará unos días. Sólo se tienen el uno al otro, ahora que Henning ha muerto; el padre falleció hace bastante tiempo en un accidente de tráfico.

—Henning Kramer no era ni por asomo el típico suicida —declaró decididamente el comisario—. El proceso del suicidio es como un embudo; empieza con distintas señales, que pueden ir en varias direcciones, pero a medida que la psicosis se desarrolla, el suicidio se va convirtiendo en una idea obsesiva.

—Sí, pero nosotros no lo conocíamos demasiado. Tal vez estaba bajo tratamiento psiquiátrico y no lo sabíamos.

—No, eso es imposible: trabajaba en un centro de desintoxicación. Los empleados de este tipo de instituciones tienen que superar unas pruebas bastante exhaustivas. Una persona que estuviera en tratamiento psiquiátrico nunca las pasaría.

—Bueno, esas pruebas no pueden ser tan exhaustivas como dices —rio Frølich—. Henning Kramer fumaba marihuana que cultivaba en su propia casa. El alféizar de la ventana de casa de su madre era como un invernadero.

Gunnarstranda suspiró, dándose por vencido.

—Además, tal vez la depresión le sobrevino después —añadió Frølich—. Si es que él mató a Katrine...

—Ese es el quid de la cuestión —comentó Gunnarstranda.

Ambos permanecieron en silencio, pensativos, durante unos instantes.

—Él podría haberlo hecho —repitió Frølich juntando las manos—. Él podría haber matado a la chica.

—¿Y cómo llegaron las joyas a manos de Skau? —quiso saber Gunnarstranda.

—Ni idea.

—Raymond Skau va a tener que darnos una buena explicación al respecto.

Sin embargo, el policía más joven seguía sin sacarse de la cabeza a Henning Kramer.

—Teniendo en cuenta las declaraciones del taxista con el que hablé, Henning Kramer mintió como un bellaco con respecto a lo que pasó aquella noche.

—Pero entonces ¿por qué se suicidó?

—¿Porque ya no podía resistir por más tiempo el sentimiento de culpa?

Ambos se rieron.

Gunnarstranda fue hasta la parrilla y le dio la vuelta a la carne mientras Frølich se servía más cerveza y seguía contemplando el paisaje.

—En resumidas cuentas —dijo Frølich al cabo de un rato—, lo que sabemos a ciencia cierta es que la chica fue asesinada y que Henning Kramer mintió con respecto a lo que hizo aquella noche. Tal vez fue él quien le quitó las joyas a Katrine y luego se las vendió a Skau. —Se interrumpió y, señalando en dirección sur, dijo—: Mira, parece que se avecina una tormenta.

Gunnarstranda miró al cielo unos instantes antes de sacar un cigarrillo y encendérselo protegiéndose del viento con la mano.

—Son las mismas nubes que se ven siempre desde mi casa de Oslo sobre la bahía de Nes. No va a llover aquí, sino encima del agua, en el fiordo.

Levantó un trozo de carne y lo examinó antes de soltarlo de nuevo sobre la parrilla.

—Bueno, entonces debemos tratar de averiguar por qué querría Kramer quitarle las joyas a la chica —dijo finalmente Gunnarstranda—. ¿Qué motivo podría tener para quitarle toda la ropa y además las joyas, después de haberla matado?

—Para borrar posibles rastros —respondió Frølich. Pero al ver la mirada crítica de su jefe prosiguió, un poco a la defensiva—: No sé qué es lo que pensó, no tengo ni idea. Pero el caso es que él... quiero decir, el que la mató, tuvo que ser el mismo que le quitó las joyas. ¿Y para qué? Tal vez quisiera un recuerdo, o quizá pensó que podía sacarles algo de provecho.

—Tal vez el asesino fuera un simple ladrón —señaló Gunnarstranda en el mismo instante en que le sobrevinía un acceso de tos.

Mientras Gunnarstranda luchaba con su tos, Frølich empezó a cortar un poco de lechuga.

—¿Le robaría Henning a Katrine? —dijo poco convencido.

—Henning, no. Si el motivo del asesinato fue el robo, tuvo que ser Skau.

Frølich arrugó la nariz, no demasiado convencido con aquella teoría.

Gunnarstranda ya había recuperado el aliento y empezó a reflexionar en voz alta:

—Raymond Skau es el perfecto criminal —afirmó—. Es el hombre que hemos estado buscando: un tipo violento que se topa con una chica ligerita de ropa de madrugada. Además, resulta que tiempo atrás había mantenido una relación con ella y la había zurrado varias veces, movido por los celos. También es muy típico de un tío así que se apropiara de las joyas. Pero... ¡mierda! ¿Por qué tuvo que mentir Kramer? —Gunnarstranda dio un puñetazo sobre la mesa.

—Debemos encontrar a Skau —señaló Frølich—. Por otra parte, parece que Gerdhardsen empieza a estar fuera de sospecha.

—Nadie está fuera de sospecha —replicó Gunnarstranda.

Frølich suspiró.

—Lo único que sabemos con seguridad es que Henning aparcó en esa zona de descanso del lago Gjer. Algunos testigos confirman que vieron su coche.

—¿Y entonces?

—Supongamos que fue él quien la mató —sugirió Frølich tranquilamente—. Tal vez se enteró de que Raymond Skau había ido a molestarla al trabajo; quizá era consciente de que tenía problemas con ese tipo. Por lo que sabemos, Katrine hizo varias llamadas aquel día, y quizá una de ellas fue a Henning. Imagínatelos en el coche. Ella, hermosa, deliciosa, medio desnuda, feliz. Él, fogoso y excitado. Tal vez no compartían la misma idea: él iba loco por mantener relaciones sexuales con ella; ella, en cambio, sólo disfrutaba del momento. Él la rodea con los brazos. Katrine trata de apartarse, bromeando, pero él no la suelta. Se pone furioso, la viola y luego la estrangula. Lo más normal, siguiendo la lógica de un criminal, es que le quitara la ropa y las joyas para ocultar las huellas, pero al mismo tiempo debió de pensar que la policía encontraría restos de semen en el cadáver. En algún sitio habría leído algo sobre las pruebas de ADN, y debía de saber que el semen podría delatarlo. Por tanto, nos vende la historia de que ambos mantuvieron relaciones voluntariamente en el coche y se guarda las joyas para venderlas más tarde.

—Esta teoría no es demasiado consistente —repuso Gunnarstranda.

—Bueno, pues sugiere algo mejor.

—Lo que sugiero es que comamos —dijo Gunnarstranda cogiendo una bandeja y yendo luego hacia la parrilla a sacar la carne.

Comieron un rato en silencio: ensalada, ternera marinada y pan blanco del día. Bebieron cerveza fría. Frølich se sorprendió a sí mismo pensando que nunca habría creído que lo pasaría bien almorzando con el cascarrabias de su jefe. Finalmente, fue Gunnarstranda quien rompió el silencio.

—Henning confesó haber recogido a la chica en casa de Annabeth Ås. Tal vez, Raymond Skau estuviera allí fuera, escondido, esperando a que saliera Katrine. Ese mismo día, por la mañana, ya había ido al trabajo y la había amenazado. Y quizá luego siguió a la chica y a Eidesen hasta la fiesta. Imagínatelo merodeando por los alrededores de la casa de los Gerdhardsen. Entonces, cuando Katrine salió, la vio subir al coche de Kramer y los siguió hasta el muelle de Aker. Sabemos que una vez allí compraron comida en un McDonald's. Luego, según la declaración de Henning Kramer, se dirigieron a la playa de Ingier, pero al poco vieron aparecer un coche y se marcharon a otra parte.

Gunnarstranda se interrumpió y reflexionó unos instantes sobre sus propias palabras.

Frølich sirvió cerveza en los vasos de ambos. Un pichón se posó en la baranda de

la terraza y se balanceó con la colita.

—¡Tenemos espectadores! —exclamó Frølich—. Un espía.

—Si consideramos las cosas fríamente y pensamos con lógica —prosiguió Gunnarstranda—, creo que nos las tendremos que ver con un asesino casual. Cuando le echemos el guante a Skau, les encargaremos a los del departamento de medicina forense que le tomen una muestra de ADN. Si se demuestra que la piel que Katrine tenía bajo las uñas pertenece a Skau, sólo será cuestión de tiempo encontrar en su ropa restos del pelo de la chica. Cuando eso suceda, todo este maldito caso quedará listo.

—¿Y dónde crees que está ese tío?

—Posiblemente en Suecia —declaró Gunnarstranda al tiempo que untaba una rebanada de pan con mantequilla—. También es muy típico. Tiempo atrás atrapé a un par de asesinos que pensaban que sólo era cuestión de salir por un tiempo del país, hasta que se calmaran los ánimos. Uno de ellos se marchó a Dinamarca y el otro a Suecia, y volvieron al cabo de un par de semanas. Skau hará lo mismo, y entonces será nuestro.

Los dos policías guardaron silencio y observaron el cielo. Gunnarstranda masticaba pensativamente, mientras que Frølich cruzó las piernas y se relajó, de cara al sol.

—No recuerdo haber visto marcas de arañazos en el rostro de Kramer —dijo Gunnarstranda al cabo de un rato.

Frølich dejó asomar una sonrisa. Su jefe todavía no había aceptado la idea de que Kramer podría ser el asesino.

—No sabemos dónde lo arañó —dijo—. El forense nos dirá si Henning tenía arañazos.

Gunnarstranda puso una cara como si acabara de recordar en ese momento que él era el anfitrión y que Frølich era su huésped.

—Bien venido a mi casa —dijo sonriendo.

—Gracias. Y gracias también por la comida.

—Gracias a ti. ¿Juegas al ajedrez?

A Frølich le dio un vuelco el corazón. ¡El ajedrez! ¡Justo ahora que se lo estaban pasando tan bien! El ajedrez, ese juego en que una pieza se llama «alfil» y otra «caballo», y una de las dos se mueve en forma de L. Le dio un buen trago a la cerveza para ganar tiempo. El ajedrez, pensó, ese juego donde uno de los dos, la reina o el rey, tiene que estar en la casilla D1.

—Es justo en lo que estaba pensando —dijo Gunnarstranda, contento—. Todo buen policía ama el ajedrez, ¿no crees?

Frank recordó cómo había llegado a odiar el ajedrez en algunas ocasiones. Eso de que uno continuamente tuviera que decidir estrategias y se viera obligado a pensar un

montón de jugadas antes de tiempo para tomar una decisión...

—Tengo pocas ocasiones de jugar —respondió con cautela.

—Anda, ven —le dijo Gunnarstranda guiándolo hacia el interior de la cabaña, hasta una mesa baja con la superficie de madera negra—. Es viernes por la tarde. Celebrémoslo en este marco incomparable, con cerveza, whisky y ajedrez. —Y agregó con una sonrisa—: Bienvenido al paraíso.

La chica «Playmate» del día

A la mañana siguiente, cuando Frølich se marchó de la cabaña de Gunnarstranda, fue directamente hacia Drammen, pero en lugar de girar a la derecha, hacia Oslo, lo hizo hacia la izquierda, hacia Kongsberg. Salió de la autopista conocida como la «Vía Europea» y continuó durante una buena media hora hasta la salida de la carretera nacional que atravesaba Nedre Eiker.

Finalmente, detuvo el coche y observó durante un rato la urbanización, que debía de haber sido construida en los años setenta. Las casas estaban diligentemente alineadas en fila. Se había intentado construirlas adaptándolas a la forma natural del terreno, pero el intento había resultado un fracaso, teniendo en cuenta que la zona comprendía dos enormes plataformas que bajaban, escalonadas, hasta una grieta en forma de V, por la cual, probablemente años atrás, había corrido un arroyo. A lo largo de las plataformas había filas de casas adosadas de dos plantas, monotonía que tan sólo era rota de vez en cuando por alguna casa prefabricada de una sola planta.

El conjunto se caracterizaba por techos recubiertos de aglomerado y ventanas cuadradas de vidrio doble y aspecto poco acogedor. Aquí y allá se veían algunas viviendas de construcción más ambiciosa, con enormes terrazas y «ornamentos» de prosperidad en los techos, es decir, remates triangulares con ventanas de vidrios pequeños en el centro. Otras habían sido equipadas con detalles más «chic», como columnas de imitación griega en la entrada o ventanas con vitrales de colores. En la mayoría de los jardines habían conseguido crecer árboles frutales y arbustos de bayas.

Frank Frølich bajó del coche y se internó en el vecindario. Oyó el ruido del motor de una segadora procedente de algún lugar y vio a una niña que esperaba sola sentada en un columpio. La pequeña se metió un dedo en la boca y miró con los ojos muy abiertos al policía que pasaba por delante de ella. En una terraza, un poco más lejos, un chiquillo sentado en un pequeño tractor de plástico imitaba el ruido del motor con la boca. Frank divisó la casa de la madre de Katrine mucho antes de ver el número en la pared. Una sensación de infortunio emanaba de la frágil construcción; era algo que tenía que ver con los negros boquetes del tejado, las manchas en la pintura agrietada, el buzón torcido por el viento, el cubo de basura volcado, el césped del jardín tan crecido que competía con los largos tallos de las flores y la endeble escalinata de madera que amenazaba con venirse abajo de un momento a otro.

Le abrió la puerta una mujer gruesa, con unas descomunales bolsas bajo los ojos y una cabellera roja y rizada. El policía la recordaba del funeral. Era la mujer que llevaba un bolso colgado del brazo y se había agarrado de la mano de Annabeth Ås después de la ceremonia.

Frølich se presentó. La mirada de la mujer se iluminó con una débil luz amarilla, como si de una llama de alcohol que se nutría de las bolsas de los ojos se tratara.

—Está usted algo lejos de casa —dijo ella—. Esto es Buskerud.

Frølich contestó a la bienvenida con una sonrisa digna de un telepredicador.

—He venido más que nada para hablar de Katrine... de manera extraoficial —dijo, y puso respetuosamente las manos en la espalda.

—¿Para qué?

—Para conocer sus antecedentes... su infancia... Simplemente, para saber un poco más de ella.

Un enorme mechón de pelo rojo ensortijado le cayó sobre la frente. La mujer se lo echó hacia atrás con una mano que parecía una maza. Los dedos eran cortos y gruesos y estaban enrojecidos por el eccema.

—Me hubiera gustado que entrara, pero me temo que eso no va a ser posible.

—Podemos dar un paseo —sugirió Frølich.

—¿Dar una vuelta por el vecindario con un policía? ¡¿Cómo se le ocurre?!

Torció la cabeza y miró insistentemente de perfil a Frølich. Era la mirada de un pájaro enloquecido.

Frølich desvió la mirada y vio la madera de la puerta gris, entumecida por la humedad, por debajo del barniz. «Una gotera», pensó. Y al mismo tiempo cayó en la cuenta de por qué la escalinata parecía ladeada: los fundamentos estaban carcomidos.

El silencio duró una eternidad. Un insecto de seis patas y caparazón triangular caminaba lenta y cuidadosamente por el borde de la barandilla. Tenía dos trompas, parecidas a dos antenas, que le servían para ir siguiendo el camino, como hacen los ciegos, que van dando golpecitos con el bastón para detectar los peligros que tienen por delante. «Me pregunto si debe de saber adónde va», pensó Frølich levantando otra vez la cabeza para volver a encontrarse con la mirada furibunda de la mujer.

—Bueno, está bien, pase si quiere —dijo finalmente al tiempo que se volvía lentamente—. Siéntese donde quiera, pero no en la silla del gato —dijo débilmente mientras se retiraba el rizo de la frente, que inmediatamente volvió a caer en el mismo sitio. Estiró el labio inferior y se lo sopló hacia arriba—. Esa es la silla del gato, y si se sienta en ella, tendrá que lavarse el pantalón al llegar a casa.

Frølich miró a su alrededor y vio la cocina, en donde el sol penetraba por la ventana haciendo brillar las manchas del suelo con un brillo mate y reseco. Entró en la habitación, halló una silla junto a una mesa pequeña y se la llevó a la sala.

—¿Hacía mucho que Katrine no venía a visitarla? —preguntó mientras se sentaba.

—Nunca volvió a casa.

Frølich guardó silencio.

—Bueno, ahora ya está muerta, y eso es triste, pero tenía que terminar mal —prosiguió la mujer—. Siempre lo supe. Era una embustera. Anduvo con hombres desde que era así de alta —dijo colocando la palma de la mano a un metro del suelo.

—¿Qué quiere usted decir con que era una embustera?

—Pues que mentía constantemente sobre cualquier tema y a todo el mundo. Además, nada era suficiente para ella, nunca tenía bastante. La última vez que vino, hace dos años, le preparé su comida favorita de cuando era pequeña. Pero eso no era bastante para mi hija, ¡oh, no! Tendría que haber visto a aquella entrometida que vino con ella; una finolis que se paseó por la sala con los brazos cruzados, como si tuviera miedo de contagiarse con alguna enfermedad si tocaba alguna de mis cosas. Esa gente conduce coches caros y come comida más fina. Yo era poca cosa para ellos. Katrine tenía muchos aires de grandeza; decía que era una mujer distinguida, ¡ella, que era hija de alguien que ni siquiera pudo cuidar de sus hijos!

—Ustedes la adoptaron, ¿no?

—Pues sí, era adoptada.

Frølich se quedó esperando a que la mujer continuara, pero no fue así. Durante unos momentos sopesó el modo de formular la siguiente pregunta, pero entonces ella siguió hablando:

—Katrine quería mucho a su padre, mi marido. Eran inseparables. Y a mi hija le fue bien durante el tiempo que él vivió. Pero entonces falleció de cáncer. Creo que tenía once años por aquel entonces. Cuando nos quedamos las dos solas, nunca acabamos de llevarnos bien; Katrine era una mocosa muy testaruda.

Frølich carraspeó para anunciar que iba a hablar, pero la mujer lo interrumpió.

—Ahora ya están los dos juntos, finalmente. Pondré la urna de ella en la tumba de su padre.

Frølich seguía tratando de interpretar lo que se escondía detrás de aquella mirada patética, pero finalmente se dio por vencido. Cuando el silencio ya había durado lo suficiente, le preguntó en un tono casual:

—¿Por qué la adoptaron?

—Yo no podía tener hijos.

—Quiero decir... ¿por qué Katrine...?

—Su verdadera madre había muerto. Era lo único que sabíamos. Y luego, unos años más tarde, murió Fredrik. Así pues, no pasó mucho tiempo antes de que me viera ahuyentando a tipos de mi casa. Ese fue el problema que tuve con ella, Katrine no soportó perder a su padre.

—La madre biológica de Katrine ¿de qué murió?

—Nadie lo sabe. Pero eso daba alas a la imaginación de la chica. Puede creerme, fantaseaba constantemente con todo.

Frank Frølich asintió y miró al suelo. No le gustaba pensar en niños pequeños con sueños inalcanzables.

—¿Sabe?, Katrine pensaba en aviones que se estrellan y en coches que chocan... ¡Creía que en realidad ella provenía del castillo de Soria Moría^[4]!

Frølich recordó una misión policial de hacía años en la que él y otros dos policías tuvieron que rescatar a una niña de manos de sus padres porque sufría malos tratos por parte de estos. La pequeña tenía entonces siete años. ¿Cuántos debía de tener ahora? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve?

—Pero, por lo que a mí respecta, esa mujer podría haber sido drogadicta o simplemente morirse de cáncer, como mi marido. No sabíamos nada, pero tampoco queríamos preguntar. No queríamos saber nada.

—¿Le dice algo el nombre de Raymond Skau?

La mujer hizo una mueca amarga.

—Parece que lo conoce —señaló Frølich.

Ella asintió.

—Fue él quien la llevó por el mal camino. Era un hombre mucho mayor que ella, uno de los peores tipejos de este vecindario, que acabó mudándose a Oslo. Él ya no viene por aquí. Pero, por aquel entonces, eran novios o algo así. Ella se mudó a su casa, a la de Raymond, tan pronto como tuvo la edad para hacerlo.

—¿Cuántos años tenía entonces?

—Quince, quizá... ¿O dieciséis? No sé, el caso es que fui allí y la arrastré de vuelta. Él quería arrancarme los ojos. «Tenga cuidado —me gritó—. Se lo advierto, soy cinturón negro de karate». Pero yo le contesté: «¡Pues vete a buscarlo y así podré darte con él en la espalda!».

Frølich sonrió cortésmente.

Beate Bratterud sonrió también a su vez.

—Sí, ahora que ya ha pasado todo es fácil reírse. Pero entonces todo salió mal. Con Katrine, quiero decir. Fue terrible. Evidentemente, me alegré de que consiguiera salir de la droga, pero fue una lástima que no pudiera hacerlo sin sufrir. No tenía ninguna necesidad de avergonzarse de mí o de mi casa. Le dimos lo que necesitaba y luchamos por ella, eso hicimos. Aunque hay que reconocer que tuvo muchos problemas en su vida.

Frank se levantó.

—Discúlpeme unos minutos —dijo, y sacó su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta. Luego marcó el número de Gunnarstranda mientras sonreía amistosamente al grave rostro del otro lado de la mesa.

El teléfono sonó tres veces.

—Tenga la bondad de expresarse con brevedad —respondió Gunnarstranda.

—Soy yo —anunció Frølich.

—Escupe.

—Gracias por el paseo. Estoy de visita en casa de la madre de Katrine Bratterud. Dice que Raymond Skau vivía en este barrio. Lo conoce porque, al parecer, fue novio de Katrine cuando era adolescente. Posiblemente fue él quien la introdujo en el

mundo de la droga y la prostitución.

—Bien —asintió Gunnarstranda—. Continúa.

—Es todo por ahora.

—Bien. Escucha entonces: me han informado de que hay movimiento en el apartamento de Skau. Si subes al coche ahora mismo, puede que llegues a tiempo para el interrogatorio.

Frølich colgó y se quedó mirando el teléfono en su mano. Finalmente, se lo metió de nuevo en el bolsillo.

—Usted ha dicho que Katrine fantaseaba sobre sus orígenes —dijo mirando a Beate Bratterud—. ¿Qué ha querido decir con eso?

—Pues precisamente eso.

Frølich aguardó.

—Había veces en que no tenía otra cosa en la cabeza. Pero nunca consiguió averiguar nada.

—¿Cómo intentaba descubrirlo concretamente?

—Sí, claro, cómo lo intentó... Verá, las asistentes sociales no podían ayudarla. Esas mujeres resisten dos años en el trabajo, luego les entra la crisis, y si no les entra una crisis dicen que no pueden contar nada porque es secreto profesional. Yo se lo advertí, pero creo que no me escuchó. No creo que averiguara nada en absoluto. —Beate Bratterud se irguió en la silla—. Fue en esos años, después de que murió mi marido, cuando ella se metió de lleno en ese rompecabezas. Tenían buena comunicación, ¿comprende?, Katrine y Fredrik. Pero yo nunca le gusté. Yo nunca fui bastante para ella.

La mujer se levantó trabajosamente y se dirigió hacia una mesa de costura que estaba situada en un rincón. Abrió un cajón y sacó una pequeña caja con fotografías.

—Aquí tiene —dijo, y comenzó a sacar fotografías, mirando algunas, devolviendo otras a la caja y dándole otras al policía, que las estudiaba con amable interés. Eran versiones más jóvenes de Beate Bratterud. En las fotos tenía una larga melena rizada, menos arrugas en el rostro y estaba más delgada. En una de ellas reía; su dentadura era recta y algo metida hacia adentro. Frank estudió aquella sonrisa y se preguntó si sería adecuado decir que era bonita.

Beate Bratterud le pasó la caja entera y se fue a revisar una cómoda. Él siguió revolviendo fotografías. Encontró una hoja de periódico amarillenta y doblada en cuatro, y la desdobló para ver su interior. Era una página del *Verdens Gang* [5]. Leyó la fecha en la cabecera: el 11 de julio de 1965. En una fotografía, que ocupaba casi toda la página, se veía a una chica en biquini posando junto al trampolín de una piscina. La melena rizada le caía hasta los hombros, tenía los muslos rellenitos y el vientre redondo. «La chica VG del día se llama Beate», rezaba el pie de foto. Frølich miró el recorte más detenidamente y pensó: «Pues sí, la versión joven de Beate

Bratterud». Levantó la vista y se encontró con la dolorida mirada de ella.

—Los años pasan —dijo la mujer hoscamente. Luego se volvió y se puso a buscar en otro cajón.

Frølich no sabía qué decir, pero le parecía de mala educación no dedicarle un cumplido, así que carraspeó y exclamó:

—¡Qué guapa!

Ella se volvió.

Él levantó el periódico.

—Bueno, ahora algunos todavía me lo dicen —dijo ella.

El policía sintió que le ardían las mejillas de rubor y volvió a concentrarse en las fotografías. Había fotos de gente desconocida en el desfile del 17 de mayo: adolescentes con pantalones demasiado grandes, una mujer joven con un cochecito de niño y un grupo de gente en un parque. En algunas de las imágenes se veía a un hombre delgado y moreno, de finos rasgos faciales, con el pelo peinado hacia atrás. También había unas pocas fotos de Katrine, rubia y muy bella, con su sobresaliente labio superior tan sensual. Se parecía muy poco a sus padres adoptivos.

—Quería mostrarle una foto —murmuró Beate Bratterud, que finalmente encontró lo que buscaba—. Mire esta...

En la fotografía se veía al hombre delgado y a Katrine delante de una cerca de madera, probablemente en un camino del bosque, pues había verdes abetos al fondo. El padre tenía el brazo alrededor de los hombros de la hija y ella le rodeaba la cintura. Dos seres que se querían.

—Nos conocimos como se conocía la gente en aquel tiempo —dijo ella desde su silla con la mirada soñadora.

Frølich enarcó las cejas.

—¿Su marido y usted?

—Sí. Hoy en día la gente escribe anuncios en el periódico para conocer a otras personas; existe Internet, y qué sé yo qué más. Uno llama por teléfono a los candidatos, según he oído... Pero en aquellos tiempos... La gente iba al baile...

Frølich asintió, pensando en la desilusión de la niña de once años cuando perdió a su padre.

—¡Qué terrible! —murmuró.

—En una sala de fiestas —continuaba ella—. Una de esas salas a la vieja usanza, en donde las chicas se situaban en fila a lo largo de la pared y los chicos las sacaban a bailar, bueno, después de haber estado sentados fuera en la escalera, bebiendo para armarse de valor, no crea. Había una orquesta de verdad, con música de verdad, un sitio en donde los hombres se peleaban por las chicas y, como dicen las canciones del conocido Prøysen, «el chico cuenta los pasos para bailar y la chica se echa a reír cuando el compañero da un paso en falso, son los muchachos de Snickersvenn...».

En aquella época era así. Fredrik y yo nos encontramos en una sala de fiestas, él me eligió a mí para bailar y a ninguna otra. Yo suelo decir que el que nunca ha bailado en una sala de fiestas no sabe lo que es la vida.

—Exacto —asintió Frølich.

—Ni siquiera el cantautor.

—¿Perdón?

—Prøysen.

Frølich carraspeó.

—¿Le dice algo el nombre de Henning Kramer?

—No, nada en absoluto.

—¿Y el de Ole Eidesen?

—No, tampoco.

El policía dejó las fotografías sobre la mesa.

—Usted ha dicho que Katrine se avergonzaba de usted, o que por lo menos pensaba que debía de tener un origen mejor que el suyo, ¿es eso, no?

—Se avergonzaba de mí —dijo Beate Bratterud con voz amarga—. Se avergonzaba de esta casa, de mi apariencia. Katrine nunca aceptó mi amor, era una pretenciosa. Y es triste reconocerlo, pero cuanto más mejoraba con el tratamiento, más pretenciosa se volvía.

Frank asintió seriamente.

—Pero esta no es la primera vez, que yo sepa —añadió la mujer.

—¿La primera vez que qué?

—No es la primera vez que Katrine muere. La primera vez fue hace diez años, cuando la droga casi se la llevó. Y ahora la han violado y la han estrangulado...

La gruesa mujer suspiró hondo.

Frølich mostró su conmiseración asintiendo con la cabeza.

—En lo único que pienso es en que seguramente murió muchas otras veces en el transcurso de estos diez años.

El policía se levantó y se dirigió hacia la puerta. Beate Bratterud se había sumido nuevamente en sus propios pensamientos, y él no quería sacarla de ellos otra vez.

El aniversario

El cristal de la puerta verde estaba protegido por una tela metálica. Se corrió una cortina y una cabeza se vislumbró tras él. Aun cuando la tela metálica desfiguraba los rasgos de la persona que estaba al otro lado, era evidente que aquella cara no pertenecía a un hombre. Gunnarstranda les hizo una seña a los hombres que subían por la escalera para que se ocultaran. Luego alargó la mano hacia el timbre y llamó de nuevo. La persona que estaba tras la puerta giró la llave en la cerradura.

Una chica muy joven abrió la puerta; debía de tener entre quince y dieciocho años. Iba muy maquillada, la piel de su rostro parecía de cera, se había pintado los labios de rojo oscuro y llevaba muy poca ropa. Tenía los muslos muy delgados, propios de una adolescente que aún no se ha desarrollado completamente.

—¿Está Raymond en casa? —preguntó el policía con una amplia sonrisa.

—No —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

—¿Quién eres tú?

—Yo soy su chica.

—Buenas —dijo Gunnarstranda saludándola con la cabeza.

—Hola.

El comisario se volvió y le dirigió una mirada al agente que iba armado y que se había situado un poco más arriba, en la escalera, fuera del campo de visión de la joven. El hombre se retiró sin hacer ruido.

Gunnarstranda se volvió otra vez hacia la chica.

—¿Falta mucho para que vuelva? —le preguntó.

—No creo. Precisamente pensé que era él quien llamaba al timbre.

—Entonces, si no te importa, mejor lo espero dentro —dijo Gunnarstranda entrando en el piso. El vestíbulo estaba pintado en tonos oscuros y era largo y angosto, como suelen ser los vestíbulos de las casas viejas. Se detuvo un instante delante de la puerta del baño, la abrió de par en par y miró en su interior. Era más moderno de lo que había esperado, y parecía estar bastante limpio. Siguió caminando y abrió otra puerta del pasillo.

—Es el dormitorio —explicó la chica detrás de él.

Gunnarstranda se fijó en unos cajones de la cómoda que yacían desparramados por el suelo. Sobre la amplia cama, todavía por hacer, había calcetines de hombre y calzoncillos, así como otros objetos que probablemente antes habían estado en el interior de los cajones.

Gunnarstranda volvió a cerrar la puerta y continuó adentrándose en la casa, con la jovencita pisándole los talones. Era evidente que ella no se fiaba demasiado.

Finalmente, el policía llegó al salón, donde todo estaba en orden. Raymond Skau coleccionaba viejos discos. Tres de las paredes estaban cubiertas hasta el techo con

estantes repletos de vinilos; debía de haber miles. Solamente dos de los estantes contenían algún CD. «Aquí hay material para muchas horas de audición», pensó Gunnarstranda mirando hacia la cuarta pared, donde había dos grandes ventanas que daban a la calle. Entre las ventanas y por debajo de ellas se extendía un equipo de música de enormes proporciones. Los altavoces eran dos grandes columnas de la altura de una persona.

Continuó hasta el final del salón y echó un vistazo a la cocina, que estaba tan desordenada como el dormitorio. Sobre el fregadero se apilaban torres de platos sin lavar, con restos de comida pegados, y montones de tazas con una película negra de café reseco en el fondo. El olor revelaba que hacía mucho que nadie se tomaba la molestia de vaciar el cubo de la basura.

La chica se quedó en medio de la cocina frotándose las manos.

—¿Quién es usted? —preguntó, nerviosa.

Gunnarstranda se dirigió hacia una de las ventanas del salón y les hizo una seña a sus hombres, que estaban aguardando en la calle; luego sacudió la cabeza y les mostró su teléfono móvil.

—Soy un amigo de Raymond —respondió.

—Yo me llamo Linda —dijo la chica sonriendo como suelen hacerlo las niñas bien educadas cuando se sienten inseguras pero confían en que todo saldrá bien.

En ese instante, el teléfono de Gunnarstranda empezó a sonar.

—Sí —dijo—. No, Skau no está aquí, pero están esperándolo, así que me quedaré aquí. —Cortó la comunicación y señaló el sofá con autoridad—. Siéntate —le dijo a la chica.

Ella obedeció. El comisario cogió una silla, la puso justo delante de ella y tomó asiento a su vez.

—¿Hace mucho que conoces a Raymond?

—Hace dos meses que estamos juntos.

Gunnarstranda inclinó la cabeza en silencio.

—Mañana es nuestro aniversario —añadió ella.

—Dos meses es muchísimo tiempo —dijo Gunnarstranda con ironía.

—Casi no me lo puedo creer —respondió ella ingenuamente, sonriendo como si realmente no se lo pudiera creer.

—Entonces habrás conocido a Katrine...

—No, creo que no.

—Rubia, muy bonita, pero un poco mayor que tú.

Linda meneó la cabeza.

—Trabajaba en una agencia de viajes.

Ella se encogió de hombros.

—Pero tú vas a la escuela, ¿no?

—Ahora tenemos proyecto —contestó ella sonriendo.

—Entonces ¿no tienes que ir a la escuela?

—En realidad, sí, pero... —sonrió de nuevo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el policía.

—Catorce.

Los labios de Gunnarstranda se estiraron en una larga sonrisa de complacencia.

—¿De qué se ríe? —La chica se sonrojó al pensar que el policía se estaba riendo de ella.

—Me río de Raymond.

—Raymond es guay, ¿eh?

—Guay —asintió Gunnarstranda—. Superguay —murmuró, dejando entrever que no practicaba demasiado la jerga adolescente—. ¿Dónde está ahora, en realidad?

—En el trullo —contestó ella.

—¿En el trullo?

—Sí —dijo ella—. En chirona, me llamó desde allí. Tendría que haber llegado hace rato.

—¿Vives aquí? —preguntó amablemente—. ¿Vives con Raymond?

—¿Está loco? Nunca me hubieran dado permiso.

—Pero tienes la llave de la casa, ¿no?

—Sí. Entro el correo y eso.

—¿Eso?

—Sí. Hago la comida y...

—¿Y qué más?

Ella volvió a lanzar una sonrisa cómplice.

—Pues cosas de marido y mujer...

Gunnarstranda asintió, demostrando comprensión.

—Cosas de marido y mujer —repitió guiñándole un ojo.

La chica volvió a sonrojarse. En eso sonó el móvil del policía. Se lo llevó al oído, escuchó el mensaje y le sonrió a Linda.

—Perfecto —dijo él—. Ya podéis salir.

Poco después llamaron a la puerta y la joven saltó de su asiento.

—¡Es Raymond! —exclamó, alborozada.

—Seguro que sí —dijo Gunnarstranda desde su silla.

Casi en seguida se oyó gente que corría, luego un golpe y alguien que soltaba alguna injuria con voz ronca. La chica miró asustada a Gunnarstranda, que se levantó tranquilamente y se dirigió hacia la puerta.

—Recoge tus cosas —ordenó a la chica—. Buscaré a alguien que te lleve a casa.

Luego abrió la puerta y contempló la escena que se estaba desarrollando en el descansillo de la escalera. Un hombre forcejeaba y se retorció en el suelo, bajo el

peso de dos policías uniformados. Estos lo obligaron a poner las manos a la espalda y acto seguido lo esposaron. El tipo trató de volverse para mirar a su alrededor, y el largo pelo grasiento le cayó sobre la cara, como si de una gruesa cortina se tratara.

Gunnarstranda le sonrió a la chica.

—Pero antes de que te marches a casa tendrás que contarles ciertas cosas sobre tu novio a unas personas muy simpáticas.

La terraza Dasslokket

Al doblar la esquina de la calle Prinsen, Frølich distinguió la delgada silueta de Gunnarstranda, que pasaba por delante de los grandes almacenes Steen & Strøm. Frølich aceleró el paso.

—Te felicito por la detención de Raymond Skau —dijo al alcanzar a su jefe.

Gunnarstranda sonrió con cara de circunstancias y luego siguieron caminando a paso ligero, en silencio.

Cruzaron la calle Egertorget entre la librería y una nutrida concurrencia que escuchaba a unos músicos callejeros que cantaban y tocaban frente a la escalera que subía del metro.

—¿Tenemos algo que celebrar? —preguntó finalmente Frølich alzando la voz por encima del ruido de las flautas y los cantos.

—No —dijo Gunnarstranda mientras se abría paso entre la multitud.

—¿Ni siquiera lo de Raymond Skau?

El comisario negó con la cabeza. Continuaron calle abajo por la derecha de la calle Karl Johan. Al pasar junto a la terraza Dasslokket, Frølich miró por encima de la verja. A pesar de que hacía ya un rato que había dejado de llover, todavía se veían mojadas las sillas de plástico. En cambio, las mesas y las sillas que se encontraban bajo los toldos parecían bastante secas. No había ni un solo cliente en el local, pero era evidente que no estaba cerrado porque la puerta que daba al mostrador de la comida estaba abierta. «Hoy debería haber hecho un día caluroso —pensó—. Así, habría salido con mis modernas gafas de sol».

—Tomemos un café —invitó Frølich a su jefe cogiéndolo por el hombro.

Gunnarstranda lo siguió. Encontraron unas sillas relativamente secas a lo largo de la cerca que estaba situada junto a la calle Lille Grensen.

—¿Sabes por qué no encontrábamos a Skau? —dijo el comisario.

Frølich negó con la cabeza.

—Porque estaba en prisión preventiva.

—Repítemelo de nuevo —pidió Frølich.

—No —dijo Gunnarstranda.

—¡Dos cafés! —gritó Frølich a la joven camarera que se dirigía hacia ellos.

Los dos policías se quedaron mirándose.

—De modo que ahora está en libertad condicional —comentó Frølich con ironía mal reprimida.

Gunnarstranda asintió.

—Raymond Skau fue arrestado el domingo 13 de junio por la noche. Hubo una inspección en Vídeos Sagene, un quiosco situado justo al lado de la iglesia de Sagene. La cajera llamó y dio parte del robo. Skau fue detenido detrás de la iglesia de

Sagene, en la zona que baja hacia el río Aker, la noche siguiente al asesinato de Katrine Bratterud. Se lo acusa de haber robado unas cuantas coronas y unas películas en formato CD.

—DVD —corrigió Frølich.

—Lo que más me molesta es que mientras lo buscábamos él estaba robando al lado de mi casa —dijo Gunnarstranda—. Y el tío ha estado en prisión preventiva hasta hoy.

—Y nosotros hemos estado dando vueltas con la orden de arresto durante todos estos días.

El comisario hizo una mueca.

—No se lo digas a los periodistas.

—Pero, de todos modos, pudo haber matado a Katrine el sábado por la noche.

—Es posible, pero ya no parece tan evidente.

—Sí, pero él tenía sus joyas —dijo Frølich mientras estiraba la mano fuera del toldo, y añadió—: Mira, ya está lloviendo otra vez.

Gunnarstranda miró el cielo unos instantes antes de sacar un cigarrillo y encenderlo protegiéndolo del viento con la mano.

—Cuando llegué a casa de Skau me abrió la puerta una cría de catorce años. Se llama Linda Ros y dice que es su novia.

—¿Catorce años? ¡Pero si ese tío tiene casi cuarenta!

El comisario tuvo uno de sus frecuentes ataques de tos. Mientras tanto, la lluvia empezó a azotar el toldo con fuerza, y ambos tuvieron la misma sensación que si se encontraran en un porche.

—¿Qué pasa con el café? —exclamó Frølich cuando se le pasó la tos a su jefe—. No hay nadie más en el bar, aparte de nosotros dos. ¡No puede ser que tarden tanto en preparar dos tazas de café!

—El problema es que la chica que me abrió la puerta sostiene que fue ella la que llevó las joyas al apartamento. Nuestros hombres las hallaron en el bolso de Katrine Bratterud, que estaba encima de la mesa de la sala. La chica dice que le llegó por correo y que ella lo depositó allí.

—¿Por correo?

—Eso es lo que ella dijo, que el bolso llegó por correo el miércoles o el jueves.

—¿Crees que dice la verdad?

—Probablemente. Está muy enamorada.

—Pero, de todos modos, Raymond pudo haber asesinado a Katrine el domingo por la mañana.

Gunnarstranda arrugó la nariz.

—La chica es tonta, pero no tanto como para inventarse esa historia. Además, ¿para qué iba a mandar Skau las joyas de Katrine por correo a su propia casa?

—¿Y por qué se presentó el sábado en la agencia de viajes? —preguntó a su vez Frølich.

—La chica dice que Katrine le debía dinero.

—¿Cuánto?

—Eso no quiere decirlo, ni tampoco por qué se lo debía.

Frølich meneó la cabeza.

—De todos modos no importa lo que diga o deje de decir —señaló Gunnarstranda—. Skau es un viejo conocido de la policía, por así decirlo, y cree que ganará algo si guarda silencio. Además, hay dos soplones que le han contado a Yttergjerde, cada uno por su lado, que Skau le debe dinero a medio mundo. Eso explicaría la razón por la que fue a la agencia a presionar a Katrine para que le pagara. —Gunnarstranda se quedó pensando en lo que acababa de decir. Buscó otro cigarrillo en el bolsillo, lo encendió con la colilla del anterior y concluyó—: Parece que Skau ha estado comprándoles anfetaminas a unos vietnamitas. Eso también explicaría por qué estaba tan desesperado: los vietnamitas son bastante duros con sus deudores.

—Por fin, ahí llega el café —dijo Frølich alegremente. Cogió las tazas y sacó la cartera para pagar—. ¿Has ido a buscar el café a Colombia? —le preguntó a la camarera, que, al oírlo, puso cara de disgusto y miró hacia otro lado.

El nombre

—Me niego a declarar —dijo Raymond Skau nada más entrar por la puerta.

—Estás en tu derecho —le contestó Gunnarstranda desde su silla mientras ahogaba un bostezo—. Toma asiento —dijo indicándole con un vago movimiento de la mano una silla de plástico roja.

Raymond Skau, sin afeitarse y con los ojos rojos, llevaba un chándal gris que le quedaba algo grande. Permaneció de pie mirando fijamente la silla y luego repitió:

—Me niego a declarar, ¿no me ha oído?

—¿Eso quiere decir que también te niegas a sentarte? —preguntó Gunnarstranda secamente.

La mirada de Skau se dirigió del policía a la silla, y de esta nuevamente al policía.

—Aunque, si lo deseas, puedes quedarte de pie.

—Lo que quiero es que me lleven de vuelta a mi celda.

El policía consultó su reloj. Eran las doce y diez de la noche. Hizo una mueca de desencanto y anunció:

—Lo siento, no sale ningún vehículo hacia la prisión hasta las siete de la mañana.

—No tiene ningún maldito derecho a hacerme esto.

—¿A hacer qué, exactamente?

—A negarme el transporte hasta mi celda.

—Yo no te niego el transporte.

—Entonces lléveme otra vez a mi celda.

—No sale ningún vehículo hasta dentro de seis horas y cincuenta minutos, ya te lo he dicho. ¿Quieres permanecer de pie hasta entonces?

—Lo denunciaré.

—Por supuesto.

—Lo denunciaré ante el departamento de Asuntos Internos. Mi abogado los demandará.

—Por supuesto. Estás en tu derecho. Entretanto, podrías sentarte. Como ya te he dicho, aún tienes unas siete horas por delante.

Gunnarstranda se levantó y se dirigió hacia la ventana.

—Tu chica asegura que recibió un paquete por correo, un paquete que contenía las joyas de Katrine... —dijo de espaldas al detenido.

—Ya hemos hablado de eso antes, y ahora me niego a darle más explicaciones —lo interrumpió Skau—. No me joda más con ese tema. Tengo todo el derecho a guardar silencio, y eso es lo que voy a hacer.

Gunnarstranda se volvió. Skau ya se había sentado y tenía los dos antebrazos apoyados sobre la mesa. Seguía al policía con una mirada huraña bajo dos delgadas cejas que dibujaban un arco perfecto. Gunnarstranda se acercó un poco a él. La raya

que separaba su cabello en dos mitades, y que iba desde la frente hasta la coronilla, corría recta y blanca, sin un solo cabello fuera de su sitio. Gunnarstranda se inclinó, acercando su cara a la del detenido. Tenía las cejas delineadas con lápiz de ojos.

—¿Te pintas? —le preguntó, incrédulo.

—¿Y a usted qué le importa? —contestó Skau sin inmutarse—. ¿Acaso le pregunto yo sobre su apestoso aliento?

Gunnarstranda se irguió y se quedó mirando al individuo que tenía delante con una sonrisa en los labios.

—De acuerdo, no quieres declarar —dijo—. No me parece demasiado inteligente por tu parte, pero tienes todo el derecho a no hacerlo. De todos modos, ya que estás aquí, quiero que oigas lo que yo tengo que decir. ¿Tienes algo en contra de que te diga lo que pienso?

—Estoy en contra de que me engatuse y me sonsaque cosas que luego usarán en mi contra.

—¿Acaso tienes alguna razón para tener miedo de decir cosas que podamos usar en tu contra?

Raymond Skau no contestó.

—Tal vez tu chica —empezó Gunnarstranda—, Linda, esté mintiendo. La historia de las joyas puede ser un invento suyo para salvarte el pellejo, ya que, por una u otra razón, está enamorada de ti. Desde luego, tiene derecho a estarlo. Pero ese amor es pasajero, te lo aseguro, porque vas a ser acusado de pederastia, ya que esa chica tiene catorce años.

—¡Yo no tenía ni puta idea de la edad que tenía!

—Puede que no, pero ese no es el asunto. Ella ha reconocido los hechos, por tanto vas a ser juzgado lo quieras o no. La consecuencia será que, por muy enamorada que ahora esté de ti, se le pasará con el tiempo. Y si miente con respecto a las joyas, sólo será cuestión de tiempo que confiese la verdad. Y entonces tú estarás en un aprieto. Por otra parte, puede ser que esté diciendo la verdad. Es posible que recibiera un paquete por correo. La cuestión es: ¿quién te mandó ese paquete? Preguntémosnos eso: ¿quién pudo haberlo hecho?

Raymond Skau se quedó bastante abatido.

El policía tosió para luego continuar:

—Podrías haberlo hecho tú mismo. Podrías haber sido tú quien puso las joyas en el buzón.

—¿Y para qué cojones iba a hacer eso? —lo interrumpió Skau.

Gunnarstranda ignoró el comentario.

—No sé por qué lo hiciste, pero lo averiguaré. Pienso averiguar eso y también por qué atacaste a Katrine en el trabajo el día anterior a su asesinato.

Skau iba a decir algo, pero el policía lo detuvo levantando una mano.

—Afirmas que Katrine te debía dinero pero no quieres decir ni por qué te lo debía ni cuánto te debía. Bueno, supongamos que es cierto que te debía dinero. Supongamos que es verdad porque dos confidentes nos han informado de que en las últimas dos semanas has andado desesperado por conseguir dinero. Corren rumores de que debes una importante cantidad a unos vietnamitas por anfetaminas que has comprado y que no has pagado.

Skau frunció el entrecejo y dijo, compungido:

—¿Me van a acusar también de eso ahora?

—Me importan una mierda tus trapicheos con las drogas —contestó el policía secamente—. Yo no me encargo de esos temas, pero supongamos que lo que los dos soplones nos han dicho es cierto. Por lo que yo sé, fuiste a la agencia de viajes donde trabajaba Katrine y le exigiste que te entregara el dinero que te debía. Sabemos lo que hiciste, que la amenazaste; sabemos que te enojaste tanto con Katrine que hasta le pusiste la mano encima, a pesar de que había otra persona presente. Es tu furia lo que me resulta interesante. Esa furia... y lo que hiciste cuando te encontraste con ella, sola, en mitad de la noche..., sin testigos..., eso también es interesante.

Skau no respondió.

Gunnarstranda lo contempló unos instantes en silencio antes de proseguir.

—Es por eso por lo que me interesa reconstruir todo lo que hiciste cuando te marchaste de la agencia de viajes: era la una del mediodía cuando entraste al local, el establecimiento cerró a las dos porque era sábado... Ahora, permíteme fantasear un poco con lo que pasó a partir de entonces.

—Ahórreselo —replicó Skau, irritado.

—Al salir te escondiste —sugirió Gunnarstranda—. Sabías que la agencia cerraría temprano porque era sábado, y entonces te quedaste esperándola; sentado en un banco un poco más lejos, esperaste hasta que la viste salir. Luego la seguiste hasta su casa, un piso en el bloque de Hovseterveien. Allí aguardaste hasta que salió de nuevo. Iba con su novio, por eso dudaste, pero igualmente te fuiste tras ellos.

—Cierre su boca de una maldita vez —dijo Skau, cansado—. Sabe que esa historia no tiene ningún fundamento.

Gunnarstranda miró su reloj.

—Todavía nos queda mucho rato —murmuró—. Esto es sólo una hipótesis, pero supongamos que fue así como pasó, que seguiste a la pareja, y también al taxi que los recogió. El taxi se dirigió por el acantilado de Voksen y dejó a la pareja delante de una casa en Voksenkollveien. Lo único que tenías que hacer entonces era esperar fuera hasta que la fiesta terminara. Tal vez lo hiciste de ese modo, o tal vez te quedaste rondando por el barrio de Holmlia toda esa tarde y toda esa noche, para poder atraparla. Es bastante lógico. Estabas sin blanca y con el agua hasta el cuello, y Katrine te debía dinero. ¿Por qué no ibas a esperarla esa noche? Estabas desesperado.

Entre las tres y las cuatro de la madrugada apareció ella, sola, de camino hacia Holmlia. Y una hora más tarde ya estaba muerta. El asesino cargó el cadáver en un coche. Luego condujo un trecho, detuvo el vehículo y arrojó el cuerpo por encima de la baranda de protección de la carretera. Siguió conduciendo, pero se detuvo nuevamente para tirar una bolsa con la ropa de su víctima. Y tres días más tarde, nuestros agentes encontraron las joyas de Katrine en tu apartamento. Lo siento, Raymond, pero ¿no te das cuenta de que tu destino pende de un hilo?

—Mi vida siempre pende de un hilo.

—Todo te señala a ti. Le debes dinero a todo el mundo. Katrine, a su vez, te lo debía a ti. Sabemos que la amenazaste el sábado. El hecho de que sus joyas estuvieran en tu poder es prueba fehaciente de que la viste esa noche...

—¡Yo no tengo ni puta idea de dónde salieron esas joyas!

Gunnarstranda ignoró de nuevo el comentario.

—Como tampoco te dio el dinero esa noche, tú cogiste sus joyas. Lo que no sé es si con eso cubriste la deuda, pero tu desesperación era bien real. Necesitabas tanto la pasta que atracaste Vídeos Sagene. Sabemos cómo eres, y casi podemos adivinar lo que sucedió esa noche cuando Katrine vino caminando hacia ti sin el dinero.

—Yo no me encontré con ella esa noche.

—Cierra el pico y escucha —exigió Gunnarstranda—. Si al final resulta que no fuiste tú quien lo hizo, entonces debes entender una cosa, y es que nosotros, es decir... yo —Gunnarstranda se señaló el pecho con un huesudo dedo amarillo por la nicotina— soy el único que puede aclarar que no eres culpable. Si quieres que te saque las castañas del fuego, que te saque del lío en el que estás metido hasta el cuello, tienes que darme algo a cambio, algún clavo ardiendo al que agarrarme, cualquier cosa que pueda servir de prueba para demostrar que no fuiste tú quien la mató. ¡Mira! —exclamó, y sacó un montón de papeles de una cartera que había en el suelo. Luego los arrojó con fuerza sobre la mesa—. Esta es tu primera declaración. En ella no queda nada claro qué fue lo que hiciste el sábado por la noche y el domingo.

—Estuve durmiendo.

—¿Dónde?

—En casa.

—Lo que es lo mismo que decir que fuiste tú quien dejó el paquete con las joyas en tu propio buzón.

—¿Cómo narices se inventa eso?

—Cuando dices que estabas durmiendo la noche del sábado es como si reconocieras que estabas en casa porque ya habías liquidado a Katrine y le habías quitado las joyas. Encima te vieron abalanzarte sobre ella en la agencia de viajes, y sabías que nosotros podíamos llamar a tu puerta en cualquier momento, así que...

—¿Pero es que está sordo? ¡No fui yo!

—¡Cierra la boca, estúpido! —El policía escupió algo blanco—. La mataste y le robaste las joyas. Debías de saber que nos presentaríamos en tu casa antes o después, y que esas joyas podían comprometerte. Pero, al mismo tiempo, necesitabas algo de valor por si iba a verte alguno de los matones a los que les debías pasta. Por eso dejaste las joyas en el buzón, pensando que nosotros no buscaríamos allí. Tuviste tiempo de sobra para hacerlo desde que la mataste hasta que te pillaron el domingo por la noche.

—Pero eso no tiene sentido, ¿para qué iba a dejar las joyas en mi buzón, tan cerca de mi propio apartamento?

—Porque tenías que tenerlas a mano por si uno de los vietnamitas iba a verte. Planeaste un robo. Y, en realidad, fuiste detenido por robo esa misma tarde.

—¿Pero qué cojones quiere que diga?

—Dime por qué fuiste a ver a Katrine el sábado a la agencia de viajes.

—Me debía dinero.

—¿Por qué?

—Por una vieja deuda.

—¿Deuda de qué?

—Por facilitarle un nombre.

Gunnarstranda se sentó y frunció el entrecejo con incredulidad.

—¿Un nombre?

Raymond Skau asintió.

El policía agitó impacientemente los dedos para presionarlo.

—El de Tormod Stamnes.

Los dedos de Gunnarstranda volvieron a agitarse, enardecidos.

—Tormod Stamnes trabajaba en Protección de Menores en el ayuntamiento de Nedre Eiker cuando Katrine fue adoptada; fue él quien se ocupó del caso.

—¿Y eso era lo que tanto le interesaba a Katrine?

—Sí, eso era lo único que tenía en la cabeza: averiguar cosas sobre su pasado.

—¿Y qué podía decirle el tío ese?

—Ni idea.

—¿No tienes idea de lo que le dijo?

—Nunca llegué a preguntarle nada sobre ese tema; lo descubrí por casualidad...

De pronto, Skau se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué me da a cambio?

—No sé qué quieres decir.

—Acaba de decirme que me acusará de pederastia. ¿Qué puede darme a cambio de lo que voy a contarle?

Gunnarstranda lo miró fijamente.

—¿Podría... olvidar esa denuncia?

Los ojos de Gunnarstranda se ensombrecieron.

—No me provoques, chico. Te estoy dando la única oportunidad que tienes.
¡Habla!

Skau le dirigió una profunda mirada desde el fondo de sus perfectas cejas. Estaba pensando. Tragó saliva y siguió reflexionando. Finalmente se decidió.

—Estuve por ahí de fiesta con un viejo borracho que ha dependido de la Asistencia Social toda su vida.

—¿Quién?

—Se llama Arne y va en silla de ruedas. Él me contó quiénes trabajaban en la oficina cuando Katrine fue adoptada por Beate y Fredrik Bratterud a los dos años de edad.

—¿De dónde es ese Arne?

—Vive en Krokstadelva.

—¿Y cómo sabes tú que el tal Stamnes gestionó el caso?

—Arne me dijo que Protección de Menores y Asistencia Social formaban parte del mismo organismo por aquel entonces. Y en aquella época era Tormod Stamnes quien se ocupaba de todo. Pero Stamnes ya es bastante viejo y hace muchos años que se jubiló. Lo que pasó es que mi compañero, Arne, de repente se acordó de cómo se llamaba. Entonces, finalmente, descubrí dónde vivía, y cuando lo visité y hablé con él me contó que se acordaba del caso.

—¿Y cuánto te prometió Katrine que te pagaría por darle ese nombre?

—Me debía diez mil.

—¡¿Diez mil coronas?!

—Diez mil coronas por saber la verdad sobre uno mismo no es tanto dinero.

Gunnarstranda se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Eh! ¡No puede dejarme aquí sentado hasta mañana! —gritó Skau—. ¡No puede ser tan cabrón!

Pero el policía salió sin pronunciar palabra y cerró la puerta tras de sí.

El hombre de la silla de ruedas

Tormod Stamnes vivía en la Uranienborgveien, en una finca de obra vista de cuatro pisos con elegantes balcones. Frank Frølich llamó al timbre, pero no obtuvo respuesta. Tampoco se veía ningún vecino en el interior del portal.

En el cristal de la puerta de entrada descubrió el reflejo de una mujer delgada y joven, de unos veinticinco años, que cruzaba la calle tranquilamente en su dirección. Llevaba consigo dos escuálidos perros labradores y los tres caminaban a paso lento. Frølich se hizo a un lado para dejarlos pasar. Tras dirigirle una mirada suspicaz, la mujer abrió la puerta con su llave e hizo entrar a los perros, que se deslizaron rápidamente y con sigilo por la estrecha abertura. La mujer los siguió, asegurándose de que la puerta volviera a quedar convenientemente cerrada tras de sí.

Frølich tomó una decisión, se volvió y empezó a bajar por Uranienborgveien. De pronto vio que por la calzada circulaba una silla de ruedas con motor en la que iba sentado un hombre con sombrero. Los coches habían ido agrupándose detrás de la silla, cuyo intermitente indicaba que iba a doblar hacia la izquierda, por Parkveien. Resultaba algo extraño ver la recta espalda del hombre girando hacia la izquierda; parecía que se recostaba sobre las riendas de una retahíla de coches, para frenarlos.

Frølich también giró a la izquierda. Lloviznaba y corría una brisa fresca. Las calles iban quedándose vacías, encuadradas en unos ventanales brillantes, infranqueables y poco amistosos. Algunas siluetas vestidas de negro desaparecían, como flotando en un plano horizontal, entre los árboles del Slottsparken. Era casi mediodía en Oslo. Frølich siguió caminando por Parkveien y, tras pasar por delante de una galería de arte, se encontró frente a la puerta del viejo restaurante Lorry. Aspiró el aroma. Aquel tipo era un viejo bebedor de cerveza que olfateaba el lugar de sus debilidades. Miró en derredor, se dirigió hacia la entrada y asió el pomo de la puerta. La cervecería estaba abierta.

El cenicero

La madre de Henning Kramer vivía en la calle de la Estación, en una casa que había pasado de generación en generación. En el jardín se veían plantas floridas y un cuidado seto de lilas, a lo largo de la cerca, que evitaba las miradas de los transeúntes que pasaban por allí. La placa de la puerta era de cobre, pero se había vuelto verde por el óxido. El nombre de Kramer estaba escrito en relieve, con la misma tipografía que el logo del periódico *Aftenposten*.

Gunnarstranda llamó al timbre que había junto a la placa. A lo lejos, en el interior, se oyó el sonido hueco de una campana y una sombra tras las cortinas de la cocina le indicó que alguien se había percatado de su presencia. Se situó de espaldas a la puerta y observó el tráfico de la calle.

Al poco oyó que alguien descorría un pestillo desde el interior y se volvió.

—He venido para hablar de su hijo —explicó el comisario una vez que ambos estuvieron en la cocina. Era pequeña pero estaba bien ordenada, y la ventana daba a la calle. Gunnarstranda observó a la mujer y reflexionó acerca de cómo debía hablarle.

Debía de tener unos sesenta años y su fatigado rostro estaba dominado por la tristeza. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Continuamente hacía una leve mueca con la boca, como un tic, que indicaba que estaba esforzándose por dominar sus sentimientos. Su mirada estaba vacía; no era amistosa, pero tampoco curiosa ni agresiva; era una mirada que expresaba el deseo de seguir adelante a pesar del dolor.

Gunnarstranda se aclaró la garganta.

—Su hijo no dejó ninguna nota.

Ella siguió mirándolo, con la misma expresión ausente y apática.

—¿Cómo?... ¿una nota? —dijo al cabo de un rato, desorientada.

—La mayoría de los suicidas dejan una nota —explicó el policía escuetamente con los ojos clavados en ella porque atisbaba una tormenta tras la mirada vacía de la mujer y quería estar preparado.

Ella se limitó a asir el tirador del horno y, aparte de ese movimiento, pareció no reaccionar.

—Una nota —repitió Gunnarstranda inclinando ligeramente la cabeza.

Las palabras de la mujer salieron llanas y vacilantes:

—Puedo entender que se equivoque de esa manera. Puedo entenderlo, porque usted es un desconocido. Es fácil equivocarse cuando uno emite un juicio sobre alguien a quien no conoce. Si usted hubiese conocido a Henning, no pensaría eso.

Luego guardó silencio y permaneció respirando con la boca abierta, como si lo que acababa de decir le hubiera costado un enorme esfuerzo.

—¿Y qué cree usted? —preguntó Gunnarstranda finalmente.

—¿Sobre qué? ¿Sobre qué tengo que creer algo? —De repente, la mujer parecía estar muy enojada—. Yo no estoy aquí, tengo la impresión de que estoy en otro sitio. Sé que mi hijo está muerto, pero de todos modos siento como si en cualquier momento fuera a entrar por la puerta. ¡Si hasta me pareció que era Henning quien llamaba al timbre!

El policía permaneció inmóvil, con la chaqueta abierta y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mientras seguía mirándola fijamente. Ella era más alta que él. Tenía lágrimas en los ojos y ahora se apoyaba sobre la cocina, igualando la diferencia de altura que había entre ambos.

—¿Qué opina sobre el modo en como murió? —preguntó él.

—No creo que se quitara la vida, si es a eso a lo que se refiere.

—Entonces... ¿supone que fue... asesinado? —alargó el final de la frase para que la última palabra llegara después de una larga pausa.

Ella se enderezó, afectada por las palabras del policía. Se volvió y miró por la ventana, a través de la cual se veían pasar los coches tras el portón de hierro entreabierto.

—Eso deben averiguarlo ustedes —respondió ella finalmente.

Gunnarstranda asintió.

—Sí, por eso he venido hoy aquí a hablar con usted. Tengo entendido que Henning no era muy dado a hablar de sí mismo... Me refiero a hablar de sus sentimientos...

—No.

—¿Ni siquiera de sentimientos relacionados con el fallecimiento de Katrine Bratterud?

—Sentía mucho dolor, eso era evidente, pero a mí nunca me confiaba nada.

—¿No hablaron de la relación que mantenía con ella?

—No mucho.

La mujer se volvió nuevamente hacia él, sopesando las palabras que usaba, y lo contempló con un renovado interés.

Gunnarstranda podía ver el contorno de su propia figura sobre el cristal de la ventana: un personaje escuálido, con una cabeza redonda y casi calva, en la que sobresalían los ojos de modo poco habitual.

—Yo sabía que ella significaba mucho para Henning; tal vez estuvo enamorado de ella —explicó. Se aclaró la garganta y continuó, suspirando—: A Henning no se le daba muy bien hablar de esa clase de cosas. Se burlaba de palabras como «enamoramiento»; el enamoramiento se basa en sentimientos muy fuertes, y él tenía miedo precisamente de eso, de hablar de sus sentimientos. Henning era más bien... un intelectual, por así decirlo.

Gunnarstranda estuvo de acuerdo.

—... pero pensaba mucho en ella. Decía que representaba mucho para él y que él era importante para ella. Pero yo nunca llegué a conocerla.

—Entonces ¿él no estaba especialmente deprimido o se comportó de forma inusual los últimos días?

Los ojos de la mujer se inundaron de lágrimas y empezaron a temblarle los labios.

—Estaba muy triste, sí, pero nunca hubiera permitido que esa pena lo dominara porque simplemente ese no era su modo de ser ni su modo de pensar. Si estaba enamorado o, mejor dicho... si experimentaba dolor o alegría por causa de ese sentimiento, o incluso celos, lo hubiera teorizado considerando esas sensaciones como alucinaciones, como algo que se le pasaría muy pronto. Dios mío, es imposible explicarlo. Como le he dicho, para mí eso de quitarse la vida porque estaba enamorado de esa chica... No, él nunca habría hecho eso, es como si estuviera hablándome de otra persona... ¿Pero cómo ven ustedes el caso? —preguntó cautelosamente la mujer viendo que Gunnarstranda permanecía en silencio.

—Depende de las circunstancias —contestó él con voz opaca.

Ella levantó las cejas, algo confundida.

—Sinceramente, me hubiera gustado encontrar una nota en la que dijera que había elegido quitarse la vida —empezó diciendo el policía desplazándose hacia un lado—. Por decirlo de algún modo... —murmuró.

Gunnarstranda fue hasta la mesa de cocina que había bajo la ventana, cogió una silla y se sentó. Levantó prolijamente una de sus delgadas piernas y la apoyó sobre la otra mientras jugueteaba con un cigarrillo.

—¿Qué pensaría usted si finalmente se concluyera que Henning se quitó la vida?

La mujer bajó los hombros, como si se sintiera derrotada, y soltó el tirador del horno. Luego se sentó a su vez. Gunnarstranda se colocó el cigarrillo detrás de la oreja mientras la estudiaba. No parecía que estuviera llorando, pero igualmente le caían las lágrimas en dos finos hilillos por las mejillas. El llanto se había esculpido tan profundamente en su rostro que parecía que las lágrimas formaban parte de su fisonomía, como si hubieran estado allí desde siempre. Su respiración era normal, sólo el gesto y los surcos de las lágrimas dejaban entrever el estado en el que se encontraba. El policía pensó que aquella era la primera vez que veía dolor de verdad desde que había empezado la investigación. Y también se dio cuenta de que había formulado la última pregunta demasiado pronto.

—Permítame decirlo de esta otra forma —dijo Gunnarstranda en voz baja, inclinándose hacia adelante en la silla—. Hay dos hipótesis que tengo que corroborar o desestimar: si su hijo se quitó la vida realmente o si, en cambio, fue otra persona quien lo hizo. La única razón por la cual estoy interesado en ese hecho es que él mantenía una relación muy estrecha con la mujer que mataron.

—Entonces ¿hay una conexión entre la muerte de Katrine y la de Henning?

—En mi opinión, es muy probable, independientemente de que su hijo se suicidara o fuera asesinado.

La mujer había dejado de llorar. Ahora estaba más pálida y parecía sopesar las últimas palabras del policía.

—Usted está de acuerdo conmigo —susurró—. Henning fue asesinado.

—Un momento —se apresuró a decir Gunnarstranda levantándose de pronto—. Yo no he dicho eso.

Permaneció unos instantes mirando por la ventana sin encontrar nada interesante en lo que fijar la vista, y al cabo preguntó:

—¿Qué impresión tenía usted de Katrine Bratterud?

—Pues... absolutamente ninguna... creo.

—Antes ha dicho que conocía a Katrine sólo por lo que su hijo le contaba de ella. Así que supongo que debió de formarse una opinión sobre la chica a partir de lo que él le decía de ella, ¿no?

—Sí, claro —admitió ella—. Pero ¿qué podía decir yo? Henning tenía veinticinco años, vivía aquí conmigo pero tenía sus propios intereses. Trabajaba en ese centro para drogadictos; le gustaba su trabajo y también le gustaba Katrine. Ella estaba internada allí pero, según tengo entendido, ya estaba casi curada...

—¿Qué intereses tenía Henning?

—Como ya le he dicho, Henning quería llegar hasta el fondo de las cosas. Como en eso del amor... «¿Qué es el amor? ¿Qué es en realidad?». Henning era así desde pequeño —dibujó una amplia sonrisa.

—¿Y sus intereses?

—Pues le interesaban los viajes, la literatura... Luego le enseñaré sus libros... —Señaló la habitación con la cabeza—. Son gruesos como biblias, leía y leía...

—¿Y los viajes?

—Henning gastaba todo su dinero en viajes.

Gunnarstranda asintió.

—¿Usted la vio a ella alguna vez?

—¿A la chica del centro? No, nunca.

—¿Sabía usted que su hijo consumía drogas de forma esporádica?

La mujer se irguió en la silla y su rostro, que durante unos minutos se había iluminado mientras hablaba de su hijo, volvió a ensombrecerse.

—¿Lo convierte eso en una mala persona? —preguntó.

—Por supuesto que no. ¿Pero estaba usted al corriente de ello? —insistió Gunnarstranda.

—Sí.

—Permítame que le sea sincero, señora Kramer. Hay muchas posibilidades de que su hijo se suicidara.

La mujer se sobresaltó y quiso replicar nuevamente, pero Gunnarstranda levantó una mano para pedirle que guardara silencio.

—Las razones por las que no puedo descartar esa posibilidad son básicamente tres: en primer lugar, la forma en la que murió; en segundo lugar, es que era drogadicto...

—¡No lo era! —exclamó la mujer.

—No discutamos sobre ese asunto, por favor. El caso es que muchas de las personas que consumen estupefacientes de vez en cuando sufren depresiones. Independientemente de si fue causada por la droga o no, en caso de que la muerte de Henning se debiera a una depresión, necesitaríamos a un psiquiatra para explicarlo con más conocimientos sobre el tema que usted y que yo. Y el tercer indicio que hace sospechar que su hijo podría haberse ahorcado tiene relación con el asesinato de Katrine Bratterud.

—¿Pero por qué la muerte de esa pobre chica puede indicar que Henning se quitó la vida?

Gunnarstranda se dirigió nuevamente hacia la ventana. Por la calle, junto a la verja, pasaba una mujer de mediana edad con unos pantalones cortos color rosa y una blusa blanca, que iba empujando un cochecito de bebé.

—Piense —dijo el policía.

—¿Y qué cree que hago? Desde que mi hijo murió no he hecho otra cosa, pero por más vueltas que le doy no puedo entenderlo.

—Supongamos que Henning mató a Katrine —soltó Gunnarstranda.

—¿Está loco? ¡Él la quería!

—Comprendo su reacción, pero mi trabajo consiste en aclarar este asunto, y debo considerar esa posibilidad. Si fue Henning quien lo hizo, eso podría haberle causado una depresión que, a su vez, pudo inducirlo al suicidio, sobre todo si la quería tanto como dice usted.

—¿Pero por qué iba a hacer algo así?

—Buena pregunta —dijo Gunnarstranda—. Y hasta que encontremos la respuesta tenemos que seguir trabajando para aclarar qué fue lo que en realidad sucedió la noche en que murió Katrine Bratterud.

—Esa noche no sucedió nada. Henning estaba durmiendo en casa mientras la mataban.

—¿De veras?

—¿Qué quiere decir con eso? —La mujer, que permanecía junto a la mesa, estrujaba nerviosamente su pañuelo.

—Hay ciertas lagunas en la declaración de Henning —explicó el policía—. Hay algo que no encaja. En su declaración aseguró que se había marchado del lago Gjer a las tres de la madrugada, y que pudo haber llegado aquí, como muy tarde, a las tres y

media. Pero eso no es cierto. Tenemos a un taxista que está dispuesto a declarar ante el juez que vio el coche de Henning aparcado en el área de descanso del lago a las siete de la mañana. Y jura que estaba en el mismo sitio de donde Henning dijo que salió cuatro horas antes. Ahora le pregunto a usted, y sé que está en un momento difícil, pero debe ser consciente de que lo que diga se usará en el juicio: ¿a qué hora volvió Henning a casa aquella noche?

—Como muy tarde, serían las tres y media.

—Entonces ¿mi testigo miente?

—Yo no he dicho eso.

—Ha dicho que su hijo llegó aquí a las tres y media, entonces, ¿cómo es que vieron su coche en el lago a las siete?

La mujer se mordió el labio.

—Conteste —pidió suavemente el policía.

—Es que volvió... volvió otra vez al lago...

—¿Por qué?

—Porque...

Gunnarstranda ya no pudo reprimir por más tiempo las ganas de fumar. Cogió el cigarrillo que tenía tras la oreja y lo encendió. Abrió la ventana y echó cortésmente el humo fuera.

—Continúe, por favor. ¿Por qué volvió Henning al lago?

—Porque estaba preocupado por ella.

La mujer se levantó y sacó un cenicero de uno de los armarios de la cocina. Era un sólido cenicero de cristal.

—¿Estaba preocupado por ella? —repitió el policía con incredulidad.

—Sí. Fui yo quien le pidió que volviera.

Gunnarstranda sacudió la ceniza del cigarrillo.

—¿Puede darme uno, por favor? —preguntó ella.

Gunnarstranda le tendió el paquete de tabaco. La mujer comenzó a liar un cigarrillo, pero se le rompió el papel. El policía dejó el pitillo en el cenicero, lio uno para ella y se lo encendió con su mechero.

La madre de Henning Kramer dio una profunda calada al cigarrillo. Luego soltó el humo hacia el techo y se quedó mirándolo. Después le contó a Gunnarstranda cómo se había quedado levantada esperando a Henning, y que este le había contado lo preocupado que estaba por Katrine.

—Se habían quedado dormidos en el coche —explicó la mujer—. Y cuando él se despertó, Katrine había desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí, ella ya no estaba. Henning bajó del coche y la buscó por los alrededores, pero no consiguió encontrarla.

La mujer dejó el cigarrillo en el cenicero y se levantó. Luego se detuvo en la puerta de la cocina y siguió hablando:

—Volvió a casa y me despertó. Sé que eran las tres y media porque miré el reloj; me sorprendió que viniera a mi cuarto a despertarme. Henning estaba muy inquieto y no sabía qué debía hacer; dijo que no podía entender qué había sido de ella. Cuando vi lo angustiado que estaba, le pedí que volviera al lago y la buscara de nuevo.

La mujer salió por la puerta y el policía gritó:

—¿Qué hora era entonces?

—Se marchó de nuevo antes de la seis —respondió ella desde la sala—. Le preparé algo de comer y estuvimos hablando bastante rato.

La mujer apareció en la puerta de nuevo.

—¿Exactamente a qué hora se marchó para allá?

—No lo sé, sólo sé que todavía no eran las seis.

—¿Y cuándo volvió?

—A las ocho.

—¿Y no la encontró?

—No.

—¿Por qué no me contó su hijo nada de esto?

La mujer negó con la cabeza desde la puerta. Volvió a sentarse y le mostró un paquete de Marlboro con un gesto de disculpa.

—Los suyos son demasiado fuertes —dijo poniéndose uno de los cigarrillos que había ido a buscar en la boca e inclinándose para que el policía se lo encendiera.

—¿Por qué nos mintió Henning sobre lo que había pasado? —dijo Gunnarstranda guardándose el encendedor en el bolsillo.

—Porque tenía miedo de que sospecharan de él.

—Pero usted misma lo ha dicho antes, ¿por qué íbamos a creer que él la había matado?

—No lo sé. Estaba muy aturdido. No sabía dónde podía haberse metido Katrine, y además tenía la conciencia intranquila por no haberla buscado mejor tras despertarse en el coche. Estaba convencido de que la chica se había perdido, o de que tal vez alguien la había asaltado y le impedía gritar para pedir ayuda. Cuando volvió por segunda vez estaba todavía más convencido de que esta última hipótesis era la más acertada.

—¿Y no la encontró?

—No estoy segura.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que no estoy segura. Le pregunté si la había encontrado, pero él me dijo que no y me miró de un modo extraño. Cuando quise seguir preguntándole, me pidió que me callara y que no habláramos más del asunto.

Gunnarstranda observó a la mujer, que fumaba con ansiedad y echaba el humo con los ojos semicerrados.

—Creo que algo debió de suceder cuando regresó al lago por segunda vez —dijo ella.

—¿Como qué?

—No tengo ni idea, sólo es una impresión.

—¿Y cuál es su opinión? —quiso saber Gunnarstranda.

—Que tal vez encontró el cuerpo. El cadáver de Katrine.

El policía aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—¿No volvieron a hablar del tema?

—No.

—¿Le contó a usted algo sobre el interrogatorio que le hizo la policía?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué le dijo?

—Que les había mentado, que no les había dicho que había regresado al lago. Yo le dije que era un error, que la policía tarde o temprano descubriría la verdad. —La mujer pareció dudar.

—¿Y qué le contestó él? —preguntó Gunnarstranda en voz baja.

—Me dijo: «Ya veremos qué hago cuando eso suceda».

—¿Cómo interpreta usted eso?

—No tengo la menor idea.

—«Ya veremos qué hago cuando eso suceda» —murmuró Gunnarstranda.

Ambos intercambiaron miradas.

—No lo sé —dijo ella—. Pero sé que él no la mató.

Gunnarstranda no replicó. Al cabo de un momento, ella levantó la vista y dijo con una sonrisa desprovista de alegría:

—Las madres sabemos ese tipo de cosas.

El policía asintió para sí mismo.

—Entiendo que la muerte de su hijo ha sido una tragedia para usted, e imagino que no le apetece nada hablar del tema. Pero debe comprender que tal vez Henning se sentía culpable por la muerte de la chica y cayó en una depresión...

El rostro del policía reflejaba cansancio y una sombra de desaliento se le perfilaba en los ojos y la boca.

—Yo sé que él no lo hizo —repitió ella en voz baja.

—Después de lo que acababa de contarme no puedo dar por cierto que él no la matara.

—Creo que iba en serio con esa chica.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que había algo más entre ella y Henning que entre ella y su pareja.

—Quiere decir que su relación era especial... Sin embargo hay pocos indicios para asegurar eso, señora Kramer, ya que Katrine Bratterud oficialmente era la novia de otro hombre.

—Sí, pero ella significaba mucho para Henning; era su pequeño tesoro.

—Por supuesto, pero si él la mató, tal vez eso lo hizo caer en una depresión y luego él...

—¿Usted mataría a alguien con quien fuera a compartir su vida?

—¿Compartir su vida? —Gunnarstranda puso los ojos en blanco—. Acaba de decir que su hijo era muy escéptico con respecto al concepto del amor.

—Que fuera escéptico con respecto a ese tipo de conceptos no implica que no la amara. Lo que le interesaba a Henning era que palabras como «amor» fueran el disfraz de algo más. Él quería llegar hasta lo más profundo de ese algo más, hasta lo más auténtico, lo que está debajo de la piel —dijo con la mirada perdida, y acto seguido agregó—: En realidad, es esa la esencia del amor, ¿no?

El policía también permaneció con la mirada perdida. Estaba pensando en sus conversaciones con su esposa, Edel, en su propia melancolía, en su soledad después de su muerte.

—Estoy seguro de que Henning era una excelente persona, un joven muy inteligente —concluyó levantándose—. Nosotros, los policías, trabajamos con hechos y pruebas, no con prejuicios, de modo que le aseguro que tenemos mucho interés en todo lo que usted descubra o pueda recordar.

Le estrechó la mano a la mujer y se despidió de ella.

El archivo

Gunnarstranda acababa de poner la cacerola de las patatas sobre el fogón cuando sonó el teléfono.

—Ya sé lo que vas a decir —lo interrumpió Frølich antes de que su jefe pudiera alcanzar a esgrimir su habitual arrogancia—. Te llamo desde el archivo.

Gunnarstranda miró a *Kalfatrus*, que nadaba sin descanso en su pecera de cristal. El agua estaba empezando a adquirir un color verdoso.

—¿Por qué estás ahí? —preguntó mirando hacia abajo.

En la mano sostenía un tenedor y un cuchillo con una porción de mantequilla en la punta.

—Por lo de Tormod Stamnes, el asistente social que gestionó la adopción de Katrine Bratterud. Ese tío tiene más de setenta años y es disminuido —explicó Frølich—. Frecuenta el Lorry durante el día. Es uno de esos tipos que están diez minutos con la jarra de cerveza en la mano antes de vaciarla de un trago.

—Ah, bueno.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar por lo que he descubierto? —preguntó Frølich con una risita.

—¿Te parece que con esas bromitas vas a conseguir que te suba el sueldo? Te comunico que tengo una sartén en el fuego —dijo Gunnarstranda enfadado.

—Stamnes buscó un hogar para Katrine en 1977. Pero eso no es lo más interesante. Lo mejor es que ese tipo habló con Katrine el día antes de que la mataran.

Gunnarstranda dejó los cubiertos junto al bol de *Kalfatrus*. Sus ojos recuperaron su vieja energía furibunda mientras se mordía el labio y contenía el aliento.

—Ese tipo no me gusta demasiado —comentó Frølich—. Durante largo rato hizo como que no entendía de qué le estaba hablando. Pero cuando le dije que la chica estaba muerta pareció sorprenderse mucho y entonces comenzó a largar. Dijo que ella había ido a visitarlo y que él le había dicho el nombre de su verdadera madre. Katrine obtuvo de él todo lo que sabía. ¡El día anterior a su muerte!

—¿Cuál era su verdadero apellido?

—Lockert. La verdadera madre de Katrine Bratterud se llamaba Helene Lockert.

—Me suena... —murmuró Gunnarstranda.

—Sabía que ibas a decir eso —dijo Frølich al otro lado del teléfono—. ¿Se te ha encendido ya la bombilla?

—Todavía no.

—Helene Lockert murió cuando Katrine tenía dos años. Pero eso no es lo importante. La cuestión es de qué murió.

—¿Y de qué fue?

—El caso Lockert. Lillehammer, 1977. A Helene Lockert la estrangularon en su

propia casa. Nunca encontraron al asesino.

Poniendo orden

Cuando el policía se marchó, la señora Kramer reunió por fin el coraje suficiente para poner orden en las cosas de Henning. Sentía una especie de rechazo al tocar su ropa, al verla allí, intacta, y pensar que ya no volvería a usarla nunca más. Cada pequeño detalle que le recordaba a su hijo le recordaba también que estaba muerto. «¡Qué cruel destino es sobrevivir a un hijo! —pensó—. Es lo peor que puede sucederle a un ser humano». Cuando por fin consiguió traspasar el umbral del dormitorio de su hijo se quedó allí de pie observando el cuarto, como si lo viera por primera vez.

«Una nota», había dicho el policía. Pero ella tenía miedo de buscar en los cajones, de coger sus cosas y encontrarse con su propio luto, su nostalgia, su sentimentalismo. Estaba harta de pensar en lo que él ya nunca iba a ser, en lo que él ya nunca iba a conseguir, en lo que ya nunca iba a hacer y en las alegrías que ya no le iba a dar. «Uno no debería tener sueños —se dijo—. Es peligroso soñar porque uno se pone sensible. Y los sueños rotos son los que causan más dolor. Nunca debería haber soñado con el porvenir de Henning. Cada persona ya tiene suficiente consigo misma». Permaneció indecisa, mirando los jerséis, los pantalones, los zapatos, que ya nunca más se llenarían con su cuerpo, con su alma, con su ser.

«Debo tratar de pensar en algo útil», se dijo. No tenía ganas de levantar la ropa usada. Estaba llena de su olor, y se dio cuenta de que iba a ser demasiado para ella. «Tengo que hacerme a la idea de que Henning está muerto, de que ya nunca volverá». Su mirada recayó sobre un libro rojo que había sobre la cama. El autor era Carl Gustav Jung, uno de los gurús favoritos de su hijo. Henning opinaba que Jung era como un hindú, como él decía, porque tenía la teoría de que el tiempo es una ilusión; las palabras exactas que Henning había usado para explicarlo eran: «El alma no vuelve a resucitar, mamá, sino que no dejamos de seguir vivos en vidas distintas. Al mismo tiempo que tú vives esta vida como mi madre, también estás viviendo otra vida, en otro tiempo, tal vez como ciudadana de París, tal vez como mujer de la edad de piedra, tal vez como un camello».

«¡Un camello!», había gritado ella, estupefacta, al oírlo. Todavía podía sonreír recordando el episodio. Se sentó sobre la cama. Desde luego que él tenía razón, tenía que quedar algo después de la muerte. Tenía que haber algo que vagaba hacia otro sitio, lejos del revestimiento corporal, ya fuera llamado «alma», «energía» o «espíritu». Pero Henning no había puesto fin a su vida, de eso estaba segura. El solo pensamiento de poner fin a su vida le era totalmente extraño, formaba parte de una manera de pensar con la que él no conciliaba. Hubiera tenido que decirle eso al policía. Henning no comprendía qué era el suicidio.

Pero si su hijo todavía vivía en alguna clase de impalpable plano espiritual,

entonces todavía quedaba esperanza. La esperanza de una u otra forma de sustancia inmaterial, de un dios. ¿Pero cómo podría Henning encontrarse con Dios cuando había estado reduciendo la Biblia a un puñado de mitos y de historietas, llegando incluso a darse a sí mismo el nombre de agnóstico religioso?

Su mirada se posó sobre la pequeña caja de mármol que Henning había traído de la India el verano anterior. Se levantó, preguntándose si tendría valor para cogerla en sus manos. Era una pequeña cajita de mármol, adornada con ónice y nácar.

Miró fijamente la cajita y, luchando contra sus propios sentimientos y sobreponiéndose al deseo de huir, la cogió. Al instante la recorrió un escalofrío porque sintió que había algo en su interior. Un sonido grave y seco le reveló que algo se deslizaba dentro de la caja cada vez que ella movía la mano. La invadió un torrente de nuevos sentimientos. Tenía que ser algo valioso. Y por tanto secreto. Henning tenía un secreto. ¿Podría verlo? ¿Sería correcto mirarlo? O, mejor dicho: ¿tendría fuerzas para mirarlo? ¿No le acarrearía un nuevo sueño irrealizable, y otra vez más el dolor la aplastaría contra el suelo por culpa de la ironía del destino?

Luchó consigo misma. Con lágrimas en los ojos, levantó la tapa de la cajita de mármol; en su interior había un anillo.

Un anillo. Dejó la caja sobre el escritorio de Henning y cogió el anillo. Era pesado, ancho, con dos piedras engarzadas. Lo estudió. La luz de la lámpara se reflejaba en todas las caras de las dos piedras. Parecía que las piedras absorbieran la luz para hacerla explotar después. No se trataba de una baratija. Miró el anillo por dentro. Había un nombre grabado. «Katrine», leyó, y rompió a llorar. La cajita había estado guardando un sueño inútil, un sueño que podría haber seguido permaneciendo en secreto.

El detective

Gunnarstranda se dirigió a pie por Maridalsveien hasta el puente de Beyer. Necesitaba pensar y no le gustaba nada tener que ir cambiando de autobús. Por eso planeaba tomar en su lugar un tranvía que lo dejaría al otro lado de la ciudad. Cruzó el puente Beyer, sobre el río Aker, donde alguien había hecho una especie de obra artística con globos y siguió bajando por la calle Thorvald Meyer hacia Birkelunden.

Mientras tanto intentaba evocar mentalmente la escena de Katrine Bratterud en el momento en que la chica conocía la verdad sobre su madre biológica. Gracias al asistente social que le había abierto la puerta para salir de una vida vivida a base de sueños, Katrine llegaba finalmente a su meta. ¿Se habría llevado una desilusión? Probablemente no. Pero la información de que su madre había muerto estrangulada por alguien cuya identidad se desconocía le habría dado pie para interesarse por nuevos y profundos misterios.

Gunnarstranda tenía una doble actitud con respecto al desarrollo del caso. Por una parte, no era bueno repartir demasiado la investigación, porque siempre es importante concentrar fuerzas en lo más lógico y lo más fructífero. Desde ese punto de vista, un crimen cometido muchos años antes, en otro sitio, podía ser un simple callejón sin salida. Por otra, la revelación de la identidad de la madre biológica de Katrine Bratterud era tan chocante que sería una omisión imperdonable ignorarla.

El comisario se sentó en el banco de la parada del tranvía a esperar que este pasase. Una anciana registraba los cubos de basura del parque; finalmente encontró dos botellas vacías que metió en una enorme bolsa de plástico. Una pareja joven, que iba cogida de la mano, se detuvo para mirar hacia arriba, embelesados por la delicada copa de un abedul. Gunnarstranda iba a encenderse un cigarrillo cuando el tranvía azul celeste apareció por la esquina de la calle Schleppegrell.

El edificio de Drammensveien era de la clase de construcciones en las que se podría haber criado un pequeño lord: una mansión de tres pisos de argamasa, con adornos de color arena, donde dos terrazas constituían una fachada que incluso la pareja real se sentiría orgullosa de poseer. Las columnas dóricas de la entrada reforzaban el aire feudal de la construcción. En la pared, junto a las robustas puertas que daban a la calle, había una chapa en la que se leía «Horgen, S. A.». El edificio se encontraba entre un consulado y la embajada de un país que había conseguido independizarse de la vieja Unión Soviética. Fue el propio Axel Horgen quien abrió la puerta, y su cara de bulldog se estiró en una forzada sonrisa cuando reconoció a Gunnarstranda en el descansillo.

Si bien la fachada había sido magníficamente conservada, el *hall* era algo menos magnánimo a causa del paso de los años. La escalera de caracol que bajaba desde el primer piso todavía era la original. También lo era seguramente la escultura que

adornaba uno de los nichos de la pared. Pero el suelo había sido recubierto con un simple linóleo y en las paredes habían colocado un tapete poco agraciado. Los ornamentos de yeso del techo habían empezado a descascararse e incluso en algunas zonas habían llegado a deteriorarse completamente.

Axel Horgen lo hizo pasar por el *hall* y luego lo llevó a través de una sala de baile disfrazada de recepción, en cuyo centro había una mujer de aspecto arisco. Estaba sentada frente a un escritorio en medio de la gran habitación, delante de la ventana, montando guardia como una araña en su tela que aguarda estratégicamente a su víctima. El pasillo dio un par de vueltas antes de que los dos hombres atravesaran una puerta abierta que desembocaba en la oficina de Axel Horgen. Estaba amueblada de un modo bastante espartano, y aunque el escritorio era enorme, quedaba algo solitario en un rincón de la sala; en otro rincón había un par de sillones. Pero la gran altura del techo creaba un efecto acústico que hacía que el taconeo de sus pasos resonara casi como el eco de los Alpes. Gunnarstranda estudió los títulos y los diplomas de Axel Horgen que colgaban de las paredes.

—Esto es imponente —murmuró.

El otro se sentó en su escritorio y colocó las piernas sobre un cajón abierto.

—No trates de engatusarme, Gunnarstranda. Déjate de majaderías porque sé que no has venido a estudiar los adornos de las paredes.

—En realidad, lo que me parece imponente es que hayas conservado todos esos papeles... «Curso de ruso» —leyó Gunnarstranda en voz alta de uno de los cuadros—. ¿Te proporciona clientes eso de saber ruso?

—Tenemos clientes para todo lo que esté relacionado con un trabajo policial serio. Y tú, ¿has pensado en cambiar de aires?

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—Necesitamos a los zorros más viejos —dijo Axel Horgen, y pareció que lo decía en serio.

Gunnarstranda sacó un cigarrillo del bolsillo de la gabardina y se lo mostró, como pidiéndole permiso.

—Fuma si quieres —dijo Horgen—. Mientras cerremos la puerta y abramos las ventanas, en nuestros despachos podemos hacer lo que queramos.

El comisario encendió el cigarrillo y se sentó en uno de los sillones. Era tan blando que sintió cómo se le hundía el trasero en un gigantesco copo de algodón. En el trayecto descendente, sus pies perdieron contacto con el suelo y finalmente quedaron señalando hacia la pared del lado contrario.

—Ya no voy a poder levantarme de aquí —dijo Gunnarstranda estirando las piernas.

—Si hubieras sido un posible cliente, te habría rescatado de ahí justo cuando estuvieras dispuesto a firmar el contrato.

—¿Qué tal te va?

—Pues me da para no tener que preocuparme para vivir y un poco más.

—¿Es caro el alquiler del local?

—Es más barato que en el muelle de Aker.

—Te creo —dijo Gunnarstranda, y luego agregó—: Estoy trabajando con el cadáver que encontraron en la bahía de Hverven.

Axel Horgen asintió repetidamente con la cabeza.

—He oído hablar del tema.

—Hace veinte años, cuando todavía tenías la desvergüenza de trabajar para la organización Kripos —dijo Gunnarstranda—, mataron a una mujer en Lillehammer, una tal Lockert.

Axel Horgen continuó asintiendo con la expresión de alguien que escucha, pero está lo suficientemente experimentado como para no demostrar si lo que oye le interesa o no.

Gunnarstranda cogió aire.

—Así fue —dijo Axel Horgen—. Así fue.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—Tú estuviste trabajando en ese caso —le recordó el policía.

Horgen hizo un gesto de afirmación.

—Había empezado a trabajar en Kripos apenas seis meses antes de que ocurriera ese suceso —explicó—. Era tan novato como un bollo recién sacado del horno y lo único que hacía era redactar informes interminables sobre el caso. ¿Los has leído?

—Ya los leeré.

—Pues léelos antes y pregúntame después.

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—Sólo necesito algunas indicaciones.

—¿Para qué?

—Para saber qué es lo que tengo que buscar.

Gunnarstranda dudó unos instantes, pero luego sacudió la ceniza en la palma de su mano. Se inclinó hacia adelante, cogió aire y tomó impulso, y al segundo intento consiguió a duras penas levantarse de su asiento. Fue hasta una de las ventanas, la entreabrió y arrojó la ceniza fuera. Luego se quedó de pie, mirando el tráfico. Un tranvía azul circulaba haciendo un ruido horrible por Drammensveien. El ruido resonó en la habitación. Se quedó mirando el tranvía que se alejaba. Lentamente, volvieron a oírse los otros ruidos. Un portazo al otro lado de la calle, un coche que tocaba la bocina a lo lejos, el roce de los tacones de una mujer que cruzaba el asfalto y, detrás del verde seto, las voces de dos niños que jugaban. Finalmente, se volvió de nuevo hacia Axel Horgen.

—La chica que mataron era hija de Helene Lockert.

Axel Horgen dejó escapar un silbido.

Ambos se miraron durante unos instantes. Horgen estiró una de las comisuras de la boca hacia arriba, en lo que podía ser una sonrisa oblicua.

—A lo largo de los años, ese caso ha pasado por las manos de muchos otros policías, aparte de mí —dijo Horgen poniendo los pies en el suelo y enderezándose en la silla.

—Pero yo te conozco a ti —señaló Gunnarstranda.

—Bueno, y ¿qué pasa si tu cadáver era hija de Lockert? —dijo Axel Horgen finalmente—. Todas las personas mueren.

—La chica también fue estrangulada.

—He oído rumores de que la violaron.

—Eso no está probado.

—¿Qué quieres decir?

—Un testigo afirma que aquella noche mantuvo relaciones sexuales con ella voluntariamente.

—¿Y por qué no ha confesado todavía?

—Porque ese testigo también murió. Se ahorcó.

—¿Y cómo es que no he oído nada sobre la conmovedora nota de despedida con la confesión del crimen?

—No existe ninguna nota, por lo menos no todavía —respondió Gunnarstranda, harto de rodeos.

—A Helene Lockert la estrangularon, pero su caso no tenía absolutamente nada que ver con el sexo.

—Espero que el caso Lockert no sea un paso en falso porque no puedo permitirme el lujo de poner a un hombre a investigar un caso que sucedió hace veinte años. Por lo menos no un caso que nunca fue aclarado.

—Bueno, a ver, ¿qué puedo contarte? —dijo Axel Horgen encogiéndose de hombros—. Helene Lockert vivía sola con su hija; era madre soltera. El padre de la criatura era marino, y si había alguien en este mundo con una coartada perfecta, ese era él, porque viajaba alrededor del mundo como segundo oficial a bordo del *Fred Olsen* cuando Helene Lockert fue asesinada. En mi opinión, no creo que en ningún momento Lockert y él se tomaran la relación en serio, porque en ese caso él se habría ocupado de su hija. Ella era muy pequeña, no debía de tener más de un par de años, y no estaba en condiciones de decir nada. Helene Lockert fue asesinada en su propia casa mientras la niña estaba en su cochecito o en la terraza. Eso fue todo. Una pelea a pleno día en un pacífico pueblecito perdido de Noruega; una pelea que desembocó en la muerte de Helene Lockert. Nunca se descubrió al asesino.

—¿Hubo arrestos?

—Ninguno. Pero...

—¿Sí?

—Durante mucho tiempo pensamos en inculpar a un hombre que estaba comprometido con Helene Lockert. Pero él también tenía una especie de coartada y no pudimos corroborar el móvil. El tío estaba a punto de casarse con la víctima y el crimen se cometió apenas dos días antes de la boda. Otra hipótesis fueron los celos. Lockert y ese hombre... ¿cómo diablos se llamaba? Buggerud, Buggestad, Bueng... Sí, creo que era Bueng, que, por otra parte, ya era bastante mayor en aquella época, tenía por lo menos veinte años más que ella, si no más...

—Pero... ¿y la otra hipótesis? —preguntó Gunnarstranda cuando Axel Horgen de repente guardó silencio, como si estuviera pensando en algo.

—Ah... Pues el caso es que Bueng era un casanova, un donjuán que andaba con varias mujeres al mismo tiempo. Teníamos una teoría sobre los celos, y llamamos a un montón de mujeres para interrogarlas, pero también ese rastro se perdió en la nada. ¡Detesto los casos que quedan sin resolver! —Axel Horgen se levantó—. Nunca puedes quedarte en paz con ellos —agregó como para sí mismo.

Gunnarstranda arrojó el cigarrillo por la ventana y juntó las manos sobre la barriga.

—¿Y tu intuición visceral? *Off the record*: ¿fue Bueng?

—No... O no lo sé. Creo que lo investigaron de arriba abajo.

—Pero ¿cuál es tu opinión?

Horgen esbozó su sonrisa oblicua.

—Olvídate del caso Lockert. Te apuesto nueve contra uno a que el suicida ese fue quien violó y mató a la hija de Helene Lockert. ¿Apuestas en contra?

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—Es muy posible que esté dando palos de ciego, pero he pensado que habías seguido el caso de cerca, y he supuesto que...

—¿Has supuesto que...?

—Que tal vez supieras dónde puedo encontrar al viejo Bueng.

El justo término medio

Gunnarstranda llamó a la puerta, pero no contestó nadie, por lo que abrió y entró. «Hola», gritó, sin obtener respuesta. Debajo de una ventana vio un sillón solitario. Se adentró en la habitación y se detuvo donde terminaba la pared y el cuarto se extendía hacia un costado. Un anciano dormía en una cama a la derecha; estaba acostado con la ropa puesta. El policía dudó unos instantes, sin saber muy bien qué hacer, y miró las desnudas paredes que lo rodeaban.

La habitación se caracterizaba por una total falta de toque personal, y durante un instante se imaginó a sí mismo viviendo sus últimos días de esa manera. Eso también podía pasarle a él; vivía solo y cualquier día podía caer enfermo. Desde el corto instante en que se consideró a sí mismo acostado en esa cama empezó a ver la habitación con otros ojos. Al mismo tiempo notó que lo invadía un sentimiento de pudor: había entrado en aquella habitación y estaba metiendo sus narices en las cosas de un hombre que ni siquiera sabía que él estaba allí.

El anciano dormía en completo silencio, y sólo se podía saber que respiraba, porque su pecho, cubierto por un jersey gris de lana, subía y bajaba levemente. Los ojos de Gunnarstranda recorrieron la cómoda, con los cajones cerrados, los cajones del escritorio y la mesita de noche. Sobre la cómoda había una vieja radio de bolsillo, marca Radionett, con la antena rota. Lo que quedaba de esta señalaba oblicuamente hacia el techo.

Una vez más, Gunnarstranda miró al hombre que dormía. Bueng era alto y delgado, de facciones muy marcadas y pelo gris; la piel del rostro estaba surcada de arrugas, mientras que la nariz era lisa, el mentón largo y afilado, y los labios sensuales pero firmes.

El policía salió y cerró la puerta tras de sí. En el rellano se quedó indeciso, mirando a su alrededor. Tal vez no estaba permitido darles a las habitaciones un toque personal, pensó. Tal vez había reglas domésticas, algún tipo de normativa. No había ni cuadros ni libros.

Una mujer vestida con una falda larga y un chal sobre los hombros se acercó por el pasillo. Debía de tener unos cincuenta años y parecía que trabajaba en aquel sitio, porque se movía con soltura y paso seguro, como si hubiera desfilado por aquel pasillo cientos de veces. Tenía el cabello corto y rojizo, los ojos bondadosos y una sonrisa encantadora.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó la mujer.

—El señor Bueng —dijo Gunnarstranda.

—Es aquí mismo.

—Está durmiendo —respondió el policía.

—¿Ah, sí? —La mujer sonrió—. Ya entiendo.

Gunnarstranda asintió, experimentando un raro instante de ternura hacia aquel desconocido.

—Espere aquí —dijo ella dándole una amable palmada sobre el hombro, y continuó su camino hasta el fondo del pasillo, donde desapareció entrando en una oficina.

Instantes después, Gunnarstranda pudo oír un timbre que sonaba dentro del cuarto que estaba a sus espaldas. Sonó durante largo rato. Finalmente el sonido se interrumpió y una voz ronca dijo algo desde el interior. La puerta de la oficina situada al final del corredor se abrió y la mujer del chal asomó la cabeza.

—Llame ahora —dijo mientras hacía el gesto de golpear con la mano.

El comisario siguió su recomendación.

Al cabo, Bueng entreabrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó amablemente.

Gunnarstranda se presentó y luego agregó:

—Soy policía.

—¡Ah! —dijo Bueng—. Policía, vale. Policía.

El hombre tenía Parkinson. El temblor de sus brazos hacía que las manos le golpearan contra el marco de la puerta, como si estuviera tocando una melodía con un tambor.

Gunnarstranda echó una rápida mirada hacia la puerta de la oficina, donde la mujer del chal sonreía de oreja a oreja. El policía contuvo el aliento.

—¿Quiere dar un paseo conmigo? —le preguntó al anciano. Pero en ese instante oyó que se acercaba la mujer del chal.

—A Bueng no lo sostienen demasiado las piernas —explicó—. Pero pueden sentarse en uno de los bancos del jardín.

Bueng podía andar sin ayuda, pero se movía muy despacio. Sus manos y sus brazos se sacudían continuamente. Gunnarstranda sostuvo la puerta abierta para que pasara. Se miraron. Bueng levantó uno de sus temblorosos brazos.

—Endiablados asuntos —murmuró mientras salía al sol arrastrando los pies.

Era un hermoso jardín, con altos setos de cipreses y senderos de piedrecillas adornados con filas de begonias grises que crecían entre las piedras del borde. Pero era evidente que los que cuidaban el jardín no tenían mano para las rosas, juzgó Gunnarstranda para sus adentros. Por entre las ralas hojas del rosal sobresalía un poderoso brote salvaje de color verde claro que hendía el aire como una lanza.

Delante había un banco pintado de verde, debajo del cual, diez o doce gorriones grises daban saltitos mientras picoteaban migas del suelo. Los dos hombres se sentaron en el banco. La conversación se desarrolló con toda normalidad mientras estuvieron hablando de enfermeras y medicaciones. Pero cuando el comisario comenzó a preguntarle acerca de Helene Lockert, Bueng no se mostró demasiado

comunicativo.

—He venido a verlo porque la hija de Helene, Katrine, ha sido asesinada — explicó Gunnarstranda.

—La hija —dijo Bueng, pensativo.

—Sí.

—No se pueden rehacer los nacimientos —murmuró Bueng, y agregó—: Es el único sueño del cual uno se despierta sin poder volver a dormirse.

—Hum... —Gunnarstranda no sabía cómo interpretar sus palabras.

—Y ahora dice usted que ha muerto. La niña, quiero decir —dijo el anciano.

Ambos se quedaron mirando al vacío. Gunnarstranda sentía que la necesidad de buscar un cigarrillo le quemaba las yemas de los dedos.

—Íbamos a casarnos —declaró Bueng al cabo de un rato—. Pero la boda se fue al garete.

—Lo sé —asintió el policía.

Volvió a hacerse un silencio. Gunnarstranda metió las manos en los bolsillos y tanteó los cigarrillos mientras trataba de pensar en alguna estrategia para fumar. En un banco, algo más lejos, había dos ancianas que comían un bollo cada una.

Después de un rato se oyeron pasos por la grava y Bueng levantó la vista.

—No permita que ese hombre se acerque —dijo en voz baja—. Arruina todo lo que toca. Un día trató de reparar unas tijeras eléctricas de podar y cuando las cogió el conserje se le cayeron a pedazos. Luego metió sus manazas en un cortacésped y también se lo cargó en un santiamén.

—¿De quién habla? —preguntó también en voz baja Gunnarstranda.

—De aquel que lleva una gorra gris. Ahora va a reparar algo, lo veo en su forma de caminar.

El policía siguió la mirada de Bueng y vio a un hombre mayor con una gorra que se alejaba a grandes pasos por el sendero de grava. En la mano que balanceaba hacia atrás y hacia adelante llevaba una enorme llave inglesa.

—Señor Bueng, en aquella época usted salía con otras mujeres, además de con Helene Lockert, ¿no es cierto? —dijo Gunnarstranda con decisión—. Ahora el tiempo ha pasado. Ha llovido mucho desde entonces. Nadie se entristece por viejos pecados. ¿Con quién se veía usted por aquel entonces?

—La muerte, sí —dijo Bueng filosóficamente—. Puede darse una vuelta por el edificio Karl Johan para apreciar lo efectiva que llega a ser la muerte, ¡o mejor mírenos a todos nosotros!

—Vale —asintió Gunnarstranda con impaciencia—. Tengo una copia del informe policial del caso. En él dice que fueron interrogadas, entre otras, Birgit Stenmoe, Grete Rønning, Oda Beate Saugstad, Connie Saksevoid... —El policía levantó la vista y suspiró—. Connie... —murmuró—, mire que llamarse Connie...

—Connie era medio americana —explicó Bueng—. Tomaba el café con azúcar y leche, y tenía soriasis, y, por eso, terribles complejos... aun cuando no se trataba más que del cuero cabelludo. ¿A quién le importa que una mujer tenga caspa? ¡Tendría que haber visto las piernas de Connie, eran suaves como aluminio pulido!

—Imagino que todas ellas creían que eran sus novias, ¿no es así?

—No es tan fácil decir que no —dijo Bueng recordando—. No es tan fácil desilusionar a otras personas.

—No, no es tan fácil —admitió Gunnarstranda.

—Pero las cosas empiezan a ir mal cuando uno miente demasiado.

—Justamente —dijo el policía.

—Un par de amantes está bien —prosiguió Bueng—. Tres ya es demasiado, porque entonces empieza a ser difícil acordarse de lo que uno le ha dicho a una y no a la otra, y el asunto se complica. La mayoría de las amantes quieren que les dediques, por lo menos, dos noches a la semana, y con tres casi no te queda tiempo... es difícil hacer que las cosas cuadren. Uno tiene que mentir descaradamente.

—Usted tenía cinco amantes —señaló Gunnarstranda.

—Claro, al final algo tenía que salir mal.

—Justamente.

—Pero un par de ellas está bien... Uno no necesita ajustarse a rutinas y a la monotonía. Ya sabe... las mujeres tienen gustos distintos, también besan de forma diferente...

—Exactamente —asintió Gunnarstranda.

—El temperamento de una mujer se revela en su forma de besar —declaró Bueng.

—Usted era mucho mayor que ella... que Helene, quiero decir.

—Sí, le llevaba más de veinte años, pero la edad no es tan importante para los asuntos del corazón.

—Y ella tenía una hija, ¿no?

—Sí, esa que se murió, como usted dijo.

—¿Veía usted mucho a la niña?

—No la recuerdo demasiado; era la madre la que me interesaba.

—Y ella murió asesinada.

—Sí, fue una triste historia. No nos casamos y tampoco llegué a casarme nunca después de eso. Jamás pensé que envejecería solo.

—¿Ha venido a visitarlo alguna vez la hija de Helene Lockert?

Bueng se volvió y se quedó mirando al policía con un ligero temblor de la cabeza.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Tenemos pruebas que nos hacen pensar que ella conoció la verdadera identidad de su madre...

—Pero, hombre, ¿quién no conoce la identidad de su madre?

—El caso es complicado, señor Bueng. Le pido, por favor, que me conteste a esa pregunta. ¿Estableció alguna vez contacto con usted la hija de Helene Lockert?

—Nunca —respondió el viejo con la mirada perdida mientras la brisa le acariciaba un mechón de pelo blanco de la frente—. Nunca —repitió como para sí mismo—. Mi destino es morir en soledad... —continuó, en voz más alta—. Y jamás lo hubiera imaginado...

—¿De modo que renunció a la idea del matrimonio después de la muerte de Helene Lockert? —preguntó el policía.

—Helene comprendía que no siempre era tan fácil...

—O sea, que ella sabía que tenía rivales...

—En realidad, no había ninguna rival. Solamente estaba ella.

—Pero una de las teorías de la policía fue que una de sus rivales...

—Yo no estaba de acuerdo con la policía al respecto.

—¿Tenía usted alguna sospecha de quién podría haberla matado?

—Pienso que tuvo que ser uno de los antiguos novios de Helene.

—Pero los testigos, varios testigos, dijeron haber visto a una mujer caminando por la calle donde vivía Helene, una mujer que se comportaba de forma extraña, y eso fue más o menos a la hora en que Helene Lockert fue asesinada.

—Sí, claro, pero al único hombre que investigaron fue al padre de la criatura, y él tenía coartada. Helene era una mujer espléndida...

—Pero los testigos...

—... tal vez se disfrazó, eso es lo que creo. Un hombre que se pone ropa de mujer no es una cosa nueva.

—Ahora han pasado los años —dijo Gunnarstranda suspirando profundamente—. Usted ha tenido tiempo de sobra para pensar en el caso, ¿está seguro de que no fue...?

—Usted mencionó a Connie... —lo interrumpió Bueng—. Y también a Oda Beate...

—Grete Running —continuó el policía, leyendo de la lista—, Birgit Stenmoe...

—¿Y qué más? —dijo Bueng esperando una respuesta.

Gunnarstranda no dijo más nada.

—¿Y qué más?

El policía carraspeó.

—No había más nombres.

Bueng giró la cabeza y sus miradas se encontraron.

—Ahora tengo que irme —anunció de pronto Bueng, levantándose—. Estoy cansado.

Gunnarstranda observó cómo se alejaba. Aquella figura que caminaba con paso

inseguro sobre la grava no parecía en absoluto un asesino. Pero el hábito no hace al monje. Gunnarstranda ya lo había comprobado en varias ocasiones anteriormente.

El policía sacó un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta, lo encendió y le dio una profunda calada. Se cruzó de piernas y se puso a pensar si debería estar enojado o no. No lo sabía. Un segundo más tarde, algo lo hizo volver la cabeza. Frente a la entrada del edificio estaba la mujer de la falda larga y el chal. Cuando se sintió descubierta pareció turbada. Se colocó un legajo de papeles bajo el brazo y se dirigió hacia él a paso lento. Se detuvo delante del banco. Gunnarstranda se puso en pie y sonrió ligeramente cuando se dio cuenta de que eran de la misma altura.

—¿Conoce bien al señor Bueng? —preguntó ella una vez que se hubieron sentado.

Gunnarstranda suspiró y negó con la cabeza.

—Soy policía.

Ella guardó silencio, esperando la continuación.

—Se trata de un caso muy antiguo.

—Casi nunca tiene visitas —dijo ella.

Gunnarstranda sonrió levemente.

—No creo que la mía le haya hecho mucha ilusión —reconoció.

Miró a la mujer de reojo y leyó su nombre en la chapa que llevaba prendida en el chal: Tove Granaas. Ella se puso seria, arrugando la frente, pero pronto su seriedad se disipó con una sonrisa.

—A él le gusta mucho hablar con la gente.

—Pero no hablar sobre sí mismo —contestó Gunnarstranda.

—En eso tiene razón —dijo ella con una risita.

A Gunnarstranda le apetecía seguir charlando, así que dijo:

—Bonito jardín. Tienen ustedes unas begonias magníficas.

—Sí, pero esa planta no se nos da muy bien —dijo ella señalando el feo rosal que estaba en el césped frente a ellos.

—Los rosales se injertan en un tronco con raíz de rosal silvestre —dijo Gunnarstranda indicando con un gesto de la mano el verde brote que crecía enhiesto—. Cuando eso sucede es que la raíz ha decidido crecer por su cuenta.

—¡No me diga! —contestó ella, admirada—. Jamás hubiera imaginado que hoy me encontraría con alguien que supiera cuál es el problema. Un policía que sabe de flores.

—Es puro interés, un *hobby*.

—Entonces, usted debe de tener un jardín fantástico.

—Pues... no. —Y viendo que ella inclinaba un poco la cabeza, interesada, agregó—: Tengo una cabaña... Pero bueno, ¿de qué le gusta hablar a él?

—¿Hum?

—A Bueng, ¿de qué le gusta hablar?

—¿Quiere volver a intentar conversar con él?

—No, no sé si merece la pena —dijo metiendo el cigarrillo en la cajita de fósforos y cerrándola cuidadosamente—. Fue testigo en un antiguo caso, hace ya más de veinte años. No sé ni siquiera si se acuerda de aquella época.

—Lo llamamos Elvis —declaró ella.

—¿Por qué?

—Canta como Elvis, y tal vez se le parece un poco. —Se rio con una risa tintineante, y agregó—: Aunque le empiecen a fallar las piernas.

—Parkinson, ¿verdad?

—Sí.

Ambos se quedaron mirando al frente. Ella pareció pensar en algo.

—¿Tiene alguna clase de acreditación? —preguntó de repente.

Gunnarstranda se dejó hechizar por la caída de ojos que acompañó a la pregunta. Sacó su cartera con la placa de policía y se la mostró.

—¡Qué apellido tan magnífico! —dijo ella.

—No hay mucha gente con este apellido —contestó Gunnarstranda.

—Suenan muy simpático —dijo ella—. Elvis... Bueng, nunca habla de sí mismo.

El policía asintió.

—¿Ha tenido alguna otra visita en estos últimos días?

—¡Oh! Muy rara vez lo visitan —suspiró ella, desencantada—. Por eso nos alegramos tanto de que viniera usted hoy. Le ha dado un poco de vida.

—¿Cuándo lo visitaron por última vez?

—No lo sé, pero tuvo que ser hace mucho tiempo.

—¿Está completamente segura de que nadie ha venido a visitarlo en los últimos catorce días?

—Lo dudo mucho.

—¿Está realmente segura?

—Pues no. Yo no vengo a trabajar todos los días ni estoy aquí las veinticuatro horas.

—¿Podría averiguarlo? —«Porque entonces podría volver a llamarla», pensó Gunnarstranda, pero se lo guardó para sí.

Ella sonrió de lado.

—No puede ser muy difícil —respondió.

Se levantaron.

—¿Hay esperanzas? —preguntó ella.

El policía no comprendió a qué se refería.

—El rosal —dijo ella señalando la extraña planta sobre el césped.

Gunnarstranda se encogió de hombros.

—Corte el brote de color verde claro que sale de la tierra. Y si vuelve a brotar, lo mejor que pueden hacer es arrancar la planta entera y tirarla.

—Había algo dentro de tu pecera, *Kalfatrus*, ya lo he visto —murmuró Gunnarstranda lavando el interior de la pecera con una bola de algodón.

Miró al pececillo. Estaba inmóvil en sus cinco centímetros de agua.

—Tengo que conseguir alguna clase de aparato para que este condenado recipiente no se ensucie tanto —añadió acomodándose las gafas sobre el puente de la nariz.

Permaneció de pie, murmurando como para que el pez lo oyera:

—O bien aquel viejo esperaba oír otro nombre más en la lista, o bien me estaba dando una pista. Pero al menos salí de allí con la impresión de que él no era el asesino. Está enfermo y medio chiflado. Pero ¿y si me dio una pista? ¿Qué fue lo que quiso decirme?

Dejó la bola de algodón con la que limpiaba la pecera y fue a buscar más mientras le gritaba a *Kalfatrus*:

—En todo caso, eso sería muy poco probable, ¿no crees? Kripos estuvo trabajando durante meses en el caso, hace años, no voy a venir yo ahora, veinte años más tarde, y de repente ese viejo me va a dar datos determinantes...

Se puso a buscar un recipiente en el que verter el agua mientras pensaba: «Tal vez quiso darme una pista, otra cosa, un detalle, no necesariamente el nombre de una persona».

Cogió de la cocina un medidor en forma de jarra, le echó agua y buscó el termómetro.

—De todos modos —murmuró—, ¿qué importancia tendría que yo diera ahora con algo relevante para aclarar el caso Lockert? Sucedió hace más de veinte años y no hay relación entre los dos casos. Katrine Bratterud se crio en otro lugar, a cientos de kilómetros de Lillehammer...

Puso agua caliente y fría en la jarra para que tuviera la temperatura adecuada y, con cuidado, vertió el agua templada en la pecera de *Kalfatrus*, que reaccionó dando violentos coletazos. Gunnarstranda contempló al pez.

—Estás disfrutando, ¿eh? —murmuró—. Te gusta tener agua alrededor, estás contento en tu entorno natural. Imagina si te cayeras al suelo, o si fueras a parar al mar. Entonces terminarías como la pobre Katrine: asfixiado y muerto.

Pensó durante unos instantes y luego añadió, dirigiéndose al pez:

—Tal vez fue eso lo que le sucedió a ella. Salió de su entorno social. Pero ¿cuál era su verdadero entorno social? ¿Y cuál era el que no le sentaba bien y que la condujo a...?

La silla vacía

Estaban sentados a la mesa, en su espaciosa cocina. Como Julie estaba en casa de su padre, la silla del extremo de la mesa estaba vacía. Eva-Britt tenía la cabeza apoyada entre las manos. Ya hacía rato que había terminado de comer. Se sirvió un poco más de vino. Sonrió y sus ojos brillaron cuando él volvió a servirse más comida.

—Crees que has ganado, ¿eh? —dijo Frank.

—¿Yo?

—Ya sé que soy cobarde —dijo él sirviéndose más comida.

—Todavía no he dicho eso. —Se rio ella.

—Pero habías pensado en decirlo —dijo él tras rebañar la sartén y dejarla sobre la mesa para coger otra patata—. Habías pensado decir «Eres un cobarde, Frank», como también estás pensando en decirme ahora: «Ten cuidado, recuerda que puse un montón de nata en la salsa».

—En eso te equivocas —repuso ella—. Me gusta que estés rellenito. —Volvió a reírse suavemente y le apretó la mano contra el pecho de la camisa—. Me gustan los hombres bien rellenos.

—Te gusto yo —dijo Frank—. Y dices que te gustan los hombres rellenos porque yo estoy gordo. Si se lo preguntases a un psicólogo...

—Ya voy al psicólogo todas las semanas. Pero el paciente no pregunta al psicólogo, sino que es él el que pregunta.

—Bueno, pues la próxima vez que vayas puedes charlar con él sobre nuestra relación...

—¿Y de qué crees que hablo? No hablo de otra cosa.

—... Puedes hablar de por qué sigues soportándome cuando no quiero ir a vivir con nadie. Ese psicólogo...

—Es una psicóloga, una mujer...

—Pues esa psicóloga te dirá que tu subconsciente te engaña y te hace creer que te gusto porque has desarrollado una cierta dependencia hacia mí, ¿no es cierto? Ataduras psicológicas, de la misma manera que un patito sigue a una gallina si la gallina, aunque no sea un pato, está al lado del huevo cuando nace el patito. Tú y yo hemos estado juntos durante años y has acabado dependiendo de mí. Por eso tu subconsciente trata de hacerte creer que yo soy el hombre que te conviene.

—Dices un montón de disparates —replicó Eva-Britt vaciando su plato.

—No digo disparates. Te digo que soy un cobarde porque hemos dormido juntos ciento cincuenta mil veces y todavía sigue sin gustarme que hables de vivir juntos...

—¡Me niego a escuchar tu cháchara! —dijo ella cruzándose de brazos y poniéndose a mirar el reflejo de los ventanales que tenían a la derecha.

—Pues, por mí, no lo hagas —repuso Frank ácidamente—. Ya hemos pasado por

este ritual un millón de veces.

—Eso es lo que yo digo —rio ella—. Podríamos estar casados.

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Estás de acuerdo?

—¡Por supuesto que estoy de acuerdo!

—¿Y por qué protestas cada vez que hablamos de estas cosas?

—Eres tú la que está equivocada —dijo Frank sonriendo—. Si por mí fuera, ya nos habríamos casado hace tiempo... Pues sí —continuó viendo que ella quería meter baza—, y de esto puedes hablar con tu psicóloga porque ahora voy a decirte lo que pienso realmente, sin pelos en la lengua. En lo más hondo de nuestro ser, ambos sabemos que en realidad eres tú la que no quiere vivir conmigo. Pero siempre te las apañas para hacer ver que soy yo el que no quiere. Siempre le das la vuelta a la tortilla para hacerme quedar como el culpable. Esto es simple psicología, de la misma manera que los de las sociedades protectoras de animales, en realidad, son gente perversa con fantasías de prenderles fuego a los gatitos, y todos esos *skinheads* y neonazis, en el fondo, son unos maricas reprimidos que se visten con bragas y medias de rejilla cuando están solos en el baño.

Eva-Britt meneó la cabeza.

—Podemos hacer un test —dijo Frank—. Lo que yo pienso y lo que tú piensas. A ver, ¿en qué estoy pensando?

—No me interesa.

—Pero yo sí sé lo que piensas tú.

—¿Ah, sí?

—Estás pensando en el debate «Julie». Por primera vez hemos hablado de nuestra vida en común sin la participación de Julie en la discusión.

—Es verdad —admitió ella sonriendo—. Al menos eso ha sido positivo.

Frølich estiró su mano por encima de la mesa y le acarició la mejilla con el dorso. Se quedaron mirándose.

—Ella te quiere mucho —dijo Eva-Britt—. Tú eres tan importante para ella como yo.

Él guardó silencio.

—Lo sabes, ¿no?

Frank asintió y la miró con ojos soñadores.

Ella le tomó la mano.

—Si vamos a vivir juntos, tenemos que aprender a pasar los silencios juntos —dijo bajando la mirada—. No hay que medir las palabras —agregó distraídamente cogiéndolo del brazo—. Mi abuela siempre decía que eso trae mala suerte.

Él asintió en silencio. Ella lo miró.

—¿Y qué vamos a hacer cuando ya no tengamos más réplicas que hacemos?

—Hagamos como en las películas americanas —sugirió Frank en voz baja.

Ella sonrió cálidamente. Se levantaron al mismo tiempo. Ella le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas. El beso duró largo rato mientras él le acariciaba la curva de su cintura, primero una vez, luego otra más. Cuando ella, a su debido tiempo, se soltó de su cuello, él disfrutó viendo moverse rítmicamente las caderas de aquel suave cuerpo que se dirigía hacia la ventana. Se miraron en el reflejo. Los músculos de ella se le marcaron bajo el vestido cuando se estiró para alcanzar el cordón de la persiana.

Frølich se despertó y se quedó mirando al techo. A lo lejos oyó una mala versión de la Sinfonía 40 de Mozart tocada con la lira. Era el teléfono que estaba sonando, su propio móvil, que estaba en el suelo. Se inclinó para cogerlo y logró pulsar el botón correcto.

—Hola —murmuró, somnoliento.

—Adivina quién soy —dijo Gunnarstranda.

—Un momento —pidió Frølich mirando a Eva-Britt que yacía desnuda a sus espaldas en la cama.

Ella abrió lentamente los ojos y lo miró desde lo más profundo de algún sueño. Con el teléfono bajo el mentón, levantó el edredón y la cubrió. Ella volvió a cerrar lentamente los ojos. Él se deslizó sigilosamente hacia la cocina, llevándose consigo el teléfono, y con el pantalón y la camiseta en la mano.

—Vale —dijo—. Ahora ya puedo hablar más alto.

—Te ha llegado una carta —anunció Gunnarstranda.

—¿Ahora, en mitad de la noche?

—Son las doce y media.

—Acababa de dormirme.

—Te acuestas demasiado temprano. Esta carta es importante.

—Pero ¿por qué no puedo leerla mañana?

—Porque el que te la envía es Henning Kramer.

—¡Joder! —exclamó Frølich.

El policía oyó el ruido de un papel que se estrujaba al otro lado del teléfono.

—Como superior tuyo, doy por sentado que me confías la tarea de abrir el sobre.

—Anda, rómpelo —concedió Frølich.

—No es tan fácil —murmuró Gunnarstranda—. ¿Has intentado alguna vez abrir una carta con dos pinzas y un cuchillo?

—¿Cómo es que has descubierto esa carta precisamente ahora?

—Porque estaba en tu estantería. ¿Cuándo revisaste tu correo por última vez?

—Esta mañana; al menos, eso creo.

—¡Ya lo imaginaba! —murmuró Gunnarstranda—. ¿Estás listo para oírlo?

—Tan listo como suelo estarlo después de media hora de sueño. Te apuesto diez

coronas a que es la carta de un suicida.

—La apuesta es baja, pero has ganado —murmuró el comisario al cabo de unos minutos—. Tendremos que esperar hasta mañana para confirmarlo, pero, por lo que parece, el caso está cerrado.

Frank Frølich bostezó.

—En resumen, que Kramer violó a la chica, la mató, le robó las joyas y las mandó por correo a casa de Raymond Skau. Confesión en toda regla.

—¿Y tú te la crees? —preguntó Frølich.

—Tengo mis dudas. —Gunnarstranda empezó a renegar por lo bajo.

—¿Qué pasa?

—Escucha esta última frase: «No puedo continuar». ¿Hum? ¿Tú usarías una frase tan ridícula si estuvieras a punto de suicidarte?

—No lo sé.

—¡Joder! Estamos hablando de un tipo que era profundo y reflexivo. Él no se expresaba de esta manera.

—No tengo ni idea. Muéstrasela a un psicólogo.

—¡Qué rabia! —Gunnarstranda suspiró.

—¿Esa carta decide que estamos fuera del caso?

—Todavía no. También ha llegado el informe de la autopsia de Kramer. Asegura que Kramer estaba drogado cuando murió.

—Eso no es ninguna sorpresa, ¿no te parece?

—No lo sé. No se trataba de *speed*, sino que, según el informe del forense, se había tomado un montón de somníferos.

—¿Y qué hacemos?

—La carta está escrita a máquina. Y sin firma.

Frølich trató de pensar.

—¿Estamos completamente convencidos de que Henning Kramer es el autor de esta mierda? —preguntó Gunnarstranda.

—Podría ser...

—¿Pero es probable?

Frølich pensó de nuevo.

—Podría ser —repitió.

—¡Pues sí que me estás ayudando!

—Tenemos que hacer algo...

—He concertado una cita para mañana con el fiscal del Estado. Si no queremos que acaben cerrando el caso, debemos encontrar pruebas urgentemente de que Kramer no se quitó la vida.

—Espera... —dijo Frølich, pero su jefe ya había colgado.

Se quedó mirando el auricular del teléfono. Finalmente, su cerebro comenzó a

funcionar. Bostezó. «Bien, bien», se dijo, rascándose la tripa. Se quedó parado en la puerta que daba al dormitorio y miró al interior. Eva-Britt había vuelto a liberarse del edredón. Estaba de costado, con la cara vuelta hacia la almohada de él y el cuerpo formando una elegante Z. Fascinado, Frank se quedó contemplando cómo los pies también seguían la línea, completando y terminando la forma de la letra con el cuerpo.

No tenía el más mínimo deseo de dejar a aquella mujer. Al menos, no en aquel momento. No aquella noche. A veces, Gunnarstranda se excitaba hasta la desesperación. Evidentemente, la nota de suicidio requeriría una evaluación. ¿Pero por qué tenía que suceder justo esa noche? «Ese hombre está obsesionado —pensó—. Bueno, más bien es que su vida social es nula. No tiene nada más en lo que pensar». Hacía tanto tiempo que Frølich trabajaba con Gunnarstranda que ya se tomaba con calma la mayoría de los caprichos de aquel cascarrabias. «Por supuesto que podría ir ahora a comisaría —pensó—. Podría salir resollando en la oscuridad y ponerme a leer informes. Podría pasar el resto de la noche con dolor de cabeza y con el bolígrafo en la boca, devanándome los sesos tratando de decidir si Henning Kramer se colgó o no se colgó. Aunque también podría volver a acostarme junto a esa belleza a escuchar su respiración, y tal vez pensar un poco en Henning Kramer. Sí, espero volver a dormirme y soñar con Henning Kramer... hasta que me despierte mañana junto a ella». Se rio pensando en lo furioso que se pondría Gunnarstranda cuando no lo viera aparecer por el despacho. Se deslizó dentro del dormitorio, se metió en la cama con todo el sigilo del que fue capaz y se tumbó. La respiración de Eva-Britt se colaba en su oído a intervalos rítmicos.

Suposiciones

El fiscal Fristad estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre su prominente barriga. El hombre conseguía conservar su imagen de chico joven dejándose crecer el pelo en un rebelde flequillo que le llegaba hasta sus bien formadas cejas. Resaltaba su lado intelectual con un par de gruesas gafas de pasta, cuya pérdida prevenía mediante un cordel negro que le colgaba alrededor del cuello.

Las gafas se apoyaban en la punta de su robusta nariz, mientras el cordel formaba ondas decorativas a cada lado de sus mejillas rasuradas. De vez en cuando, el fiscal intentaba impedir que las gafas se le resbalaran haciendo unos amplios movimientos con la boca: hinchaba los carrillos, de manera que empujaba las gafas un milímetro más arriba, antes de que volvieran a resbalársele lentamente dos milímetros hacia abajo. Así, las mantenía en su sitio hasta que acababan por caerle sobre el pecho. Entonces, el hombre exhalaba un hondo suspiro, las cogía y se las colocaba nuevamente en su lugar.

Frølich paseó su mirada del fiscal a Gunnarstranda, a quien se le notaban los excesos de la noche. El comisario tenía manchas de café en los labios y los flacos dedos le temblaban ligeramente al sostener los papeles. Sus finas gafas, sin montura y seguramente compradas por catálogo, no alcanzaban a ocultar sus oscuras ojeras.

Gunnarstranda se aclaró la voz y comenzó a leer:

—«El cadáver fue encontrado el domingo por la mañana en una zanja a lo largo de Ljansbrukveien, cerca del balneario de la bahía de Hverven. Posiblemente, fue arrojado desde un coche; no se hizo ningún esfuerzo por ocultar el cuerpo, que fue encontrado por un jubilado que daba un paseo, un tal Jan Vegard Ellingsen, que ha sido investigado y dejado fuera del caso. Hay razones para creer que el cadáver fue llevado en coche al sitio donde fue hallado. La víctima estaba completamente despojada de ropa y tenía muy pocas contusiones externas, salvo las marcas del estrangulamiento y algunos rasguños y cortes en la piel que, según el forense, se debieron a que el cadáver fue arrojado a la zanja desde una altura de unos dos metros».

Gunnarstranda levantó las fotografías del cuerpo desnudo de Katrine Bratterud, que yacía retorcido y sin vida, con la mirada fija.

Al fiscal se le cayeron las gafas sobre el pecho y volvió a colocárselas en su lugar. Pestañeó al ver una de las imágenes.

—¿Qué tiene alrededor del ombligo? —preguntó señalando la fotografía.

—Un tatuaje —explicó Frølich—. Una especie de flor.

El fiscal estudió la fotografía.

—Estilo rosemaling ^[6] —observó.

Gunnarstranda carraspeó.

—«Aparte de los rasguños debidos exclusivamente a la caída, se observan... — puso una nueva foto sobre la mesa, una foto en la que se veían más de cerca la cabeza y los hombros— se observan hematomas en el cuello y la garganta provocados por el estrangulamiento, y una herida en el lugar por donde el cordón (probablemente un cordón de cortina, que también se encontró junto al cadáver) penetró en el tejido durante el estrangulamiento».

—¿Y lo tenemos? —preguntó Fristad—. El cordón, quiero decir.

Gunnarstranda asintió.

—«La víctima tenía restos de piel bajo las uñas, posiblemente adquiridos en la lucha contra el agresor. El análisis del ADN confirma que los restos de semen encontrados en la vagina del cadáver pertenecen a Henning Kramer. El propio Kramer reconoció que tuvo relaciones sexuales con la chica antes de que la mataran. Además, Kramer hizo una primera declaración inexacta referente a lo sucedido en el coche después de que la víctima abandonara la fiesta de Voksenkollveien».

—Un momento —interrumpió el fiscal—. ¿Y los restos de piel bajo las uñas?

—Volveré a ellos más tarde —dijo Gunnarstranda aclarándose la garganta.

—¿Y la ropa? —quiso saber el fiscal.

—«Se encontró una bolsa en la zanja que bordea el río Gjer, a la altura de Ljansbrukveien. Podría haber sido arrojada desde un coche. La bolsa fue encontrada...». Bueno, puedo empezar por otro punto primero... «Sabemos con seguridad que la víctima se marchó de la fiesta de Gerdhardsen y Ås por voluntad propia. Henning Kramer la recogió en las cercanías de la casa, a eso de la medianoche. Diversos testigos los vieron a ambos en el muelle de Aker, en algún momento entre las doce y las doce y media de la noche. Parecían divertirse y, según Kramer, se dirigieron al lago Gjer para hablar de las estrellas y para... para...».

—¿Mantener relaciones? —sugirió el fiscal.

—Sí... En una zona de descanso a lo largo del lago Gjer, entre Tyrigrava y ese parque de atracciones... ¿cómo se llama?

—Tusenfryd —apuntó Frølich.

—Eso es. —Gunnarstranda manoteaba torpemente con los papeles—. La ropa de la mujer, es decir, la mayoría de su ropa (falta un zapato que no hemos podido encontrar) fue hallada entre el sitio donde estacionaron y el lugar donde se encontró el cadáver. Tal vez esto indique que la mataron cerca de donde se detuvieron ella y Kramer, donde mantuvieron relaciones, y que el asesino se deshizo de la ropa antes de deshacerse del cadáver. Pero ya volveré sobre ese tema más tarde también... — dijo Gunnarstranda, y siguió buscando en su manojito de papeles.

Frølich y el fiscal guardaron silencio mientras el comisario hojeaba sus notas.

—Aquí está —murmuró Gunnarstranda—. Es que hay tantos papeles. Y uno está condenado a leérselos sin ayuda... «La versión de los hechos de Henning Kramer fue

que ellos dos hicieron el amor en el coche, luego se fueron de allí, y la víctima se bajó en la rotonda de Mastermyr de la carretera E18, a eso de las tres de la madrugada, porque prefería ir caminando hasta el apartamento de su novio en el centro de Holmlia, en la calle 13».

—¿El novio? —exclamó el fiscal haciendo movimientos con la boca para subirse las gafas.

El comisario lo miró sin decir nada. El silencio continuó y el fiscal hizo otro movimiento bucal.

—Ole Eidesen —apuntó Frølich—. Katrine Bratterud dejó a su novio Ole Eidesen en la fiesta.

Al final, las gafas del fiscal Fristad acabaron por caer sobre su pecho.

Gunnarstranda carraspeó.

—¿Sí? —preguntó.

Fristad asintió, poniéndose las gafas otra vez sobre la nariz.

—Más tarde —continuó leyendo Gunnarstranda—, tuvimos motivos para dudar de la declaración de Henning Kramer, ya que un testigo nos comunicó que había visto el coche que conducía Kramer, un Audi descapotable, en el mismo sitio donde Kramer nos dijo que se detuvieron, junto al lago Gjer, tres horas más tarde de la hora en que Kramer dijo haberse marchado. El rastreo policial fue hecho a primera hora de la mañana, cuando probablemente Katrine ya estaba muerta. Nunca llegamos a hablarle a Kramer de la declaración del testigo porque el chico murió. Sin embargo, su madre fue interrogada posteriormente. Kramer vivía con ella, pero pasaba algunas noches en el apartamento de su hermano cuando este salía de viaje. La madre nos contó que Henning llegó a casa a las tres y media la noche del sábado, y que la despertó, visiblemente excitado. Le contó que él y Katrine habían ido a dar una vuelta en coche, que se habían quedado dormidos y que ella había desaparecido sin dejar rastro cuando él se despertó, a eso de las dos y media.

—¿Y él estaba muy nervioso? —preguntó el fiscal—. Puede haber muchas razones para que lo estuviera. Podría haberle mentado a su madre.

—Desde luego. Pero, según ella, Kramer le dijo que había buscado a Katrine por el lugar pero que no había obtenido resultado alguno. Y que, al final, había regresado a casa para contarle todo lo ocurrido.

—¿Se ha fijado la hora, quiero decir, de la defunción?

—Es difícil determinar la hora exacta. Los elementos que tenemos para hacerlo son: el contenido del estómago, una comida que se confirmó que fue comprada en el McDonald's del muelle de Aker a eso de las doce de la noche; los restos de semen en la vagina y el rígor mortis. El forense supone que la muerte tuvo lugar en algún momento entre la dos y las cinco de la madrugada.

—Y ese tal Kramer regresó al lugar donde había perdido a la chica, ¿no es cierto?

—Eso parece, según la declaración de la madre. Dice que su hijo salió de la casa, para continuar la búsqueda de Katrine, un poco antes de las seis, y que regresó a las ocho.

—Suponiendo que hubiese sido Henning Kramer quien la mató, podría haber vuelto perfectamente a casa de la madre, con el cuerpo en el coche, y luego ser presa del pánico. Tal vez le contó una mentira, la mujer le pidió que volviera a buscar a la chica y regresó al lugar de los hechos. Aparcó en la bahía de Hverven y tiró el cuerpo por encima de la baranda de protección. Luego avanzó un poco más con el coche y se deshizo de la ropa.

—Por eso hemos examinado su coche. Hemos encontrado pelos, manchas de semen y distintas fibras textiles. Los rastros de semen son, en realidad, la mejor prueba que tenemos contra Kramer hasta ahora, si es que pueden considerarse como tales. Según su madre, Kramer mantenía una relación con la chica. Por tanto, tal vez Kramer dijera la verdad cuando dijo que esa noche ellos dos mantuvieron relaciones sexuales voluntarias en el coche —explicó Gunnarstranda al fiscal.

—Pero eso tampoco prueba que Kramer no violara a Katrine —señaló Fristad sin dejar de hacer sus contorsiones bucales.

—Evidentemente, hay posibilidades de que Kramer la violara y luego la asesinara; él mismo lo confiesa en la nota de suicidio.

—Pero tú no crees que esa carta sea auténtica, ¿no? —preguntó el fiscal.

—A priori, no.

—¿Qué dicen los forenses del cuerpo de Henning Kramer? —volvió a preguntar Fristad.

—Dejan abiertas dos posibilidades. La primera indica que el chico se suicidó y que lo hizo ahorcándose con una cuerda con un nudo corredizo. —Gunnarstranda buscó en la pila de fotografías y encontró una que mostraba a Henning Kramer con el cordón alrededor del cuello—. Además, tenemos la nota de suicidio, en la que supuestamente Kramer confiesa que cogió las joyas de Katrine y las mandó por correo a casa de Raymond Skau para desviar hacia este las sospechas del crimen de la chica.

—¿Y eso es improbable?

—No, en absoluto. Kramer y Katrine se lo contaban todo el uno al otro. Posiblemente, Kramer conocía bastante bien el pasado de la chica, y Raymond Skau constituía una mancha en ese pasado. De acuerdo con lo que sabemos, Kramer podría haber tenido diversos motivos para querer inculpar a Skau.

—¡Ah! —dijo Fristad, pensativo, mientras estudiaba las grafías.

Todos guardaban silencio y, finalmente, el fiscal levantó la vista.

—¿Y la segunda? —preguntó con su contorsión de labios.

—La segunda posibilidad lo descarta como asesino. ¿Recuerdas los restos de piel

bajo las uñas de Katrine Bratterud? Pues bien, no encontramos arañazos en el cuerpo de Kramer y, además, el análisis de ADN demuestra que esos restos de piel no pertenecen a Henning Kramer.

Fristad guardó silencio. Todos guardaron silencio.

Gunnarstranda seguía ordenando sus papeles en pilas.

—Lo que significa que la chica arañó a una persona que no era Henning Kramer, ¿no es así? —señaló Fristad al cabo de unos instantes.

Gunnarstranda puso a un lado los papeles.

—Sí, pero no necesariamente a un agresor. Podría haber arañado a otra persona en el transcurso de la noche; podría haber tenido un encontronazo con alguien en la fiesta, o en la cola del McDonald's, más tarde. De todos modos, si Kramer no estuviera muerto y si se lo hubiera acusado, probablemente lo habrían absuelto, puesto que esos restos de piel no son suyos.

—Pero el caso parece bastante claro —señaló Fristad—. Tenemos la confesión de Kramer. Dice que la mató, que le mandó las joyas a Skau, porque sabía que la chica le debía dinero, es decir, con la intención de inculparlo. Y luego se suicidó. ¿Qué quieres que te diga? Dan ganas de archivar el caso.

—Sí, excepto por las dudas. No es del todo evidente que el crimen lo cometiera Kramer.

—¡Pero si Kramer ya ha estirado la pata! ¡Qué carajo!

—Aun así, debe quedar claro quién es el culpable —arguyó Gunnarstranda tozudamente—. Si los restos de piel hallados bajo las uñas de Katrine Bratterud pertenecen a otra persona, y esta tenía un móvil, entonces debemos preguntarnos por qué Kramer hizo una confesión falsa en una nota de suicidio.

Fristad hizo una mueca escéptica.

—Ahora estás complicando el caso innecesariamente, Gunnarstranda. Estamos hablando de una mujer que había sido prostituta, ¿no es cierto? Una maldita drogadicta. ¿Por qué tendría que ser tan endiabladamente complicado un caso como este? ¿Para qué entrar en un montón de paradojas que hacen pensar que el crimen podría haber sido premeditado?

—¡Yo no complico el caso! —exclamó Gunnarstranda—. ¡Simplemente, espero que se concluya de forma correcta! Lo único que quiero es que terminemos de investigar todo lo que tenemos antes de empezar con otro asunto.

—¿Qué hay en la muerte de Kramer que te hace pensar que hay gato encerrado? —quiso saber Fristad.

—Que se encontraron restos de somníferos en el cadáver. Si se suicidó, podría haber tomado antes un estupefaciente para estar menos lúcido. Pero el problema es que no encontramos pastillas, cajas de medicamentos ni recetas en el apartamento donde murió.

—Pero él trabajaba en un centro de desintoxicación para drogadictos; además, él mismo consumía hachís y cocaína, según he leído en los informes. Kramer debía de tener montones de contactos, y conseguir estupefacientes ilegales en la calle es más fácil que quitarle un caramelo a un niño.

Gunnarstranda miró a Fristad, que se reafirmaba en lo dicho con la cabeza, mientras hacía otro de sus movimientos con la boca.

—Yo solamente digo que me parece raro —dijo el policía—. También creo que es muy extraño que la nota de suicidio no fuera hallada en el lugar de la muerte, sino que apareció posteriormente en el buzón de la comisaría. Además, no se encontraron huellas en el papel ni en el sobre. La carta no está firmada y no está escrita a mano, sino impresa con una impresora láser, lo que indica que se redactó a ordenador, y lo más curioso es que Kramer no tenía ordenador. En el apartamento de su hermano había uno, pero no había el menor rastro de la carta en los archivos del disco duro. Es cierto que podría haberla escrito en el trabajo, pero tampoco hemos encontrado nada en los ordenadores del «Jardín de Invierno».

—Tienes razón. Eso de que no haya huellas en la carta es muy raro —asintió el fiscal cogiendo las gafas que tenía de nuevo sobre el pecho.

—Sí —dijo Gunnarstranda—. Además si Kramer quería admitir su culpabilidad, ¿por qué no hacer una confesión en toda regla, para disipar cualquier tipo de duda? ¿Por qué mandó la carta dirigida a Frølich a la comisaría? ¿Por qué no se la envió a la madre, o al hermano? Momentos antes de morir, Kramer llamó a su hermano por teléfono. Es extraño que no se despidiera ni de él ni de su madre. —Gunnarstranda mostró la nota de suicidio y prosiguió—: Esta carta es sólo una confesión, no es la típica carta de un suicida.

—Tal vez le mandó la carta a Frølich para asegurarse de que la policía la recibiría.

—Sí —admitió Gunnarstranda—. Pero lo más raro de todo es que en su primera declaración admitió haber mantenido relaciones sexuales con la chica. Debía de estar loco para matarla para ocultar una violación y luego confesar sin más ante la policía que había mantenido relaciones sexuales con ella.

—Ahí tienes un argumento —dijo Fristad perdiendo las gafas otra vez.

—También es incongruente que fuera a un buzón a echar la carta, para luego marcharse a su casa, tomar somníferos y colgarse.

El fiscal asintió juntando las manos encima de la mesa y tamborileando con los dedos.

—Bueno —dijo pensando en voz alta—, el agresor violó a la chica, la mató y le quitó la ropa y otras pertenencias, para ocultar todas las huellas. Esto parece claro, independientemente de quién sea el asesino.

—Las joyas —dijo rápidamente Gunnarstranda—. Las joyas que aparecen en casa

de Raymond Skau complican el cuadro. Sabemos con certeza que Katrine Bratterud llevaba joyas esa noche, joyas que luego aparecieron en la guarida de Skau. Este podría haberse topado con ella aquella noche, podría haberla matado y haberle quitado las joyas. Pero el problema es que la novia de Skau, Linda Ros, sostiene que ella encontró las joyas entre el correo.

—¿Qué dijeron los agentes que encontraron las joyas en el apartamento de Skau?

—Que todas estaban dentro del bolso, sobre la mesa de la sala, lo que coincide con la declaración de la chica. Linda dice que encontró el bolso en el buzón el miércoles por la tarde. Pero ella no había recogido la correspondencia ni el lunes ni el martes, por lo que no sabemos cuándo dejaron el bolso en el buzón.

—¿Podría haberlas dejado allí el propio Raymond Skau?

—Sí, podría haberlo hecho el domingo, porque después ya no pudo ser. Desde el domingo por la noche, el día después del asesinato de Katrine Bratterud, estuvo en prisión preventiva.

—Pero, dejando a un lado lo de las joyas —dijo el fiscal—, sabemos que Skau atacó a la chica en el trabajo. Podría habérsela encontrado de nuevo por la noche y haberla matado. Y después podría haber redactado la nota de suicidio, ¿no crees?

—Es posible —admitió el comisario.

—Aunque la muerte de Kramer bien pudo ser un suicidio, aun cuando la carta sea falsa —señaló Fristad.

Frølich estudió a Gunnarstranda y le pareció ver la sombra de una sonrisa formándose en los finos labios de su jefe. El fiscal no se percató de ello. Tenía los ojos cerrados y hacía una de sus contorsiones con la boca.

—Supongamos lo siguiente —dijo el fiscal Fristad con énfasis—. Imaginémonos que Katrine Bratterud dejó a Henning en el coche para respirar un poco de aire fresco, ya que su amante estaba durmiendo y ella se había despertado. Dio un paseíto. Quería estirar las piernas, hacer pis o fumar un cigarrillo. De repente se encontró con Raymond Skau, que la mató, le quitó la ropa y le robó las joyas. ¿Me seguís?

Frølich asintió. Tuvo la impresión de que la sonrisa en los labios del comisario se acentuaba. No sabía cuáles eran los planes de Gunnarstranda, pero en ese instante podía ver que algo estaba saliendo de acuerdo con lo que tenía previsto.

—Toda esa historia de las joyas depende de esa chiquilla, Linda Ros, ¿no es así? Las joyas fueron encontradas en casa de Skau... Luego... una semana más tarde... Kramer se suicidó. Tal vez se sentía culpable porque se había marchado del lago sin Katrine, y al saber que la chica había sido asesinada no pudo soportarlo. Entonces, Kramer se quitó la vida y Skau vio su oportunidad de salvar el pellejo, por lo que escribió la nota de suicidio para librarse de toda sospecha. Redactó una carta sin firma donde se hacía pasar por Kramer y confesaba el crimen.

Fristad sonrió triunfante, y añadió:

—¿Qué decís? ¿Podría haber sucedido de esta forma? Pregunto: ¿podría haber ocurrido así? —Su rostro de muchacho resplandecía como el del protagonista de un anuncio.

Gunnarstranda guardó silencio.

Frølich iba a decir algo, pero el fiscal se le adelantó.

—Me gusta esa teoría —comentó con entusiasmo—. Skau es lo suficientemente torpe como para mandar una nota de suicidio sin firmar. También es lo suficientemente escrupuloso, ¿no es cierto? ¿Qué os parece?

Frølich carraspeó, señalando que quería tomar la palabra, pero la penetrante mirada de Gunnarstranda lo detuvo.

—Deja que Fristad termine de hablar —dijo el comisario con severidad.

—Así es. Me gusta esa teoría de Skau —repitió el fiscal con mirada soñadora—. De ese modo también se explicaría por qué esa ridícula carta apareció en el despacho de Frølich. Skau estaba justo al otro lado de la calle, en la cárcel. Simplemente tenía que dejar la carta en el pasillo aprovechando el tiempo de descanso. Luego, alguien que estuviera compinchado con él la hizo llegar a comisaría. ¿Qué te parece? Es muy posible que sucediera así. Recuerda, Gunnarstranda, que no es la primera vez que...

—Entonces tenemos que intentar que Linda Ros confiese que mintió sobre lo de las joyas —murmuró Gunnarstranda—, y luego no habrá más que esperar los resultados del análisis del ADN.

—Hum... ¡justamente! —exclamó el fiscal—. Si los restos de piel que se encontraron bajo las uñas de la víctima pertenecen a Skau... —Se levantó, excitado, y prosiguió—: Entonces es evidente que fue él quien la estranguló. Así pues, esperaremos a tener los resultados del ADN —concluyó—. Gracias, señores.

—No puede haber sido Skau —sentenció Frølich cuando los dos policías se quedaron a solas—. ¿Cómo diablos iba a tener acceso a un ordenador mientras estaba en la cárcel?

—Tienes razón. Es un disparate.

—Pero ¿por qué no le has dicho nada a él? —preguntó Frølich haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta del fiscal.

—Tengo mis razones —respondió el comisario con decisión—. Lo que quiero saber ahora es dónde te metiste anoche.

—Volví a acostarme tras hablar contigo. Lo siento.

—¿Volviste a meterte en la cama?

—Tenía mis razones —contestó Frølich con una leve sonrisa.

—Pues no critiques mis decisiones después de dejarme tirado con el trabajo sucio —le soltó Gunnarstranda, irritado.

Luego arrastró a Frølich escalera abajo. El comisario ya tenía un cigarrillo preparado.

—El fiscal quiere enfrentarse a un caso claro, pero para eso necesita pruebas. Confía en nuestro buen hacer. Y además quiere atribuirse parte del mérito. Ahora cree que nos ha puesto en el buen camino y nos ha dado rienda suelta.

—¿Rienda suelta para qué?

—Para conseguir pruebas, por supuesto.

—¿Qué pruebas?

—Pues... ¿No se te ha ocurrido pensar que los restos de piel que se encontraron bajo las uñas de Katrine Bratterud no tienen por qué coincidir ni con el ADN de Kramer ni con el de Skau?

—¿Estás seguro? —preguntó Frølich mirándolo fijamente.

—No, no lo estoy, pero pienso averiguarlo.

Cuesta arriba

Bente Kramer subía lentamente y con dificultad la colina en la que se encontraba la comisaría, como si de una fortaleza en el horizonte se tratara.

Un hombre con sombrero de *cowboy* paseaba a su perro por la verde hierba que se extendía frente a la cárcel de Oslo. En un banco, bajo un árbol, había una pandilla de vagabundos reunidos. Bente Kramer se detuvo para coger aliento. Una muchacha con un uniforme policial bajaba a largos pasos por la cuesta, con la cara sonriente y su pelo rubio recogido en una cola de caballo bajo la gorra. Bente Kramer la saludó con la cabeza. La joven policía le devolvió el saludo y frunció el entrecejo, como preguntándose qué hacía allí aquella mujer. La señora Kramer resopló y siguió su camino.

Una vez arriba, entró en el edificio y permaneció unos segundos observando la incesante actividad que se desarrollaba en torno al mostrador de recepción.

—Me gustaría hablar con el comisario Gunnarstranda —le dijo al policía que parecía más amable de todos.

—¿Tiene usted una cita?

Bente Kramer negó con la cabeza.

El policía levantó el auricular del teléfono. Un hombre de aspecto cansado, que olía a ajo y parecía llevar una borrachera monumental, se acercó y empezó a gritarle al personal de recepción. El que hablaba por teléfono lo ignoró totalmente y con el teléfono bajo el mentón le preguntó a Bente:

—¿De qué se trata?

La mujer carraspeó.

—Se trata de un anillo —dijo—. Dígale que soy Bente Kramer y que traigo un anillo que pertenecía a Katrine Bratterud.

Tercera parte

(El último chute)

Hamlet

Las marcas de arañazos en el pecho y los costados se habían ido borrando paulatinamente. Prácticamente, se habían reducido a pálidas líneas rojas, casi invisibles, más o menos como las marcas que quedan después de haber pasado una noche ardiente con la mujer que uno ama. Debajo del pectoral derecho, la uña de ella había dejado una cicatriz más profunda que las demás, que también estaba a punto de sanar. Con los ojos cerrados, todavía podía evocar la sensación de sus dedos arañándolo y luego quedando rígidos cuando la muerte llegó por fin en su auxilio y se la llevó al país de las sombras mientras las convulsiones sacudían el delicado cuerpo que yacía sobre la hierba. Fue su último clímax, y probablemente el más intenso de todos. Un regalo servido después de unos pocos y dolorosos segundos de duda por parte de él.

Ella había pensado que él la quería penetrar. Había notado la presión de su miembro erecto contra su cuerpo y había creído que él quería poseerla. Por eso se había relajado, con la esperanza de conservar la vida. Él lo había leído en sus ojos azules. Una mirada que ahora, por un instante, todavía le hacía inclinar la cabeza de dolor y de embotamiento mientras el sudor le brotaba por todo el cuerpo, incluso después de tanto tiempo. «Hazlo —decían los ojos azules—. Haz lo que quieras, pero déjame vivir». Casi había conseguido hechizarlo, deteniendo así su destino fatal. Casi...

Aún ahora, él sentía que le sobrevenía esa misma rabia. Al mismo tiempo que lo invadía la ira, el recuerdo de aquella mirada podía hacerlo quedar en vilo, sumido en hondos pensamientos, en una evocación que era, a la vez, la mejor manera de recordarla. Pensaba en ella, en cómo le había rogado por su vida al tiempo que abría las piernas para dejarlo entrar. Fue entonces cuando ya no tuvo otra opción. La lanza que ella sintió no fue un aviso de placer, sino una advertencia de muerte.

«No quiero volver a ver esos ojos». Se puso la camisa blanca y se anudó rápidamente la corbata. Se miró al espejo y se echó la chaqueta al hombro. «Piensa en ella, es por eso por lo que lo haces. Piensa en ella, consúmalo».

—Hamlet —dijo Frølich riendo—. Tú también eres bastante convincente, deberías ser actor.

—Yo, por lo menos, no duermo —contestó Gunnarstranda sopesando el anillo en la mano.

Frølich se acarició el mentón y preguntó:

—¿Cuál es la cuestión?

—La cuestión es la siguiente: si Henning Kramer le mandó las joyas a Raymond Skau, ¿por qué no le mandó también esto? —Gunnarstranda sostenía el anillo entre el índice y el pulgar mientras miraba a Frølich a través del agujero.

—Porque él nunca mandó nada. —Frølich se quedó pensando en lo que acababa de decir, y al cabo de unos segundos añadió—: No sabemos si llevaba puesto este anillo la noche del crimen.

—Eidesen lo echó de menos cuando le mostramos las joyas. Estoy seguro de que este anillo pertenecía a la chica.

—Si Kramer pretendía que otro cargase con las culpas, ¿por qué iba a quedarse con un anillo de Katrine? Así pues, la explicación lógica es que él nunca mandó las joyas a ninguna parte.

—¡Caliente, caliente, Frølich! Como has dicho, Kramer no mandó las joyas a nadie; tan sólo tenía este anillo, así que tuvo que ser otra persona. Y esa misma persona fue la que primero mató a Katrine Bratterud y luego a Henning Kramer. Y entonces —concluyó Gunnarstranda— tenemos un problema.

—¿Y cuál es?

—Pues que no entiendo por qué Kramer tenía que morir.

—Quizá se enteró de algo que no debía saber.

Gunnarstranda consideró la idea.

—Es posible —dijo—. Si estás en lo cierto, Kramer debió de llamar al asesino la noche en que murió. Y eso explicaría también por qué mintió acerca de lo que sucedió la noche en que mataron a Katrine. Tal vez sospechaba de alguien.

—Pero ¿por qué iba a llamar al asesino? —Frølich arrugó la frente, dudando.

—Porque lo mataron en el apartamento de su hermano, no en su propia casa. —Gunnarstranda cerró los ojos y al cabo de unos instantes murmuró—: Claro... Kramer llamó al asesino de Katrine y quedaron en encontrarse en el apartamento de su hermano. Luego, el tipo lo mató también a él y redactó una falsa nota de suicidio con la confesión de Kramer para que las culpas recayeran sobre él. Es mucho más fácil acusar de algo a una persona que está muerta y que no puede defenderse que a alguien que está vivo. El asesino no sabía si, por ejemplo, Skau tenía una coartada. Bien, ¿qué es lo que sabemos hasta ahora?

—Sabemos que no fue un agresor casual el que mató a la chica, sino que tuvo que ser alguien de su círculo de conocidos.

Gunnarstranda asintió.

—Sabemos también que el asesino conocía la relación que Katrine había mantenido con Raymond Skau.

El comisario se echó a reír.

—A ti que te gusta tanto el teatro, ¿qué habría dicho ahora Erasmus Montanus?

—Ergo... ¿es la madre Nille una piedra^[7]? —dijo Frølich intentando adivinar.

Gunnarstranda meneó la cabeza con pesar. Luego continuó el razonamiento:

—Sabemos que Katrine llamó a sus amigos y conocidos antes de ir aquel sábado a la fiesta. Sabemos que hizo por lo menos cinco llamadas, y que más tarde, esa

noche, fue asesinada. Luego... —murmuró— es posible que la razón de que la mataran esté en esas llamadas.

—Hemos averiguado que no se llevaba bien con Bjørn Gerdhardsen —siguió Frølich—; sabemos que Annabeth Ås probablemente la odiaba; que la chica no era capaz de decidirse entre Ole Eidesen y Henning Kramer; que huía de su propio pasado, al tiempo que trataba de recuperar una parte de su más recóndita infancia; y que le debía diez mil coronas a un chulo hijo de puta. También averiguamos que el día antes de su muerte visitó al asistente social que había tramitado su adopción.

—Eso último significa —dijo sonriendo Gunnarstranda— que Katrine Bratterud de repente supo quién era, y no se lo contó a Ole Eidesen, ¿por qué? Porque... todavía no había terminado de hacer averiguaciones, o porque, cuando supo el nombre de su madre biológica, tuvo un *shock*. Las circunstancias en torno a la adopción debieron de causarle un efecto tremendo. Recuerda que ella albergaba muchas fantasías con respecto a sus padres biológicos; creía que habían muerto en un accidente de avión o algo por el estilo. Al final consiguió saber la verdad. ¿Y qué hizo entonces?

—¿Quieres decir que siguió investigando sobre sus orígenes por teléfono?

—No necesariamente. Lo que creo es que tal vez le contó la noticia a alguien. O que quizá llamó a alguien que sabía más que ella.

—Pero ¿de qué nos sirve saber eso?

—Sabemos que hizo unas cuatro o cinco llamadas.

—Sí, pero nunca nos darán autorización para acceder a su listado de llamadas. Espera un momento —dijo Frølich, entusiasmado—. Gerdhardsen... Gerdhardsen tiene pasta. El dinero le sale por las orejas. Katrine necesitaba dinero para pagar a Skau y se lo pidió a Gerdhardsen. Eso explicaría por qué él la trató como a una puta en la fiesta. También explicaría por qué le entraron náuseas. Si él le había dado dinero, querría recibir su recompensa... en forma de favores sexuales.

—Puede que tengas razón. Pero ¿por qué iba a liquidarla?

—Porque ella no quiso cumplir con su parte del trato —supuso Frølich tras pensar un poco—. Y Gerdhardsen no tiene coartada. Sostiene que fue al Smuget, pero nadie nos lo ha confirmado, ni la gente que trabaja allí ni la otra pareja con la que compartió el taxi. Ni Ole Eidesen ni Merethe Fossum recuerdan que entrara en el local; ninguno de ellos recuerda haber visto a ese tío dentro. Además, Katrine y Henning estaban a unos quinientos metros del Smuget. ¡Santo cielo, el coche que guardaba en la calle Munkedam! ¡Todo coincide! Gerdhardsen tuvo que cruzar la plaza del Ayuntamiento para ir a cogerlo, y si lo hizo justo después de bajar del taxi tuvo que ver a Katrine y Henning, que estaban montando un espectáculo en el muelle.

Gunnarstranda miraba con diversión a su joven colega.

—Veo que te gustaría bastante meter entre rejas a Gerdhardsen.

—Por supuesto.

—¿Tienes algo sólido en su contra?

—Por lo menos sería interesante tomarle declaración de nuevo —dijo Frølich.

El sonido del teléfono los interrumpió. Gunnarstranda lo cogió y saludó a su interlocutor con arrogancia. Pero en cuanto oyó de quién se trataba, su rostro se distendió y dibujó una amplia sonrisa. Se aclaró la voz.

—Por supuesto que la recuerdo —dijo levantándose inquieto.

Frølich también se levantó.

—Un momento —pidió Gunnarstranda, y cubrió el auricular con la mano—. ¿Sí, Frølich?

La cara de circunstancias de Gunnarstranda hizo que su colega no pudiera evitar una sonrisa.

—¿Una mujer? —preguntó soltando una risotada.

Gunnarstranda carraspeó, haciendo caso omiso de las burlas de su compañero.

—¿Qué quieres, Frølich? —repitió, sin prestarle ninguna atención.

Frølich ya estaba en la puerta.

—¿Hay que detener a Gerdhardsen o solamente llamarlo para un interrogatorio? —preguntó formalmente.

El comisario se encogió de hombros y le volvió la espalda. Tan pronto como se concentró en el teléfono, volvieron a ablandársele los rasgos de su delgado rostro. Se sentó y permaneció a la escucha con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ese problema se soluciona abonando la planta debidamente —dijo con amabilidad.

El brote silvestre

Condujo al azar por la ciudad. Necesitaba encontrar un *parking*; no le importaba demasiado dónde dejar el coche. Lo más importante era aparcarlo en un sitio en el que pasara desapercibido. Un sitio donde el coche pudiera quedarse aunque fuese a cambio de dinero. En ese preciso instante ya no le quedaba ninguna duda de lo que tenía que hacer; en ese momento, todos los pequeños actos, considerados en conjunto, adquirirían un nuevo sentido, se convertían en un todo coherente.

En cierta manera, ahora estaba en el inicio; por fin estaba allí donde debería haber empezado. Evidentemente, no haberlo hecho desde un principio había sido una debilidad por su parte. Pero esa es tal vez la mayor debilidad de todos los hombres: la tendencia a dar vueltas alrededor del objetivo hasta que ya no queda escapatoria. Siempre es así: uno se percata de cuál es el camino más corto cuando justamente ya se halla frente a la meta; y es en ese preciso instante cuando uno sabe por dónde debería haber empezado en un principio.

Se rio. Él sabía por dónde tendría que haber comenzado. Después de tanto trabajo, finalmente lo sabía. A causa de la debilidad más común que existe, la de no querer enfrentarse con la verdad cara a cara. Uno se resiste a ver las pequeñas señales de la enfermedad, hasta que esos síntomas crecen de tal forma que ya no puede negarse el trastorno que les ha dado origen.

Durante todos aquellos años, en realidad, solamente había existido una amenaza. Pero había vivido con ella siempre, aceptándola. No porque fuera tonto, ni porque fuera débil, sino porque se había dejado engañar por los síntomas, hasta que el tumor empezó a manifestarse más enérgicamente.

Pero ¿todo había sido en vano?

Nada es en vano. Subió el volumen de la radio. La pregunta estaba mal formulada, porque no hay nada en vano. La radio del coche comenzó a hacer unos ruidos irritantes mientras conducía cuesta abajo por el barranco de Fjellinjen. A cada lado, los coches pasaban zumbando, gente joven que perseguía algo, pero no sabía qué. Se podría hacer un estudio sobre la impaciencia simplemente observando el tráfico de la ciudad. Redujo la velocidad para abandonar la carretera, luego tomó el túnel, y salió de nuevo a la luz del día un poco antes de Filipstad. Dobló hacia la derecha y condujo lentamente hasta la entrada del *parking*. Las interferencias en la radio le dificultaban tanto los pensamientos que finalmente la apagó. Las curvas iban llevándolo poco a poco hacia la planta inferior. Nada es en vano. Justamente son el esfuerzo y la constancia los que hacen que uno adquiera experiencia y los que finalmente permiten apreciar la verdad. Los otros no habían muerto en vano. Lo habían ayudado a descubrir el verdadero tumor. Cuando el tumor ya no puede ocultarse por más tiempo, sólo queda una solución: deshacerse de él. Salió de la

espiral y condujo por la planta del *parking*. Salía de la oscuridad, para volver a ella de nuevo.

El sol le quemaba la espalda mientras el policía volvía a cerrar la puerta de hierro tras de sí y a paso lento caminaba por el sendero del jardín, a lo largo de una hermosa fila de madresevas, que estaban casi marchitas. Se detuvo y cogió una ramita que aún estaba en flor, con su delicada campanita de cera, y sintió que lo invadía la cobardía por lo que tenía que hacer. Mientras se sentía así, pensativo, oyó un suave crujido de papel de periódico procedente del otro lado de la cerca. De modo que había gente en la casa.

Haciendo un esfuerzo, caminó los últimos metros hasta el amplio portal de la entrada y tocó el timbre. En el interior no se oyó el menor ruido. Bien el timbre no funcionaba o bien no se oía desde fuera, pensó, levantando la mano para llamar otra vez. Pero en ese instante se entreabrió la puerta.

—Señor Gunnarstranda —dijo Sigrid Haugom, sorprendida—. ¿Qué es lo que lo trae por aquí?

El comisario de policía metió las dos manos en los bolsillos de la chaqueta y respondió:

—Un brote silvestre.

Sigrid Haugom abrió la puerta de par en par y lo hizo pasar. Llevaba un vestido de flores y parecía que acabara de ponérselo. Como para confirmar que esa impresión era correcta, se detuvo frente al espejo y se alisó unas pequeñas arrugas sobre el busto.

—¿Realmente piensa eso? —le preguntó al policía.

—Si pienso, ¿qué?

Lo miró por encima del hombro.

—Que Katrine era un brote silvestre.

—Es de otro brote silvestre de lo que estoy hablando —respondió Gunnarstranda mientras lanzaba una mirada hacia la izquierda, donde había una puerta que daba a la terraza. En ella había una hamaca para tomar el sol, un periódico desplegado encima de esta, una pila de diarios desparramados por el suelo y una manzana mordida que descansaba sobre un plato, junto a los periódicos.

Ella volvió a sentarse en el mismo sitio que la vez anterior, junto a la mesa ovalada, y con las piernas dobladas sobre el sofá. Gunnarstranda se dirigió hacia la ventana y miró la hamaca para tomar el sol.

—¿La interrumpo? —preguntó cogiendo la maceta con el bonsái japonés que estaba sobre el alféizar.

—No me encuentro demasiado bien —contestó ella.

—¿Algo serio?

—Simplemente cansancio.

—¿Tiene algo que ver con el asesinato de Katrine?

—Bueno, en parte sí.

—¿Ustedes dos estaban... quiero decir... tenían mucha confianza la una con la otra?

—Sí, la verdad es que sí.

El policía todavía tenía la maceta en las manos cuando se volvió hacia la mujer.

—Este arbolito se está muriendo —vaticinó.

—Si usted entiende algo de plantas —suspiró Sigrid Haugom—, tal vez podría salvármelo.

—Es un bonsái —dijo Gunnarstranda levantando la maceta—. Una obra de arte japonesa. Debe de haberle costado mucho dinero.

—Es un regalo —declaró la mujer desde el sofá—. Y yo nunca pregunto lo que cuestan los regalos.

—Apuesto a que tiene más de cien años —dijo el policía, pensativo—. Algunos de estos árboles pueden llegar a vivir quinientos años, según he oído. He visto algunos, y este me parece muy antiguo.

—Todos moriremos algún día —comentó Sigrid Haugom en voz baja, conteniendo el aliento—. Discúlpeme, pero no puedo apartar a Katrine de mis pensamientos. Lo intento, pero no lo consigo.

—Piense que este bonsái podría tener cerca de doscientos años, y que en ese caso ha sido cuidado por seis, siete o tal vez ocho generaciones de jardineros —dijo Gunnarstranda con humildad.

—Increíble —murmuró Sigrid Haugom sin ningún interés.

A Gunnarstranda, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¡Siete generaciones de artistas de la jardinería! —dijo con amargura—. Doscientos años de dedicación, desde la Revolución francesa hasta hoy, por una planta que, gracias a los continuos cuidados y atenciones recibidas, ha conseguido sobrevivir a Montesquieu, a Napoleón, a George Washington, a Wedel Jarlsberg^[8], a Bjørnstjerne Bjørnson^[9], a Mussolini y al presidente Mao. ¡Hasta que...! —exclamó, asentando la maceta con fuerza de vuelta en su lugar—. ¡Hasta que se la regalaron a usted y dejó que se secara en el alféizar de la ventana!

Sigrid Haugom lo miraba en silencio con las cejas levantadas.

—Ya vi ese bonsái la primera vez que estuve aquí —prosiguió el policía cruzando el salón y sentándose frente a ella en el sofá—. Era la única cosa impredecible de esta casa. La única cosa inesperada en este museo de lámparas que seguramente ha dibujado Louis Comfort Tiffany en persona, con un reloj suizo antiguo, mesas elegantes y un sofá de diseño italiano. Apostaría a que esa alfombra, y no es que yo sepa mucho de alfombras, ha sido anudada por niños de Cachemira. También me percaté de que las tazas en que usted sirvió el café eran de porcelana Meissener. —

Señaló hacia la izquierda—. Ni siquiera falta ese pintoresco atizador con el que usted o su marido adornan la chimenea. Pero en este conglomerado de gustos indefinidos y trabajosa esnobería, ni usted ni su marido son capaces de ver lo que está sucediendo en el alféizar.

—Ah, ¿no? —contestó Sigrid Haugom, perpleja ante el discurso del policía—. Pero, por suerte, está usted aquí, que sí ve las cosas.

—Ver a ese pobre árbol reseco en su maceta me hizo sentir que necesitaba saber algo más sobre la personalidad de su dueña.

—Ah, ¿sí? —El tono de Sigrid Haugom había adquirido un sutil matiz de arrogancia burguesa.

—El brote silvestre que me ha traído hoy hasta aquí crece en el jardín de un asilo de ancianos. Es un brote silvestre que crece de un rosal cultivado muy bonito, un brote silvestre que parece una saeta de color verde claro saliendo del césped. ¿Hablo lo bastante claro?

—Muy claro —dijo Sigrid Haugom en tono seco—. Pero no tengo la menor idea de qué es lo que quiere decir.

Gunnarstranda sonrió y estiró las piernas hacia adelante.

—¿No son los chinos los que tienen proverbios para todo?

—Seguramente.

—Probablemente, los chinos tienen un proverbio que diga algo así como que «aun cuando sus ojos hayan descansado sobre ese brote silvestre, usted en realidad no lo habrá visto».

—Como ya le he dicho, no sé de qué me está hablando.

—Tal vez ni yo mismo esté completamente seguro. Pero lo único que quiero es que me conteste a una pregunta.

—Entonces, lo mejor es que me la haga —replicó Sigrid Haugom con un suspiro.

—Hace dos viernes, Katrine Bratterud llamó a la puerta de un apartamento en Uranienborgveien —comenzó Gunnarstranda—. El apartamento pertenece a un jubilado llamado Stamnes, que hace años trabajaba en el Departamento de Protección de Menores. Estuvo un tiempo empleado en el Ayuntamiento de Nedre Eiker, donde se encargaba, entre otras cosas, de tramitar la adopción de niños huérfanos. La razón por la cual Katrine Bratterud fue a verlo es que la chica tenía motivos para pensar que Stamnes conocía su caso de adopción, que se produjo hace más de veinte años. ¿Le suena de algo esto que le estoy contando, señora Haugom?

—Pues lo cierto es que no mucho —respondió fríamente la mujer.

—Ese tal Stamnes se sentía todavía ligado al secreto profesional, pero finalmente accedió a contestar a las preguntas de Katrine. Las probabilidades que él tenía de ayudarla eran muy pocas, porque durante su vida se había encargado de muchos casos de adopción. Pero resultó que ese caso en concreto sí lo recordaba porque la

adopción de la niña había estado rodeada de circunstancias muy trágicas. La madre había sido estrangulada por un asesino desconocido y el padre era un marino que hacía vida en un barco y que no sólo nunca había estado casado con la mujer, sino que tampoco veía ninguna posibilidad de hacerse cargo de la niña. Así que la niña fue dada en adopción. Stamnes no recordaba el nombre del padre biológico, pero sí el de la madre, porque había aparecido a menudo en los periódicos en aquella época: Helene Lockert.

El policía dejó de hablar. El silencio que siguió sólo era interrumpido por el tictac de un reloj antiguo que había en la habitación.

—Katrine Bratterud estaba en una situación muy especial aquella tarde —continuó Gunnarstranda en voz baja—. Estaba siguiendo el rastro de sí misma, sus raíces, el lugar de donde ella procedía. Estaba a punto de entender por qué ella creía que no encajaba en este mundo. ¿Y qué hace uno en una situación así? ¿Qué es lo más lógico? O mejor dicho: ¿qué siente uno que tiene que hacer? ¿Trata de descubrir quién es su padre o busca a la familia de su madre? No sé qué fue lo que ella quiso hacer primero, pero sí sé que hizo algo.

Gunnarstranda hizo una pausa dramática y al cabo de unos segundos prosiguió:

—Aquel mismo día, por la tarde, Katrine y Ole Eidesen fueron al cine Saga para ver una película de acción. Al chico le gustó la película, pero dice que Katrine estuvo como ausente todo el tiempo. Al día siguiente se marchó temprano a trabajar. Todavía no le había contado la gran noticia a Ole. Y yo me he estado preguntando: ¿por qué? No sé la respuesta, pero creo que es porque Katrine tenía mucho en lo que pensar, su cabeza estaba desbordada por tantos pensamientos. Una de las cosas que más la inquietaban es que había comprado la información sobre el asistente social Stamnes a un antiguo novio suyo. Ese hombre, Raymond Skau, sostiene que Katrine le prometió el pago de diez mil coronas en efectivo por la información. Ella no tenía ese dinero por lo que quedó a deberle diez mil coronas, y tendría que haberle pagado el día anterior. No sé a qué le daba más vueltas Katrine, si a la trágica muerte de su madre biológica o a ese dinero que no tenía. Lo que sí sabemos con seguridad es que ese día a la una del mediodía entró Raymond Skau en la agencia donde Katrine trabajaba para exigirle el dinero. Ella le respondió la verdad, que no podía pagarle, lo que provocó que él la atacara y la amenazara. También sabemos que Katrine salió del trabajo a las dos y volvió a su apartamento, donde la esperaba Ole Eidesen. Él dijo que ella seguía como ausente y muy irritable. Quería estar sola y se quedó horas en el baño. Hasta que se hicieron las cinco o las seis de la tarde, y ella llamó por teléfono a una serie de personas. Entre ellas, a usted.

—No es ningún secreto —replicó Sigrid Haugom—. Ya se lo dije el otro día: me llamó y me habló sobre ese tipo que había ido a molestarla.

—Lo recuerdo —dijo Gunnarstranda—. Pero no me contó el resto de la

conversación. En su momento, Helene Lockert estaba a punto de casarse —continuó—, pero nunca llegó a hacerlo porque fue asesinada. El hombre con el que se hubiera casado vive todavía. Su nombre es Reidar Bueng. Vive en el mismo asilo de ancianos donde crece un brote silvestre del suelo. Me encontré con él allí y estuvimos hablando durante un rato.

Gunnarstranda carraspeó, primero una vez y luego otra vez más. Estaba esperando la reacción de su discurso en la mujer, pero no hubo ninguna reacción. Sigrid Haugom lo miraba fijamente con sus grandes ojos, pero su mirada se dirigía más bien hacia su propio interior.

—He sabido que... —Gunnarstranda contuvo el aliento y luego volvió a carraspear—. Da la casualidad de que conocí a una enfermera del asilo donde está ese hombre —continuó—, y lo que ella me ha dicho hoy por teléfono ha hecho que yo haya venido a formularle una pregunta a usted, señora Haugom.

Sigrid Haugom seguía muda y distante en su sofá.

Gunnarstranda clavó su mirada en la de ella.

—Lo que quiero saber es lo siguiente: ¿por qué pasó usted una hora entera con Bueng en ese asilo al día siguiente de la muerte de Katrine Bratterud?

El mensajero

Juntó los labios y comenzó a silbar mientras caminaba con paso ligero por la plaza de Eger. Sorteó a dos turistas japoneses que llevaban cada uno un mapa en la mano mientras miraban hacia arriba, y él cantaba: «Tres elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña... Dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña... Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña... Queda sólo un elefante».

«Va a ser como una visita de médico —se dijo—. Una visita rápida y efectiva, como hacían antes los médicos. Sólo queda un elefante por caer de la tela de araña». El brazo con el maletín se balanceaba hacia atrás y hacia adelante mientras seguía la corriente del gentío, bajando por la siempre concurrida calle Karl Johan. Vio a un hombre flaco y jorobado, con la cara desencajada y el pelo muy largo, que se dirigía cojeando hacia él. «Un ángel disfrazado —pensó sonriendo fríamente—. Una señal».

Se rio abiertamente del mendigo que le suplicaba unas monedas. «¡Menudo ángel!», se dijo ignorando el comentario que el mendigo soltó tras él. Ni siquiera oyó sus palabras. «Si hay algo en este mundo que me trae totalmente sin cuidado —pensó— son los drogadictos. Esos despojos humanos me dan náuseas».

«¡Un pequeño pinchazo! El mismo tipo de pinchazo que hace que un despojo de esos despliegue sus alas de ángel celestial, cuando en su estúpido hedonismo suicida se mete una sobredosis».

Cruzó Skippergata con el semáforo en rojo, y con la cabeza bien alta se internó en la calle Fred Olsen, en dirección a la plaza de la Estación. Hizo oídos sordos al bocinazo del taxi que se acercaba a toda velocidad; era sólo un hombre entre el gentío, un ser anónimo en el calor estival.

—Evidentemente, usted ya sabe la respuesta —dijo Sigrid Haugom—. Si no, no habría formulado la pregunta. Yo también he estado pensando en usted, preguntándome qué clase de persona sería. Usted es un hombre que finge, que trata de ocultar los verdaderos rasgos de su carácter para inspirarles lástima a los demás. Con su vanidad al desnudo, con esa calva cuidadosamente disimulada con el pelo del costado, para que los otros, y especialmente las mujeres, le tengan compasión. Pues no hay nada que dé más pena que la vanidad al descubierto. Pero yo veo más allá de su fachada. Usted es un hombre ordinario, ¿sabe? Bueno, no, ni siquiera eso. Usted es un canalla insignificante, un ser lleno de complejos. Se presenta en mi casa sabiendo la respuesta de la pregunta que me hace de antemano. Pero, de todos modos, se toma la molestia de venir hasta aquí sólo para darse el gusto de interrogarme y disfrutar oyendo la respuesta. Es usted un gusano vanidoso, ¿lo sabía?

Tras la perorata de la mujer, Gunnarstranda permaneció en completo silencio; miraba profundamente a los ojos de ella, que estaba sentada al otro lado de la mesa. La mirada del comisario tenía un brillo húmedo. Las mejillas de Sigrid Haugom

estaban enrojecidas por la ira.

Finalmente, fue la mujer la que decidió romper el silencio.

—Me recuerda usted a un niño pequeño frente a uno de esos juegos de química —dijo ella—, porque está tan jodidamente satisfecho consigo mismo como el chico que prueba a hacer experimentos. Lo único que le importa es triunfar, demostrar que sabe, pero ¿quiere que le cuente un secreto? Usted no tiene la menor idea de nada. No tiene ni la más remota idea de lo que es importante, de lo que significan las cosas.

El policía siguió sin moverse, pero continuó mirándola insistentemente, con su mirada húmeda, hasta que ella desvió la suya.

—No es necesario que me mire de ese modo; no sea patético. No tiene la menor idea de nada, de nada de lo que es realmente importante. ¡De nada en absoluto!

—¿También le dijo eso a Helene Lockert? —preguntó el policía con la voz entrecortada.

Sigrid Haugom soltó una risotada de desprecio.

—¡Esperaba su retorcida pregunta! —replicó, torciendo la boca en una fea mueca para imitarlo a él—: «¿También le dijo eso...?». Pues no, mire usted, no se lo dije.

—¿No hubo ninguna palabra adecuada para la situación?

—¿Qué coño importan las palabras en una situación así?

—Entonces, simplemente, ¿la estranguló?

—Ahórrrese toda esa mierda, Gunnarstranda.

—Usted la estranguló —repitió el policía, acusándola.

—Sí —confesó ella, irritada—. ¿Se siente mejor ahora? ¿Se siente más grande? ¿Siente algún tipo de poder perverso al oír mi confesión?

—Y Katrine —dijo Gunnarstranda con voz ronca—, ¿estaba allí mirando cómo estrangulaban a su madre?

Sigrid Haugom se quedó muda. Su rostro se había endurecido en una mueca retorcida. El silencio en la sala era asfixiante. De repente, la mujer se levantó.

—No soporto esta quietud —dijo rápidamente dirigiéndose hacia la ventana, donde se agarró fuertemente al alféizar con una mano y se apoyó la otra en la sien—. Me ha entrado un terrible dolor de cabeza. Es mejor que se vaya. La cabeza me está matando.

Gunnarstranda cambió de posición en la silla y se quedó contemplándola.

—¿Vio ella lo que usted hacía? —repitió en voz muy baja.

—No lo sé. De verdad, no lo sé.

—¿Por qué no se lo preguntó nunca?

—¿Cómo iba a hacer eso? —Sigrid Haugom levantó también la otra mano hacia su cabeza—. Lo digo en serio, me duele muchísimo la cabeza. No puedo hablar con la gente cuando tengo migraña —suspiró.

—¿Trata de decirme que Katrine fue asesinada antes de que usted pudiera

preguntarle qué era lo que sabía?

—Por favor, Gunnarstranda, váyase ya.

El policía se levantó, contuvo el aliento y cruzó la sala, dubitativo. Se situó detrás de ella. En el exterior, el sol caía implacable. Ese sol de junio que anuncia las fuertes tormentas que hacen que la naturaleza siga su ciclo. Los árboles y las plantas tienen que crecer en este mes, y hacerse lo suficientemente fuertes como para producir la floración, generar semillas y aguantar la maduración de los frutos durante el verano y el otoño.

Junto a la hamaca para tomar el sol y los periódicos, allí afuera, en la terraza, quedaban restos de un viejo almacigo en el que las malas hierbas se habían apoderado de todo el espacio con una fuerza vital, enérgica y asesina. Unos tristes pensamientos que habían resistido el invierno colgaban con sus pálidas corolas sobre el matorral. El sol, fuente de vida, penetraba por la ventana de la sala, dibujando un brillante rectángulo de luz sobre el parquet y sobre el trocito de alfombra que él pisaba. Esa misma luz reflejaba en los cristales de la ventana un tenue cuadro que enmarcaba las mesas, las sillas, el reloj antiguo y dos personajes. Gunnarstranda se concentraba en el contorno de la mujer que tenía delante de sí en el reflejo del cristal. Tenía los ojos fuertemente cerrados, la piel tirante en la frente, y los dedos que apretaban las sienas parecían las blancas nervaduras de las hojas de un árbol.

—¿Por qué nunca la interrogaron acerca del crimen de Helene Lockert?

Sigrid Haugom se sobresaltó.

—¿Todavía está ahí? ¿No le he dicho que se marchara?

—¿Por qué su nombre no figura en los informes de la policía? —volvió a preguntar Gunnarstranda tras aclararse la voz.

Sigrid Haugom permanecía inmóvil en el mismo sitio.

—Tuvo que ser un *shock* —prosiguió el comisario acercándose a la mujer por la espalda— encontrarse nuevamente con la hija después de tantos años. Tal vez fue el destino... ¿Ha pensado en ello? A veces las cosas tienen un significado especial.

—¿De qué habla?

Gunnarstranda contuvo el aliento y trató de distinguir si se habían producido cambios en el rostro de la mujer, cuyos apagados contrastes podía adivinar en el reflejo de la ventana.

—Mi esposa murió de cáncer hace ya unos cuantos años —declaró carraspeando—. Ella tenía un solo sueño en la vida, un sueño de verdad.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sigrid Haugom, ya fuera por impaciencia o porque estaba realmente interesada.

Gunnarstranda tuvo que volver a aclararse la voz.

—Antes de morir consiguió ver realizado ese sueño. Pero no fue ella la que se esforzó por conseguirlo. Ella no podía, porque por aquel entonces ya estaba

demasiado enferma. Y ni siquiera sabía que su sueño se había realizado.

—Pero yo no soñaba con encontrarme con la hija de Helene.

—Pero sucedió —dijo el policía—. Y tal vez sucedió a propósito.

—Si es así... —Sigrid Haugom se volvió ligeramente—. ¿Por qué tenían que matarla? ¿Puede responderme a eso? ¿También fue a propósito?

—No lo sé —contestó el policía mirándola fijamente a los ojos—. No tengo ni idea. Pero lo que realmente importa es que ustedes dos se encontraron y que usted llegó a quererla.

Sigrid Haugom miró hacia otro lado.

—Tal vez tenga usted razón —asintió—. Pero nunca es suficiente —prosiguió, conteniendo un suspiro—. Yo también lo pensé... Katrine... cuando la vi por primera vez en el «Jardín de Invierno», después de todos esos años... fue como si estuviera viendo a Helene. En cuanto la vi supe que tenía que ser su hija. —Sigrid Haugom sonrió con ojos soñadores—. Su mismo hermoso pelo rubio —dijo en voz baja—, su misma boca, su mismo cuerpo y su misma voz. Al instante supe quién era, y en el fondo pensé que debía haber un significado para que ella y yo... Pero ¿por qué tenían que matarla?

La expresión en el rostro de la mujer denotaba desconcierto.

—¿Por qué nunca la interrogaron a usted sobre el crimen de Helene? —repitió el policía.

—No lo sé —respondió ella con cansancio—. Tal vez porque Reidar nunca habló de mí.

—¿Reidar Bueng? Él sí mencionó su nombre, tuvo que suceder algo para que Kripos decidiera no interrogarla.

—Yo estaba en Escocia, en Edimburgo.

—¿En Escocia?

—Bueno, oficialmente, sí.

Gunnarstranda sonrió con curiosidad.

—Cuénteme —le pidió.

—De hecho, hay algo que usted no sabe: yo tengo el título de ingeniería, ingeniería química.

—Creía que usted era asistente social.

—Sí, pero estudié química en la Universidad de Edimburgo después del instituto. En aquella época, era la carrera de más prestigio. Desgraciadamente, nunca trabajé como ingeniera química tras acabar los estudios, y cuando quise hacerlo, después de haber sido ama de casa durante veinte años, ese campo había avanzado muchísimo y yo no estaba al día. Por eso preferí dedicarme a otra cosa. Algo que tuviera que ver con dar, con ayudar... ¿Me promete que se marchará si le cuento lo que sucedió entonces?

Gunnarstranda la miró fijamente, pero no movió ni un solo músculo del rostro.

—¡Siempre el mismo, ¿eh?! Nunca promete nada. El apóstol de la gente corriente —dijo ella sonriendo irónicamente—. Volví de Escocia antes de lo previsto... Es una historia bastante banal, en realidad. Fui derecha a casa de Reidar. Quería darle una sorpresa y esperaba encontrármelo solo en casa. Pero había alguien con él... en el dormitorio... encima de él. Mi mejor amiga. ¿Le parece una anécdota emocionante? A los hombres, esto a veces les parece divertido. A mí, en cambio, me pareció horrible. Podía oír los jadeos mientras estaba allí, espionando como un ladrón, mientras ella... ¿comprende? Estaba con mi novio. No hay nada más que decir, en realidad.

—¿Entró usted en la habitación?

—¡No! ¿Está loco? Me fui a casa de ella y esperé a que llegara. Sabía que no tardaría mucho; había dejado a la niña sola, en el patio, mientras ella...

—¿De modo que usted se quedó esperándola?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque, en el fondo, quería matarla, por supuesto.

—¿No podría haberlo evitado? Quiero decir, que ella muriera.

—No lo sé... tal vez si yo hubiera sido otra, con otra visión sobre... las cosas.

—¿No hablaron después?

—Sí, por supuesto.

—¿Y por qué la mató?

—Porque ella era mi mejor amiga.

—¿Y...?

—Mi mejor amiga, ¿no lo comprende? —Sigrid Haugom sonrió, agotada—. Es evidente que no lo entiende. No tengo mucho que decir en mi defensa. Yo misma sé...

—¿Cuándo la mató?

—Cuando vi que se quedaba completamente callada, que no me respondía tras haber agotado todas sus palabras y su aliento con él. Entonces me puse todavía más furiosa. No tenía nada que decirme.

—¿Y qué hizo usted después?

—Volví a Escocia. El mismo día, en el primer vuelo en el que encontré pasaje.

—¿Y la policía nunca la llamó a declarar?

—No.

—¿De modo que nadie supo que ese día usted estaba en el país?

—No, nadie.

—¿Sabía Katrine algo sobre esto?

—No.

—Pero ella la llamó a usted para contarle que había averiguado el nombre de su

madre. Fue eso lo que le contó aquel sábado, ¿verdad?

Sigrid Haugom asintió con gravedad.

—¿Fue ella la que le contó que Bueng vivía en la residencia de ancianos?

La mujer negó con la cabeza.

—No, Katrine no sabía nada sobre Reidar Bueng. Ni tampoco tenía la más mínima idea sobre mi implicación en el asunto. Fue un *shock*. Una conversación espantosa. Creí que iba a darme un ataque al corazón cuando me contó lo que había descubierto. Yo sabía dónde se encontraba Reidar. Siempre he sabido de su paradero desde el día en que sucedió aquello.

—Y entonces ¿por qué fue usted a verlo al asilo después de la llamada de Katrine?

—Quería asegurarme de que Reidar no le contaría nada sobre mí, es decir, sobre la relación que hubo entre Helene y yo. Sabía que sólo era una cuestión de tiempo que Katrine descubriera el paradero de Reidar, y si conseguía encontrarse con él, tarde o temprano saldría mi nombre, y eso podría llegar a ser una catástrofe para las dos. Por eso tenía que hacerle prometer a Reidar que guardaría silencio sobre mí ante Katrine.

—¿Cree que Bueng sabe que usted mató a Helene?

—Por supuesto.

—¡Pero si nunca la delató!

—No, nunca.

—Y tampoco me dijo nada a mí. ¿Todavía ama a Reidar Bueng?

La mujer soltó una risotada helada y volvió a imitarlo burlescamente:

—«¿Todavía lo ama?». ¡Hipócrita, formal y ridículo! —exclamó apretando los puños—. ¿Para qué pregunta? Usted es policía. Seguramente ya sabe la respuesta a eso. ¿Qué diablos pretende averiguar con esa pregunta? ¿Le inquieta saber si echo de menos la compañía de un viejo que ni siquiera puede caminar sin ayuda? ¿Si deseo las caricias de esa persona?

—Solamente me pregunto si todavía lo quiere —repitió el policía sin inmutarse.

Se quedaron mirándose el uno al otro, hasta que finalmente ella dijo:

—¿Y qué importa eso? Mi vida está arruinada. He vivido la mitad del tiempo con un hombre que cree que el amor es algo químico, una transacción de líquidos corporales. —Miró al techo y suspiró con tristeza antes de continuar—: ¿Sabe? Ya ni siquiera sé si alguna vez quise a Reidar. No tengo ni idea. Ya no tengo ilusiones con respecto al amor. Pero hace años sí las tenía... Entonces tuve la sensación de haberme quedado con un enorme vacío... ¿Nunca se ha sentido usted tan mal que ha deseado morir sólo para librarse de esa sensación? Estando borracho, por ejemplo. No, no es una buena comparación, porque una borrachera se pasa. Los problemas se acaban. Pero aquella vez, a mí, no se me pasaba. Daba largos paseos por las tardes, hasta

encontrar un lugar desierto en donde poder clavarme agujas y alfileres, y gritar, intentando salir de aquel atolladero que era mi... que era el amor.

»¿Pero ahora? Ahora ya no tengo ni idea. Ya no sé lo que tiene sentido y lo que no lo tiene. Pero lo peor de todo es no poder evocar la parte de mí que creía en el amor, esa parte que una vez consideré como la más valiosa. —La mujer apretó las mandíbulas y bramó de rabia, con la saliva brotándole por las comisuras de la boca—. ¡Lo único que no se diluye, la única verdad que todavía perdura, es que yo odiaba a Helene!

—¿Y sigue odiándola hoy tanto como entonces?

—¡Ya estamos otra vez con las preguntas retóricas! —gimió, exhalando el aire con los ojos cerrados—. Algunas veces, sí. Pero, por lo general, no.

—Creo que no lo consigue —señaló Gunnarstranda.

—¿Qué es lo que no consigo?

—Deshacerse de la ira que todavía alberga hacia Helene.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que sigue odiando a Helene, pero que sobre todo odia a otra persona...

Sigrid Haugom negó lentamente con la cabeza.

—Ya has contado esta historia antes, ¿no es verdad?

Sigrid Haugom lo miró con cautela.

—¿Por qué me tutea de repente? ¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó cerrando instantáneamente la boca, como si temiera que se le escapara algo que no quería decir.

—Yo sé quién mató a Katrine —dijo el policía en voz baja—, y también lo sabes tú.

El sol brillaba sobre el pelo rubio de Sigrid Haugom.

—No sé de qué me está hablando. Además, tengo dolor de cabeza. Es mejor que se marche.

—Katrine te llamó aquel sábado —dijo Gunnarstranda aproximándose a ella—. Te contó lo de Stamnes, te habló de la verdadera identidad de su madre y de Raymond Skau, que se había presentado en la agencia de viajes exigiéndole dinero. Comprendo que debió de ser un *shock* para ti. Pero nunca deberías habérselo contado a nadie. Porque cuando se lo contaste a él, firmaste la sentencia de muerte de Katrine. Y tú sabías que sería así, ¿verdad?

Sigrid Haugom había cerrado los ojos.

—Yo no lo sabía. Yo sólo fui a ver a Reidar al asilo el domingo para ponerlo sobre aviso de Katrine. Nunca habría imaginado que ya estaba muerta.

—Pero deberías haberlo supuesto.

—Eres una mala persona —dijo ella, y repitió—: Eres perverso.

—Fuiste a ver a Bueng aun cuando sabías que ella ya estaba muerta.

La mujer no respondió.

—Es posible que él matase a Katrine para protegerte. Seguramente él cree que lo hizo por caballerosidad. Pero, de todas formas, eso no lo exculpa. Sabes, tan bien como yo, que fue él quien lo hizo.

—Bien, supongamos que lo sé —dijo ella amargamente—. Supongamos que lo sé, ¿y qué? ¿Se puede dar marcha atrás? ¿Puede uno arrepentirse? ¡Y eso que has dicho de que quería protegerme a mí! ¡Ja, ja! —Soltó una risa forzada y luego miró al policía con los ojos entrecerrados—. ¿No se te ha ocurrido pensar que lo que quería era protegerse a sí mismo?

Gunnarstranda se quedó mirándola unos segundos. Al final llenó sus pulmones de aire y se aproximó dos pasos más. Ella volvió la cabeza y lo contempló como si estuviera sorprendida de ver que él seguía estando allí.

—Piensa —dijo ella retorciendo la boca en una mueca desdeñosa—. Piensa porque no tienes ni la menor sospecha de lo que realmente sucedió.

—Sigrid Haugom —dijo Gunnarstranda algo cansado—. Queda usted arrestada por el asesinato de Helene Lockert. Si es tan amable de acompañarme a comisaría...

Meticuloso

El tranvía estaba atestado de gente; no había ni un solo asiento libre. La gente llenaba los pasillos e incluso el espacio de delante de las puertas. Él quedó incrustado contra una mujer que se agarraba firmemente de una de las correas que colgaban del techo. La chica llevaba una camiseta roja de tirantes, y él vio que tenía el vello de la axila rizado y húmedo de sudor. Se puso a observarla desde su altura en el plano superior. Se había pintado unas desagradables rayas amarillas bajo los ojos y llevaba el pelo teñido de rubio, aunque se le veían unas oscuras y grandes raíces debajo. Cada vez que el tranvía daba un frenazo, él fijaba la vista en el hueco que quedaba entre el cuello de la mujer y la camiseta, un hueco que le permitía entrever dos pequeños pechos con unos largos pezones erectos.

Esa imagen le hizo recordar a la otra chica, y cómo las convulsiones de su cuerpo habían ido haciéndose cada vez más débiles, como si de un pez en el fondo de una barca se tratara. De repente sintió que estaba otra vez allí, con una rodilla clavada en la hierba húmeda y la otra pierna flexionada, mientras la joven luchaba por levantarse.

En ese preciso instante, un ruido lo hizo volver a la realidad. Se sobresaltó al ver que la chica del pelo teñido lo estaba mirando, por lo que supuso que el ruido debía de haberlo hecho él. Carraspeó y miró hacia el otro lado, disimulando, para no llamar la atención.

Fuera hacía tanto calor como dentro del tranvía, aunque el aire no estaba tan viciado ni había tanta humedad. Mientras esperaba en la parada a que el convoy siguiera su curso, sintió la mirada de la mujer por la ventanilla. Levantó la vista y sus ojos se encontraron por un instante. Era por razones como esa por lo que uno a veces tenía que estar preparado para bajarse dos estaciones antes.

La primera vez que pasó por delante del edificio trató de hacerse una idea del movimiento que había en el *hall*. Echó un vistazo y vio que parecía bastante tranquilo. Dobló la esquina hacia la izquierda y luego nuevamente a la izquierda en la siguiente, mientras notaba cómo el pulso iba acelerándose. Sintió una especie de hormigueo en los brazos, por lo que se detuvo y levantó la mano con los dedos abiertos: no temblaba. La verdad era que estaba nervioso, pero la tensión era una buena señal. Media hora más tarde lo esperaba la tranquilidad. Aquella tal vez sería la operación más sencilla hasta el momento, pero al mismo tiempo era también la más difícil. Era la primera vez que sabía casi con total seguridad, que lo sentía en el cuerpo, como si de una sensación de hambre se tratara, que el resultado sería la muerte.

Volvió a doblar a la izquierda en la esquina siguiente y continuó hasta la otra calle. Una vez allí dobló por última vez hacia la izquierda, de modo que ahora estaba

otra vez de camino hacia el hospital.

Sigrid Haugom salió a paso ligero por la puerta de la izquierda. Gunnarstranda la siguió. Cruzaron una especie de comedor decorado al puro estilo tradicional noruego, con una enorme vitrina a lo largo de la pared y una mesa de madera tallada rodeada de ocho sillas en medio de la habitación. Al llegar frente a la siguiente puerta, la mujer se detuvo en seco y se volvió.

—¿Me estás siguiendo?

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Bueno —dijo ella, y siguió caminando por un angosto pasillo, del cual partía una escalera que conducía al primer piso.

En mitad de la escalera volvió a detenerse. De la blanca pared detrás de su cabeza colgaba una pintura moderna de colores estridentes, en azul y amarillo, que parecía un cielo.

—Sé que no lo hizo por mí —dijo mirando al policía a través de los barrotes de la barandilla—. Él solamente está interesado en sí mismo y en sus necesidades.

—¿Crees que la violó?

—¿Él? —La mujer resopló con desdén—. Él nunca haría algo tan banal. No. Sus acciones tienen un único propósito: evitar el escándalo que supondría para él un posible juicio contra mí.

—¿El escándalo? —se sorprendió Gunnarstranda—. ¿Qué escándalo? Tu marido no se vería involucrado en un juicio contra ti.

—Te equivocas, pequeño genio —repuso ella sonriendo con desdén—. Él no tiene miedo por lo que yo le hice a Helene; lo único que teme son las consecuencias de sus propias acciones. Siente terror de lo que yo podría contar sobre él, sobre los abusos a los que me ha sometido durante años —explicó, sacudiendo la cabeza, rendida ante la expresión del rostro del policía—. ¿Ya se te ha encendido la bombilla? Erik no es lo que la gente cree. Erik es un monstruo.

Gunnarstranda puso cara de duda ante la palabra que ella había usado para calificar a su marido. Como ella dio un paso atrás, él subió un peldaño. La mujer se agarró a la barandilla.

—No tienes ni idea de lo que es yacer desnuda en una cama —susurró—, atada de pies y manos, noche tras noche, mientras tu hijo está en el cuarto de al lado. Tampoco puedes imaginar cómo es estar el día entero al servicio de un hombre que sólo se siente satisfecho viéndote sufrir. Y de noche tener que vestirte y arreglarte, eligiendo bien la ropa para ocultar los cardenales, para asistir a alguna cena con gente esnob como la compañera de tu propio verdugo, mientras sonríes y le soplas palabras cariñosas al oído a ese mismo hombre, para no despertar sospechas y mantener intacta su honorable reputación.

»No tienes ni puñetera idea de lo que supone tener que arrastrarte delante de esa

persona durante años, solamente porque una vez fuiste tan estúpida de contarle un secreto. Es el peor error que he cometido en la vida.

—¿Por qué no te separaste de él?

—Pero ¿por qué me preguntas eso?

Gunnarstranda abrió los brazos y dijo:

—¿Te amenazó con denunciarte? ¿Te amenazó con ir a la policía a contar lo que sabía sobre el asesinato de Helene Lockert?

—Estás haciendo progresos, policía listillo.

—¿Quieres decir que mató a esa pobre chiquilla para que el secreto... — Gunnarstranda trataba de encontrar las palabras adecuadas— para que el secreto siguiera a salvo?

—Mató a Katrine para que nadie supiera quién había asesinado a su madre. Si se hubiese sabido quién mató a Helene, él habría dejado de tener poder sobre mí. Quería impedirme que contara lo que él me había hecho durante todos estos años.

—Ayúdame a atraparlo —dijo rápidamente Gunnarstranda.

Ella negó con la cabeza.

—No conseguirás engatusarme. Seamos realistas, Gunnarstranda: en la posición en la que te encuentras, no tienes ninguna prueba contra él.

—No —admitió el policía—. No tengo pruebas... Si tú no me ayudas.

—¡Sí! —rio ella—. ¿Y por qué iba a ayudarte?

Gunnarstranda dudó unos instantes. Sigrid Haugom lo contemplaba con desdén.

—Porque esto no puede continuar así —contestó el comisario finalmente.

Ella volvió a reírse. Su risa era fría y dura.

—¿Qué no puede continuar así? —preguntó, bajando otro escalón—. ¿Has pensado que yo he vivido más de veinte años con sangre en las manos? Durante todo este tiempo sólo he soñado con una cosa, y ahora acaba de cumplirse. Ahora soy yo la que sabe algo, soy yo la que tiene la sartén por el mango. ¡Por fin soy yo la que tiene el poder sobre él!

—¿Y eso es lo que quieres realmente?

—¡No hay nada en la vida que desee más que eso! —gritó Sigrid Haugom.

Durante unos segundos, el policía la contempló allí, en la escalera, inclinada hacia adelante, con la respiración entrecortada, el pelo enredado y la cara sin maquillaje; sólo el odio y la rabia se reflejaban en su rostro, acentuando sus arrugas.

—Entonces hazlo por otra persona —le pidió él encarecidamente—. Hazlo por ella. Considéralo como una oportunidad de enmendar el daño causado. Es con eso con lo que has estado soñando durante tanto tiempo: con hacer algo positivo por Katrine.

La mujer contuvo la respiración y cerró los ojos mientras sopesaba la petición del policía. Finalmente, negó con la cabeza sin decir nada.

—Está bien —dijo él—, pero de todas formas tienes que venir conmigo.

Cuando Sigrid Haugom abrió los ojos, estos le brillaban por las lágrimas.

—No pueden acusarme de nada; ese delito ya ha prescrito —replicó dándose la vuelta bruscamente, y continuó escalera arriba, con el policía pegado a los talones.

—Eso ya lo veremos —dijo Gunnarstranda a sus espaldas—. Por suerte, yo sólo soy policía, no forma parte de mi trabajo decidir ese tipo de cosas.

La mujer se detuvo en seco.

—Soy policía, no juez —repitió Gunnarstranda—. Pero espero que no te resistas al arresto. Eso sería embarazoso para ambos —sonrió sarcásticamente.

—No, claro que no —dijo ella, confundida, alisándose el vestido con las manos—. Ya soy mayorcita. —Asió el pomo de una puerta—. Tengo que ir al baño. De todos modos, ¿qué es lo que tendría que hacer?

—Llamarlo y decirle que estuviste en el asilo el domingo.

—¿Contarle que fui a ver a Reidar?

—Sí.

—¿Nada más?

Sigrid Haugom sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Gunnarstranda.

—Pues que ya lo he hecho —dijo ella—. Qué paradoja, ¿verdad?

—¿Se lo has dicho? ¿Cuándo? —Gunnarstranda dio un brinco y se acercó a la mujer con pasos rápidos. Los labios del policía temblaban ligeramente—. Estás mintiendo. ¿Cuándo se lo has dicho?

—Esta mañana, temprano.

—Mientes.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Ya he mentado demasiado todos estos años.

—Pero ¿por qué se lo has dicho precisamente hoy?

—Porque hoy... —Contuvo el aliento y volvió a cerrar los ojos—. Esta mañana... cuando me he despertado...

—¿Qué ha pasado? —insistió Gunnarstranda mirándola fijamente.

Ella esbozó una sonrisa.

—Tú no puedes entenderlo.

El policía ya había sacado su móvil del bolsillo. Miró a la mujer con el entrecejo fruncido y acto seguido le dio la espalda con el teléfono pegado al oído.

—No te muevas de aquí —le dijo Gunnarstranda en voz baja mientras esperaba impacientemente a que Frølich contestara al teléfono. Y continuó todavía en voz más baja—: No sabes lo que has hecho al contarle a ese hombre que fuiste a ver a Bueng al asilo.

—Yo ya no entiendo nada.

—Espero que no sea demasiado tarde —deseó Gunnarstranda con un suspiro—. Vamos, coge el cepillo de dientes y cuatro cosas más. ¿Dónde lo tienes? ¿En el baño?

Él la siguió por el pasillo, con el teléfono todavía pegado a la oreja. Algo en su interior le decía que a aquella mujer no había que dejarla sola ni un minuto.

El teléfono

Un hombre joven, con una cabeza demasiado grande, mucho pelo y un cuerpo extrañamente esbelto enfundado en un traje azul, rodeó por tercera vez la esquina de la sala de espera y miró a Frank Frølich, que se levantó impaciente.

—¿Está Gerdhardsen o no? —preguntó irritado Frølich, que llevaba casi tres cuartos de hora esperando.

El joven, que tenía los ojos saltones y un grano muy gordo en la mejilla, respondió sin dilación:

—Está reunido —dijo simplemente mientras permanecía de pie mirando al policía.

—¿Le has dicho que lo estoy esperando?

El joven asintió en silencio. Vestía una camisa azul oscuro del mismo color que la moqueta del suelo. Alrededor del cuello llevaba una corbata de seda marrón, con el nudo demasiado flojo. «Estos niñatos sin experiencia me ponen de los nervios, no deberían darles trabajo», pensó Frølich moviéndose con impaciencia.

—La reunión durará bastante rato —dijo el joven con una risita.

«A los tipos como tú habría que soltarlos en plena jungla para que aprendieran qué es la vida», pensó el policía, para luego decir en voz alta:

—Si tu jefe piensa que va a deshacerse de mí así como así, va listo. —Volvió a su asiento y se sentó de nuevo.

El joven se quedó impávido delante de él con los brazos caídos.

Frølich reflexionó sobre lo que solía decir Eva-Britt: «Creo que los hombres con traje pueden resultar bastante sexys, pero James Bond debería entender de una vez por todas que no puede salvar al mundo con un traje así». Tras pensar en ello durante algunos segundos, volvió a acomodarse en la silla, mirando desafiante al muchacho y pensando: «Parece una lámpara de pie».

—Das luz —le dijo sonriendo.

En ese momento sonó su teléfono móvil.

¡Caliente, caliente!

Las cosas eran más fáciles porque se trataba de un paciente. Él se miró las piernas. Eran unas piernas absolutamente corrientes; sus pasos, tranquilos. Llevaba unos sencillos zapatos de color marrón claro y unos pantalones anchos. «Lo importante es la imagen que uno proyecta hacia los demás, y no cómo se siente uno por dentro».

Dobló por última vez hacia la izquierda y entró a paso ligero en las instalaciones del hospital. La entrada principal estaba desierta y en silencio. Un taxi se detuvo frente a la puerta y se quedó esperando; al parecer, iba a recoger a un pasajero. Pasó por delante del taxi y caminó los últimos pasos hasta el asilo. Abrió la puerta y lo asaltó aquel olor tan peculiar: un olor a gente vieja, un tufo ácido compuesto de elementos como orina, excrementos, polvo, aire viciado y materia orgánica en descomposición. Olía como una tumba abierta. Vio a una mujer joven, con un jersey azul eléctrico, que estaba sentada detrás de una mampara de vidrio, hablando por teléfono. Se dirigió hacia el cristal y lo golpeó con cortesía.

—¿Reidar Bueng? —preguntó, apoyándose contra la pared.

La chica se apartó el auricular del oído y puso cara de asustada.

—Lo siento, pero soy estudiante y estoy aquí de prácticas; no conozco a los pacientes...

—¿Estudiante? —sonrió él—. ¿Y no hay una lista con los datos de los internos?

—Pues... sí —dijo ella.

Dejó el teléfono sobre la mesa y empezó a rebuscar entre unos papeles. Parecía muy nerviosa, pero finalmente encontró lo que estaba buscando.

—Habitación 104 —dijo.

—Gracias —respondió él, y siguió tranquilamente por el pasillo.

Pasó por delante de la habitación 104 para ver dónde se encontraba, pero no se detuvo. Por las ventanas del pasillo podía ver las blancas florecillas en el césped del jardín. Un anciano con una gorra y unos *shorts* demasiado anchos estaba manipulando un cortacésped con una llave inglesa.

Siguió por el pasillo y pocos metros más adelante encontró un baño. Entró y cerró con el pestillo. Dejó su maletín sobre la tapa del inodoro. En el interior llevaba unos guantes de látex, una jeringuilla y unos botes de medicamento. Se colocó los guantes y puso la aguja con destreza. Luego clavó la aguja en un frasco y cargó toda la dosis en la jeringuilla. A continuación cogió otro frasco distinto y repitió el proceso. Dejó salir un par de gotas de la solución en el inodoro. Ya estaba listo para la acción. «Dios mío, alguien le administró la medicina equivocada». Ocultó su arma en el bolsillo de la chaqueta y observó en el espejo el resto del baño. No vio nada extraño. Volvió a ponerse las gafas de sol y contuvo el aliento antes de abrir la puerta y continuar a paso lento por el pasillo.

No había ni una alma, ni a la derecha ni a la izquierda. El hombre se concentró. «Piensa en ella, vuelve a sentir la rabia, piensa en cómo te podría aplastar». Continuó despacio hasta la habitación 104. Aspiró, espiró, aspiró, espiró. Llamó dos veces a la puerta, pero nadie respondió en el interior. «Ha llegado el momento de hacer el trabajo», se dijo asiendo el pomo.

—¿Por qué te preocupas por mí? —preguntó Sigrid Haugom cuando subieron al coche—. ¿Crees que estoy loca, piensas que puedo atacar contra mi propia vida?

—Sólo hago mi trabajo —declaró Gunnarstranda poniéndose la chaqueta.

Luego, el coche se puso en marcha y se fueron de allí.

—¿También forma parte de tu trabajo mirar cómo las mujeres hacen pis?

—No estaba mirando. Pero es mi deber no perder de vista a un detenido. En cualquier caso, tú no has sido la primera.

—No sabes mentir, Gunnarstranda.

—He oído muchas mentiras antes. ¡Demasiadas! —replicó mirándola de soslayo.

—¡Qué extraño! —suspiró ella.

—¿Qué es extraño?

—¡Este momento! He tratado de imaginarme miles de veces cómo sería si me arrestaran.

La mujer miró por la ventanilla cuando el policía tuvo que frenar de golpe porque un coche apareció de pronto por la derecha.

—Yo también empiezo a acostumbrarme a ello —dijo Gunnarstranda secamente.

Luego, ambos guardaron silencio.

—Creo que... —empezó a decir él al cabo de un rato.

—¿Tienes miedo de que salte del coche? —lo interrumpió ella.

—Creo que Henning Kramer se había dado cuenta de algo —continuó Gunnarstranda haciendo caso omiso del comentario de Sigrid Haugom.

—Ahora te estás poniendo aburrido —suspiró ella.

—Creo que se dio cuenta de algo que tu marido había pasado por alto, algo que hizo que Henning representara un peligro para él. Quiero que pienses un poco. ¿Qué podría ser lo que descubrió Henning?

Ella ladeó la cabeza y dijo:

—Es bastante evidente, ¿no?

Gunnarstranda le dirigió una mirada de inquietud.

La mujer sonrió con desdén mientras permanecía con la vista al frente.

—¡Santo Dios! ¡¿Pero es que no ves las evidencias?! Si el resto del cuerpo de policía es tan estúpido como tú, no es raro que hace años yo saliera impune del asesinato de Helene. ¿Pero es que no lo ves?

Gunnarstranda mantuvo la vista en el camino y volvió a frenar para ceder el paso a un coche que venía por la derecha.

De repente, ella se puso seria.

—También fue por culpa mía —declaró—. Quería ayudar a Katrine aquella noche, en la fiesta, cuando se sintió mal. Entonces llamé a Erik. Pensé que podría llevarnos a casa. Yo quería marcharme de allí y charlar un rato con Katrine. Pero Erik no apareció. Henning vino a recoger a Katrine sin que Erik hubiese aparecido.

Gunnarstranda asentía lentamente con la cabeza mientras pensaba. Ya se le había encendido la bombilla.

—Estaba esperando a Erik y vi que Katrine se marchaba...

—¿Viste cuándo se fue?

—Sí, yo estaba en la terraza y la vi salir por la puerta, cerrarla tras de sí y continuar hacia el portón de entrada. Luego la vi caminar calle abajo. Pensé en llamarla, pero finalmente no lo hice. En lugar de eso, volví a entrar y traté de hablar con Erik para decirle que ya no hacía falta que viniese a buscarme. Pero no cogió el teléfono.

—¿Ya estaba de camino?

Sigrid Haugom hizo caso omiso de la pregunta.

—Aquel lunes —prosiguió—, cuando tú y tu colega fuisteis al centro, Henning parecía que estaba en trance. Aquella mañana, todos hablamos de Katrine, de lo que había sucedido en la fiesta. Henning quería entender qué había pasado. Tuvimos que contarle una y otra vez todo lo que había ocurrido aquella noche. Y noté continuamente su mirada clavada en mí, y supe que para eso sólo había una explicación. Henning vio a Erik aquella noche. Lo adelantó con el coche cuando iba hacia la casa de Annabeth a eso de las doce. Y tenía a Erik justo detrás cuando recogió a Katrine. Pero todos sabían que Erik no vino a buscarme hasta las cuatro de la madrugada.

La mujer contuvo el aliento. El policía guardó silencio y ella le sonrió.

—Empiezas a gustarme, Gunnarstranda. Sabes guardar silencio en el momento preciso —señaló, y luego se aclaró la voz para continuar explicando—: Henning llamó a casa por la tarde, después del entierro, exigiendo hablar con Erik.

—¿Sobre qué hablaron?

—Creo que Henning lo amenazó con ir a la policía a contar que sospechaba de él.

—Y tu marido le dijo que no lo hiciera.

Sigrid Haugom sonrió con desdén.

—Él nunca se rebajaría a pedirle nada a nadie —afirmó mientras se volvía a mirar por la ventanilla—. No —prosiguió—, quedaron para verse en persona y mantener una conversación de hombre a hombre.

El ultimo chute

La voz de Elvis Presley se oía baja y metálica por el altavoz de una radio que descansaba sobre la mesita de noche. Pero la habitación estaba vacía.

No se lo creía. No podía creerlo. Miró una vez más en el baño, en la cocina, en la pequeña habitación. Ni una alma en ninguna parte. Bajó la cabeza y se miró a sí mismo de arriba abajo: un hombre con guantes de látex. Tenía que quitárselos. Se los metió en el bolsillo. No, no, ahí no podía dejarlos. Se sacó los guantes del bolsillo y los guardó en el maletín.

¿Y dónde iba a meter a su víctima? Se sentó en el único sillón que había en la sala, junto a la ventana, y miró a su alrededor. Su mirada se coló por la puerta abierta del baño y se detuvo en el cesto de la ropa sucia. Ese era el lugar indicado. Entró en el baño y metió el maletín dentro del cesto, que estaba medio lleno.

«*Maybe I didn't treat you, quite as good as I should have...*»^[10], cantaba Elvis. Apagó la radio y permaneció inmóvil, tratando de escuchar algo. En la habitación no se oía sonido alguno. Ningún murmullo, ningún ruido en las cañerías. Por enésima vez, volvió a palpar el pequeño bulto que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Estaba listo. Completamente listo... ¡y no había nadie en casa!

Sin embargo, era bastante extraño. Se apuró a mirar una vez más por la ventana. El mismo cortacésped que había visto por la ventana del pasillo yacía sobre la hierba, abandonado. ¿Por qué? ¿Por qué estaba todo tan silencioso?

De pronto sintió calor y se dirigió hacia la puerta, pero luego se detuvo. No quería irse todavía, justo en el momento en que se encontraba tan cerca de la meta; pensó que había algo que no marchaba bien. «Lo mejor será que me largue ahora mismo», se dijo. Asió el pomo de la puerta, pero volvió a cambiar de idea. Cerró con el pestillo, se dirigió rápidamente hacia la ventana y trató de abrir. Sin embargo, la ventana se trababa con algo y no había manera de abrirla más que unos escasos veinte centímetros. Tiró con fuerza hacia sí de nuevo pero no lo logró.

En ese instante oyó que alguien trataba de abrir la puerta de la habitación y se le heló la sangre en las venas. No podía ser Bueng. Debía de ser otra persona. ¡Gracias a Dios que había echado el pestillo! Miró fijamente la oscura puerta y luego se volvió otra vez hacia la ventana. «¡Rompe el cristal! —se dijo—. ¡Ya!».

La persona que intentaba abrir volvió a probarlo moviendo el pomo con fuerza y sacudiéndolo al mismo tiempo. Luego golpeó la puerta.

¿Cómo demonios podía abrir aquella maldita ventana?, pensaba mientras empujaba el marco. Y entonces, a la izquierda, vio un pequeño seguro que se podía levantar. Dos segundos más tarde hundía el pie en un arbusto espinoso; los pinchos le desgarraron la ropa. Comenzó a sudar, pero no se detuvo a mirar atrás, sino que continuó a paso ligero por el césped hasta alcanzar el sendero de grava que dividía la

hierba en dos rectángulos. El jardín estaba desierto. «¡Deberías haberte dado cuenta de que este silencio significaba que algo andaba mal!», se recriminó a sí mismo.

Cuando se hubo serenado un poco comenzó a pensar en la gente que podría haberlo visto. Nadie. Simplemente la chica de la recepción. ¿Y qué podía haber visto ella? Un hombre con gafas oscuras que le preguntó por un paciente. Nada más.

Se detuvo en la esquina del edificio y asomó la cabeza con cuidado. Un coche patrulla estaba aparcado en la salida. No había nadie en el interior del vehículo.

«¡Vale! —pensó—. ¡Vale! El coche está vacío. Debe de haber solamente uno o dos policías. Uno o dos incompetentes que han venido a echar un vistazo. Los habrán llamado para que vengan a comprobar algo, así que... ¡Nadie te persigue a ti! ¡Y ahora, esfúmate!».

Echó a andar y pasó junto al coche patrulla. Luego dobló hacia la izquierda y siguió caminando en línea recta. Tenía la espalda rígida. A cada segundo esperaba oír un grito detrás de él. Pero eso no sucedió. Caminó veinticinco metros, luego cuarenta metros...

Sólo faltaban unos cinco metros para llegar a la primera esquina. Se obligó a andar más de prisa. Faltaba un metro. Dobló hacia la izquierda sin mirar atrás. Continuó caminando, esta vez protegido por un enorme bloque de pisos. Caminó cinco metros, seis metros, diez metros. Y finalmente, respiró aliviado. Todo había salido bien. Nadie se había percatado de nada.

Sin embargo, le inquietaba la presencia del coche patrulla allí. ¿Por qué habría ido la policía al asilo? ¿La habrían llamado a causa de su presencia? Eso era totalmente improbable. Si la policía hubiera sabido algo, no habrían mandado un solo coche. La habrían llamado por otro motivo. Pero ¿por qué estarían tratando de abrir la puerta del cuarto de Bueng? Intentó reflexionar: no había oído gritos, y eso era una buena señal, porque si se hubiera tratado de un policía, este hubiera gritado desde fuera. No, no podía ser un policía el que trataba de entrar en la habitación.

Bueno, y entonces ¿por qué le había entrado el pánico? Debía de haber hecho algo mal, pero ¿qué? Y, en todo caso, ¿qué era lo que podrían usar en su contra? Nada. La policía estaba dando palos de ciego. La cuestión era saber si había sido un error haber ido al asilo. No, no había sido ningún error. Reidar Bueng era la única conexión con Sigrid. El único que sabía algo importante. La única punta del iceberg que podía revelar su posición.

Se detuvo. Ya estaba a punto de cruzar el puente de Bentse.

No obstante, tenía una sensación como si... alguien estuviese siguiéndolo.

Se giró en redondo. No, nadie lo seguía. Se apoyó en la baranda e hizo ver que contemplaba el río. A los pocos segundos se volvió de nuevo para echar un vistazo a sus espaldas. Nada. Sin embargo, tenía una sensación desagradable. Continuó su camino lentamente, cruzando el puente de Bentse hacia la calle Vogt y la parada del

tranvía. Allí se detuvo y miró nuevamente hacia atrás. No había nada sospechoso a la vista, no había nadie, salvo algún que otro adolescente que caminaba por la acera, una mujer joven que cerraba su coche y una mujer mayor que arrastraba una maleta con ruedas. El tranvía dobló a la izquierda, por la calle Sandaker. Cuando finalmente se detuvo delante de él, subió por una de las puertas dobles del medio. Fue el único en subir. Sonrió y empezó a caminar hacia la parte delantera para pagarle al conductor. Al poco, el tranvía se detuvo en seco, y él aprovechó para echar un vistazo a su alrededor. No había coches ni peatones sospechosos. Pero de pronto oyó un ruido en la puerta de atrás y se le heló la sangre. «¡Vuélvete y mira quién es antes de que el tranvía arranque!», se dijo.

Lentamente, volvió la cabeza hacia la derecha. Nada. No vio ningún uniforme, solamente gente corriente que viajaba sentada, mascando chicle, leyendo o hablando en voz baja con la persona que tenían a su lado. Mientras buscaba unas monedas en el bolsillo cruzó una mirada con un barbudo sij que llevaba un decorativo turbante de color rojo oscuro.

Encontró un asiento libre a la izquierda. Volvió a pensar en la razón por la que la policía podía haber ido al asilo: o bien había pasado algo completamente irregular o bien no había pasado nada importante, pero tenía que averiguar lo que había sucedido. Un chico joven con el pelo negro y largo y la cara cubierta de granos estaba hablando sobre la relación entre el lenguaje y el conocimiento. «Si estás endiablada, entonces querré que me digas que estás endiablada», le explicaba a su compañera de viaje, una chica gruesa con mucha celulitis en los muslos.

Volvió a mirar hacia atrás. Nada. Y, sin embargo, sentía una punzada en la espalda. Sentía como un pinchazo entre los omóplatos que no era de origen fisiológico. Había alguien allí. Tenía que haber alguien allí. Empezó a sudar de nuevo. Se pasó los dedos por la frente: la tenía empapada. Luchó para no darse la vuelta otra vez más.

De pronto en el vagón sonó un teléfono. El hombre que respondió lo hizo en un perfecto inglés. También había un chico de aspecto vietnamita que jugaba con su teléfono móvil. Le pareció que debía de ser difícil concentrarse rodeado de toda aquella gente. Pero lo más difícil de todo era no volverse.

Bueno, pero ¿qué podía haber sucedido? Nada. Levantó la vista. Una mujer lo estaba mirando. ¿Qué miraba? Ya no lo soportaba más. Tenía que darse la vuelta. Se sobresaltó. Durante unas milésimas de segundo creyó que era «ella». Pero no lo era. La mujer que viajaba sentada detrás de él se parecía muchísimo a ella. La pasajera rubia bajó la vista y miró por la ventanilla.

Volvió la cabeza de nuevo al frente. No podía seguir comportándose así. Tenía que tranquilizarse, recuperar el control. Lo mejor era irse a casa, meditar y planear cuándo podría dar el golpe. Se bajó del tranvía en el muelle de Aker, un lugar donde

se bajaban montones de personas. Mucha gente iba con ropa veraniega. Unos adolescentes hacían piruetas con sus bicicletas sobre una rampa y tres jóvenes atléticos saltaban y hacían cabriolas en el aire.

Aminoró el paso porque quería ser el último de todos en salir de la parada, pero pronto se dio cuenta de la inutilidad de esa decisión, porque la plaza del Ayuntamiento estaba repleta de gente. Se detuvo junto a una enorme grúa en la que una mujer mayor estaba siendo amarrada fuertemente. La izaron sobre el asfalto y se quedó colgada bamboleándose, como una mezcla de res a punto de ser sacrificada y de Peter Pan. Parecía divertirse muchísimo mientras la levantaban.

Se alejó de allí mientras un niño que se protegía los ojos del sol con las manos gritaba: «¡Abuela, abuela!», mirando al cielo.

Siguió caminando a grandes zancadas a lo largo del paseo de la escollera. Le seguía molestando el escozor de la espalda. Alguien lo estaba siguiendo. «Alguien».

Al doblar a la derecha, en dirección a la plaza, se detuvo y miró atrás. Gente. Una muchedumbre.

Pasó muy cerca de la fuente y entró en el *parking*. Subió solo al ascensor. Se cerraron las puertas y se apoyó aliviado contra una de las paredes de vidrio. Pero en ese momento, vio que algo se movía a su izquierda.

Frank Frølich y Erik Haugom se miraron a los ojos durante un largo instante. Haugom bajaba al *parking* en el ascensor de cristal y miraba fijamente a Frølich, que trotaba escalera abajo. En cada rellano levantaba la vista y miraba al médico, que empezaba a sacarle ventaja.

Cada vez que la cabeza de Haugom pasaba a la altura de la rodilla del policía, este tomaba impulso y pateaba contra el ascensor con toda su alma. El cuerpo de Haugom se tambaleaba, pero su mirada permanecía impasible. Era un rostro sin expresión, dos ojos vacíos más arriba de una boca hermética. Frølich observó que el médico tenía lunares en el cuero cabelludo. Todavía le faltaban un par de pisos para alcanzarlo cuando oyó el ruido metálico de las puertas del ascensor, que se abrían. El policía llegó abajo diez segundos más tarde y oyó el tamborileo de unos pies que corrían.

Permaneció inmóvil, respirando el pesado aire cargado de los gases de los tubos de escape. Trató de recordar el rostro impávido que había visto en el ascensor de cristal, el del hombre que corría por la calle mirando atrás por encima del hombro. Pero allí no lograba discernir de dónde procedía el traqueteo de los pies que corrían. En el inmenso garaje, el eco le llegaba de todas partes al mismo tiempo: de entre los coches estacionados en batería, de las señales luminosas del techo y de las rayas amarillas pintadas sobre el hormigón.

Frølich echó a andar lentamente entre las filas de coches estacionados y al cabo de unos segundos se detuvo al oír un motor que arrancaba y algo parecido a un grito. El policía supuso que Haugom empezaba a ponerse nervioso. Hizo una mueca de

satisfacción: ¿cómo podía ser tan tonto aquel hombre? Al cabo de unos instantes oyó chirriar los neumáticos. Haugom debía de estar al borde de un ataque de nervios. El motor volvió a acelerarse rápidamente. Frølich se concentró para oírlo mejor. Escudriñó a lo largo de las paredes, pero no vio movimiento por ningún sitio. El motor rugió una vez más, esta vez más cerca.

Logró arrojarse a un lado de un brinco en el último instante, cuando el Mercedes plateado pasó junto a él, a un milímetro de su pie. Lo único que alcanzó a ver fue la imagen huidiza de un hombre viejo doblado sobre un volante. «Ese tío es patético», pensó. También recordó lo que solía decir Eva-Britt: «Mirándolo bien, todos los delincuentes son igual de depravados, pero sin duda algunos hombres malos quedan mejor que otros en las películas».

Frølich permaneció de rodillas, sacudiéndose el pantalón, mientras miraba el Mercedes de Haugom, que frenaba cerca de la esquina y subía por la rampa de entrada. Aquel tío eran tan imbécil que hasta se había equivocado de dirección.

Suspiró y se incorporó para luego seguir caminando por donde se había ido el coche. Aquel *parking* subterráneo era distinto de los demás que había en la ciudad: era el único que tenía la salida en el piso más bajo.

El policía trotó por la angosta curva por la que había desaparecido Haugom. En algún piso superior oyó chirriar nuevamente los neumáticos. Tenía que ponerse a salvo antes de que aquel tío bajara de vuelta a toda pastilla y lo atropellara. Empezaba a faltarle el aire. Apretó el paso para apartarse de la curva; parecía que tuviera plomo en los pies. Más arriba, el coche de Haugom seguía frenando ruidosamente. Frølich ya casi estaba llegando al piso siguiente.

En su cabeza, el policía veía la imagen de un Mercedes plateado que lo arrollaba a toda velocidad. Podía imaginarse su propio cuerpo, con la espalda doblada y la cadera rota, cayendo sobre el capó del coche, rodando como un fardo contra el parabrisas, pasando por encima del techo y cayendo finalmente con todo su peso contra el duro suelo, en donde su cráneo se abriría como una sandía contra el hormigón.

Sólo le faltaban cinco metros más. Notó un regusto a sangre en la boca. Y de repente oyó un terrible estruendo.

Haugom había chocado.

En el momento en que Frølich llegaba a la planta superior oyó la puerta de un coche que se cerraba. Se detuvo jadeando para recuperar el aliento. La sangre le martilleaba las sienas. Intentó controlar la respiración, pero no lo consiguió. Lo primero que alcanzó a distinguir fue a una mujer que bajaba en el ascensor con dos niños con pantalón corto cogidos de la mano. Uno de ellos tenía el dedo en la nariz. Sesenta metros más adelante vio el Mercedes plateado de Haugom: había impactado por el lateral contra un Volkswagen Golf que estaba allí aparcado y prácticamente lo

había partido por la mitad. Más cerca alcanzó a ver a un hombre que caminaba tambaleándose: era Haugom. Tenía las rodillas semidobladas y una expresión aturdida en el rostro. Se agarraba un muslo con las dos manos.

Frølich se puso en movimiento.

—¡Deténgase! —le gritó—. ¡Quédese quieto!

Y comenzó a correr. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo la mujer con los dos niños se apresuraba a meterse en el hueco de la escalera. A Haugom le fallaban las rodillas, y Frølich aminoró el paso, dubitativo.

Erik Haugom se tambaleaba.

—¡Deténgase! —volvió a decirle, más suavemente, mientras seguía andando hacia el hombre, que ya tenía en los ojos una expresión ausente, casi perdida.

Aquella figura semiencongada, que intentaba caminar erguida sin conseguirlo, se parecía a la de un adicto a la heroína. Frølich se detuvo cuando el hombre cayó de rodillas frente a él.

Sólo había cinco metros entre ambos. Haugom dejó de agarrarse la pierna. Ofrecía un extraño espectáculo. Parecía como si la chaqueta se le hubiera pegado al muslo derecho.

—¡Ayúdeme! —susurró doblándose lentamente sobre el hormigón.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Frølich inclinándose sobre él—. ¿Está herido?

Haugom respiraba con dificultad; de sus pulmones salían unos extraños silbidos. Frølich vio que movía la boca y se inclinó hacia él para oír lo que trataba de decirle.

—Bolsillo... chaqueta —susurró gargajeando.

—¿Qué lleva en la chaqueta?

—Una jeringa... Sáquela.

—¿Lleva una jeringuilla en el bolsillo?

Haugom no contestó, sino que cayó de espaldas. Tenía el rostro amoratado y su respiración era sibilante y apenas audible.

—Está bien, doctor —le murmuró Frølich a la figura que yacía en el suelo—. Creo que necesitas un médico.

Se quedó pensativo, de pie, mirando alternativamente su teléfono móvil y a Haugom, que ahora yacía de costado con calambres en las manos.

—¿Dónde están los médicos cuando uno los necesita? —se preguntó Frølich en voz baja.

La niña que se marchó de casa

Se encontraban en el palacio de Justicia. Se habían instalado en la mesa de la esquina, bajo una fotografía del ejemplar ciudadano Hermansen. Gunnarstranda comía un sándwich de hamburguesa y huevo frito y lo acompañaba con una taza de café negro. Mientras, Fristad y Frølich se tomaban cada uno su medio litro de cerveza.

—Por fin podemos hacer ahora lo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo —dijo Fristad con una sonrisita, seguida de una amplia mueca, y añadió—: Archivar el caso por falta de pruebas. Ah, por cierto, ¿qué había en la jeringuilla?

Gunnarstranda sacó la nariz de su taza de café.

—Un cóctel a lo Arnfinn Nesset^[11]. Se dejó el maletín en el cesto de la ropa sucia de la habitación de Bueng. Allí estaban los envases originales. Una dosis monstruosa.

—Suxametonio, ¿eh? —Fristad mostraba su conocimiento del caso con repetidos movimientos de la cabeza—. A eso lo llamo yo suicidarse con estilo.

—Pues yo lo llamo mala suerte —repuso Gunnarstranda—. No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. La dosis de suxametonio le paralizó el sistema respiratorio en pocos minutos. Su intención era inyectarle esa dosis a Bueng. Cuando tú llegaste al asilo, él ya tenía la jeringa preparada en el bolsillo. La guardó ahí todo el rato, hasta que chocó en el aparcamiento. Con el golpe debió de clavarse la aguja en el muslo. El forense dijo que se le había clavado tan hondo que no podía sacarla.

—Típico —comentó Frølich—. Condenadamente típico.

—¿El qué?

—Tratar de ahogar a Bueng. Haugom era muy aficionado a provocar la muerte por asfixia.

Fristad bebió unos tragos de cerveza y chasqueó la lengua.

—Tengo entendido que su mujer confesó el crimen de Helene Lockert... ¿Por qué fue a matar entonces el marido a Bueng?

Gunnarstranda lo pensó unos instantes.

—Posiblemente creía que ella no lo confesaría jamás —comenzó diciendo—. La verdad es que el asesinato de Helene Lockert los mantuvo atados, tanto para bien como para mal, durante años. Él sabía que su esposa había asesinado a su amiga. Ella aduce que él la maltrataba, pero que nunca se atrevió a denunciarlo porque él la amenazaba con ir a contárselo todo a la policía. Aquel sábado, Katrine le dijo a Sigrid Haugom por teléfono que había averiguado el nombre de su madre, y esta se lo contó a su marido en cuanto colgó. En ese momento, ninguno de los dos sabía lo que debían hacer. Pero entonces, esa noche, Katrine se sintió mal en la fiesta... Erik Haugom la mató para evitar que se reabriera el caso Lockert.

Gunnarstranda dio un bocado a su hamburguesa, tragó la comida y continuó:

—Una vez que Katrine se enterara de la identidad de su madre biológica, era sólo una cuestión de tiempo que empezara a desenterrar el caso. Y, tarde o temprano, aparecería el nombre de Sigrid Haugom. Según Sigrid, a su marido lo único que le importaba era su propia reputación. Si hubieran detenido a Sigrid, habría contado los malos tratos a los que la sometía su marido. Se habría vengado de todas las humillaciones por las que ha pasado durante todos estos años. Por eso él no podía permitir que volviera a abrirse el caso Lockert y la policía sospechara de ella.

»La noche de la fiesta, Sigrid llamó por teléfono a su marido cuando Katrine se sintió mal. Cuando él se dirigía a la casa vio a Katrine sola en la calle. Luego la vio subir al coche de Kramer. Y entonces, en lugar de recoger a su mujer, decidió seguirlos. Nunca sabremos si en esos momentos ya tenía intención de matarla. A su mujer le aseguró al día siguiente que fue tras ellos porque quería hablar con la chica. No sé si ella lo creyó o no.

—Pero se supone que estuvo siguiéndolos durante horas... —señaló Fristad—. Si simplemente quería hablar con Katrine, no tenía por qué acecharlos durante tanto rato.

—Sí, o por lo menos sus intenciones de hablar con ella desaparecieron cuando la atacó —dijo Frølich—. Tenía el torso lleno de arañazos. Seguramente se desnudó antes de abalanzarse sobre ella, para no dejar fibras en el cadáver. Y, si fue así, entonces se trata de un crimen premeditado.

—¿Se le echó encima y la estranguló? —preguntó Fristad.

—Así es —asintió Frølich.

—¿Y cómo es que no tenía arañazos en la cara?

—Encontramos una capucha en el maletero de su coche —explicó Frølich—. Uno de esos chismes de cuero que usan los sadomasoquistas, como el que lleva Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*. Con eso en la cabeza y desnudo debía de tener un aspecto escalofriante.

—Pobre chica —se lamentó Fristad.

—Chicas —lo corrigió Gunnarstranda—. En plural. Esa máscara no le era en absoluto desconocida a su mujer. —Los tres se quedaron con la mirada perdida. Gunnarstranda le quitó el envoltorio a un terrón de azúcar y se lo llevó a la boca. Bebió unos sorbos de café y succionó el terrón antes de proseguir—: Sigrid Haugom me dijo que Henning Kramer la miraba de forma extraña, pero no sabía por qué. Entonces aún no sabía que Kramer había visto a su marido en Voksenkollveien. Y Kramer no podía explicarse por qué Erik Haugom había ido a recoger a su mujer a las cuatro de la madrugada cuando él lo había visto llegar en coche a la misma hora que él.

—Tal vez ella sea cómplice —apuntó Fristad—. Deberíamos acusarla.

Gunnarstranda se encogió de hombros mientras bebía más café.

—Yo no lo creo así. Sigrid sostiene que fue a visitar a Bueng el domingo, antes de saber que Katrine estaba muerta, porque temía que la chica fuera a verlo y descubriera la verdad sobre el asesinato de su madre. Haugom, por su parte, le mandó a Skau las joyas de Katrine para cargarle el muerto a él. Lo que sucedió después fue que Henning Kramer llamó a Erik Haugom y le pidió hablar con él. Esto fue el miércoles, después del entierro, después de que Frølich interrogara a Haugom en su consultorio.

—Haugom acudió a la cita de Kramer —dijo Frølich lacónicamente—. El tío era cumplidor.

—No sabemos con seguridad si fue Haugom el que drogó a Kramer, aunque es más que probable. Y luego lo colgó del soporte de la lámpara del techo.

—¡Menudo hijo de puta! —exclamó Fristad, y acto seguido saludó con la cabeza a un par de abogados que pasaban junto a su mesa.

—Sí, era un plan diabólico, porque el aparente suicidio hizo que casi cerráramos el caso.

—¿Cómo que «cerráramos»? —protestó Fristad—. Eras tú, Gunnarstranda, quien quería archivarlo. Si mal no recuerdo, fui yo quien os pedí que continuáramos.

Gunnarstranda cogió otro terrón de azúcar, se lo metió en la boca y tomó un sorbo de café en silencio.

Fristad se reía y hacía muecas con la boca.

Gunnarstranda lo contempló con los ojos entrecerrados, y al cabo dijo:

—Desde el principio, Sigrid Haugom había sospechado siempre de su marido, pero ató cabos cuando Kramer murió. Eso provocó una violenta discusión entre ambos, tras la cual ella tuvo que pedir la baja laboral, y finalmente le contó a su marido que había ido a visitar a Bueng al asilo.

Durante unos instantes, todos guardaron de nuevo silencio y permanecieron con la mirada perdida. Al rato, Frølich levantó el brazo y le hizo una seña a la camarera para indicarle que les sirviera otra ronda de cervezas.

—De modo que Bueng era el último cabo suelto —señaló Fristad—. A Katrine Bratterud la mataron para impedir que se reabriera el caso de Helene Lockert. A Kramer lo asesinaron, a su vez, para ocultar el crimen de la chica. Y ese mismo motivo desencadenó el intento de asesinato de Reidar Bueng.

Gunnarstranda asintió, y se inclinó para coger una carpeta de piel que depositó sobre la mesa. La abrió, sacó un cuaderno verde de su interior y se lo tendió a Frølich.

—¿Podrías llevarle esto a la madre de Katrine Bratterud? —preguntó—. Seguramente se alegrará de tenerlo.

—¿Qué es? —quiso saber Frølich mirando el cuaderno sin demasiado interés.

—Su hija... —respondió Gunnarstranda con una sonrisa cansada—. Su hija lo

escribió cuando se marchó de casa tras morir su padre.



KJELL OLA DAHL. Noruega (Gjovik, 1958).

Estudió Sociología, Derecho y Administración de Empresas. Realizó trabajos muy diversos hasta que en 1993 comenzó a escribir. Debutó ese mismo año con la novela policíaca *Dødens Investeringer*, en la que encontramos por primera vez a los personajes Gunnarstranda y Frølich, que, rápidamente, se han convertido en los policías de ficción más conocidos de Noruega.

Ha sido galardonado con los cuatro premios más importantes de novela negra que se otorgan en los países nórdicos.

Su obra se enmarca dentro de la novela policíaca, con grandes dosis de suspense. Están muy bien documentadas y con argumentos sólidamente contruidos y gran realismo, dotadas de gotas de sarcasmo.

Dahl está casado y tiene tres hijos, vive en la granja familiar Torgunrud.

Serie: Gunnarstranda y Frølich

Dødens investeringer. (1993).

En liten gyllen ring. (2000). (*La muerte en una noche de verano*).

Mannen i vinduet. (2001). (*Un muerto en el escaparate*).

Lille tambur. (2003).

Den fjerde raneren. (2005). (*Un paso en falso*).

Svart engel. (2007).

Kvinnen i plast. (2010).

Isbaderen. (2011).

Otras Novelas

Seksognitti. (1994).

Miniatyren. (1996).

Siste skygge av tvil. (1998).

Gjensynsgleder. (2002).

Venezia - forfatterens guide. (2004).

Lindeman & Sachs. (2006).

Lindemans tivoli. (2008).

Notas

[1] Famoso actor noruego. (*N. de la T.*) <<

[2] «Bobby paró un coche haciendo autostop justo antes de que empezara a llover, y nos llevó hasta Nueva Orleans», de la canción *Me and Bobby McGee* de Kris Kristofferson y Fred Foster. (N. de la T.) <<

[3] Serie de películas noruegas, cuyo primer título es de 1969, que cosecharon un gran éxito entre el público infantil. Narran las aventuras y peripecias de un grupo musical formado por niños que gana un concurso televisivo de los años 60. (*N. de la T.*) <<

[4] Palacio noruego que aparece por primera vez en el *Peer Gynt* de Henrik Ibsen, donde es descrito como un palacio lujoso y mágico; con el tiempo ha pasado a formar parte del folclore moderno noruego. (N. de la T.) <<

[5] Tabloide noruego, más conocido por sus siglas, VG, de gran tirada. (*N. de la T.*) <<

[6] Rosemaling es una técnica de pintura característica de la artesanía noruega. Consiste en delicados diseños florales que adornan paredes y ciertos utensilios, y su origen se encuentra en las áreas rurales en el siglo XVIII. (*N. de la T.*) <<

[7] *Erasmus Montanus* es una obra de teatro de Ludwig Holberg (1684-1754), considerado el padre del teatro noruego y danés. En esta obra, su protagonista pretende, mediante sofismas, convencer al pueblo de que su madre (Nille) es una piedra. (N. de la T.) <<

[8] Johann Caspar Hermann, conde de Wedel Jarlsberg, comandante en jefe del ejército noruego, lideró el movimiento de separación de Noruega respecto de Dinamarca, y su posterior unión con Suecia. Fue asimismo vicerregente de Noruega de 1836 a 1840, (*N. de la T.*) <<

[9] Escritor noruego (1832-1910), contemporáneo de Ibsen, que compuso el himno nacional de su país. Recibió el premio Nobel en 1903. (*N. de la T.*) <<

[10] «Quizá no te traté tan bien como debería haberlo hecho...», de la canción *Always on my mind* de Elvis Presley. (N. de la T.) <<

[11] Famoso criminal noruego que trabajaba como anestesista en un hospital. Comenzó a practicar la eutanasia por su cuenta y llegó a asesinar a veinticuatro ancianos con sobredosis de suxametonio, un relajante muscular. (*N. de la T.*) <<